Siempre serás mía



ELIZABETH BERMÚDEZ

Siempre serás mía

Elizabeth Bermúdez

Índice

Sinopsis
Sobre la autora
Nota de la autora
36
Hugo
37
Emma
38
Emma
39
Emma
40
Hugo
41
Emma
42
Hugo
43
Emma
44
Emma
45
Hugo
46
Emma
47

Emma
48
Hugo
49
Emma
50
Hugo
51
Emma
52
Emma
53
Hugo
54
Emma
55
Emma
56
Hugo
57
Emma
58
Emma
59
Hugo
60
Hugo
61
Emma

62
Emma
63
Hugo
64
Emma
65
Emma
66
Hugo
67
Emma
68
Hugo
69
Emma
70
Hugo
71
Emma
72
Hugo
73
Emma
Epílogo
Emma
Agradecimientos
Otros libros de la autora

Título: Siempre serás mía
Primera edición, abril 2024
©2024, Elizabeth Bermúdez

Diseño de portada: @bbccreative_1
Imágenes portada: Shutterstock

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Esto es una obra de ficción. Todo parecido con la realidad es mera casualidad. Todos los nombres, situaciones y hechos plasmados en esta novela son producto de la imaginación de la autora.

Sinopsis

Olivia ha recuperado la memoria cuando menos lo esperaba y no quiere saber nada de Hugo ni de su familia.

A Hugo lo odia por algo que sucedió entre ellos en el pasado y jamás va a perdonarlo.

Olivia se aleja de todos, pero pronto se dará cuenta de que si quiere destruir los sueños de Hugo Serra necesita a su multimillonario abuelo cerca.

Volver a la familia implica soportar a Hugo como hermanastro de nuevo, pero ¿estará dispuesta a ello con tal de cobrarse la humillación por la que la hizo pasar años atrás?

Hugo vivirá dedicado a lograr el perdón de Olivia, pero el corazón de ella se ha convertido en una roca. Sin embargo, tendrá que luchar de una forma constante entre el amor y el odio.

Sobre la autora

Elizabeth Bermúdez nació en Huelva, lugar donde reside actualmente.

Licenciada en Derecho, le apasiona escribir y leer novelas románticas. La mayor parte de su tiempo libre lo dedica a crear historias de amor con la ilusión de que en el futuro vean la luz y enamoren a los lectores.

Se define como una persona familiar y amiga de sus amigos. Le encanta viajar, leer y disfrutar al máximo de los buenos momentos que ofrece la vida.

Siempre serás tú es su **novela número dieciocho**,

anteriormente publicó:

1. Deseos del destino
2. *Secretos*
3. *Tus huellas en mi corazón*
4. Imaginarlo o vivirlo. La mirada de un Miller
5. *La sombra de su pasado*
6. *Volver a nacer*
7. Volver a creer
8. *Volver a sentir*
9. Y de repente, el mundo se paró
10. El amor lo cambia todo
11. Serie Volver
12. Bilogía:

El precio de la vida

El precio del amor

13. Te quiero para mí
14. Nicolás Hungría
15. Te protegeré
16. Oportunidad de venganza
17. Por mi familia
18. Bilogía:

Siempre serás tú

Sígueme en mis redes sociales:

- Instagram: @eli_berm
- Facebook: Elizabeth Bermúdez

Nota de la autora

Siempre serás mía forma parte de una bilogía.

Es necesario leer antes *Siempre serás tú,* ya publicada, para poder continuar la historia.

En este volumen el lector va a encontrar capítulos con las voces de Emma y Hugo.

Al amor, una fuerza tan poderosa
que casi todo lo consigue.

36
Hugo

Salgo corriendo de la iglesia, detrás de la mujer que amo, pero no consigo alcanzarla. Mis ojos ven cómo se monta en un taxi y desaparece rápido de mi vista.

—¡Oliviaaa! —grito desesperado, doblado por la mitad, apoyando mis manos en las rodillas mientras el corazón se me sale por la boca. No puedo dejar que se marche así.

Siento una mano en mi espalda, miro de reojo y veo a Aura, que me dice:

—No es Olivia, es Emma. —Me mira como en trance, creo que ninguno de los presentes en la ceremonia hemos asimilado lo sucedido.

—Emma —susurro con la respiración agitada. No sé qué sentir en estos momentos. Si alegrarme o mortificarme por haberme enamorado como un loco de ella.

A mi lado también se encuentran la mujer de mi padre y Emilio. Los miro y les pregunto:

—¿Cómo ha podido suceder esto? —No salgo de mi asombro, no llego a entender cómo confundieron a ambas mujeres tras el accidente.

Irene y Emilio intercambian una mirada en silencio, alterados y muy preocupados por Emma.

—Roberto, intenta localizar el taxi donde se fue mi nieta y síguela —ordena Emilio a su chófer.

Me paro en seco, miro a Irene y a su padre, hablan entre ellos y me extraño de que no estén llorando y rotos de dolor al saber que la que creían su hija y nieta no lo es y la verdadera está muerta.

—¿No la habéis oído? —inquiero mirándolos a ambos, desconcertado—. No es Olivia —les recuerdo con énfasis, ya que Emilio se acaba de referir a ella como su nieta.

Irene y su padre me miran, pero no hacen mucho caso a mis palabras, cada uno está pendiente de su teléfono, muy preocupados, tratando de localizar a Emma.

—Hay que encontrarla —ordena Emilio a todos los que estamos a su alrededor, como si no me hubiese escuchado.

Me quedo en silencio, los observo con detenimiento y les pregunto a Emilio y a su hija:

—¡¿Qué está pasando aquí?! —inquiero alterado—. ¿No la creéis? Deberíais estar llorando la muerte de Olivia. No es ella —les recuerdo con la mano extendida hacia el lugar por el que desapareció Emma en el taxi hace unos minutos.

—Tenemos que hablar con ella —manifiesta serio y rotundo Emilio, sin una sola lágrima en su rostro, algo que me desconcierta por completo.

Siento un gran dolor en el pecho con el que me cuesta respirar. Era el día de mi boda, el más feliz de nuestras vidas y todo ha terminado huyendo de mí la mujer que amo e iba a convertirse en mi esposa para siempre. No lo puedo creer.

Derrotado y rendido, sintiendo que no puedo más con todo lo sucedido, me siento en las escalinatas de la iglesia. Mi padre también lo hace junto a mí, me pasa el brazo por el hombro y dice:

—Tranquilo, hijo, dale tiempo. No sé cómo ha sucedido todo este malentendido, pero supongo que Emma tendrá que poner muchas cosas en orden en su cabeza. Debe haber sentido verdadero pánico al recordar y descubrir que ha estado todo este tiempo ocupando el lugar de Olivia. Cuando se aclare volverá a ti. Estoy seguro de que vuestro amor es real, ya sea Olivia o Emma, eso no lo va a poder borrar.

Mi padre intenta tranquilizarme, pero no lo consigue porque desconoce muchas cosas que sucedieron en el pasado entre Emma y yo.

—No tienes ni idea —estallo contra él, ya sé que no tiene la culpa, pero no puedo aguantarme —. Entre Emma y yo pasaron cosas por las que ella me odia. ¿No has visto su cara de horror cuando ha descubierto que iba a casarse conmigo? No puedo olvidar la expresión de su rostro, me pone los pelos de punta. Ahora ya no soporto que me odie como antes, pero me lo merezco. Fui un completo hijo de puta con ella en el pasado, y todo por la maldita Olivia —revelo llevándome las manos a la cabeza y masajeándome el cuero cabelludo, alterado.

Mi padre me mira con los ojos muy abiertos mientras que agacho la cabeza y lamento los errores de mi pasado.

Mi tía se acerca con Luca en brazos, el niño no para de llorar, y mi padre no tiene más remedio que atenderlo. Siento que me mira con pena y desconcierto a la vez.

Yo clavo los ojos en Irene, Emilio y Aurora, tengo a los tres delante de mí, a cierta distancia. Observo sus movimientos, sus gestos y me quedo pensativo. Unos tendrían que estar llorando por la pérdida de su hija y nieta, y la otra debería estar llorando de alegría, reflexiono en medio de la vorágine en la que me encuentro, sin embargo, me fijo en los rostros de los tres y lo único que denoto en ellos es preocupación por la Emma desaparecida.

Mis amigos vienen hacia mí, se sientan a mi lado y me distraen de estos pensamientos.

—No sabemos ni qué decirte, tío —murmura Gael—. Estamos en *shock* como tú.

—Olivia está muerta y ella es Emma —susurra Gala, parece que aún no lo asimila.

—¿Cómo estás? ¿Qué sientes? —inquiere Izan.

—Emma, es Emma —susurro al mismo tiempo que me llevo las manos a la cabeza e intento asimilarlo.

Un silencio se hace entre mis amigos.

—Todo esto es alucinante —comenta Aura.

—No entiendo cómo ha sucedido —manifiesta Gael.

Mientras mis amigos hablan yo sigo con la vista clavada en Irene y Emilio, en sus movimientos y cómo se comportan. Tengo la mente muy aturdida, pero, de pronto, lo veo todo claro. Me coloco en pie, aparto a mis amigos de mi lado y me dirijo hacia ellos, los enfrento y les espeto alterado:

—Vosotros no estáis tan sorprendidos como el resto de que ella sea Emma. Deberíais estar llorando por la pérdida de la verdadera Olivia. ¿Qué está pasando aquí? —los acuso de forma directa taladrándolos con la mirada.

—¿Y tú que coño le hiciste a mi nieta en el pasado? —inquiere Emilio enfrentándome, serio —. Te acusó de burlarte de ella y jugar con ella. Dijo que le destrozaste la vida —brama fuera de sí, muy enfadado, como nunca lo he visto antes.

—¿A quién coño te refieres? —escupo entre dientes—. ¿A Olivia o a Emma? Porque Emma no te toca nada como para que vengas a pedirme explicaciones —alzo la voz mientras nos miramos con los ojos encendidos.

De repente, siento cómo el puño de Emilio se estrella contra mi mejilla. Me mira de forma desafiante y tengo que contenerme para no responderle el golpe.

Irene se interpone de inmediato entre nosotros y también acuden mi padre y mis amigos.

—Estamos todos muy nerviosos —trata de justificar la mujer de mi padre.

—Yo no tengo la culpa de nada —me excuso de inmediato sin dejar de mirar a Emilio de forma intimidante.

Aura me toma del brazo y junto con Gael me llevan hasta su coche.

—Vámonos, no hacemos nada aquí en la puerta de la iglesia montando todo este numerito. Está claro que Emma no va a aparecer de nuevo en este lugar —me hace ver mi amiga.

Me llevan a mi casa y en cuanto entro en el ático me tomo una copa. Siento que la necesito para asimilar todo lo sucedido.

—¿Dónde habrá ido Emma? —pregunto en un susurro.

—¿Teníais algún lugar especial? —inquiere Aura.

—¿De verdad crees que fuese a un lugar especial de los dos? Ella me odia —le recuerdo con dolor mientras me echo otra copa.

—Eso era en el pasado. Se ha enamorado de ti, puede que las cosas hayan cambiado —comenta Gael, esperanzado.

—¡Ojalá! —exclamo con todas mis esperanzas.

—Supongo que necesitará un tiempo para asimilarlo todo. Puede que sea prudente que le des espacio y no la agobies. Que sea ella quién decida volver a ti —me aconseja Aura.

—La amo demasiado como para quedarme aquí sentado esperando que venga a verme. Vamos a salir en su busca —propongo, desesperado—. Llamad a todos nuestros conocidos, que

nos ayuden —les suplico mientras entro en la habitación para cambiarme de ropa.

Tengo que encontrar a Emma como sea, sé muy bien lo que debe de estar pasando en estos momentos al descubrir que se enamoró de mí y todo lo que vivimos juntos. No quiero que sufra porque me importa demasiado. Me da igual que sea Olivia o Emma, es solo un nombre, yo me enamoré de la persona. Y esa persona es ella, la mujer que amo con todo mi corazón y no estoy dispuesto a perderla cueste lo que cueste, así tenga que vivir suplicándole el resto de mi vida. Tengo que lograr que me perdone y confiar en el amor que surgió entre nosotros mientras estaba en la piel de Olivia sin recuerdos.

37
Emma

No sé dónde indicarle al taxista que me lleve. Estoy tan abrumada y siento tantas emociones en este momento que me encuentro bloqueada por completo. Solo sé que necesito estar sola, pensar y ordenar todo lo que me ha pasado en mi cabeza. No puedo creer que haya ocupado el lugar de Olivia por un año y nadie se diese cuenta de esto.

De repente, un lugar aparece en mi mente. La casa de mi madre. Pienso en Aurora y lamento haberme marchado de la iglesia sin tan siquiera acercarme a ella y abrazarla, solo quería alejarme de Hugo y de esa maldita boda. En estos momentos mi madre debe de sentir una alegría enorme de que yo sea la Olivia que ha estado con ellos durante todo este tiempo y realmente no esté muerta.

Sacudo mi cabeza con fuerza y le indico al taxista que me lleve a Buitrago. El señor me hace un gesto con la cabeza por alejarse tanto del centro de Madrid, pero le suplico que solo son cuarenta kilómetros y que le pagaré bien al llegar. Recuerdo que en la casa siempre teníamos un jarrón con algo de dinero dentro. Espero que eso sirva y siga ahí.

Los treinta y cinco minutos que dura el trayecto se me pasan volando, he estado inmersa en mis recuerdos y todo lo que he vivido en este año como Olivia De la Fuente. Miro el taxímetro y aparte de ver el contador de minutos también observo la cantidad que le tengo que pagar al conductor. Es más de lo que esperaba y no sé si en la casa habrá suficiente dinero. Clavo la mirada en mi mano, en el anillo que Hugo me regaló cuando me pidió matrimonio y pienso que puede ser un buen pago al taxista.

—Podría darle este anillo. Seguro que cuesta mucho dinero —le muestro la joya, apurada, aún colocada en mi dedo mientras siento que me quema ahí.

El señor de unos cincuenta y tantos años me mira serio, repasa mi aspecto y luego me dedica una sonrisa cálida y amable.

—No sé qué te habrá pasado, muchacha, pero si necesitabas huir de tu boda y mi ayuda ha contribuido en algo para que te deshicieses de una situación que no querías en tu vida para ser feliz, me siento bien pagado ya por ello. No me debes nada —manifiesta dedicándome una sonrisa.

—Gracias, pero… —Comienzo a quitarme el anillo, no lo quiero, nada que venga de Hugo Serra, creo que entregárselo en pago sería lo mejor y más justificado para deshacerme de él.

—No —dice el hombre. Coloca una mano sobre la mía e impide que le entregue la joya—.

Soluciona tu vida y si en algún otro momento nos volvemos a encontrar ya me pagarás por la carrera —concluye de forma amistosa. Siento en su mirada una gran generosidad. Todos los días no se topa una con gente buena y amable.

—¿Cuál es su nombre? —me intereso.

—Uberto.

—Si es tan amable, apúnteme en un papel su nombre, teléfono y la matrícula del vehículo. Me pondré en contacto con usted en cuanto pueda.

—No se preocupe, señorita —resuelve con una sonrisa.

—Gracias. Es un ángel que hoy se puso en mi camino —le manifiesto al despedirme y bajar del coche.

Uberto se marcha mientras que yo me quedo parada en mitad de la calle, vestida de novia, descalza y con la mirada clavada en la casa de mi madre. Es muy pequeña. La heredó de sus padres y nunca quiso venderla. Hemos pasado muy poco tiempo aquí porque siempre hemos vivido en casa de la familia De la Fuente. Admiro la fachada de la propiedad, se compone de una puerta y dos ventanas a ambos lados mientras espero que la llave siga estando debajo del macetero de la entrada como siempre, al ser un pueblo y la calle encontrarse alejada del centro es un lugar de poco tránsito y seguro.

Tengo las llaves en mis manos y entro en la casa. Sonrío una vez dentro porque la recuerdo toda ella, y esto de tener recuerdos es una completa novedad para mí. Se compone de una cocina pequeña, un baño y un salón en la planta baja. En la planta superior hay dos habitaciones y otro baño. En estos momentos considero que es todo lo que necesito. Un refugio en el que poder ordenar lo que me atormenta y no sé gestionar desde que los recuerdos han vuelto a mi mente de una forma tan abrupta y repentina.

Antes de subir a mi habitación me deshago del vestido de novia, me cuesta quitármelo sola, pero lo consigo con grandes esfuerzos, voy hasta un armario y me coloco unas mallas y una camiseta. Recuerdo que en épocas de exámenes venía a esta casa a pasar los fines de semana para estudiar tranquila. Si me quedaba en casa de los De la Fuente Olivia siempre conseguía arrastrarme a alguna fiesta y me distraía. A ella no le importaba suspender, pero yo siempre me esforzaba en sacar las mejores notas.

Pienso en Olivia, que ella está muerta, y tomo conciencia de ello por primera vez. Me siento en los pies de la cama y comienzo a llorar con fuerza por la que fue mi mejor amiga. Nos criamos juntas, teníamos la misma edad, fuimos juntas a la guardería, al colegio, al instituto y a la universidad, su familia fue muy generosa siempre al pagármelo todo. Éramos como hermanas, lo sabíamos todo la una de la otra, pero Olivia cambió mucho cuando cumplió la mayoría de edad, comenzó a salir demasiado, a relacionarse con tíos conflictivos y a dejar los estudios de lado. Cuando me vi metida de lleno en su mundo decidí no seguir sus pasos y esta casa formaba

mi refugio particular los fines de semana que no quería salir. Olivia jamás supo la dirección. Cuando necesitaba alejarme de ella venía aquí y le hacía creer que estaba con otras amigas, en la biblioteca o con algún tío.

Lloro su muerte mientras que a mi mente vienen las duras imágenes de nuestro accidente. Las luces de ese camión directas hacia nosotras. No pude hacer nada. Sentí el impacto, vi la sangre que había en el coche y luego perdí la conciencia. Es todo lo que recuerdo.

Lamento haber ido esa noche a buscar a Olivia a la discoteca. Gala me llamó y me pidió el favor de que fuese a recogerla, estaba bebida, se había metido una raya, se tiró a un tal Roque y Gon estaba buscándola por toda la discoteca porque llevaban un par de días peleados, si la encontraba con ese tío y descubría que le había puesto los cuernos se iba a liar una buena. Decidí ir en la ayuda de mi amiga. Yo me encontraba estudiando en la biblioteca y cuando llegué en un taxi me hice cargo del coche de Olivia y la llevé a casa, al regresar conmigo no tendría problemas con su familia ni verían el estado en el que llegaba. Pero ninguna de las dos volvimos y ella perdió la vida.

Lloro su pérdida al mismo tiempo que me siento una usurpadora por haber estado en su lugar todo este tiempo. Durante un año todos han pensado que yo era Olivia, pero ¿cómo pudo suceder algo así? No lo entiendo. Es cierto que Olivia y yo siempre fuimos muy parecidas, misma altura, ojos casi iguales, pelo del mismo color, ambas de complexión delgada… Sin embargo, deberían habernos diferenciado en el hospital. Supongo que se guiaron por quién conducía el coche, de ahí debió generarse toda la confusión al ser Olivia la dueña del vehículo.

Me acurruco en la cama, lloro por mi mejor amiga muerta y luego repaso mentalmente este último año que he vivido como si fuese ella. Me estremezco cuando comienzo a recordar cómo me enamoré de Hugo, cómo se metió en mi corazón y cómo casi llego a casarme con él. No entiendo la forma en que pudieron nacer esos sentimientos hacia él. Yo lo odio con toda mi alma. Se burló de mí y jamás se lo voy a perdonar.

Entro en el baño y al hacerlo reparo en el espejo en mi rostro. Me acerco a él y me miro con atención como si fuese la primera vez. No hay nada de la Emma de antes del accidente. Mi rostro está cambiado. Llevo una mano hacia él y lo acaricio recordando mi anterior cara.

—Nunca volveré a ser la Emma de antes —susurro con miedo.

De repente, siento un ruido en la planta de abajo, me sobresalto, bajo las escaleras corriendo y me encuentro con mi madre en el salón. Ambas nos miramos con lágrimas en los ojos y me abrazo a ella, recordándola. Durante este año he estado a su lado mientras que me creía muerta y ha debido ser una agonía. Supongo que debe de sentirse tan confusa como yo en estos momentos.

—Emma, mi vida. Estás aquí —dice con un gran alivio en su voz—. Llevamos horas buscándote, nos tienes a todos muy preocupados —manifiesta mientras que me acaricia el cabello con ternura.

Me aparto de ella, la miro y le susurro:

—Soy yo, estoy viva. La que murió en el accidente fue Olivia. Siento no haber recordado antes y que hayas creído durante tanto tiempo que estaba muerta —revelo con lágrimas en los ojos mientras la tengo tomada por ambos brazos con mis manos.

Siento a mi madre como en *shock*, no reacciona con la alegría que espero al saberme viva. Sé que mi rostro no es el mismo, pero ella es mi madre, debería haberme reconocido de alguna forma. Me conocía mejor que nadie. Es cierto que Olivia y yo éramos muy parecidas en cuerpo y aspecto y ninguna de las dos teníamos tatuajes visibles, a mí nunca me han llamado la atención y a Olivia se los tenía prohibido su abuelo bajo amenaza de cortarle el grifo y desheredarla. A Emilio nunca le gustaron los tatuajes y le horrorizaba que los llevase la gente de forma visible. Solo yo sabía que Olivia tenía un par de ellos en partes en las que su abuelo jamás se los descubriría.

—Hija —susurra mi madre mientras me abraza.

—Debiste haber sufrido mucho con mi supuesta muerte —lamento mientras la miro con pena.

Me separo de ella y la observo, extrañada, la conozco mejor que nadie y esta no es la reacción que esperaba de ella. Estoy viva. Hace un año que me cree muerta y debería estar eufórica de alegría, sin embargo, no la siento así. ¿No se alegra de que sea yo? ¿Qué sucede?

—Emma… —comienza a decir, está algo nerviosa.

—¿Qué pasa? ¿No te alegras de que esté viva? —pregunto con miedo.

—Siempre serás tú, mi vida —murmura a la vez que me mira con los ojos cargados de lágrimas y me acaricia la mejilla con una mano, pero no entiendo nada.

Un ruido detrás de mi madre llama mi atención y veo entrar por la puerta a Emilio, viene acompañado de su hija. Avanzan hasta el salón sin decir nada mientras que yo me quedo mirando la puerta con miedo de que aparezca Hugo de un momento a otro. No quiero verlo.

Emilio parece leerme la mente y dice:

—Solo hemos venido nosotros, tranquila.

Suspiro, me aparto las lágrimas de mis mejillas y los miro a los tres. Se hace un largo silencio hasta que finalmente les pregunto con un nudo en la garganta:

—¿Por qué no estáis igual de sorprendidos que yo con la noticia de que no soy Olivia? ¿Qué pasa aquí? —inquiero con miedo, mientras los miro con los ojos muy abiertos.

Emilio da un paso, se acerca a mí y manifiesta:

—Será mejor que nos sentemos. Tenemos que hablar.

—No soy Olivia —me apresuro a decir—. Lo siento, yo no recordaba nada —me excuso con pena—. Desperté y me dijisteis que era ella. Sé que he ocupado su lugar en este año, no me correspondía, pero…

—No te disculpes, Emma. No le has robado nada a nadie. Solo ocupaste el lugar que merecías

tras fallecer Olivia —dice Emilio con calma mientras me mira con una expresión dulce en el rostro.

Observo a las tres personas que tengo delante de mí y siento que me mareo. ¿Ellos sabían que yo era Emma desde un principio? ¿De ahí que no hayan reaccionado como esperaba? Niego con un gesto de la cabeza y me siento mientras los miro con horror sin entender nada. Las piernas me flaquean y mi corazón palpita demasiado rápido ya que no logro comprender de qué va todo esto.

Emilio De la Fuente y su hija siempre me trataron de forma maravillosa, me querían casi como a su hija y nieta, nunca hacían distinciones entre ambas y eso era algo que en los últimos años le molestaba bastante a Olivia. ¿Qué quieren ahora de mí? ¿Qué sustituya a su hija y a su nieta muerta?

38
Emma

—Hija, queremos decirte que puedes volver a casa cuando quieras —me ofrece Emilio con gentileza.

—¿A casa? No es mi casa —les aclaro de inmediato.

—Siempre viviste ahí con Aurora —me recuerda Emilio.

—En la habitación del servicio —especifico—. Mi madre trabajaba para vosotros de forma interna y vivíamos allí.

—Solo queremos que sepas que nada ha cambiado. Te seguimos queriendo —manifiesta Emilio, emocionado, mientras él y su hija me miran de una forma que no llego a comprender.

—¿Qué no ha cambiado? —pregunto en forma de reproche alzando la voz, mirándolos con los ojos muy abiertos. ¿Es que no están apenados por la muerte de Olivia?—. No soy Olivia. Ella está muerta. Llevo un año viviendo su vida. He recordado que soy Emma y a vosotros parece que no os afecta que no sea Olivia. Deberíais estar llorando por ella —les echo en cara, sin entenderlos. Se hace un silencio en el salón, observo a mi madre, a Irene y a Emilio que se dirigen miradas cómplices y de inmediato deduzco que algo pasa aquí que yo desconozco—. ¿Sabíais que yo era Emma? —pregunto con un hilo de voz, mirándolos a todos con pavor mientras trato de acompasar mi respiración.

Emilio asiente en silencio a mi pregunta. Miro a mi madre con los ojos muy abiertos mientras siento que todo mi cuerpo tiembla sin control.

—Es una larga historia —murmura Irene visiblemente emocionada.

—No entiendo nada —susurro, asustada—. ¿Qué queréis de mí? —pregunto con miedo—. Me habéis hecho vivir una vida y ser una persona que no era —los acuso sin piedad—. ¿Cuál era el fin? —les exijo alzando la voz. Doy por hecho que sabían desde un principio que yo era Emma. Miro a mi madre y se me saltan varias lágrimas. No concibo que ella también haya sido partícipe de esta gran mentira—. ¿No aceptáis que Olivia haya muerto? —pregunto con un nudo en la garganta. No sé qué clase de juego macabro es este.

—Dado el rumbo que había tomado la vida de Olivia en los últimos años y si una de las dos tenía que morir en ese accidente, me alegro enormemente que fuese ella —murmura Emilio con frialdad.

Miro a su hija y no se le mueve ni un pelo ante las duras palabras de su padre.

—¿Por qué me pusisteis en la piel de Olivia? —les exijo alzando la voz mientras los miro con

desconfianza.

—No te pusimos en la piel de Olivia —aclara Emilio de inmediato—. Simplemente te dimos tu lugar —revela.

—¡No entiendo nada! —bramo, miro a mi madre y a Irene. Ellas intercambian una mirada cómplice que solo hace aumentar más mi enfado—. ¿De qué lugar me habláis? Me hicisteis pasar por Olivia ante todos. Me contabais cosas de su pasado —recuerdo. Justo en ese instante me vienen varias imágenes a mi memoria y una conversación en concreto con Emilio que me pone la piel de gallina. Él me reveló el nombre de su yate y me contó que yo lo elegí cuando era pequeña, le puse el mismo nombre que a mi peluche, pero eso lo hice yo, Emma.

Mis latidos del corazón se aceleran y comienzo a temblar.

—Olivia no era mi hija. Mi verdadera hija eres tú —revela de golpe Irene con lágrimas en los ojos.

—¿¡Qué!? —exclamo con la mandíbula desencajada—. No entiendo nada. Mi madre es Aurora, desde que tengo recuerdos la he llamado mamá.

—Tenemos que remontarnos a cuando tu madre estaba embarazada —intercede Emilio, mira a su hija y con ello le pide la palabra. Yo los miro como si todo esto fuese irreal. Mi madre está a mi lado, me coge de la mano y solo me hace un gesto con la cabeza que consigue que sienta un escalofrío por mi cuerpo—. En su quinto mes de embarazo mi hija descubrió que su marido le era infiel con otra mujer. Unas fotos salieron en la prensa y se supo de la deslealtad de su marido. Él intentó que Irene lo perdonase, pero ella le exigió el divorcio. Al verse acorralado, que varios contratos se le cayeron y que todo el mundo lo tachó de infiel y lo condenó por engañar a su mujer a la espera del primer hijo, haciendo menos de un año desde que se casaron, intentó chantajearla con el bebé para que no llevase a cabo el divorcio y su imagen no saliese perjudicada. Le dijo a Irene que le quitaría a su hija, lucharía por ella en un juzgado. Y él sabía que podía ganar la custodia porque Irene tuvo un problema de consumo de drogas en el pasado cuando comenzó con su carrera de modelo —explica—, algo que solo fue un contacto con dieciséis años porque llegó a superarlo y nunca más las probó. Ideé un plan para salvar a mi hija porque sabía que si Alfredo le quitaba la custodia se hundiría. No podría soportarlo. Ya bastante había sufrido en la vida con la pérdida de su madre, el contacto con la droga y la infidelidad de su marido cuando más feliz y enamorada se encontraba —relata mirándome en todo momento a los ojos—. Organicé un plan para comprar a una niña recién nacida y cambiarla por mi verdadera nieta, tú —revela—. De esta forma, mi hija no volvería a sufrir más. Si Alfredo se empeñaba en conseguir la custodia y la obtenía no se llevaría a su verdadera hija, ya que la niña siempre estaría con nosotros como hija de nuestra cocinera, Aurora simuló un embarazo —explica.

De repente, siento que me falta la respiración. Me llevo una mano al pecho mientras miro a mi verdadera madre y al que es mi abuelo. No lo puedo creer. Todo esto debe de formar parte de un

sueño o una broma.

—Eso es una atrocidad —consigo decir—. Olivia… yo… —balbuceo sin ser capaz de hilar todo con mis propias palabras.

—Olivia no era mi nieta de sangre, tú sí. Es por ello que cuando tuvisteis el accidente y me dijeron que una de vosotras había fallecido y tuve que reconocer el cadáver cuando descubrí que era Olivia sentí alivio, mucho —confiesa de forma abierta—. Tú estabas muy mal y tenías la cara desfigurada. Luego nos dijeron que habías entrado en coma y no sabían si saldrías de este algún día. Fue en ese momento en el que tu madre y yo decidimos darte el lugar que te pertenecía, solo que, para no dar explicaciones decidimos que seguirías siendo Olivia para todos y dijimos que fue Emma quien falleció en el accidente —detalla mientras intento asimilarlo todo.

Miro a mi madre que me tiene tomada de las manos, sacudo la cabeza al pensar que Aurora no es mi verdadera madre y varias lágrimas caen por mis mejillas ya que en estos momentos no sé ni quién soy.

—¿Supiste siempre todo? —pregunto con un hilo de voz mirándola a los ojos. No puedo creer que ella también esté metida en todo esto.

—Sí —contesta con lágrimas en los ojos.

Me suelto de sus manos como si hubiese recibido una descarga eléctrica y la miro con desconfianza. Me ha engañado durante años.

—Emma… —balbucea Irene con los ojos anegados de lágrimas.

—Os vino muy bien que no recordase nada cuando desperté y que el pronóstico de los médicos fuese que era muy poco probable que recuperase la memoria alguna vez —los acuso sintiéndome utilizada.

—No te lo vamos a negar —admite Emilio. Miro a ese hombre, al que siempre admiré siendo la Emma del pasado y llegué a querer muchísimo en la piel de Olivia y en estos momentos lo siento como un verdadero monstruo manipulador.

—¿Alguna vez valorasteis decirme la verdad, como Emma u Olivia? —inquiero con el corazón roto de dolor. Los miro a ambos y espero una respuesta.

—Tu madre deseó decírtelo hace muchos años. El destino de Olivia y el tuyo estaba trazado y no podíamos volver atrás, lo que hicimos con vosotras fue muy grave —admite Emilio—. Y cuando estuviste este último año como Olivia junto a nosotros no nos lo planteamos. Sufrimos tanto al creer que podíamos perderte, tras el grave accidente, que salieses del coma sin lesiones y volvieses junto a nosotros totalmente recuperada fue un verdadero milagro.

—¿Alfredo no sabe nada de esto? —pregunto con horror al pensar que fue un plan ideado contra mi verdadero padre.

—No —revela mi abuelo con frialdad. Entonces cierro los ojos y pienso que debe de ser el único de la familia que esté llorando la muerte de su hija en estos momentos. No era el padrino

de la boda, pero estaba en la iglesia y fue testigo de todo lo que sucedió—. ¿Ahora entiendes que da igual que seas Olivia o Emma? Siempre serás tú, mi vida. Mi nieta —revela con orgullo y los ojos llenos de lágrimas, pero estas no me conmueven. Lo veo como un demonio. No le bastó cambiarme cuando nací que lo volvió a hacer tras el accidente. Me siento un juguete en manos de mi abuelo y de mi madre. No sé cómo han podido vivir así todos estos años.

Miro a Aurora e Irene, ambas en silencio, cómplices, con lágrimas en sus ojos y el sentimiento de culpabilidad reflejado en sus rostros, pero no siento pena por ellas, siento pena por mí. He sido la verdadera víctima de toda esta historia. Estas tres personas que tengo delante han jugado con mi vida a su antojo sin remordimiento alguno.

—¿Y qué esperáis de mí? ¿Qué vuelva como si nada y siga fingiendo que soy Olivia el resto de mi vida? —escupo las palabras con asco.

—No. Has recordado y tu madre y yo no queríamos ocultarte por más tiempo la verdad, necesitábamos que supieses cuanto antes que eres mi nieta y su hija, da igual el nombre que lleves.

Muevo la cabeza, pareciéndome todo esto una verdadera locura.

—Somos tu familia, Emma. En estos momentos debes de sentirte… —dice Irene, pero no la dejo terminar la frase. Alzo mis ojos hacia ella, la enfrento y le espeto de forma acalorada:

—No tienes ni idea de cómo me siento en estos momentos. Cuando pensé que había logrado recordar quién era de verdad, resulta que mi vida era una gran mentira. ¿Cómo pudiste tenerme a tu lado y dejar que otra niña te llamase mamá? ¿Atender a una desconocida en vez de a tu verdadera hija? —le reprocho sin piedad.

—Muchas veces me arrepentí de lo que hicimos —confiesa apenada—. Le dimos tu lugar a otra persona, pero también hubo momentos en los que me alegré cuando vi en lo que se convirtió Olivia teniéndolo todo y en cambio quién eras tú. Responsable, seria, estudiosa, cariñosa —enumera con la voz quebrada—. Representabas el orgullo para tu abuelo y para mí, Olivia era la vergüenza y la decepción. Eras su mejor amiga, sabes que no miento.

Tomo una bocanada de aire y suspiro con fuerza.

—Vuelve con tu familia, hija. Te queremos —me suplica Emilio paseando la mirada por el salón pequeño y viejo en el que nos encontramos.

Miro a mi madre, soy incapaz, por el momento, de pensar en Aurora como la simple cocinera de la familia De la Fuente y le pregunto en forma de reproche:

—¿No tienes nada que decir?

—Don Emilio e Irene siempre quisieron lo mejor para ti. Te han cuidado y protegido desde que naciste. Hasta que comenzaste a tener recuerdos de pequeña, tú dormías todas las noches junto a tu madre y yo me encargaba de Olivia —revela—. Os he querido a las dos como mis hijas sin pariros porque os he criado. Sentí su muerte, pero me alegré de que salvaras la vida tú

—confiesa.

—Emma, te queremos y nada ha cambiado. Has recordado tu verdadero nombre, pero ahora que ya sabes la verdad todo puede seguir como hasta el momento —manifiesta Emilio como si nada y esto hace que me enfade muchísimo más.

—¿Esperáis de mí que vuelva a vuestra casa como si nada tras esta escalofriante confesión? —catalogo mirándolos a los tres con frialdad.

—Al menos ve a que te revise un médico —me suplica Emilio—. Toda la familia y amigos te estábamos buscando, has recuperado los recuerdos, algo ha pasado en tu mente y queremos que estés bien. Nos tenías a todos muy preocupados, Hugo…

—No me nombres a Hugo —alzo la voz, enfurecida.

—¿Qué pasó con él? ¿Por qué lo odias? —pregunta con interés.

—No quiero recordarlo, por ahora no os quiero a ninguno cerca. Necesito pensar y asimilar todo esto. Dejadme sola —les ordeno alzando la voz, alterada.

—Deja que te llevemos al hospital —me suplica Irene, preocupada.

—Estoy bien —le confirmo—, mejor que nunca —le espeto mirándola con desconfianza.

—¿Y si vuelve ese dolor de cabeza que sentiste al entrar en la iglesia? —inquiere Emilio con preocupación.

—Estaré bien, pasará. Dejadme sola. —Me levanto, voy hasta la entrada de la casa y abro la puerta invitándolos a marcharse. Irene y Emilio se colocan en pie y comienzan a encaminarse hacia la salida. Cuando advierto que Aurora se queda sentada en el sofá le indico—: Marchaos todos. Sola es sola —pronuncio alzando la voz, con la mirada clavada en Aurora. Ella también me ha mentido todos estos años. Ninguno es digno de mi confianza en estos duros momentos.

Ella se levanta con pesar y se dispone a salir. Cuando voy a cerrar Emilio me indica:

—No tienes móvil, me quedo más tranquilo si estás comunicada, le diré a mi chófer que te traiga el tuyo, algo de ropa y comida.

Me quedo en silencio, les cierro casi en la cara y cuando se han marchado me dejo caer sobre la puerta, me siento en el suelo y comienzo a llorar sin control.

39
Emma

No sé el tiempo que paso acurrucada en el suelo llorando. Apenas siento fuerzas para moverme de ahí. No solo tengo que lamentar la muerte de mi mejor amiga, que me hayan confundido con ella durante un año y que casi termino casada con el hombre que más odio sobre la tierra, sino que a todo eso le tengo que sumar que he vivido en un completo engaño desde que nací. Mi madre no es mi madre y resulta que la vida de Olivia era la que siempre me perteneció.

Intento levantarme e ir a beber algo de agua a la cocina. Cuando miro por la ventana me doy cuenta de que se ha hecho de noche. Unos toques en la puerta me sobresaltan y voy a ver quién es ante la insistencia en la llamada.

Abro y me topo con Gala. El chófer de mi abuelo está a su lado, cargado de bolsas. Miro a mi amiga y ambas nos fundimos en un gran abrazo en el que no paramos de llorar.

—¿De verdad eres Emma? —pregunta mientras me acaricia el rostro con una sonrisa en sus labios, sin dejar de llorar.

—¿Quieres que te recite los artículos del Código Civil para que me creas? —bromeo sin parar de llorar.

—Joder, me alegro de que seas tú. —Me abraza de nuevo y me da un montón de besos.

El chófer de mi abuelo nos interrumpe, me entrega mi teléfono y me especifica antes de marcharse que una bolsa es de ropa y otra de comida.

Gala y yo nos quedamos a solas, la hago pasar al pequeño salón, ella mira la modesta casa con curiosidad y luego se centra en mí.

—Tu madre me llamó y me dijo dónde estabas, me sugirió que igual te hacía falta una buena amiga en estos momentos —revela Gala.

—Gracias. Estoy tan perdida…

—Es normal, has estado en el lugar de Olivia durante un año —comenta—. Todos creíamos que eras ella. ¿Cómo ocurrió? —pregunta con interés.

—Es una larga historia —contesto y mi amiga entiende que en estos momentos no me apetece hablar de ello—. Tengo que pedirte que no le digas a Hugo dónde estoy —le suplico de inmediato—. No quiero verlo, no sé cómo casi acabé casada con él —comento con espanto.

Gala se queda en silencio, suspira y finalmente asiente.

—¿No recuerdas nada de este último año como Olivia? —inquiere mientras me mira con atención.

Me tomo mi tiempo para responderle mientras pienso que hubiese sido una buena táctica ante los demás.

—Lo recuerdo todo —susurro con pesar.

—¿Qué sientes por Hugo? —pregunta con cautela, mientras me observa al detalle—. Estabas muy enamorada de él hasta antes de recuperar la memoria —comenta—. ¿Ha cambiado esto?

—¡Cómo no va a cambiar! —estallo alzando la voz—. Tú mejor que nadie sabes lo que lo odié después de lo que me hizo. No logro entender cómo pude enamorarme de él en este tiempo sin recuerdos —admito sin darme cuenta. Miro a Gala y ya sé que es tarde para rectificar—, pero en estos momentos lo desprecio más que nunca.

—Está como loco buscándote, nunca lo había visto así de desesperado —revela Gala.

—No me hables de él. No quiero saber nada —le suplico llevándome las manos a la cabeza.

—Todo esto es muy difícil y complicado a la vez —comenta Gala—. Han pasado muchas cosas en tu vida en este último año como Olivia.

—No voy a volver a ser más ella —defiendo.

—Creo que en el fondo todos nos hemos alegrado de que seas tú —murmura.

—¿Crees que Hugo sienta lo mismo? Estará espantado —no puedo contener el comentario.

—Se ha enamorado de ti —defiende muy segura.

—No —niego de inmediato—, de Olivia.

—No voy a discutir eso ahora contigo, creo que necesitas un tiempo para asimilarlo todo.

—Tienes razón. —Me abrazo a mi amiga de nuevo y doy gracias de que esté aquí en estos momentos difíciles.

—Deduzco que no habrás comido nada en todo el día, vamos a ver qué viene en esas bolsas y preparo algo de cenar. Esta noche me quedo contigo. No pienso dejarte sola —anuncia Gala. Cuando voy a protestar ella coloca un dedo sobre mis labios y dice—: Hace un año que creía que estabas muerta, deja que recupere el tiempo con mi mejor amiga.

—Estuve ahí —le recuerdo.

—Pero no sabía que eras tú —susurra—. Puedes mirar tu teléfono mientras cocino algo —me sugiere cuando se levanta de mi lado y se dirige a la cocina.

Miro el móvil y no me atrevo a cogerlo, sé que debo de tener muchos mensajes, pero, en especial, no quiero ver los de Hugo. Seguro que tengo muchos. Sin embargo, me acuerdo de Alfredo, es mi padre, no lo sabe y debe de estar llorando la muerte de su hija. Me armo de valor y le pongo un mensaje a mi abuelo, me cuesta pensar en Emilio como tal, sé que lo he hecho en este último año, pero no era consciente de que era Emma.

Le escribo:

Creo que mi padre se merece saber la verdad. En este momento debe de estar llorándole a su

hija muerta. Cuéntale la verdad, se lo debes.

Le doy a enviar y espero que lo lea. Al poco recibo un mensaje en el que me contesta:

Ya sabe que eres su hija. Yo y tu madre tenemos toda la intención de comenzar a hacer las cosas bien contigo. Somos conscientes de que es un poco tarde, pero en la medida de lo posible intentaremos que todo vuelva a la normalidad para que seas feliz, es lo único que queremos. Te quiero. Las puertas de esta casa siempre estarán abiertas para ti. Vuelve cuando quieras.

Me quedo pensativa en el mensaje, me ha sorprendido. Pero de inmediato desecho los buenos sentimientos que tengo hacia él y recuerdo todo lo que ha pasado.

Gala regresa a mi lado y trae un sándwich para cada una.

—Come algo —me indica cuando advierte mi cara de asco al ver la comida.

—Tengo el estómago cerrado, no me entra nada —comento.

—Haz el esfuerzo. Me consta que los días previos a la boda comiste poco con los nervios.

—Si estuvieses en mi situación tampoco podrías comer —alego.

—Y tú estarías ahí, obligándome —me indica y ambas estallamos en carcajadas.

Me animo a dar el primer bocado y poco a poco, con esfuerzo, me como el sándwich casi entero.

—Así me gusta —comenta Gala mirándome con una sonrisa. Se hace un silencio entre nosotras y pregunta—: ¿Qué vas a hacer? ¿Piensas quedarte en este lugar?

—Por ahora sí. Tengo mucho que pensar.

—¿Con respecto a Hugo? —inquiere.

—No, con respecto a mi vida. Tengo que contarte algo —anuncio con cierto temor, pero necesito hablarlo con alguien—. No solo he recuperado la memoria, también me acabo de enterar de que mi verdadera madre es Irene.

—¡¿Qué?! ¿Olivia y tú erais hermanas? —pregunta, confusa.

—No. Ella ocupó mi lugar todos estos años —revelo de golpe, Gala me mira con los ojos muy abiertos, sin entender nada y luego le cuento toda la historia. Necesito a alguien que me ayude a comprenderla.

Tras casi tres horas de charla, miramos el reloj y apreciamos que son las once de la noche. Me siento muy cansada y me duele la cabeza un poco, me tomo un analgésico, doy gracias a que mi amiga traía en su bolso y me marcho a la cama. Gala insiste en pasar la noche en la otra habitación. No quiere dejarme sola. Dejo que se quede porque sé que de estar ella en mi situación yo actuaría igual. Desde que nos conocimos hemos sido muy amigas y me hace muy feliz que tras todo lo sucedido y lo que le he contado me haya dicho que siempre podré contar

con ella para lo que sea.

Cuando despierto por la mañana me viene un intenso olor a café hasta la habitación, bajo las escaleras y la encuentro con una taza en la mano.

—Ya sabes que no arranco por las mañanas sin esto —me indica alzando la taza—. ¿Qué tal estás? ¿Te he despertado? —pregunta con interés.

—Me encuentro bien. Creo que he dormido demasiado, ¿qué hora es?

—Las doce de la mañana, yo también he dormido demasiado —comenta—. Emma, me tengo que ir —dice apurada—. Estamos en plenos finales y debo estudiar.

—Claro, no te preocupes por mí.

—¿Te vas a quedar aquí? —se interesa observando la casa. Es vieja y no está muy limpia.

—Por ahora sí. Necesito estar sola —determino. No tengo ganas de ver a nadie, considero que aún tengo mucho que poner en orden en mi cabeza.

Gala viene hacia mí, me abraza, se despide y antes de marcharse me dice:

—Te llamaré, cógeme el teléfono —y lo siento como una advertencia.

—Lo haré. Gracias, eres una verdadera amiga.

Gala me da otro abrazo de nuevo y susurra:

—Me alegro que seas tú.

Cuando se marcha me sirvo un café y cojo algunas galletas. Me tumbo en el sofá y mi mente vaga, sin querer, al día de mi boda, antes de que apareciesen los recuerdos. La ilusión y el entusiasmo que sentía por casarme con Hugo logran ponerme la piel de gallina y de inmediato dejo de pensar en él en la forma en la que lo hago. Yo lo odio. Lo he odiado desde que se burló de mí.

Por otro lado, no sé qué hacer con mi vida, no quiero volver a casa de mi abuelo, no puedo por el momento, ni deseo nada de él. Determino que tengo que buscarme un trabajo que me permita terminar mis estudios y comenzar una vida siendo yo; Emma.

Pongo la televisión para distraerme un poco y compruebo que el escándalo de que he dejado plantado a Hugo en el altar y he salido corriendo está por todos lados, pero los programas no tienen más información. Especulan las causas por las que no me casé con él, pero no se dice nada de que he recuperado la memoria y no soy la verdadera Olivia De la Fuente. Supongo que cuando todo eso salte a la prensa será otro escándalo, pero no me preocupo por ello. Apago la televisión y atiendo la llamada de Aurora, en tono seco y distante le hago saber que estoy bien y permaneceré unos días más en esta casa, pero tengo que buscarme otro sitio donde irme. Ella no es mi madre verdadera, también me mintió y no quiero nada de esa mujer, al igual que de mi abuelo y de mi madre biológica.

Unos toques en la puerta llaman mi atención, voy a ver quién es y cuando me quedo frente a frente con Alfredo Alarcón no sé qué hacer ni qué decir. Mi relación con él nunca fue estrecha ni

amistosa, lo poco que lo conocía era de lo que hablaba Olivia de él y cuando venía a recogerla a casa cuando era más pequeña. Creo que lo he conocido verdaderamente en este último año.

Me quedo quieta, sin decir nada, mientras miro a ese hombre que es mi padre. Él me observa con lágrimas en los ojos, en silencio y visiblemente muy nervioso.

Da dos pasos, ayudado por sus muletas, aún lleva la pierna convaleciente tras la operación de su caída, y dice:

—Ven a mis brazos, hija mía. —Me refugio en ellos sin pensar y lo siento llorar y temblar a la misma vez que lamenta—: ¿Qué nos han hecho? Todos estos años te he tenido tan cerca y tan lejos a la misma vez.

—Papá —sollozo mirándolo con lágrimas en los ojos. En estos momentos siento que es la persona que mejor me puede entender.

—Lloré tanto cuando dijiste en la iglesia que no eras Olivia… pensar que mi hija estaba muerta… pero veinticuatro horas después tu abuelo me contó todo. Tuve ganas de matarlo —murmura con rencor.

Mi padre pasa hasta el salón y se sienta conmigo, me mira y me vuelve a abrazar, emocionado y con lágrimas en sus ojos.

—Emma, tenemos tanto de lo que hablar, quiero conocerte mejor, solo he sabido de ti en este tiempo que eras la mejor amiga de mi hija. Deseo conocer todo de ti. En los tres meses que estuviste en coma y pensé que eras Olivia me reproché muchas actitudes contigo, debí ser un mejor padre en muchos sentidos y te juro que quiero serlo. No fui el mejor marido ni el mejor padre, pero he aprendido de mis errores —lamenta.

—Conozco la historia —me refiero a su infidelidad a mi madre.

—No tengo excusas para eso, simplemente sucedió. Debo admitir que no estuvo bien por mi parte chantajear a tu madre con quitarle la custodia y privarla de su hija por actos de su pasado cuando sabía que nunca más volvería a caer en ello. Supongo que mis amenazas propiciaron que tu abuelo tramase todo. Tiene tanto dinero que nada es imposible para Emilio De la Fuente, pero no pienso dejar pasar esto que hizo contigo y conmigo, haré que caiga todo el peso de la ley sobre él y su hija —revela con rencor.

Sus palabras producen un fuerte pinchazo en mi corazón y digo de inmediato:

—No quiero que les pase nada —le suplico a mi padre. Él me mira con sorpresa.

—Emma, ¿eres consciente de todo lo que ambos hemos perdido en estos años? —inquiere, serio.

—Lo sé, pero no podremos recuperarlo. Mi abuelo y mi madre están arrepentidos de lo que hicieron. ¿Qué ganamos con meter a la justicia en esto?

—¿Los has perdonado? —pregunta, extrañado.

—No, pero no quiero que reciban un castigo exterior. Creo que es un asunto familiar y no

debemos meter ni a la ley ni a nadie más.

Mi padre asiente, serio, me mira y dice:

—Será como tú quieras. Yo estoy feliz porque he recuperado a mi hija.

Me abraza y siento que es sincero. Me refugio en él y lo tomo como un salvavidas.

—Gracias por venir. Llevo un año considerándote mi padre, pero saber que lo eres de verdad tras recuperar la memoria… Nunca he tenido la figura de un padre real en mi vida —le manifiesto con cierto dolor.

—Recuperaremos el tiempo, hija —promete—. Vente a vivir conmigo —propone. Me quedo en silencio, sopesando una propuesta que me atrae demasiado—. Me quedan tres semanas en Madrid de baja y luego volveré al rodaje en Marbella, puedes venirte —propone—. Te hará bien salir de aquí. La productora de la serie me tiene un piso alquilado, puedes vivir con tu padre.

—Bueno… —titubeo—. No quiero ser una carga para ti. Tienes pareja —le recuerdo.

—Pero no vivo con ella. Además, en estos momentos lo más importante de mi vida eres tú, estar a tu lado y recuperar todo lo que nos robaron. ¿Qué me dices? —plantea con ilusión y un brillo especial en sus ojos.

—Yo había pensado buscar un trabajo, alquilar una habitación con otras compañeras, no quiero volver a la casa de mi abuelo —le dejo claro—, y volver a la universidad para terminar mis estudios.

—Nada de buscar un trabajo ni compartir piso. Terminarás tus estudios y vivirás conmigo. Soy tu padre. No soy rico como tu abuelo, pero te aseguro que te puedo mantener como todos los padres hacen con sus hijos universitarios. Siento que te debo tanto, Emma… No rechaces mi proposición —me ruega.

Tras pensármelo un poco, termino aceptando. Creo que es muy generoso por su parte y en estos momentos que no tengo nada ni sé en qué dirección ir en mi vida lo siento como una tabla de salvación a la que aferrarme.

Recojo un par de cosas de la casa de Aurora y me marcho con mi padre, la única persona que no me ha mentido desde que nací, sintiendo que una nueva vida comienza para mí dejando atrás a la familia De la Fuente y a Hugo.

40
Hugo

Cinco días después

—¡No puedo más! —bramo con los brazos abiertos paseándome intranquilo por el salón de mi ático—. Llevo días aquí encerrado, pensando solo en ella. Estoy harto de que me digáis que no quiere saber nada de mí, necesito hablar con Emma. Joder, dime dónde está. Se te escapó que Gala fue a verla —le echo en cara a Izan, muy enfadado con él y con todos.

—Estaba en Buitrago, en una casa vieja que su madre tenía allí y Emma solía ir a estudiar, pero hace tres días que se marchó. Según Gala ahora vive con Alfredo —revela.

Lo miro con sorpresa y pregunto:

—¿Con el padre de Olivia? ¿Qué coño hace con él? —bramo enfadado.

—Yo que sé. —Izan se encoge de hombros—. En este último año lo ha considerado su padre —justifica.

—A Irene y a Emilio también como madre y abuelo y no está con ellos —murmuro, pensativo.

—Quizás porque sabe que tú puedes entrar y salir de esa casa con facilidad —argumenta, y le doy la razón en ello.

Emma está huyendo de mí, pero se ha acabado. No pienso tolerar esta situación por más tiempo. Tengo que hablar con ella y aclarar esto, por el bien de los dos. Estoy seguro de que está sufriendo tanto como yo.

Valoro presentarme en casa de Alfredo y suplicarle hasta que me deje pasar a ver a Emma, pero decido no precipitarme. Creo que lo mejor es apostarme en la puerta del edificio del padre de Olivia y vigilar sus movimientos. Si tengo ocasión de subir a ver a Emma y que esté sola mejor, ya que si le ha pedido a Alfredo que no me deje entrar cumplirá sus deseos.

Le pido el coche a Izan, no quiero que Emma reconozca el mío y decido ir hacia al domicilio de Alfredo y hacer guardia en la puerta hasta que pueda tener una ocasión de ver a la mujer que amo, porque me da igual que se llame Olivia o Emma, yo la quiero a ella.

Paso dos horas apostado en el coche en la entrada del edificio del padre de Olivia. Miro mi móvil y estoy tentado de llamarlo y suplicarle que me deje subir a su casa y hablar con Emma, pero justo en ese momento lo veo salir, acompañado de la mujer con la que está liado sentimentalmente, y llevan una maleta. Se montan en un coche y se marchan. Una gran euforia se apodera de mí al sentir que es mi oportunidad de subir y hablar con Emma a solas.

Me bajo del coche y me encamino hacia el portal del edificio, de camino allí me encuentro con Gala. Ella me mira con los ojos muy abiertos y dice:

—¿Qué coño haces aquí, Hugo? —me reprocha, nerviosa.

—Necesito hablar con Emma, acabo de ver que su padre se ha marchado.

Gala se queda en silencio y me mira seria.

—¿Te lo ha dicho Izan? ¡Lo voy a matar! —exclama muy enfadada—. Me juró que no te diría nada sobre el paradero de Emma —maldice.

—Gala, joder, estoy desesperado. Hace días que intento verla y hablar con ella. Estoy roto, no puedo más —confieso con el corazón en la mano.

Mi amiga se queda en silencio, mirándome muy seria y pensativa.

—Emma no está bien. No olvida lo que le hiciste. Te odia —manifiesta.

—Quiero tratar de remediarlo. La amo, Gala. Necesito que lo sepa, y también pedirle perdón por lo que sucedió hace años —le revelo, desesperado—. Déjame subir y que hable con ella. Voy a intentar solucionar las cosas entre los dos. No quiero que sufra. Daría mi vida por ella. Tienes que creerme. Ayúdame, joder —le suplico.

Gala se queda en silencio, lo medita y finalmente chasquea la lengua y dice:

—Sube. Está sola. Alfredo se ha ido de viaje unos días con su pareja por temas de trabajo que no podía eludir. Me pidió que estuviese pendiente de Emma, iba a ir con ella a merendar. No la hagas sufrir —me advierte.

La abrazo, le doy un beso y agradezco que me deje vía libre con Emma. Gala se marcha y yo subo al piso donde se encuentra la mujer que amo nervioso, retorciéndome las manos. Tengo unas ganas de verla increíbles, pero no sé cómo me vaya a recibir. Sé que la Emma del pasado me odiaba y jamás me perdonó por lo que sucedió entre nosotros, pero cuento con la ventaja de que recuerde nuestro amor, este sea más fuerte y se convierta en mi aliado para que me perdone y quiera volver conmigo.

Me armo de valor antes de tocar el timbre de la puerta, espero que Emma me abra y decida no dejarme tras el portón. Estoy decidido a quedarme ahí hasta que acceda a hablar conmigo. Necesito que me perdone por mis actos en el pasado y sepa que la amo con toda mi alma. Me enamoré de ella como un loco y no estoy dispuesto a renunciar a la mujer que deseo con todo mi corazón.

Pulso el timbre mientras siento que todo mi cuerpo tiembla por dentro, nunca me había sentido así. Espero tras la puerta y cuando se abre de golpe y Emma dice:

—Ya pensé que no venías. —Obvio, no me esperaba a mí. Cuando se topa conmigo que queda seria, callada y su primer impulso es cerrar la puerta de golpe en mis narices, pero no se lo permito. La aguanto y le suplico:

—Por favor —le ruego colocando una mano en la puerta y acercándome a ella, que me mira

con los ojos muy abiertos, sin decir nada—. Tenemos que hablar, Emma —susurro con emoción, mirándola a sus preciosos ojos. Tiene unas pronunciadas ojeras y la encuentro más delgada. No tiene mucho mejor aspecto que yo.

—No quiero verte —murmura e intenta dar un par de pasos hacia atrás. Se tropieza con el recibidor, está a punto de caer, pero la agarro con fuerza y la sostengo contra mi pecho.

Nos miramos de cerca a los ojos, sentimos nuestras respiraciones alteradas y el palpitar del fuerte latido de nuestros corazones. Ambos estamos temblando, no puedo evitar que un par de lágrimas rueden por mis mejillas, Emma tampoco. En el silencio de nuestras miradas hay dolor, pero también siento amor.

—No puedo vivir sin ti, ya no. Te amo, Emma —susurro muy cerca de sus labios y no puedo evitar apoderarme de su boca.

La estrecho con más fuerza contra mi cuerpo y cuando siento que me corresponde al beso lo profundizo y la alzo en mis brazos. Emma no me rechaza, tiene las manos enredadas en mi pelo y me besa con pasión y desesperación. Sin separarme de ella camino por el salón mientras nos besamos hasta llegar al sofá. Nos tumbamos en este y continuamos besándonos y acariciándonos de forma desenfrenada. Por un momento, Emma interrumpe el beso, me mira a los ojos y, cuando creo que va a rechazarme, vuelve a besarme con urgencia mientras comienza a deshacerse de mi camiseta.

Nos desnudamos con prisa, necesitamos sentir piel con piel, y cuando la tengo dispuesta y preparada para mí entro en su interior, percibo su calidez y ambos gemimos de placer a la misma vez. Siento que este es mi lugar en el mundo, nunca he experimentado nada mejor. La beso, la acaricio y la colmo de atenciones, demostrándole todo mi amor. Sé que la tengo al límite, que no puede más, pero necesito que descubra que esto que tenemos es único. Voy a esmerarme en que recuerde nuestra reconciliación para siempre. El corazón está a punto de explotarme cuando me corro en su interior y culmino en el orgasmo más increíble y maravilloso de mi vida. Acuno a Emma entre mis brazos mientras que no dejo de besarla en el cuello y le susurro que la amo. Ella tiembla aferrada a mí. No ha dicho nada, pero puedo sentir su amor en cada beso y en cada caricia.

Cuando nuestras respiraciones se acompasan y recuperamos el aliento Emma se separa un poco de mí, colocando ambas manos sobre mi pecho, me mira a los ojos, seria, y se levanta de golpe, apartándose. Yo permanezco tumbado en el sofá, intento retenerla a mi lado, pero se deshace del agarre de mi mano. Desaparece en silencio en la habitación y al cabo de unos minutos regresa envuelta en un albornoz negro. Yo continúo tumbado en el sofá, recuperándome de la experiencia, me siento de una forma increíble. Tengo el brazo colocado debajo de la nuca y una amplia sonrisa en mis labios mientras revivo en mi mente lo sucedido con la mujer que amo hace apenas unos minutos. Solo me falta un cigarrillo entre mis dedos, pero no me atrevo a

encenderlo ya que sé que a Emma no le gusta el olor a tabaco y tampoco estamos en nuestra casa.

Me incorporo un poco sobre el codo cuando la siento cerca y la miro con una gran sonrisa. Le haría el amor de nuevo. Emma me mira seria, con los brazos entrelazados alrededor de su cintura.

—Ahora vístete y vete. Ya has tenido una experiencia con la mujer de tus fantasías, pero no podría estar con alguien como tú —escupe entre dientes y estas palabras se clavan en mi corazón como un puñal.

—Emma, ¿qué coño… —suelto de golpe, colocándome en pie frente a ella sin importarme ir desnudo.

—Ahora ya sabes lo que se siente —manifiesta con la mirada llena de rencor.

Intento atraparla entre mis brazos, pero ella grita:

—¡No vuelvas a tocarme! Acabas de probar de tu propia medicina, ahora digiérela —lanza con rencor.

—Tú me quieres, yo te amo. No es como hace unos años —le suplico, desesperado—. Joder, siempre me arrepentiré de lo que sucedió esa noche entre nosotros, pero he cambiado —alego intentando que me crea y me perdone.

—Yo jamás olvidaré la noche en la que me entregué a ti, perdí mi virginidad con un tío del que estaba locamente pillada, y tú te burlaste de mí sin piedad alguna. Me hiciste creer que te gustaba —alza la voz mientras me mira con odio en sus ojos—, y no contento con dejarme claro que solo fui un polvo de una noche, y no muy satisfactorio —añade—, te dedicaste a alardear entre nuestros amigos que le habías arrebatado la virginidad a la mojigata de Emma que aún con diecisiete años no había tenido experiencias sexuales —me recuerda con dolor mientras me reprocha lo sucedido.

Cierro los ojos y trago con dificultad, arrepentido y avergonzado de mis actos.

—Las cosas no son como crees —alego en mi defensa, pero ya tendré tiempo de explicarle todo bien—. Te pido perdón, Emma. Sé que me comporté contigo como un verdadero cabrón. Me arrepentí muchas veces de lo que sucedió, pero era tan egocéntrico que fui un completo cobarde al no reparar todo por lo que te hice pasar. Las cosas han cambiado en este último año, ya no soy ese Hugo que recuerdas. Me enamoré de ti y me hiciste un hombre mejor.

—Te enamoraste de Olivia —pronuncia mirándome con desprecio.

—No tienes ni idea las noches que me tiré sin dormir tratando de dominar mis sentimientos. Admitir que estaba enamorado de ti creyéndote Olivia me costó la misma vida. Yo odiaba a Olivia, era una mujer que me producía asco —escupo entre dientes—. Me sentí un verdadero monstruo al descubrir mis sentimientos, pero los asimilé y me contenté con el hecho de que las personas cambian. El alivio más grande que he sentido en mi vida fue cuando revelaste que eras

Emma, pese a nuestro pasado —confieso extendiéndole las manos, para que se acerque a mí. Necesito que me crea—. Me supuso una agonía admitir que me había enamorado como un tonto de Olivia. Tras saber que eras Emma comprendí porqué me enamoré de ti, yo jamás hubiese podido perder la cabeza por alguien como Olivia. Ella no tenía corazón.

—Vístete y desaparece de mi vista —pronuncia mirándome de arriba abajo con desprecio—. No quiero volver a verte nunca más.

—Emma, esto que acaba de pasar entre nosotros… —intento que recapacite.

—Fue solo sexo, un polvo más. Fin del asunto —resuelve con frialdad.

—Sabes que no. Entre nosotros hay amor —alzo la voz a la misma vez que extiendo las manos simulando la inmensidad de este.

—Por mi parte solo hay odio y rencor hacia un hombre despreciable que me causó una experiencia traumática —revela alterada, alejándose de mí mientras me coloco los pantalones y la camiseta.

—Podemos superarlo —le suplico acercándome a ella de nuevo, intentando que me crea.

—Lo he superado, tranquilo —carcajea mirándome con una sonrisa forzada—. Por eso me he acostado contigo —revela y no la entiendo muy bien—. Desde que me dejaste sola en aquel sofá del reservado donde follamos la primera vez —me recuerda de forma hiriente—, no había podido soportar que otro hombre me tocase, tenía pánico de que se volviesen a burlar de mí como lo hiciste tú —me acusa echando fuego por su mirada—. Mientras estuve en la piel de Olivia caí en tus brazos, pero no tenía recuerdos, sin embargo, ahora que los tengo, ya he comprobado que mi trauma pasó. Si he podido acostarme contigo de nuevo podré hacerlo con otro cualquiera —me espeta con desprecio.

Me quedo paralizado delante de ella, asimilando la dureza de lo que me acaba de revelar. Siento un gran escalofrío recorrer todo mi cuerpo y el odio hacia mí que reflejan sus ojos son como puñales directos a mi corazón.

—Emma, te amo. Estoy dispuesto a aceptar la penitencia que decidas ponerme, pero no acabes con lo nuestro. Nos queremos —le suplico al mismo tiempo que siento que la pierdo. Jamás he sentido una desesperación igual.

—No te quiero cerca. Lo nuestro termina aquí. Esta Emma con recuerdos no te soporta, te odia. Márchate —me ordena abriendo la puerta e indicándome con la mano que me vaya.

Tomo una bocanada de aire, me agacho, recojo mis zapatos y me dirijo a la salida bajo su atenta mirada. Cuando paso por su lado para irme la miro a los ojos y le susurro:

—No sé cómo lo vas a hacer tú, pero yo estoy seguro de que jamás podré sacarte de mi corazón. Vamos a sufrir, y mucho, los dos —manifiesto antes de dirigirle una última mirada y marcharme.

En cuanto pongo un pie fuera de la casa ella cierra la puerta de golpe. El sonoro portazo me

sobresalta y sintiéndome como si me acabasen de pegar un tiro en el pecho, donde percibo como si tuviese un agujero del que mana mucho dolor, me dirijo al coche con el convencimiento de que Emma necesita tiempo para superar el odio que tiene hacia mí y se dé cuenta del amor que nunca podrá borrar. Estoy seguro de que me tiene tan tatuado en su corazón como ella lo está en el mío. No es prepotencia, es solo que la conozco mejor que ella misma.

Arranco el coche sintiéndome un completo hijo de puta por haberle causado ese trauma en el pasado y el cual desconocía hasta el momento, y murmuro: Siempre serás mía. Voy a luchar por ti, Emma. Conseguiré que me perdones así sea lo último que haga en esta vida.

41
Emma

Una vez a solas me abrazo a mí misma, empiezo a temblar y a sentir mucho frío, me dirijo al sofá, pero cuando voy a sentarme ahí recuerdo todo lo sucedido con Hugo y me marcho a mi habitación en casa de mi padre. Me tumbo en la cama y lloro sin poder controlar mis lágrimas. No sé el tiempo que pasó así, salgo de mi mundo cuando escucho golpes en la puerta y mi teléfono suena. La voz de Gala grita desde la puerta:

—Emma, si no me abres en un minuto voy a llamar a la policía pensando que te ha pasado algo.

Arrastrando los pies y el alma me dirijo a la puerta. Me topo con mi amiga de frente que me mira asustada.

—Estoy bien —susurro. Gala pasa por mi lado y murmura:

—Cualquiera lo diría. ¿Qué ha pasado con el cabrón de Hugo? ¿Estás así por él? —inquiere mirándome con atención.

—Sí —revelo tomando asiento en el sofá junto con Gala.

—Pensé que ibais a terminar arreglando las cosas. Me interceptó cuando entraba para recogerte y me pidió que lo dejase subir para hablar contigo. Lo vi roto y desesperado, y accedí. Lo siento —lamenta mi amiga abrazándome. Puedo sentir su culpabilidad.

—No te preocupes. Creo que Hugo y yo necesitábamos una última conversación y dejar todo claro entre nosotros para siempre.

—¿No os habéis reconciliado? Emma, yo pienso que en este año ambos os habéis enamorado de verdad. Nunca vi a Hugo así con nadie. Está enamorado hasta las trancas.

—No puedo olvidar el pasado —le revelo con pesar.

—¿Y si haces un intento? El odio no es bueno —me aconseja mirándome con pena.

—Gala, me sedujo, me hizo creer que estaba colado por mí, se acostó conmigo y luego se lo contó a todos. Sabes mejor que nadie por todo lo que pasé. Nunca más después de eso pude estar con otro tío, por su culpa —alzo la voz, enfadada, mientras le revelo algo que nunca antes había hecho. Mi amiga me mira con los ojos muy abiertos—. Me refugié en los estudios, en sacar las mejores notas. De qué me servía salir si sentía las miradas de todos y cuando se me acercaba algún chico no confiaba en nadie. Cuando alguien intentaba tocarme e ir más lejos las imágenes de lo sucedido con Hugo me atormentaban.

—Lo siento tanto, Emma —susurra Gala con lágrimas en sus ojos.

—Hugo me ha hecho mucho daño. Y en estos momentos no tienes idea de lo culpable que me siento por haberme enamorado de él cuando no tenía recuerdos.

—Pero ahora ha cambiado, te quiere —argumenta.

—Yo veo más en él lo que me hizo que ese amor —murmuro.

—Te veo mal, Emma. ¿Ha pasado algo entre vosotros? —se interesa Gala con cautela, mirándome con atención. Solo llevo un albornoz colocado sobre mi cuerpo desnudo.

—Sí, pero lejos de lo que estás pensando, en esta ocasión he sido yo la que se ha burlado de Hugo. Le he pagado con la misma moneda. —Gala me mira sin entenderme muy bien y se lo cuento todo. Necesito desahogarme con alguien. Mi amiga me entiende y le agradezco que me ofrezca su apoyo.

Gala se queda toda la noche conmigo, sabe que no estoy bien e insiste al saber que mi padre estará unos días fuera por una entrega de premios.

Esa noche recibimos una sorpresa en casa que nos trae la cena. Me alegra ver a Aura. Quedamos en que no hablaremos más de Hugo, entiendo que son muy amigos desde pequeños y llegamos al pacto de que ni ella le contará de mí a él ni al revés.

Pasamos una noche de chicas en la que me alegra que mis amigas me manifiesten que están muy contentas de que sea Emma y esté con ellas.

Aura me pregunta qué planes tengo, sin nombrar a Hugo y les revelo a ambas:

—Me voy a marchar un tiempo con mi padre a Marbella. Vuelve al rodaje en unos días y creo que me hace falta salir de Madrid y alejarme de mi familia para poder pensar con claridad qué voy a hacer con mi vida ahora.

Gala me mira porque Aura no sabe que Alfredo es mi verdadero padre y lo he nombrado como tal. Le cuento toda la verdad mientras que les suplico a ambas que esta información no salga de nosotras por el momento.

Antes de marcharme a Marbella con mi padre, informo a mi madre y a mi abuelo de la decisión que he tomado de alejarme un poco de todo. No he querido verlos desde que me visitaron en Buitrago, al igual que a Aurora, y no dejo que se despidan de mí. Necesito pensar y tenerlos lejos. Creo que me vendrá bien pasar el mes de julio en la playa, donde podré decidir mi futuro sin la influencia de nadie hacia dónde dirigir mi vida.

Mi abuelo intenta convencerme por teléfono de que no me marche, me propone que volvamos a Formentera, intenta persuadirme con mi pequeño hermano, pero no cedo. Primero tengo que estar bien conmigo misma para poder estarlo con las personas que me rodean. Aún no asimilo que Olivia vivió la vida que me debería haber tocado a mí y todo fue intencionado por parte de mi abuelo y con el consentimiento de mi madre.

En estos momentos solo quiero disfrutar de mi padre, él y yo fuimos unas víctimas de las

mentiras de mi madre y de mi abuelo. Justificadas o no, siento que jugaron con mi vida. Es cierto que no me faltó de nada, que siempre me trataron como de la familia, pero nunca pude llamarlos mamá ni abuelo. No puedo perdonar así como si nada. Necesito que mi corazón acepte y cure.

42
Hugo

Hace una semana que desarrollo de nuevo mi trabajo en la empresa de Emilio. Me sorprendió muchísimo, tras nuestro enfrentamiento en la puerta de la iglesia, cuando se presentó en mi casa y me pidió que volviese a ocupar la presidencia porque él no se encontraba muy bien y su hija le había recomendado que pasase el verano descansando en Formentera.

Lo cierto es que no me importa quedarme el resto del verano sin vacaciones. Desde lo que sucedió con Emma no le encuentro sentido a mi vida, siento en todo momento un gran agujero en mi pecho y el sentimiento de culpabilidad no desaparece de ahí, me atormenta día y noche.

He intentado volver a ponerme en contacto con Emma a través del teléfono, pero lo único que he recibido ha sido el bloqueo por su parte. Gala y Aura no quieren decirme nada de ella, y a duras penas por Izan y Gael sé que la mujer que amo se ha marchado con su padre a Marbella. Tenerla tan lejos, no saber por lo que pasa ni lo que hace me tiene de los nervios, pero no puedo hacer otra cosa. Estoy sumido en el trabajo, lo único que me absorbe en estos momentos de mi miserable vida.

Izan y Gael, antes de marcharse unos días de vacaciones, han intentado que salga un poco y me distraiga, pero no me apetece. Mi vida desde que a Emma le volvió la memoria se limita a compadecerme en casa e intentar recuperarla de algún modo y acudir al trabajo. Atrás quedó el Hugo que no podía vivir sin salir de juerga ni despejarse tras intensas horas de estudio o trabajo. En estos instantes donde mejor me siento es en la soledad de mi casa, refugiado en mi dolor y en mi pena.

***

Tres semanas después

Cada día que pasa en mi vida es una agonía sin saber nada de la mujer que amo. Accedo a quedar para tomarme una copa en una terraza de verano en la azotea de un bar esta noche con Izan y Gael solo para obtener un poco de información sobre Emma, sé que ellos, a través de sus novias, sabrán algo. Necesito averiguar dónde y cómo está.

Cuando llego mis amigos ya me esperan con una copa en la mano. Los saludo de forma efusiva tras unas semanas sin vernos porque ambos han estado de vacaciones con sus parejas

fuera de España, sin embargo, evito preguntar cómo les ha ido, no quiero sentir envidia de lo que yo estaría viviendo en estos momentos de haberme casado con Emma o de haber arreglado lo nuestro. He estado tentado de ir en un par de ocasiones a Marbella para tratar de encontrar a la mujer que amo, pero finalmente he decidido darle tiempo y espacio, que sea ella quién me eche de menos, pese a que me ha costado la misma vida contenerme.

—¡Qué tal, tíos! —los saludo. Izan y Gael se quedan mirándome con atención.

—Joder, estás más delgado y has ganado músculo —comenta Gael palmeándome el abdomen.

—Machacarme en el gimnasio ayuda a no pensar —revelo con pesar al mismo tiempo que le hago un gesto al camarero para que me sirva una copa.

—Mientras no te refugies en el alcohol, está bien —murmura Izan.

—Bueno, alguna que otra noche cae una botella en casa —admito.

—Tienes que superarlo, tío —me aconseja Gael.

—Si tienes la fórmula, pásamela —le indico mientras le agradezco al camarero la copa que me ha servido.

—Hemos venido a proponerte que nos vayamos unos días a Formentera —plantea Izan—. Es la inauguración de un sitio nuevo y me han invitado.

—No me apetece —digo de inmediato.

—Vamos, solo será el fin de semana. Nos vamos el viernes por la tarde y regresamos el domingo —intenta convencerme Gael.

—Te hará bien salir de tu ático y del trabajo —me anima Izan.

Me lo pienso y finalmente asiento, creo que necesito distraerme un poco.

—¿Sabéis algo de Emma? —les pregunto de golpe, sin rodeos.

Izan y Gael se intercambian una mirada cómplice que me molesta. Entiendo que les deben lealtad a sus novias, pero, joder, somos amigos desde hace años y saben por la agonía que estoy pasando.

—Sigue en Marbella.

—No entiendo qué hace allí con Alfredo —murmuro, crispado. Me da miedo que pueda encontrar a otro tío y me olvide.

—No debe ser fácil recobrar la memoria y descubrir que durante un año viviste la vida de otra persona —comenta Gael.

—Solo me interesa si se encuentra bien. Recuperó los recuerdos, pero hasta donde supe no quiso ir al médico para que supervisasen que todo estaba bien en su cabeza. Tuvo un accidente muy grave y estuvo tres meses en coma —les recuerdo a ambos.

—Lleva una vida tranquila, relajada en la playa —revela Izan.

—¿Sabéis si tiene intenciones de volver a Madrid después del verano? —No pierdo las esperanzas de que regrese a casa con su madre y de esa forma me sea más fácil verla. Ambas

siempre han vivido en casa de Emilio e Irene.

—Gala me comentó que está estudiando porque quiere terminar el año de carrera que le faltaba entre septiembre y diciembre —revela Izan.

—Si se lo propone lo logrará. Siempre ha sacado unas notas excelentes y ha sido muy buena estudiante —recuerdo con orgullo, pese a que me burlé de ello en muchas ocasiones en el pasado.

De repente, Gael me da un codazo con disimulo y susurra:

—Aquellas tías del rincón no dejan de mirarnos. Nosotros estamos ocupados, pero…

—Paso —lo corto de inmediato.

—¿No me digas que en este mes no has estado con nadie? —inquiere Izan mirándome con los ojos muy abiertos.

—No he tenido ganas —les revelo sin tapujos.

—Joder, un mes —lanza Gael—. Pero tío…

—Ya vale —les corto exasperado—. En mi mente solo está Emma.

—Pues tendrás que arreglar eso —propone Gael.

—Lo sé —admito con un suspiro—, pero no me apetece estar con nadie más.

—Igual lo de un clavo saca a otro clavo… —murmura Izan.

—Dudo que encuentre en ninguna otra lo que tenía con Emma. Nunca llegué a imaginar que pudiese enamorarme así de una mujer. Yo, que no creía en el amor, ni en formar una pareja, ni en la fidelidad —carcajeo con frialdad, sintiendo un gran dolor en mi corazón.

Tras un par de copas más con los chicos en esa terraza, cuando voy al baño me cruzo con una de las chicas que nos han estado mirando toda la noche, intercambio una mirada con ella, se acerca y me susurra en el oído:

—Mi casa no está muy lejos, si te apetece pasarlo bien nos podemos ir juntos.

Su ofrecimiento me deja un poco descolocado, hacía mucho que no recibía una proposición tan directa. Por lo general, antes de conocer a Emma, me largaba con la tía sin ni siquiera preguntarle el nombre, pero supongo que enamorarme de Emma me cambió por completo.

—Hoy no, tal vez otro día —declino la sugerente invitación, le dedico una sonrisa forzada y vuelvo a la mesa con mis amigos, que lo han visto todo y me reciben sonrientes.

—¿Vas a acabar la noche con ella? —preguntan con unas sonrisas.

—Debería —murmuro mirando a la chica, es morena, de intensos ojos azules y tiene un cuerpo de infarto—, pero no me apetece.

—Joder, tío, háztelo mirar con un médico —lanza Gael. Le devuelvo una mirada cargada de resentimiento.

Izan propone marcharnos y lo cierto es que me apetece volver a mi casa, a hacer lo que hago todas las noches antes de dormir, pensar en Emma y en todos los momentos increíbles que

vivimos. Es como una medicina que me ayuda a conciliar el sueño y a pensar que algún día podremos volver a ser igual de felices.

Al día siguiente recibo una llamada de mi padre, no le cojo el teléfono porque estoy trabajando. En el último mes hemos estado algo distanciados, él y su mujer están dedicados al bebé y lo cierto es que tampoco he querido hablar mucho del tema Olivia/Emma.

Mi padre no se da por vencido y me deja un mensaje de voz en el teléfono que escucho al finalizar la tarde.

—Hijo, en tres semanas vamos a bautizar a tu hermano. A Irene y a mí nos gustaría que estuvieses presente. Será en Formentera, al igual que nuestra boda. Te aviso con tiempo para que puedas organizarte. Tengo muchas ganas de verte y nos encantaría que pasases unos días con nosotros antes de finalizar el verano.

Suspiro y estoy a punto de inventar alguna excusa y decirle que no podré asistir, pero lo haré este fin de semana cuando acuda a la isla con mis amigos. Me pasaré a visitarlo y le llevaré algún regalo adelantado por el bautizo como excusa a mi ausencia. No me apetece una fiesta familiar ni que la mayoría me mire recordando el momento en el que Emma salió corriendo de la iglesia y me dejó plantado. La gente aún se pregunta por qué no estamos juntos, qué sucedió. Pero dar explicaciones nunca ha sido mi tónica y así seguiré.

43
Emma

Mi padre entra en mi habitación cuando estoy haciendo la maleta y me sobresalta. No lo esperaba.

—¿Estás segura de lo que vas a hacer? —inquiere mirándome, preocupado.

—Sí —contesto, convencida de ello.

—Fue ver en ese reportaje de televisión a Hugo Serra como ejemplo de juventud y trabajo llevando a cabo con éxito la presidencia de la empresa de tu abuelo y todo cambió en ti —comenta.

Mi padre tiene razón. Esa noche cuando llegué cansada de trabajar en el bar donde su novia me consiguió un curro cuando llegué a Marbella y vi a Hugo en televisión proyectando una imagen de hombre perfecto decidí tomar las riendas de mi vida y ocupar el lugar que siempre me había pertenecido por derecho.

—Todos los méritos siempre son para los hombres, y he decidido cambiar eso —manifiesto con determinación.

—¿Te consideras preparada? —pregunta, preocupado.

—Lo he pensado mucho desde la última llamada que me hizo mi abuelo hace unos días. Me dijo que le pidiese lo que fuese para volver al lugar al que pertenecía y que por fin todos se enterasen que soy su nieta.

—Es un reto, y mucha responsabilidad lo que te propones.

—Lo sé, pero también sé que podré hacerlo. Solo me faltan unas asignaturas para terminar la carrera y con mi abuelo aprendí tanto el tiempo que estuve trabajando en la empresa que me siento preparada.

—¿Crees que Emilio acepte? —pregunta mi padre con dudas. Él ya conoce mis planes.

—Será mi condición.

—¿Me vas a contar algún día qué te sucedió con Hugo en el pasado para que lo odies tanto y no puedas perdonarlo?

—Se burlaba de mí y me menospreciaba por ser la hija de una cocinera que le gustaba demasiado estudiar, era buena en ello y me aburrían las fiestas en las que ellos se divertían sin parar como locos —le revelo a mi padre. No me siento preparada para contarle lo que pasó de verdad entre Hugo y yo.

—Emma, hija, si sientes que todo es demasiado para ti no dudes en volver junto a mí, siempre

tendrás un lugar a mi lado.

—Lo sé, y me siento muy agradecida de que es este mes me hayas brindado tu apoyo incondicional, me hayas cuidado y te hayas preocupado tanto por mí. Me gusta que seas mi padre —le revelo con una gran sonrisa.

—Eres la hija perfecta, cariño. Soy muy afortunado de tenerte.

Me abrazo a él y le doy un beso. Me cuesta despedirme, pero no puedo seguir cobijada bajo sus alas. Ha llegado el momento de echar a volar y marcar mi propio rumbo.

Mi padre me deja en el aeropuerto y cojo un avión rumbo a Formentera. Mi abuelo y mi madre saben que voy a visitarlos y me quedaré con ellos unos días. No sé cuántos exactamente, según me sienta y se dé todo con ellos. Se me hace raro pensar en Emilio como mi abuelo y en Irene como mi madre, pero debo verlos así. Es mi realidad. Sin embargo, creo que jamás dejaré de pensar ni de sentir a Aurora como mi madre.

En este mes que he pasado alejada de todos con la que más he hablado ha sido con Aurora. Creo que ella solo cumplió órdenes de mi abuelo, pero que lo hizo muy bien conmigo. Lo más importante que se le da a un niño no son las cosas materiales, son los recuerdo y las vivencias bonitas, y de eso ella me dio mucho.

Sumida en mis pensamientos vuelvo a la realidad cuando el avión aterriza en la pista de una forma algo brusca. No he podido dejar de recordar el viaje que hice con Hugo desde el mismo aeropuerto en el que he cogido este. Cerraba los ojos y podía sentir su presencia a mi lado, su mano alrededor de la mía, sus besos, sus abrazos… En este tiempo mi padre me propuso ir un día a Málaga, pero no quise volver al mismo lugar en el que Hugo y yo disfrutamos tanto. Nuestro primer viaje juntos. Todo fue tan romántico que tras esa escapada supe que el sitio que él tenía en mi corazón no lo lograría ocupar nunca nadie más. Y aún me duele que sea así pese a que este secreto solo lo sepa yo.

Para mi sorpresa, mi abuelo y mi madre están ahí para recibirme tras recoger mi equipaje. Cuando los veo me quedo sin saber cómo reaccionar. Esperaba que mi abuelo enviase a su chófer.

Mi madre es la primera en dar unos pasos hacia mí, visiblemente muy emocionada, y me estrecha entre sus brazos con fuerza.

—¡Qué alegría más grande tenerte aquí, Emma! Me haces muy feliz —susurra mientras me abraza y me da un beso.

—Bienvenida, Emma —me saluda mi abuelo y me da un abrazo—. No sabes todo lo que he deseado este momento.

Los miro en silencio, sin saber qué decir ni cómo comportarme. Me resulta tan extraño todo que no puedo evitar el nerviosismo que se apodera de mi cuerpo.

—¿Qué tal está Luca? —pregunto para romper el hielo. Interesarme de vez en cuando por mi

hermano pequeño han sido las únicas conversaciones que he mantenido con mi madre en el último mes.

—Está precioso. Es un niño muy despierto. Ya tiene tres meses. Tengo muchas ganas de que lo vuelvas a ver, hija —comenta. Cuando pronuncia la palabra hija la piel se me eriza, tomo una bocanada de aire y me recuerdo que me tengo que acostumbrar a ello.

Salimos al exterior y el chófer de mi abuelo nos espera, me saluda con naturalidad, como siempre, y ponemos rumbo a la villa.

Por Gala y Aura estoy al tanto de que Hugo va a trabajar durante todo el verano llevando la presidencia de la empresa de mi abuelo, sé que no está de vacaciones en la isla con la familia, por ello ni he preguntado por el hijo del marido de mi madre antes de venir. No tengo probabilidad alguna de encontrármelo en casa, por el momento, no estoy preparada para volver a ver a Hugo.

Durante el trayecto, mi abuelo me revela que me tiene una sorpresa en la villa, lo miro con intriga, pero no me dice nada más.

Cuando llegamos la primera que me recibe es Aurora. No puedo evitar salir corriendo, abrazarla y llamarla mamá. Ambas terminamos llorando, en este último mes hemos pasado por muchas emociones muy fuertes.

Alzo la mirada y me encuentro con Fredy, no lo veía desde el día de mi no boda. Lo abrazo y me susurra al oído:

—Bienvenida a casa, no sabes lo que me alegro de que seas tú. —Le devuelvo la sonrisa y me encuentro con el marido de mi madre y mi hermano. Están en el porche, a la sombra por el bebé.

Mi corazón se enternece al ver al pequeño y me dirijo allí, saludo a Rubén con dos afectuosos besos y me entrega a mi hermanito en brazos. Lo estrecho contra mi pecho, lo acuno y le doy un tierno beso que me emociona. Es precioso, muy blanco con unos expresivos ojos azules. Cuando me sonríe no puedo evitar que salten un par de lágrimas de emoción.

—¡Qué guapo estás, Luca! —El bebé me sonríe y se gana todo mi amor.

A mi lado tengo a mi madre y a mi abuelo que presencian el reencuentro con mi hermano muy emocionados.

—Hija, pasemos dentro —me anima mi madre.

—Y aquí está tu sorpresa —anuncia mi abuelo.

Cuando veo a Gala y Aura en el salón lloro de alegría. Mi madre me coge al niño para que pueda abrazar bien a mis amigas. Hace un largo mes que no las veía y no sabía cuándo volveríamos a coincidir.

—Las animé a venir unos días —revela mi abuelo—. Creo que son una parte importante en tu vida y en estos momentos te hará bien tenerlas cerca.

—Gracias —le agradezco mirándolo con lágrimas en los ojos. No apruebo lo que hizo años atrás, pero sé que me adora y daría su vida por mí.

—Amiga, estás más guapa —aprecia Aura.

—Te ha sentado muy bien este mes de descanso y desconexión —dice Gala. Ambas ignoran que he estado trabajando de viernes a domingo, igual que mi familia.

—No lo voy a negar, la brisa, el sol y el mar han sido mi curación. Me han ayudado a ver el camino que quiero seguir.

—Nos alegra mucho que estés aquí con nosotros, Emma —dice el marido de mi madre.

Lo miro y no puedo evitar pensar en Hugo, pero solo le dedico una sonrisa.

—Estamos aquí de incógnito —susurra Gala—. Hemos engañado a nuestros novios diciéndoles que teníamos una fiesta de despedida de una compañera que se marchaba fuera a hacer un máster.

—Gracias. —Me quedo más tranquila al saber que sus novios no saben dónde están. Ellos son íntimos de Hugo y no quiero que sepa dónde me encuentro.

—Bueno, nosotras acabamos de llegar. Vamos a ponernos cómodas y deshacer las maletas, te dejamos con tu familia un rato —dice Gala.

Mis amigas se dirigen a su habitación y yo me quedo en el salón con mi madre, su marido, mi abuelo y el bebé. Se hace un silencio extraño una vez a solas y Luca se encarga de que todos nos centremos en él cuando comienza a llorar con ganas.

—Eso es que tiene hambre —anuncia mi madre.

Su marido le entrega al bebé y ella dice:

—Voy a darle el pecho. Subo a mi habitación que allí estoy más cómoda. —Rubén la acompaña y yo me quedo a solas con mi abuelo.

—Me alegro tanto de que estés aquí —dice de nuevo mirándome con un profundo amor reflejado en sus ojos.

—Hay varias cosas que tenemos que hablar —le indico a mi abuelo, directa al grano. Mi vuelta tiene un objetivo y no quiero perder el tiempo.

—Claro, pasemos a mi despacho —me ofrece con un gesto de la mano.

Nos encaminamos hacia allí y una vez dentro él se sienta frente a mí y me dice:

—Pídeme lo que quieras. Yo solo quiero que seas feliz.

Lo miro unos segundos en silencio y le suelto de golpe:

—Quiero volver a trabajar en tu empresa. Codo con codo contigo en la presidencia.

—Es Hugo quien la lleva ahora. Decidí tomarme el verano de vacaciones, me lo recomendó el médico —revela. Lo miro preocupada y le pregunto:

—¿Estás bien? —Ni siquiera he pensado cómo le podía haber afectado todo esto al corazón de mi abuelo.

—Sí, solo que no era recomendable añadir más carga y tu madre me obligó a retirarme de nuevo de la empresa por un tiempo, pero en septiembre tenía pensado volver. Creo que aún me

quedan unos años al frente de la naviera. El trabajo me da vida.

—Bien, y mi deseo es estar a tu lado. Necesito que me enseñes todo lo que sabes —le expongo con seguridad.

Mi abuelo me mira con orgullo y satisfacción, pero al instante su gesto se ensombrece.

—¿Cómo está todo con Hugo? Desarrolla un papel fundamental en la empresa y no puedo deshacerme de él —murmura, serio, mirándome con atención.

—No tengo intención de que lo eches —anuncio con calma.

—¿Habéis arreglado lo vuestro? —inquiere esperanzado.

—No. Eso no va a suceder —le aclaro de inmediato—. Entre Hugo y yo pasaron cosas en el pasado que jamás le perdonaré, pero quiero demostrar que puedo llegar a ser como él —le revelo a mi abuelo—. Necesito una oportunidad para destacar y tú me la has brindado. —No le digo nada más, pero ese es mi plan. No pienso esconderme más de Hugo, voy a enfrentarlo, a verlo todos los días y a cobrarme lo que me hizo dándole de su propia medicina. Ignorándolo, haciéndole saber que no es nada para mí mientras me voy a dedicar a vivir la vida y a demostrarle que puedo llegar a estar con otros hombres. No olvido esa sonrisa de satisfacción cuando le revelé que era el único hombre con el que había estado. Eso se va a acabar y he decidido que él lo viva en primera persona. Mi venganza está a punto de comenzar. No olvido lo que me hizo y todo por lo que pasé.

—Si estás preparada, cuenta con mi apoyo en todo momento —me ofrece con gentileza.

—Gracias, abuelo. —Cuando pronuncio la palabra abuelo siento que se le humedecen los ojos.

—No sabes todo lo que he pedido que llegase este momento, Emma. Ahora sí vas a ocupar el lugar que te corresponde, para siempre.

—Así será.

—Con respecto a Hugo… —comienza a decir.

—Te voy a pedir que no te metas en nada entre nosotros, excepto que sea laboral —le indico de forma seria y distante. Creo que mi abuelo capta el mensaje, asiente y se queda en silencio.

44
Emma

Tras hablar con mi abuelo subo al encuentro con mi madre. Está durmiendo al bebé, pero cuando me ve lo deja en la cuna y me hace un gesto. Sale de la habitación y me rodea la cintura con el brazo.

—¿Estás bien? —se interesa.

—Sí, ya hablé con el abuelo.

—¿Qué has decidido, mi vida? —inquiere con temor.

—Pasaré unos días aquí en la isla con vosotros. Luego regresaré a Madrid. Gala tiene un contacto en la universidad que me permitió matricularme y deseo presentarme a algunas asignaturas en septiembre. Quiero intentar acabar la carrera en diciembre. Pero, al mismo tiempo, le he pedido al abuelo trabajar en su empresa —anuncio.

—Hija, no necesitas trabajar —me sugiere con delicadeza y amabilidad.

—No. Necesito tener mi propio dinero —determino. Si algo tengo por seguro es que no quiero que me mantenga ni mi padre, ni mi madre ni mi abuelo.

—Sabes que el dinero no es un problema.

—Para mí es importante, si no trabajo con el abuelo lo haré donde sea, de camarera mismo. —Mi madre asiente cuando me ve tan convencida.

—Lo que tú quieras, hija —accede—. Yo soy feliz con tu vuelta a casa —manifiesta.

—No voy a volver a casa —anuncio, y ella me mira, alerta—. Me mudaré al chalet que el abuelo me regaló para mi boda. —Él aún no lo sabe, pero son mis planes.

—¿Sola? —inquiere con sorpresa.

—Sí. Ha llegado la hora de independizarme, de esa forma tú, el bebé y tu marido podréis hacer vuestra vida en la casa que comprasteis.

—Emma, hija, yo solo quiero tenerte a mi lado y quererte.

—Nos veremos con frecuencia, pero ambas debemos aceptar que he crecido —le comento algo seca. Siento la pena reflejada en su mirada y le indico—: Créeme que estoy haciendo un gran esfuerzo contigo y el abuelo.

Mi madre asiente y creo que lo comprende. Me da un abrazo, vamos juntas hasta mi habitación y me ayuda a deshacer la maleta.

Pasamos el resto de la tarde en la piscina, en compañía de mis amigas y no puedo dejar de recordar lo diferente que es todo a hace un año cuando estuvimos aquí. Parece que ha pasado una

eternidad.

Cuando toda la familia se va a la cama me quedo con mis amigas en el jardín tomando algo y picando unos frutos secos, y así se nos hacen las tantas de la madrugada. Aura y Gala me cuentan sus planes tras graduarse, me alegra mucho que ambas vayan a trabajar en Madrid. Gala va a hacer unas prácticas en un bufete de abogados y Aura en la cadena de televisión donde trabaja el marido de mi madre. Finalmente, Aura nos comunica que en octubre se va a ir a vivir con Gael y descubro que es algo que Gala desconocía y ambas la felicitamos muy contentas.

—¿Nos puedes contar tus planes? —me insta Gala—. Cuando tu abuelo nos llamó para que viniésemos y nos dijo que ibas a pasar unos días aquí pensamos que se trataba de una broma.

Mis amigas no saben nada de mis planes, las pongo al tanto y ambas me miran muy serias.

—¿Estás segura de que vas a poder con este plan de estar cerca de Hugo y mostrarle a esta nueva Emma? —inquiere Gala.

—Ha llegado mi hora —anuncio, decidida—. Me hizo pasar cuatro años infernales en mi vida y va a vivir de primera mano cómo me recupero de ello.

—¿Eres consciente de que a esto se le llama venganza? Juegas con la ventaja de que está locamente enamorado de ti, le vas a partir el corazón.

—Él me partió el mío hace tiempo —alego sin piedad.

—Yo solo te pido que esto sea entre vosotros —dice Aura. Gala asiente.

—Soy consciente de ello. No os meteré por medio.

Nos marchamos a dormir y al día siguiente pasamos una jornada increíble en el barco de mi abuelo. Por la noche las chicas me animan a salir y acepto. Hace mucho que no me lo paso bien y ha llegado la hora de comenzar a disfrutar como lo hacen las mujeres de mi edad, estoy decidida a ello.

Me arreglo delante del espejo del tocador de mi vestidor y mientras me maquillo no puedo dejar de admirar mi nuevo rostro. Viví un año con él, pero al no recordar nada del pasado no me resultaba tan extraño como desde el momento en el que recuperé la memoria. Cada vez que veo mi reflejo en el espejo no me reconozco apenas. De la Emma de antes solo quedan los ojos y los labios. Mi nariz es más perfecta, mis pómulos más altos y mi barbilla más redonda.

Me miro el cuerpo entero en el espejo y me veo mucho más delgada, pero he prometido que los kilos que he perdido en este mes los recuperaré. No me gusto tan flaca y huesuda, parezco una modelo y nunca quise ser una de ellas. Siempre estuve delgada, pero jamás llegué a tener una talla treinta y cuatro como en estos momentos. Por ello me prometo volver a la talla treinta y ocho, necesito verme un poco más yo, a la Emma de antes del accidente, ya que, en ocasiones, sino fuese por los recuerdos ni me reconocería a mí misma. Siempre fui una buena persona, amiga de mis amigos, leal y servicial. Cuando Hugo se burló de mí comencé a desconfiar de todos los hombres que se me acercaban, sin embargo, eso de ahora en adelante va a cambiar. Las

terapias con mi psicóloga, las he llevado a cabo en este mes de forma online, me han ayudado mucho a superar a la Emma del pasado y descubrir a la mujer en la que deseo convertirme. Mi primer impulso fue conseguir un trabajo decente de lo que fuese, pero mi psicóloga me convenció de que valgo muchísimo y que tenía una carrera a punto de terminar y con ella un gran futuro laboral por delante, ahí surgió la idea de volver a la universidad, terminar Derecho y comenzar a trabajar en la empresa de mi abuelo. Es una persona enferma de corazón y solo pensar que lo pierda estando distanciados me produce angustia. Lo quiero, y lo que hizo en el pasado no ha borrado ese amor porque me ha demostrado que pese a su egoísmo lo hizo todo por su hija, destrozada por un hombre como yo lo estoy en estos momentos en los que me ayuda a entenderlo un poco mejor pese a que sea la víctima.

Cuando bajo al salón y me encuentro con mis amigas charlan con mi madre y Aura tiene al bebé en brazos, las tres me miran con sorpresa.

—¡Guau! —exclama Gala mirándome sonriente.

—Estás espectacular —murmura Aura. He escogido un vestido corto, ajustado, en color caldera. Mi pelo ha crecido y lo tengo más largo, casi a la mitad de la espalda, y mi piel está más morena, lo que hace que mis ojos color miel destaquen más.

—Hacía mucho que no me arreglaba, casi no me reconozco ni yo —comento con entusiasmo.

—Estás guapísima, hija —me elogia mi madre—. Pasadlo bien.

Aura le entrega el bebé a mi madre, me acerco a él para despedirme con un beso y le doy otro a mi madre, ella me mira con sorpresa y gratitud.

Antes de marcharnos nos pasamos por la cocina, me despido de Aurora y al salir al jardín vemos a mi abuelo y a Rubén charlando mientras se toman un refresco. Les decimos adiós y nos marchamos. Hemos decidido que el chófer de mi abuelo nos deje en el restaurante, desde allí iremos a la discoteca, está cerca, y luego volveremos en taxi.

Durante la cena me encuentro muy animada con mis amigas, les comparto mis planes sobre vivir sola en el chalet que me regaló mi abuelo y ambas se quedan en silencio.

—Ya sé que me lo regaló para mi boda cuando era Olivia, pero mi abuelo no se ha cansado de repetirme que es mío y puedo hacer uso de este cuando quiera, y creo que es un lugar perfecto para comenzar mi independencia y mi vida sola —les explico—. Me ha costado decidirme, lo mismo que volver, pero tras trabajar como camarera los fines de semana durante tres semanas —les revelo—, me di cuenta de que llevo años viviendo una vida que no era la mía y que había llegado la hora de comenzar a vivirla. No lo he hecho por comodidad porque mi abuelo sea rico, el principal motor que me impulsó fue demostrarle a Hugo que puedo llegar a ser alguien como él y al lado de mi familia podía conseguirlo.

—Te apoyamos —dicen mis amigas a la vez. Me toman de la mano y me dan un beso. Las siento orgullosas de mí.

Llegamos a la discoteca y no tenemos que esperar cola, Gala dice su nombre al portero y entramos. Nos acompañan a una zona vip, hoy es la inauguración del lugar y nos presentan a varias personas, entre ellas está Piero, lo recuerdo del año anterior, y para mi sorpresa es uno de los inversionistas. Él mismo nos sirve unas copas y se muestra muy atento. Gala y Aura hablan con él con familiaridad, se nota que se conocen desde hace años, yo no lo recuerdo aparte del año pasado cuando me confundió con Olivia. Aún sigue pensando que soy Olivia, no lo he sacado del error, tampoco creo que sea el lugar ni el momento adecuado para contarle toda la historia.

Estoy sentada junto con mis amigas en un taburete alto en una zona donde podemos ver el resto de la discoteca cuando de repente escucho que Aura murmura muy enfadada:

—La madre que los parió.

Desvío la mirada hacia donde mi amiga tiene puesta su atención y descubro a Gael, Izan y Hugo en la barra tomándose unas copas. Hugo tiene a una sugerente mujer a su lado que de pronto se le acerca y le come la boca. Él le responde y yo siento que mi corazón se rompe en mil pedazos ante esa imagen, miro a mis amigas y las acuso:

—¿Todo esto formaba parte de un plan para ver si me ponía celosa al ver a Hugo con otra mujer y así pudiese perdonarlo? —Alzo la voz muy enfadada.

—Emma, te juro que no tenía conocimiento de que mi novio estuviese aquí —revela Aura con la voz cortada y sin color en el rostro.

—Ni yo tampoco —susurra Gala—. Hijos de puta, nos la han jugado. ¿Crees que supiesen nuestros planes? —pregunta con los ojos muy abiertos.

—Lo dudo —contesta Aura—. Tienes que creernos, Emma. Estamos tan sorprendidas como tú.

Me quedo en silencio sopesando la actitud de mis amigas y concluyo que esto les ha tomado tan de sorpresa como a mí. Las conozco bien y las reacciones de ambas no son fingidas.

Justo en ese momento, como si un grito los alertase, Gael e izan miran hacia arriba, clavan la mirada en nosotras y sus rostros se vuelven blancos al momento. A Gael se le resbala el vaso que tiene en la mano cayendo al suelo, Hugo se despega de la mujer que no lo dejaba respirar, alza la mirada y nuestros ojos se encuentran. Lejos de salir corriendo ni huir de él, eso forma parte del pasado, le sonrío y levanto el mentón. Me pongo en pie y me dirijo al lugar donde está Piero, me ha pedido en varias ocasiones que bailemos y creo que ha llegado el momento de aceptar.

45
Hugo

—¡Joder! ¡Está aquí! —alzo la voz a mis amigos, haciendo a un lado a la mujer que tengo pegada a mí y centrándome por completo en Emma. La pierdo de vista y decido ir donde se encuentra ella. Tengo que explicarle la situación en la que me ha encontrado, joder. Esa tía se pegó a mí en cuanto llegué a la discoteca y fui un imbécil al caer en su juego. Llevo un largo mes sin estar con nadie y ya es mala suerte que el día que decido liberarme aparezca Emma en escena.

Gael e Izan intentan detenerme, pero no lo consiguen. Tengo que verla. No puedo creer que esté en Formentera con Aura y Gala.

Cuando subo a la zona donde se encuentra Emma intentan detenerme porque no tengo acceso a ese lugar, pero encaro y empujo al tío que me lo impide y busco a Emma con desesperación. El corazón me palpita con fuerza y el sentimiento de culpa por cómo nos hemos vuelto a ver no me deja respirar.

Mis ojos la divisan y cuando aprecio que baila con Piero de forma sugerente y él tiene las manos en sus caderas no puedo evitar dar dos grandes zancadas hasta ellos y apartar a ese tío de la mujer que amo de un empujón.

—Emma, tenemos que hablar —le suplico interponiéndome entre ambos y mirándola solo a ella.

—¡Qué coño te pasa! —ladra Piero tirando de mi brazo para encararme.

—No te metas —le advierto entre dientes y me vuelvo a centrar en Emma, la tomo del brazo, pero ella se libera de mi contacto de inmediato de un tirón—. No es lo que piensas, esa mujer… —intento excusarme.

—No me debes explicaciones, no estamos juntos —manifiesta mirándome a los ojos de una forma tan fría que me hiela el corazón.

—Emma, yo te quiero —le confieso con desesperación.

—Ese es tu problema. Yo no —revela con tranquilidad—. Puedes hacer tu vida. No me importa nada de ti —manifiesta serena.

—¿Qué coño te pasa, tío, vas tan pasado que la llamas Emma? —inquiere Piero a mi lado.

—¿No lo sabe? —le pregunto a ella con una media sonrisa.

—¿Cuándo te ha importado a ti el nombre de una mujer? —contraataca—. ¡Qué más da! —alardea con frialdad.

—Tú no eres así —murmuro con miedo.

—No me conoces —me espeta con rencor reflejado en sus ojos y este me hiere porque ella no es así.

—Emma, hablemos en un lugar más tranquilo, por favor —le suplico, desesperado.

Siento un tirón en mi brazo y me topo con el tío que hice a un lado para pasar a la zona donde se encontraba Emma.

—No tiene invitación —le indica el portero a Piero. Este nos mira a Emma y a mí, esperando que sea ella quién decida.

—Vete, Hugo —dice tras pensarlo unos segundos.

No me conformo con su negativa, llevo demasiado tiempo deseando verla, la tomo por ambos brazos y le suplico:

—No me hagas esto. Llevo un mes en el que he vivido en una completa agonía sin saber nada de ti.

—Quién lo diría —murmura burlándose de mí.

—Es cierto —le confieso, desesperado—. Hoy ha sido el primer día que he salido a divertirme y esa mujer es la primera que se me acerca desde que me dejaste —le confieso con el corazón en la mano.

—Acéptalo, tío. Te dejó plantado. No insistas más —intercede Piero.

Me vuelvo, lo encaro y no puedo evitar darle un puñetazo en la cara.

De inmediato me agarran por detrás entre dos porteros y me sacan de la discoteca pese a que me revuelvo e intento zafarme de ellos.

Cuando me dejan en la calle y me advierten de que no vuelva a intentar entrar o llamarán a la policía estoy a punto de no hacerles caso y volver a por Emma, nada me importa, solo ella, pero aparecen mis amigos, se hacen cargo del asunto y me sacan de allí en contra de mi voluntad.

—¡No seas imbécil! No te metas en un lío —me ordena Izan mientras vamos en la parte de atrás de un taxi los tres. Me llevan sentado entre ambos, custodiándome.

—Necesito hablar con ella —alego, desesperado.

—Pues será en otro momento —brama Gael—. Si te quedabas un rato más en ese lugar todo iba a terminar muy mal.

—¿Qué hace Emma aquí con vuestras novias? —inquiero descolocado.

—Yo qué sé, para nosotros también ha sido una sorpresa verlas aquí —argumenta Gael—. Nos dijeron que se marchaban de fin de semana para despedir a una amiga que se iba a hacer un master fuera. Nos mintieron.

—Habéis hablado con ellas. ¿Dónde se alojan? —pregunto con una leve esperanza de ir hasta el hotel y apostarme en la puerta de este.

Mis amigos intercambian una mirada y finalmente revela Izan:

—En casa de Emilio e Irene. —Gael lo acusa con la mirada ante la información y este justifica—: Tarde o temprano se iba a enterar, así evitamos que esté como un loco buscándola por toda la isla.

Suspiro, me quedo un poco más tranquilo al saber su paradero y accedo a que los chicos me lleven a nuestro hotel.

Antes de abandonar ambos mi habitación, me hacen jurar que no cometeré ninguna locura y me dejan solo. Me tumbo en la cama, sin molestarme en desvestirme, y no pego ojo en toda la noche. Unos celos tremendos me consumen, algo que jamás había experimentado antes. La imagen de Emma bailando con Piero y no saber cómo terminará la noche para ellos me hacen arder de rabia y dolor al mismo tiempo. Esta impotencia de no poder hacer nada va a matarme.

A la mañana siguiente, en cuanto sale el sol me ducho y me dirijo a la villa. Tengo la excusa perfecta para encontrarme a Emma, voy a saludar a mi padre y a ver a mi hermano pequeño. No pienso moverme de allí hasta que la vea.

Cuando entro en la cocina y Aurora me ve se sobresalta, se pone nerviosa y mira hacia el interior de la casa.

—Tranquila, sé que ella está aquí. Emma y yo tuvimos un encuentro casual anoche —le informo. No sé cuánto sabe su madre de lo que pasó entre nosotros en el pasado.

—¿A qué has venido, Hugo? —se atreve a preguntar.

—A saludar a la familia, para que no se quejen de que los tengo olvidados. Paso el fin de semana en la isla con unos amigos y no quise dejar de venir a verlos —manifiesto al mismo tiempo que miro a Aurora con atención, valorando si puede ser una aliada, pero dudo que la madre de la mujer que amo esté de mi parte.

De repente, Emilio irrumpe en la cocina, se sorprende de verme, pero me saluda con un abrazo.

—Emma está aquí —revela de inmediato.

—La vi anoche —comento con naturalidad, sin dar más explicaciones. Necesito saber en qué campo me muevo.

—Vamos a tomarnos un café en el jardín. El resto de la casa tardará un poco en despertar —propone Emilio. Acepto mientras siento que me quiere decir algo a solas.

Apenas son las diez de la mañana cuando Emilio y yo desayunamos juntos. Me pregunta por temas de la empresa y me comenta que tiene algunas novedades para septiembre. Anuncia que volverá a la presidencia, pero que habrá algunos cambios. Cuando va a hacerme partícipe de estos aparecen mi padre, su mujer y mi hermanito. Para los tres es una completa alegría verme. Cojo a mi hermano en brazos y siento que haya pasado tanto tiempo sin verlo. Justo cuando lo acuno y le doy un beso Emma aparece. Nuestras miradas se cruzan, pero mantengo el tipo y, por la familia, decido comportarme con normalidad. Necesito que se relaje y no piense que la

persigo.

En el momento que ella aparece se crea cierta tensión, se hace un silencio y todos nos miran sin saber qué decir ni qué hacer.

—Buenos días, Hugo —me saluda Emma con naturalidad, me mira y se sienta en la mesa para mi sorpresa.

La observo con los ojos muy abiertos, desconcertado por su actitud, preguntándome qué ha cambiado.

—Un placer verte, Emma —le indico con los ojos clavados en ella.

—No puedo decir lo mismo, pero tendremos que soportarnos ya que compartimos familia —comenta de forma mordaz mientras se sirve un zumo de naranja de la jarra de encima de la mesa.

—Chicos, ¿aún no habéis arreglado vuestras diferencias? Me haríais muy feliz si volvéis a ser pareja —dice Emilio con alegría.

—Abuelo, me enamoré de él como Olivia. Y no soy Olivia —alega reprendiéndolo con la mirada.

—Ya, hija, pero esos recuerdos y sentimientos no los has olvidado —comenta de forma despreocupada.

—Vivía en la piel de una mujer que no era —trata de justificar.

Se hace un incómodo silencio en la mesa donde todos nos miramos y es Emilio quien toma la palabra.

—Bueno, ahora que estamos toda la familia reunida, quiero da la noticia de que Emma volverá a trabajar a la empresa en septiembre cuando termine sus exámenes —anuncia.

Una sonrisa se dibuja en mi rostro, sintiéndome muy afortunado de tenerla cerca todos los días. Creo que el destino me sonríe pese a que hoy cuando me levanté lo veía todo muy negro con ella.

Le entrego el bebé a Irene y me siento al lado de Emma, me echo otro café mientras que todos miramos como Luca se alimenta del biberón.

—¿Y tus amigas? —le pregunta Irene a Emma con interés—. ¿Qué planes tenéis para hoy?

—Pues se han marchado a ver a sus novios, no contaban con su presencia en la isla este fin de semana. Creo que hoy estarán fuera —comenta mientras siento que el destino me sonríe de nuevo.

—Podemos salir a navegar todos —propone Irene.

La miro y la siento como una aliada, algo me dice que a la familia le gustaría que Emma y yo volviésemos a ser pareja.

—Id vosotros, no me apetece. Tengo el estómago algo revuelto, debe ser lo que bebí anoche —se excusa Emma. La miro y de inmediato sé que no quiere pasar el día conmigo.

—¿Quieres que vayamos a un médico? —pregunta preocupada Irene.

—Mamá, solo es el estómago un poco tonto, nada grave —contesta.

Cuando escucho que la llama mamá miro a todos a mi alrededor, pero lo ven como algo normal y esto me descoloca.

—Discúlpame, pero cuando dices que te encuentras mal todos mis sentidos se ponen en alerta y me muero de miedo, hija.

—No fuiste al médico tras recuperar la memoria y es algo que nos mantiene preocupados —dice Emilio.

—Estoy bien, abuelo. Solo volvieron los recuerdos. Odio a los médicos —contesta Emma.

—Un momento —digo mirando a Irene y Emilio, no comprendo por qué Emma se refiere a ella como mamá y a Emilio como abuelo—. ¿Vas a seguir siendo Olivia o qué pasa aquí? —pregunto con interés y desconcierto a la vez.

Se hace un silencio en la mesa y Emma murmura con sorpresa mirando a todos:

—¿No lo sabe?

—No hemos visto mucho a Hugo como para contarle algo tan importante —justifica Irene mientras yo los miro a todos expectante.

—Emma es mi nieta, la verdadera hija de Irene —anuncia Emilio.

Me quedo en silencio, medito la información y digo:

—No entiendo nada —susurro mirándolos a todos—. ¿Esto es una broma? —inquiero con la mandíbula desencajada—. ¿No eres Emma? ¿Fue ella la que murió? ¿Qué pasó con tus recuerdos? —pregunto sin saber qué está pasando ni quién es realmente la mujer que tengo delante.

—Nos cambiaron al nacer básicamente —revela Emma, seria. Siento que es un tema que le desagrada.

Me quedo en silencio esperando que alguien revele algo más. Finalmente es Emilio quien toma la palabra y me explica una larga historia que me cuesta creer en presencia de todos.

Estoy tan estupefacto que no sé qué pensar. Emma es la verdadera hija de la mujer de mi padre, la heredera de Emilio De la Fuente y comparto con ella un hermano. La miro y verla tan integrada en la familia después del relato de Emilio me sorprende teniendo en cuenta la poca facilidad de Emma para perdonar, sin embargo, representa una esperanza de que pueda hacerlo conmigo.

—¿Por qué me entero de esto ahora? —pregunto con resentimiento sintiéndome excluido de la familia.

—El último mes no ha sido fácil para nadie —argumenta Irene—. Emma necesitaba un tiempo para asimilar todo lo que pasaba en su vida y decidimos que esto no saliese de nosotros.

—Claro, y eso no me incluye a mí —murmuro con rabia.

—Tú estabas pasándolo también muy mal —argumenta mi padre, al que le dirijo una mirada

de desconfianza.

—Esto es de locos —murmuro al mismo tiempo que me levanto de la mesa y me paseo masajeándome el cuero cabelludo, inquieto.

Emma se levanta también y antes de abandonar la mesa dice:

—Pasadlo bien, yo me quedo en casa.

Se marcha y se hace un silencio.

—¿Nos vamos a navegar? —pregunta mi padre.

Voy a responder un rotundo no, pero lo pienso mejor y decido jugar un poco con Emma, que crea que me marcho y se relaje en casa. Saberla sola en la villa es la ocasión perfecta que necesito para hablar con ella sobre nosotros sin interrupciones.

46
Emma

Subo a mi habitación de nuevo y me tumbo en la cama, espero que el zumo de naranja mejore mi estómago. Las dos copas que me tomé anoche me están pasando factura. No estoy acostumbrada a beber y esto que siento debe de ser una especie de resaca.

Me quedo dormida y cuando despierto compruebo que son las doce de la mañana. Estoy algo sudorosa y decido ponerme un bañador y bajar a la piscina a darme un baño.

Cuando Fredy me confirma que todos se han marchado a pasar el día en el yate siento un gran alivio.

—¿Hugo también? —pregunto con insistencia.

—Sí —su respuesta me tranquiliza.

Me dirijo al jardín, dejo la toalla sobre una tumbona y me lanzo a la piscina de golpe. Hago varios largos y salgo a tomar el sol un poco cuando me he refrescado.

Estoy tumbada, con los ojos cerrados, cuando siento una sombra que me quita los rayos de sol, abro los ojos y pego un bote al encontrarme con la mirada de Hugo sobre mi cuerpo.

—¿Qué haces aquí? ¿No estabas en el yate? —pregunto a la defensiva sentándome de golpe y mirándolo de forma acusadora.

—Finalmente decidí no subir —confiesa tomando asiento en la tumbona que tengo al lado—. Emma, tenemos que hablar —insiste.

—Bien, si así cesa que me persigas, habla. Te escucho —lo insto perdiendo la paciencia.

Lo observo agachar la cabeza, retorcerse las manos y luego me mira, serio.

—No te he olvidado. No puedo, Emma. Estás tan clavada en mi corazón que no consigo sacarte de ahí —confiesa.

—Vaya, quién lo diría. Con la rubia que te besabas anoche no parecía que estuvieses pensando mucho en mí —le lanzo de forma mordaz.

—Ya te lo dije, llevo un mes que no vivo, no salgo. Solo me dedico a trabajar. Esa mujer se acercó a mí en la discoteca y no sé cómo terminó besándome.

—No recuerdo verte rechazándola —apostillo—. Pero bueno, que puedes hacer tu vida y volver a tirarte a cuanta mujer se te antoje y burlarte de ellas —añado a conciencia de forma despreocupada.

—Te he pedido perdón y lo seguiré haciendo, Emma. En esa época de mi vida llevaba un camino muy equivocado —justifica—. ¿No puedes perdonarme? Te amo. Mira lo que hicieron tu

madre y tu abuelo, te apartaron de ellos y los has perdonado —compara.

—¿Sabes la diferencia? —le espeto acercándome a él y mirándolo a los ojos de frente—. Que mi abuelo lo hizo por un bien hacia su hija que estaba destrozada porque mi padre le había puesto los cuernos a mi madre y la había amenazado con quitarle al bebé alegando algunas conductas poco recomendables de ella en el pasado. Ninguno de los dos tuvieron intención de causarme daño alguno. No comparto lo que hicieron, y creo que jamás los habría perdonado si no entendiese tan bien cómo de rota te quedas cuando un hombre juega contigo y te humilla. Creo que mi abuelo hizo todo para salvar a su hija en un acto de desesperación. Sin embargo, tú eras muy consciente de lo que hacías cuando me seducías y me mentías diciendo que te gustaba y comenzabas a sentir algo por mí. Me creaste ilusiones, me embaucaste y conseguiste lo que querías. Y no contento con ello me humillaste delante de todos diciendo que tú solo tenías polvos de una noche y que yo pensaba que por acostarte conmigo nos íbamos a casar —le recuerdo con dolor—. Aparte del rumor que hiciste correr que había sido la mujer más sosa con la que habías estado —añado.

—No sabes lo que me arrepiento, Emma —manifiesta con la voz ronca y los ojos cargados de lágrimas—. Y estoy dispuesto a hacer lo que me pidas con tal de que me perdones —suplica.

—No te puedo perdonar, Hugo. Me odio a mí misma por haberme enamorado de ti estando en la piel de Olivia —confieso—. Solo puedo ofrecerte una tregua. Llevarnos bien y tolerarnos por el bien de la familia —le propongo.

—Yo te amo —confiesa de nuevo—. ¿Sabes lo que supone para mí tenerte así de cerca y no poder tocarte ni besarte? —inquiere con desesperación reflejada en su mirada.

—Te comprendo. Yo sentí lo mismo —revelo con rencor y rabia—. Estaba muy colada por ti antes de que jugases conmigo a tu antojo y luego me dejaste destrozada.

—¿Qué nos queda, Emma? ¿Hacernos daño? —pregunta con la respiración alterada—. No puedo verte con otro hombre, eso me mata —confiesa.

—Te comprendo. Yo sentí lo mismo —le indico de nuevo, seria y distante.

—Vas a torturarme, ¿verdad? Para eso has vuelto y has perdonado a tu abuelo y a tu madre, para que viva en mi propia piel todo como lo hiciste tú.

Me quedo en silencio al saberme descubierta.

—Piensa lo que quieras.

—Este mismo lunes tu abuelo tendrá mi renuncia encima de la mesa —determina de golpe y lo miro con sorpresa—. No puedo trabajar a tu lado, verte a diario y consumirme de celos al no tenerte o saberte con otro hombre. Dolerá demasiado, y creo que en eso me comprenderás —lanza la pulla.

—Como quieras. Luego no digas que te estoy echando —comento con aire despreocupado.

—Emma, me enamoré de ti cuando estabas en la piel de Olivia porque no tenías su mente

dañina y egoísta. No sabes las veces que me pregunté cómo una persona podía cambiar tanto tras perder la memoria. No sigas por ese camino o perderás tu esencia. Olivia era alguien vacía y sin sentimientos, disfrutaba a costa del mal de los demás. No te conviertas en alguien como ella —revela con asco al recordar a la verdadera Olivia.

—Mi amiga está muerta, lo mínimo que puedes hacer es respetar su memoria —le reprocho enfadada. No me gusta que hable mal de ella.

—Nunca entendí cómo podías ser la mejor amiga de una persona como Olivia. El resto de la gente la soportaba por su dinero e influencias, pero tú eras diferente —me echa en cara.

—Nos criamos juntas, como hermanas. La quería. Desde que recobré la memoria lloro todas las noches por ella. Era muy joven para perder la vida en ese accidente del que no tuvo la culpa —le confieso alterada.

Hugo me mira, suspira, se levanta y se pasea ante mi atenta mirada, intranquilo.

—Creo que deberías saber una verdad —dice en un susurro—. Dado la culpa que sientes por la muerte de tu mejor amiga voy a confesarte algo. Si te seduje, me acosté contigo y te dejé allí sola después de consumar el acto fue porque todo formó parte de una apuesta que Olivia se encargó de llevar a cabo. En la apuesta yo no era el único tío, pero sabía por mi hermanastra que llevaba ventaja porque te gustaba y me aproveché de ello. Todo lo ideó Olivia —revela.

—Cómo puedes… —grito, alterada, mirándolo con los ojos cargados de lágrimas—. ¿Eres tan ruin que vas a echarle la culpa de tus actos a una muerta? —Lo miro con desprecio.

—Asumo lo que hice, porque yo lo llevé a cabo y caí en el juego de Olivia. Ganar formaba parte del juego y de la diversión. Recuerda que cuando comencé a interesarme en ti también lo hicieron otros tíos como Gon, Izan, Rodri y Roque. Pregúntales a ellos — grita, furioso, al ver con la desconfianza que lo miro.

—¿Cuánto les has pagado para exculparte ante mis ojos? —escupo entre dientes.

—No es mi estilo, Emma. Asumo lo que hago. Solo te estoy revelando una realidad. Tu gran amiga te odiaba, no sé el motivo, pero nadie haría lo que ella hizo contigo. Te diré algo más y cree lo que quieras. Yo no difundí que me acosté contigo y que tras perder tu virginidad conmigo pensabas que entre nosotros habría algo más serio. Ni que fuiste mi polvo más soso y aburrido. De eso se encargó Olivia.

—¡Eres despreciable, Hugo! —grito con lágrimas en los ojos—. ¡Vete! No quiero verte más.

—Bien, pero vas a acabar de escuchar la verdad —manifiesta con los dientes apretados—. Tras acostarnos juntos, cuando me levanté de tu lado me pediste que te abrazase, sin embargo, te dejé allí sola alardeando que habías sido un polvo más y que no iba a abrazarte ni darte mimos porque no era mi estilo —reproduce las palabras mientras que cierro los ojos y las siento como puñales en mi corazón—. Me sentí un monstruo cuando me alejé de tu lado. No te merecías lo que te había hecho, una parte de mí deseaba quedarse contigo y volver a hacerte el amor, ¿sabes

por qué? Porque esa noche descubrí que nunca antes había hecho realmente el amor con nadie, solo había follado. Contigo fue diferente, en cuanto toqué tu piel y sentí tu cuerpo desnudo contra el mío y tus reacciones fue algo mágico que nunca supe explicar. No me voy a excusar, asumo mis actos, pero debes de saber que tu amiga no era una santa. Ella me proporcionó la información de que aún eras virgen a los diecisiete años y que estabas loca por mí. Por todo esto odiaba a Olivia —revela—, por eso cuando regresaste en su piel no te toleraba, prefería tenerte lejos, como te manifesté en aquel primer encuentro que tuvimos en la cocina. Olivia y yo solo nos tapábamos nuestras juergas, para mí era alguien indeseable como persona y mujer. No tienes idea lo que me costó admitir que me había enamorado y comenzar una relación contigo. En mi mente me atormentaban sus actos del pasado —confiesa.

Con el corazón en un puño, latiéndome con fuerza, mientras no dejan de manar lágrimas de mis ojos, miro a Hugo con rencor y le digo:

—Una actuación magistral. Bien hilada y ensayada, pero esta tonta que está aquí no vuelve a caer en tus redes. Ahora te odio mucho más, Hugo Serra.

Envuelvo mi cuerpo en la toalla, he comenzado a temblar y decido marcharme. Hugo intenta que no me vaya, me coge del brazo, pero le grito con rabia:

—No intentes volver a tocarme en tu vida. Eres un hijo de puta —escupo entre dientes, mirándolo con repugnancia.

—Un hijo de puta arrepentido que te ama más que a nada en este mundo y estaría dispuesto a hacer cualquier cosa por ti. No lo olvides —me advierte con una mirada ardiente.

Me deshago de su agarre y me marcho corriendo a mi habitación. Me encierro en ella y lloro durante horas en la cama pensando en todo lo que Hugo me ha revelado y si esto pudiese llegar a ser verdad. ¿Es que en mi vida no paran de salir secretos a la luz? ¿Qué más queda? Me compadezco rota de dolor.

47
Emma

Pasa el resto del fin de semana y no vuelvo a tener más noticias de Hugo. Mis amigas se marchan y no les pregunto por él pese a que me muero por saber si se ha quedado en la isla o ha vuelto a Madrid.

Por el momento no les he contado a Gala y a Aura mi última conversación con Hugo, todo lo que me reveló lo considero tan fuerte que aún tengo que procesarlo para poder manifestarlo en voz alta.

Tras pensarlo mucho decido quedarme en la isla unas semanas más, hasta el bautizo de Luca. Aprovecharé para descansar, tomar el sol y estudiar. Luego volveré a Madrid y comenzaré mi nueva vida. Siento que necesito vivir sola, trabajar y embarcarme en el mundo laboral.

El lunes ceno a solas con mi abuelo en el jardín de la villa, mi madre y su marido han salido a cenar con unos amigos y me he ofrecido a cuidar a mi hermanito, hace una bonita noche de verano y tengo el carro del bebé a mi lado. Mi abuelo me mira algo serio y dice con los ojos clavados en Luca:

—Hugo ha presentado la renuncia a la empresa esta misma mañana. ¿Sabías algo?

Lo miro algo confusa. Esperaba que lo que dijo fuese un farol, pero no ha sido así. Me sorprende que pierda la gran oportunidad laboral que le ofrece la empresa de mi abuelo y el estar cerca de mí. Siento un gran vacío en el pecho cuando debería estar contenta de no tenerlo cerca todos los días, pero lo cierto es que mi plan no era ese. Yo quería que viviese de primera mano en la mujer que me pienso convertir. En unos meses dejaré atrás a la Emma que todos conocían antes del accidente para convertirme en una mujer empoderada y envidiada. Necesitaba que Hugo viese que no arruinó mi vida, que pese a que me dejó destrozada y no pude hacer la vida que llevaban el resto de chicas como yo, había llegado mi momento y ahora sí iba a comenzar a disfrutar y a ser feliz.

—No —miento intentando contener el nerviosismo que se ha apoderado de mi interior.

—No sé qué le pasa a ese muchacho. Le he subido el sueldo, prácticamente le he puesto un cheque en blanco sobre la mesa y lo ha rechazado —comenta mi abuelo, ofendido por la actitud de Hugo.

—Supongo que tendrá una oferta mejor —aventuro.

—Lo dudo. Si la tuviese habría llegado a mis oídos.

—¿Y qué piensa hacer, irse al paro? —inquiero con sorpresa.

—Bueno, según tengo entendido lo que ha recibido de su madre no es moco de pavo, es una buena cantidad económica. Igual piensa emprender en algún negocio. Hugo es bueno, hacía años que no tenía a nadie trabajando en mi empresa como él —revela mi abuelo y no puedo dejar de sentir cierta culpabilidad por ser la que ha ocasionado su marcha y esto repercuta en la empresa de mi abuelo.

—Si la causa soy yo… —murmuro mirándolo con culpabilidad.

—Ah, no, en eso no pienso ceder. Tú siempre estarás antes que nadie así sea Hugo el mejor de todos mis ejecutivos.

—Gracias, abuelo. Para mí es muy importante aprender todo y ser tu sucesora como siempre soñaste. Recuerdo que cuando Olivia dejó la carrera de Derecho me dijiste que un día yo sería quién dirigiese tu imperio.

—Sí, recuerdo que Olivia se enfadó mucho por eso. Llegó a decirme que solo eras la simple hija de una cocinera. Te juro que estuve a punto de revelar toda la verdad en ese momento. Creo que Olivia fue mi verdadero castigo. Tener una nieta como ella; egoísta, inhumana y falsa, todo lo contrario a ti, y tenerla que soportar cada día sin poder decirle que no era sangre de mi sangre.

Me quedo pensativa en las palabras de mi abuelo. Olivia nunca me manifestó que tuviese envidia de mí, todo lo contrario, era buena conmigo, me prestaba su ayuda en todo lo que necesitaba y compartíamos secretos. Yo al menos no revelaba los suyos.

—Creo que Olivia era una persona con muchas caras —susurro al acunar a Luca en mis brazos. Se ha despertado y me miraba con esos ojitos que me pedían que lo cogiese y no he podido resistirme. He de confesar que estoy perdidamente enamorada de este bebé. Si de algo me alegro de haber vuelto a la familia es por él. Siempre deseé un hermano y estar lejos de él me dolía demasiado. Crece muy rápido y no quiero perderme estar a su lado y que me comience a querer. Solo pensar que me pueda ver en el futuro como a una extraña me entristece.

***

Dos días antes del bautizo de Luca, mi madre no ha invitado a tanta gente como para su boda, pero tampoco va a ser algo íntimo y familiar, por accidente, al entrar en el salón y escuchar una conversación entre mi abuelo y Rubén, me entero de que Hugo sí va a venir al bautizo de su hermano. En un principio no sé cómo tomarme la noticia, si alegrarme por verlo después de no saber nada de él en tres semanas o sentir miedo porque estaremos demasiado cerca y probablemente se quede en esta casa.

Mis amigas no podrán asistir al bautizo, Gala e Izan tenían un viaje reservado y Aura y Gael están muy liados con la mudanza al piso nuevo que van a compartir. En un principio iban a alquilar uno, pero encontraron una buhardilla a muy buen precio y que ambos pueden pagar con

sus sueldos.

El día antes del bautizo me pregunto cuándo llegará Hugo, pero no manifiesto ni pizca de interés a mi madre ni a mi abuelo. Salgo con mi madre a recoger nuestros vestidos y a por la ropa del bebé, nos tomamos un helado para descansar un poco y refrescarnos y es cuando mi madre me informa:

—Hugo llega esta tarde y se va a quedar en la villa. Se marchará al día siguiente del bautizo. Espero que no suponga ningún problema para ti. Es el hijo de mi marido y me pareció un poco descortés enviarlo a un hotel. En esta ocasión la hermana de Rubén, su marido y sus hijos, Candela y Darío, se quedarán en casa, también vienen solo un par de días. Al estar finalizando el verano están todos muy ocupados en la vuelta a Madrid y el inicio de la rutina.

—No te preocupes, Hugo y yo hablamos y firmamos una tregua. Compartimos familia y tenemos a un hermano en común. Llevarnos mal solo os haría sufrir a vosotros —le manifiesto con calma.

—Hija, ¿qué pasó entre Hugo y tú? Estabais tan enamorados… Recuperaste la memoria, pero no olvidaste ese amor al igual que todo lo vivido en ese año. Él sigue loco por ti. Me consta que lo ha pasado muy mal —relata mi madre.

—Hugo y yo nunca nos llevamos bien antes del accidente —le recuerdo.

—Sí, compartíais amigos, pero Hugo no era de tu especial agrado —murmura—. Pero también ha cambiado mucho en los últimos dos años. Se volvió más estudioso y comenzó a salir menos y luego cuando se enamoró de ti se volvió un hombre serio y responsable por completo —comenta.

—Sí, pero en estos momentos de mi vida, en los que todo es tan confuso no quiero tener nada con él —le dejo claro—. Necesito terminar mi carrera y centrarme en un trabajo que me guste y con el que me sienta realizada. Por ahora, el amor queda en un segundo plano —le especifico y espero que no insista más con el tema de Hugo. Siento que toda la familia estaría muy contenta si volviésemos como pareja. En algunas ocasiones he sentido el impulso de contarles lo que me hizo Hugo, pero es tanta la vergüenza que siento por ello que no lo he hecho ni creo que nunca me atreva.

Cuando mi madre y yo regresamos a casa me encuentro con Hugo en el salón con nuestro hermano en brazos, jugando y haciéndolo reír. Es una imagen tan tierna y bonita que logra darle un vuelco por completo a mi corazón.

Tras tres semanas sin vernos ni saber el uno del otro nuestras miradas se cruzan, nos quedamos en silencio, mi respiración se altera y de inmediato mi madre dice:

—Bienvenido, Hugo. Me alegra que hayas podido escaparte para asistir al bautizo de Luca.

—Hay que estar presente en los momentos importantes de la familia —dice con la mirada clavada en mí mientras sostiene a nuestro hermano en sus brazos. Este al ver a mi madre se agita,

sonríe y Hugo se lo entrega.

—Es hora de su baño y su biberón —se excusa con nosotros y se marcha.

Un incómodo silencio se hace entre Hugo y yo. Él permanece sentado en el sofá mientras me observa con atención con varias bolsas en mis manos.

—¿Cómo estás? —inquiere con curiosidad.

—Bien —respondo de forma escueta—. ¿Y tú?

—Jodido, pero voy saliendo adelante —revela, serio y distante.

—Mi abuelo me informó que renunciaste a la empresa —comento con un hilo de voz.

—Ya te lo dije, ¿no me creías capaz? No era un farol.

—¿Y qué vas a hacer ahora? —me atrevo a preguntar.

—Llegué al acuerdo con tu abuelo de que dirigiría la empresa hasta septiembre y luego me marcharía. Aún no he decidido qué hacer. Tengo varios proyectos entre manos —revela.

—Que tengas suerte —murmuro al pasar por su lado para marcharme a mi habitación.

—¿Me estás deseando suerte? —pregunta con sorna—. Pensé que me odiabas.

—No te deseo nada malo, no es mi estilo.

—Ya, tu estilo es más pagar con la misma moneda. Lo he captado —lanza con rencor mientras me mira con sus ojos echando chispas.

No le contesto, doy media vuelta y me encamino a mi cuarto. No deseo entablar una batalla verbal con Hugo.

Esa noche cenamos en familia en el jardín de la villa, ya han llegado también los tíos y los primos de Hugo, y al haber tanta gente en la mesa apenas intercambiamos unas miradas. Yo me centro en hablar con Darío y Candela casi toda la velada tratando de ignorar los ojos de Hugo que no dejan de observarme al detalle cada vez que charlo a solas con su primo.

Cuando todos nos retiramos para dormir subo a mi habitación, me pongo un pijama, me desmaquillo y salgo a la terraza antes de irme a la cama como hago todas las noches. Me gusta sentarme y observar el cielo. En algunas ocasiones me he quedado hasta bien entrada la madrugada estudiando ahí. Me resulta relajante.

De repente, pego un brinco cuando me topo con Hugo, sentado en un sillón fumándose un cigarrillo.

—¡Joder, qué susto! —exclamo llevándome la mano al pecho—. No te esperaba.

—Tranquila, solo serán dos noches. —Ambos nos quedamos en silencio, mirándonos—. Estamos como hace un año —rememora Hugo.

Asiento mientras los recuerdos vuelven a mi mente. Todas esas noches en las Hugo y yo nos encontramos en esta misma terraza.

—Todo ha cambiado mucho, no soy la misma persona —murmuro en mi defensa.

—Eres alguien mucho mejor —comenta con emoción en su tono de voz—, pese a que me

haya tocado en esta nueva situación estar alejado de ti.

—La última vez que hablamos me tachaste de ser alguien vengativa que paga con la misma moneda —le recuerdo, seria.

Hugo me dedica una sonrisa ante mi comentario.

—Es verdad —admite—, pero aun así sigues siendo mejor que Olivia. No tienes idea de las noches que pasé en este mismo lugar —Continúa observándome sentado en el sillón— tratando de sacarte de mi cabeza porque, pese a la persona que tenía delante, en mi mente seguía viendo a la Olivia del pasado. No solo me atormentaban los actos dañinos que había llevado a cabo contra otras personas, también sus malos hábitos de drogas y alcohol y con todos los hombres que había estado. Pero finalmente, aquella noche de mi cumpleaños, cuando casi te atropella el coche y estuve a punto de perderte nada más importó que tú, tenerte a mi lado y amarte. El amor lo puede perdonar todo —manifiesta.

Suelto una carcajada amarga al sentir que me está dando una lección de vida, si él pudo perdonarme yo también.

—¿Qué me estás queriendo decir? —inquiero en tono burlón, acercándome un poco a él mostrándole una sonrisa fría.

—Que me quieres, pero no lo aceptas. Y sería muy fácil perdonarme y ser felices.

—Eres un prepotente al pensar que te quiero. Te quise cuando estuve sin memoria en la piel de Olivia, cuando recordé todos esos sentimientos desaparecieron por completo.

—Tengo mis dudas —alardea muy seguro de sí mismo.

—Te lo demostraré. —Tuerzo el gesto sintiéndome victoriosa al mismo tiempo que me giro para marcharme, pero Hugo me toma del brazo con fuerza, me acerca a su cuerpo con brusquedad, me rodea con sus brazos la cintura y se apodera de mis labios sin pedir permiso.

Intento deshacerme de él, pero no lo consigo, él profundiza el beso y caigo rendida como una imbécil sin dominio de su voluntad.

Hacía casi dos meses que no sentía sus labios sobre los míos, su sabor que me vuelve loca, su aroma que me nubla todos los sentidos y sus brazos, protectores, alrededor de mi cuerpo. Gimo sobre sus labios, completamente perdida en el placer que me provoca, lo he echado de menos y compruebo que es mucho mejor de lo que recordaba.

De repente, Hugo se separa un poco de mí, me mira con los ojos entornados y la respiración alterada, y susurra con la voz ronca:

—Dime mirándome a los ojos que no sientes nada por mí. —Me quedo en silencio, trato de zafarme de sus brazos, pero no lo permite—. Eres una completa mentirosa. Te he sentido temblar y esta no es la reacción de una mujer que no siente nada.

—¿Qué pretendes? —le reprocho, alterada y confusa.

—Nada, solo he confirmado mis sospechas —murmura con una enorme sonrisa en el rostro.

—Piensa lo que quieras —escupo entre dientes, muy enfadada por el beso que me acaba de dar. Coloco las manos sobre su pecho duro como el acero, ejerzo presión, lo separo de mí y salgo corriendo a mi habitación. Me aseguro de cerrar la puerta para que no me siga y me meto en la cama con la respiración alterada, el corazón latiéndome tan deprisa que parece que se me va a salir del pecho y sintiendo por Hugo muchas cosas que no quiero sentir.

Cierro los ojos, trato de dormirme y mi subconsciente me transporta a los momentos en los que Hugo y yo fuimos muy felices y él me demostraba su amor, sin embargo, mi maravilloso sueño se rompe en mil pedazos cuando aparecen las imágenes de la noche que se burló de mí. Solo fui una apuesta para él. Me siento en la cama, agitada, me quedo pensativa, observo la luz del día que entra por el balcón y me encamino con paso decidido a la terraza.

48
Hugo

Me sobresalto cuando siento que alguien entra en mi habitación desde la terraza de forma abrupta. Me siento en la cama y me cubro con la sábana ya que dormía desnudo.

—¡¿Qué coño pasa?! —inquiero mirando a Emma plantada frente a mí con ambas manos colocadas en su cintura, observándome como si hubiese matado a alguien.

—¿En qué consistía la apuesta? —me exige mientras sus ojos echan chispas.

—¿Qué apuesta? —pregunto medio dormido, rascándome la cabeza.

—Fui parte de una apuesta, ganaste —escupe entre diente—. ¿Cuál fue el puto premio? —pregunta, furiosa.

—Emma, deja eso —le aconsejo removiéndome incómodo en la cama.

—¡No! —alza la voz—. Tengo derecho a saberlo. —Me fulmina con la mirada esperando una respuesta.

—No acepté el premio —susurro con desgana, pero ella suelta una carcajada amarga en la que deja patente que no me cree.

—¿De qué se trataba para que cinco tíos tuvieseis tanto interés? —insiste.

—Dinero, mucho dinero —revelo con pasividad.

—¿Dinero? —pregunta con sorpresa.

—Sí. Olivia manejaba mucho dinero. Tenía una tarjeta bancaria ilimitada, algo que no teníamos ninguno de sus amigos.

—¿Cuánto era el precio? —inquiere con la voz cortada. No se esperaba que la apuesta se tratase de dinero.

—¿Para qué deseas torturarte más? —le suplico—. Olvídalo todo.

—Quiero ver hasta dónde llegan tus mentiras —contraataca.

—No te miento. —Le sostengo la mirada, ella no se mueve de dónde está, pero no pienso decirle nada más.

Salgo de la cama desnudo, sin importarme la presencia de Emma, ella se queda helada ante mi actitud, sin saber cómo reaccionar. Observo que se calla y comienza a ruborizarse, esbozo una sonrisa y me atrevo a proponerle:

—Voy a darme una ducha, si te apetece me encantaría compartirla contigo.

—Imbécil —susurra enfadada, se da media vuelta y se marcha.

El resto de la mañana no veo más a Emma. Cuando nos volvemos a cruzar solo falta media

hora para trasladarnos a la iglesia donde se llevará a cabo el bautizo. Fijo la mirada en ella mientras desciende por las escaleras con unos pasos elegantes y tan segura de sí misma que me hace admirarla. Está increíble con el vestido en tono rosa palo que ha escogido para la ocasión.

Doy un par de pasos y me coloco en el final de la escalera, para recibirla cuando llegue abajo.

—Impresionante —susurro cuando la tengo al lado, observándola con descaro.

—Deja de mirarme así —me ordena con rabia.

—¿Cómo te miro? —inquiero haciéndome el tonto.

Emma me dirige una mirada envenenada, resopla y se aleja de mí. Va en busca de mis primos y se encaminan hacia el exterior para trasladarse a la iglesia.

Para mi sorpresa Emma conduce su propio coche, en el que la acompañan su abuelo y mis primos. Yo me encargo de mi padre, su mujer y el bebé.

Tras una ceremonia breve, donde Emma rehúye sentarse a mi lado, nos trasladamos al restaurante de un hotel para una comida organizada con todos los invitados.

Cuando llego descubro que estoy en la misma mesa que Emma, mi padre, Irene, Emilio y los padrinos del bebé con sus parejas, ellos han sido los mejores amigos de nuestros padres.

Me las ingenio para sentarme al lado de Emma y la mirada que me dirige casi me hace sonreír. Me atrae muchísimo verla enfadada, dirigiéndome miradas severas cuando realizo algún comportamiento que la descoloca.

Nuestra mesa la atiende una camarera con la que me lie hace un par de años cuando estuve en la isla, ni siquiera me acordaba de ella, pero antes de sentarnos, mientras me ofrecía una copa de vino en la bandeja que llevaba me recordó que su nombre era Judith y pasamos una noche muy interesante. Me mira de forma especial, aletea sus pestañas y me sonríe con descaro cada vez que se acerca a mí. Su actitud es tan evidente que Emma se da cuenta cuando me sirve el primer plato.

—¿A esta también te la has tirado? —susurra mirándome a los ojos, con una sonrisa forzada en sus preciosos labios.

—No te voy a mentir, tuve una vida antes de ti de la que no me enorgullezco —puntualizo en un susurro. Tiro la servilleta al suelo queriendo, me inclino a recogerla, clavo a mirada en sus piernas, tengo el atrevimiento de poner una mano en ella y desde su pantorrilla la subo hasta el muslo. Siento cómo Emma abre mucho los ojos y le digo—: Han pasado muchas mujeres por mi cama, pero ninguna ha dejado el recuerdo tuyo. A ti no te puedo olvidar.

De repente, siento un fuerte dolor en mi mano y la retiro, desvío la mirada de los ojos de Emma hacia el lugar y descubro que me ha pinchado con el tenedor de forma intencionada. Me muestra una sonrisa forzada y añade:

—Para que no se te olvide que tocarme lleva sus consecuencias.

—Las soportaré —le indico con una gran sonrisa mientras me masajeo la mano. Me ha hecho

daño.

—Tú mismo —responde con el mentón alzado, muy segura.

Tengo que dominarme para no plantarle un beso ahí mismo delante de todos, dios, cómo la deseo. ¿Cómo no me di cuenta hace años que era la mujer perfecta?

En lo sucesivo Emma procura no mirarme, se centra en el resto de los comensales de la mesa. Tras el postre Emilio se coloca en pie y pide un brindis por su nieto Luca, todos lo imitamos y chocamos nuestras copas. Cuando llega el momento de hacerlo con Emma le sonrío y le susurro:

—Te amo. —No le doy capacidad de reacción, brindamos y bebo el caro champán mientras que ella se queda mirándome atónita.

Suspira y lleva la copa a sus labios mirándome como si quisiese matarme al mismo tiempo que yo disfruto del momento.

En la sobremesa mi padre y su mujer han contratado un grupo musical para amenizar el resto de la tarde. Todos nos quedamos muy sorprendidos cuando Irene y mi padre abren el espectáculo bailando una pieza de bachata que nos deja a todos con la boca abierta. Tras el increíble espectáculo la madre de Emma reconoce:

—Llevamos yendo a clase un año y medio, para nuestra boda no nos sentíamos preparados.

—Ha sido espectacular. Me ha encantado —les indica Emma con entusiasmo.

—Yo voy a clases de bachata dos veces en semana, son geniales y el grupo es muy animado. ¿Te quieres apuntar en Madrid? —le ofrece mi prima Candela.

Imaginarme a Emma bailando bachata con otro tío me pone enfermo de inmediato y estoy a punto de reprender a mi prima por haberle dado esa información.

—Oh, me encantaría —acepta encantada mientras que yo siento cómo el cuerpo se me enciende.

—Hablaré con mi profesor para que te incluya en el grupo de septiembre.

—Gracias —le dice Emma muy animada.

Suspiro mientras me meto las manos en los bolsillos y me alejo para tomarme una copa, siento que la necesito.

Para mi sorpresa, Judith está en la barra y es la encargada de servirme la bebida. No desaprovecha la ocasión, coquetea conmigo de forma descarada y me propone:

—¿Tienes algún plan después de este evento?

—No —respondo de inmediato.

—Salgo a las ocho y tengo mi coche en la parte de atrás —me informa tras guiñarme el ojo.

Yo solo asiento, recojo mi copa y entablo conversación con mi primo, que me palmea el hombro y me pregunta:

—¿Tú llevarías mal que intentase algo con Emma? Ya no tenéis nada y me gusta mucho.

—Tócala y eres hombre muerto —le advierto serio y luego me llevo la copa a los labios.

—Joder, pensé qué… Te vi con la camarera… —argumenta Darío.

—Emma es única. Y si no estoy con ella es porque se empeña en alejarme de su lado —ladro con poca paciencia—, pero solo es cuestión de tiempo, volveremos a estar juntos.

—Suerte, primo. Porque se acaba de ir con un tío que la ha recogido en un descapotable negro.

—¡¿Qué?! —pregunto con los ojos muy abiertos—. ¿Con quién coño se ha ido? —bramo mirando a todas las personas que nos rodea.

Candela se acerca y su hermano le pregunta por Emma, a lo que responde:

—La ha recogido un tal Piero.

—¿Y dónde iban? —la apremio tomándola por el brazo.

—Me dijo que era una sorpresa —murmura Candela.

—¡Joder! —ladro, le doy un gran sorbo a la copa y maldigo a ese tío.

Me dirijo a la camarera y le propongo:

—¿No puedes escaparte un poco antes? —Ella me sonríe, envía un mensaje y luego me indica que es libre.

Quedo con Judith en el aparcamiento y cuando me voy a largar con ella veo aparecer a Emma y Piero en el coche de este. El descapotable viene cargado de globos infantiles. Observo cómo los descargan mientras que Irene se lleva las manos a la boca, sorprendida.

Me largo con Judith sin entender nada. Pero cuando observo que Piero entra en la fiesta es todo lo que necesitaba para no volver más a esa celebración.

49
Emma

Admiro el gran *photocall* que la hermana de Piero ha montado en la fiesta, junto con un montón de globos infantiles. A todos los invitados les encanta y se hacen un montón de fotos.

No sabía que regalo hacerle a mi hermanito por el bautizo, quería algo que sorprendiese a mi madre y pudiese disfrutar en el día de hoy, y cuando Piero me dijo que su hermana Bella tenía una empresa de decoración de eventos tuve claro que quería que todos recordásemos este día de una forma especial.

Les presento a Piero y a Bella a mi madre y se muestra muy atenta y amable con ellos. Los invita a que se queden en la fiesta y ambos aceptan. Bella me cuenta que ella solo está en la isla cuatro meses al año, el resto lo pasa en Madrid. Tiene dos hijos pequeños y me resulta una mujer muy cercana. Quedamos en vernos cuando estemos en Madrid y Piero nos sorprende al comunicarnos que tras el verano tiene que pasar tres meses en la capital para abrir un par de negocios de los que será socio.

Cuando la fiesta está a punto de terminar me doy cuenta de que Hugo no ha aparecido por el *photocall* y que hace mucho que no lo veo. Me acerco a sus primos para interesarme por él y escucho que Darío le dice a su hermana:

—Hugo se fue con la camarera.

Siento como si me clavasen un puñal en el corazón, pero me recompongo rápido. Fuerzo una sonrisa y les ofrezco:

—Mi amigo Piero es socio de una discoteca y me ha invitado a que me pase un rato tras el bautizo. ¿Os animáis? Su hermana también va a venir.

—Por supuesto —aceptan de inmediato Darío y Candela.

Regresamos a casa y son más de las cinco de la madrugada. Nos lo hemos pasado genial y los tres llegamos en un taxi porque hemos bebido unas copas.

De camino a mi habitación no puedo evitar pensar si Hugo habrá llegado o aún estará en la cama con la camarera. Veo su puerta cerrada, pero no compruebo su presencia. Estoy tan cansada que me meto en la cama y procuro no pensar en él.

A la mañana siguiente cuando aparezco por el jardín toda la familia está almorzando. Hugo me mira de arriba abajo y no dice nada.

—¿Qué tal lo pasasteis anoche? Darío y Candela aún no se han levantado —comenta la madre de los chicos.

—Nos lo pasamos muy bien. Piero y su hermana son unos grandes profesionales en todo lo que hacen —digo.

—Me encantó la sorpresa, hija. Bella se disculpó mil veces conmigo por no haber podido montar todo antes, pero como se le averió la furgoneta en medio de la carretera llegaron tarde —explica mi madre al resto en la mesa.

—Piero nos ayudó y mi regalo llegó, aunque un poco tarde —revelo mientras que siento la mirada de Hugo clavada en mí.

De repente, Hugo se levanta de la mesa, dejando su plato a medias, y dice:

—Me voy a terminar la maleta. Mi avión sale en tres horas.

Se hace un silencio en la mesa, y cuando ya ha desaparecido, mi madre me comenta:

—Creo que igual se ha enfadado porque no contaste con él para hacer el regalo a vuestro hermano.

Suspiro y me encojo de hombros. Como algo y luego me retiro a mi habitación.

Cuando pienso que Hugo ya se ha marchado me topo con él en la terraza. Ambos nos miramos en silencio y con los ojos cargados de reproches.

—Adiós, Emma —se despide de mí.

—¿Aún no te has ido? —le indico con aire despreocupado, sin reparar mucho en su persona. Centro la mirada en el mar. Me gusta descansar en la sobremesa en la terraza.

—Quería preguntarte si lo pasaste bien anoche con Piero —dice y lo siento como un reproche.

—Tan bien como tú con la camarera con la que te largaste en medio de la fiesta del bautizo de nuestro hermano —manifiesto con cierto tono molesto.

—Tú lo hiciste antes con ese tío —me acusa con una mirada hiriente.

—Yo no me largué para tirarme a nadie —le echo en cara escupiendo las palabras.

—¿Te molesta? —contraataca acercándose más a mí.

—Para nada. Puedes hacer tu vida que yo haré la mía. Creo que te he dejado muy claro que te quiero bien lejos de mí.

—El problema es que a mí me gustaría tenerte atada a mi cuerpo, que fueses solo mía —confiesa con los ojos entornados y una mirada ardiente.

—¡Quién lo diría! —me burlo.

—Una sola palabra tuya, un solo gesto, y estaré a tus pies por el resto de mi vida, Emma. Te juro que no sé qué más hacer ni cómo pedirte perdón para que me creas que te amo más que a nada. Solo me queda morirme por dentro cada vez que veo que un hombre se te acerca y querer matarlo con mis propias manos. Nunca había experimentado los celos hasta ahora y son una completa agonía —revela.

Lo miro con el corazón revolucionado, no soy de piedra a sus palabras, pero no dejo que me afecten.

—Adiós, Hugo —lo despido alzando el mentón y mirándolo a los ojos conteniendo todas las emociones que llevo por dentro.

Él da dos pasos hacia mí, decidido, pero se para en seco, me mira, emocionado, y murmura:

—Te amo, no lo olvides nunca. Puedes acostarte con otros como yo, pero nunca será lo mismo. Te lo digo por experiencia. Siempre sentirás que te falta algo, que no es perfecto, porque lo nuestro es único e irrepetible.

Hugo se da media vuelta y se marcha. Estoy tentada de salir corriendo tras él y decirle que no me he acostado con nadie, que sus recuerdos aún me lo impiden, pero me acurruco en el sofá y cierro los ojos diciéndome que esto es lo que yo quería, a Hugo lejos de mi vida y sufriendo por mí, como yo lo hice por él cuando sucedió todo. Sin embargo, ¿por qué me siento así de mal?

***

Regreso a Madrid la segunda semana de septiembre, en la villa, a solas con mi abuelo, tengo mucha paz y silencio para estudiar y decido retrasar mi vuelta hasta un día antes de la fecha de mi primer examen. Estoy nerviosa e ilusionada a la vez. Sé que es mucha carga presentarme a tres asignaturas y dejar otras tres para diciembre, pero estudiar y retener información siempre se me dio muy bien.

Cuando volvemos a casa mi abuelo insiste en que me quede a vivir con él, pero no accedo pese a que sé que ahora vivirá solo con Aurora y Fredy. Mi madre y su marido, junto con mi hermanito se han marchado al chalet que compraron y yo necesito mi espacio. Sé que mi abuelo no lo comprende, pero durante casi toda mi vida he intentado contentar a todos los que me rodeaban sin fijarme demasiado en mí, creo que ha llegado la hora de ser yo y que los demás me acepten.

Mi abuelo me ofrece que Aurora se vaya a vivir conmigo, pero lo declino. Convivir con la mujer que he considerado mi madre hasta hace poco no lo considero independencia.

Entro en mi nueva casa, la admiro y me acomodo en ella. La siento demasiado para mí, pero es la que tengo. Si le pidiera una a mi abuelo más pequeña y en el centro de la ciudad accedería, pero no deseo que me consienta en cosas materiales. De ahora en adelante, con excepción de esta casa y el coche que me regaló, todo lo que tenga quiero conseguirlo por mí misma.

Aura y Gala están ansiosas por ver mi nueva casa, cuando mi abuelo nos la regaló no tuvimos ocasión de enseñarla a los amigos, y por verme, pero les pido que quedemos cuando termine mi último examen a finales de mes. Hablo con ellas a diario y me adapto a mi nuevo hogar mientras tengo todo el sofá y la alfombra del salón llenos de apuntes, libros y leyes.

El día de mi último examen mis amigas están esperándome en la puerta de la universidad. Me abrazo a ellas y me dicen:

—Ya eres libre, vamos a secuestrarte hasta la noche. Hoy día de chicas.

—Me encanta el plan —murmuro con alegría.

Me dejo arrastrar por ellas, comemos juntas y luego me ponen al tanto de sus vidas. Ambas han comenzado las prácticas en sus nuevos trabajos y Aura y Gael están terminando las reformas de su casa y la próxima semana se mudan.

—Tenemos que hacer varias inauguraciones de hogares —propone Gala—. ¿Qué tal es vivir sola en un superchalet? —inquiere.

—Me gusta. La independencia es increíble —le indico, sonriente.

—Brindemos por nuestras nuevas vidas —propone Aura alzando el vaso de la bebida que tenemos en la mesa.

—¿Qué planes tienes, amiga? —se interesa Aura.

—No han cambiado. En unos días me incorporaré a la empresa de mi abuelo y seguiré viviendo sola.

Se hace un silencio entre nosotras y las miro con interés.

—¿No nos vas a preguntar por Hugo o sabes de él por su padre? —pregunta Gala.

—No sé nada de él, he querido centrarme en mis estudios y tenerlo en mente me altera —reconozco.

—Gael, Hugo e Izan están montando una empresa entre los tres —anuncia Gala con entusiasmo.

Me quedo paralizada, es algo que no sabía.

—¿Y de qué es la empresa? —inquiero con curiosidad.

—Transportes, nacionales e internacionales, por navegación y carretera —especifica.

—Vaya, es un proyecto muy ambicioso —murmuro con sorpresa.

—Hugo tiene el dinero que le dejó su madre y a Izan y a Gael los financian sus padres —revela Gala.

—Espero que todo salga bien. Nos hemos embarcado en una casa en propiedad y un negocio, y mi sueldo de becaria es una mierda —se queja Aura.

—Saldrá bien.

—Los chicos están muy ilusionados, trabajan mucho —dice Gala—. Los he ayudado con el proceso de constitución de la empresa y en un futuro si les va bien y yo tenga más experiencia con el máster en el bufete me prometieron trabajar con ellos.

—Me alegro mucho —le manifiesto a Gala. Comparto su ilusión, solo que yo no llegaré a ejercer la abogacía como ella. He decidido emprender mi mundo laboral en la empresa de mi abuelo, por otra parte, sé que a él le preocupaba no tener quién dirigiese su imperio cuando se jubilase dentro de unos años. Espero aprender todo lo que él sabe y ser una digna sucesora.

Después de comer con mis amigas nos marchamos a una terraza y para finalizar la tarde Aura

propone ir a su casa. Ha recibido un mensaje estando juntas donde le informaban que los obreros habían terminado todas las reformas y no quiere ni esperar a Gael para ir a verlo.

—Estará todo sucio —nos advierte—. Mañana va el servicio de limpieza y pasado mañana nos llegan los muebles.

—Joder, qué rápido —comenta Gala.

Llegamos a la zona del centro donde han comprado la buhardilla y subimos hasta ella, las tres tan ilusionadas como si fuese nuestra. Abrimos la puerta y pese a haber suciedad en el suelo y cosas por medio, las paredes, el suelo, las ventanas y las puertas son nuevas. Aura lo admira todo con ilusión. Es un lugar pequeño, con una habitación, un baño, y un salón cocina, todo integrado. Apenas tiene sesenta metros cuadrados, pero lo considera un lugar perfecto para comenzar a vivir con su pareja. Esto hace que recuerde los momentos en los que me mudé a casa de Hugo, fue mágico. Cuando hay amor no importa el espacio ni los lujos.

De repente, la puerta se abre y aparecen Izan y Gael. Aura no lo esperaba, pero ambos se funden en un abrazo y besos y consigo sentir envidia.

Saludo a los chicos, hacía mucho que no los veía, y luego les doy la enhorabuena por su nueva empresa deseándoles lo mejor.

Gael mira el reloj y dice:

—Se nos hace tarde.

Gala y Aura intercambian una mirada cómplice mientras yo los miro y pregunto:

—¿Qué vais a hacer? —Por la cara de los cuatro creo que tienen planes juntos y yo los desconozco.

Se hace un incómodo silencio hasta que Aura dice:

—Es la fiesta de cumpleaños de Hugo, ha decidido hacerla hoy viernes por la noche que a las doce ya será veinticinco.

—Ah, vale. Yo ya me iba a casa. Estoy cansada —justifico mientras siento un gran vacío que no sé explicar.

—La semana que viene hacemos la inauguración —dice Gael—. No puedes faltar. No podremos ser muchos —bromea mirando el espacio reducido de la casa.

—Yo también os tengo que invitar a mi casa, si queréis podemos hacer algo este fin de semana.

—Me parece genial —comenta Gala.

—El domingo nos podemos reunir —propone Aura.

—Perfecto, mañana lo preparo todo —le manifiesto con ilusión.

50
Hugo

Me miro en el espejo mientras me abrocho la camisa y pienso que hace justo un año que decidí que mi corazón le perteneciera a una sola mujer y para siempre. Ahora Emma está muy lejos de mí y no acudirá a mi cumpleaños. He estado tentado de enviarle un mensaje para que viniese, pero, al mismo tiempo, he valorado que tenerla cerca y no poder besarla ni abrazarla me dolerá más.

Cojo la cartera y las llaves del coche y me dirijo hacia mi fiesta, decidido a pasármelo de escándalo y celebrar como se merecen mis veintiséis años.

Cuando llego a la discoteca todos mis amigos me esperan, tomamos algo, bailamos y mientras no puedo dejar de pensar en Emma. No sé qué coño hago mirando hacia todos lados como si estuviese buscándola. Decido olvidarla con la primera tía que se me acerque y eso hago, me lío con ella, es la relaciones públicas que ha organizado mi fiesta, se llama Marina y me propone ir a la parte de arriba para tener más privacidad y felicitarme en la intimidad. La miro con una sonrisa traviesa y acepto. Sin embargo, de repente, una explosión en varios focos de la pista del centro hace que se cree un gran revuelo de gritos.

—Vamos —le indico a la mujer que llevo de la mano para salir de allí.

Intento buscar con la mirada a mis amigos, solo veo a Gael y Aura que corren hacia la calle. Me preocupo por mis primos, no los veo, salgo a la calle y los busco con desesperación. Los encuentro entre dos coches, solo falta Izan y Gala llora desesperada. Su novio no ha salido de la discoteca. Sin pensármelo dos veces vuelvo a entrar y lo busco, su novia no estaba con él cuando explotaron los focos y desconoce dónde podía encontrarse. Grito el nombre de mi amigo entre el caos y todo lo que se ha derrumbado del techo y tras buscarlo con desesperación, hay un poco de humo y varias columnas caídas, encuentro a Izan atrapado. Una estantería cerca de la barra le ha caído encima de la pierna. Me explica que la tiraron la gente ante el pánico y el caos creado.

Saco a mi amigo, lo cargo como puedo y salgo con él al exterior. Ambos tosemos y nos sentamos en el suelo. Nuestros amigos salen a nuestro encuentro y llaman a una ambulancia.

Los sanitarios nos atienden, nos llevan al hospital y determinan que Izan tiene una pierna rota, yo solo tengo varios golpes y contusiones por el cuerpo, ocasionados al entrar a rescatar a mi amigo.

Cuando salgo a la sala de espera para reunirme con el resto me topo con Emma. Gala está abrazada a ella llorando.

Mis ojos se encuentran con los de la mujer que amo. La miro, emocionado por verla ahí y ella clava los ojos en mí, seria. El corazón se me acelera y me quedo paralizado, sin saber qué hacer. Aura se acerca a mí, me toca el brazo y me pregunta:

—¿Cómo estás?

—Bien, solo fueron unos golpes —respondo sin dejar de mirar a Emma.

Ella continúa con los ojos clavados en los míos, los tiene vidriosos y siento su respiración agitada.

De repente, un celador sale con Izan en una silla de ruedas con una pierna escayolada. Todos se vuelcan con él mientras que Emma y yo no dejamos de mirarnos.

Como si fuese en cámara lenta, hace un mes que no la veo, observo que se acerca a mí y me pregunta con un hilo de voz:

—¿Estás bien?

—Sí —respondo con ganas de estrecharla entre mis brazos.

Aparta la mirada de mis ojos y se centra en Izan, que tiene casi mejor aspecto que yo con la pierna en alto.

Los médicos nos dan el alta a ambos y nos marchamos. Cuando salimos al exterior Emma es la única que tiene coche. Se gira y pregunta:

—¿Cómo lo hacemos?

—Lleva a los heridos, el resto cogemos un taxi —propone Aura.

—Yo voy con Izan —dice Gala de inmediato. No está dispuesta a dejar a su novio.

Izan, Gala, Hugo y yo nos dirigimos al coche. Nos montamos en este y dejamos primero a Izan en su casa, por suerte sus padres están de viaje y Gala se queda con su novio.

Cuando nos quedamos solos en el coche me coloco en el asiento delantero, el que ocupaba antes la novia de mi amigo y miro a Emma en silencio.

—Te llevo a casa —susurra ella mientras arranca el vehículo.

Yo solo asiento, cierro los ojos y reposo la cabeza, cansado.

Cuando percibo que el coche se para abro los ojos y descubro que estamos delante de mi edificio. Miro a Emma y le comento:

—Hubo una época en la que yo conducía y eras tú la que ibas a mi lado con los ojos cerrados —le recuerdo con la mirada clavada en ella.

—Hemos llegado —anuncia obviando mi comentario.

—¿Ni siquiera me vas a felicitar? —pronuncio como un ruego.

—Felicidades —dice de forma seca y distante con la mirada al frente, esperando que me baje.

—Le puedes poner un poco más de entusiasmo —le pido en tono de broma mientras hago un gran esfuerzo. Mi dolor de cabeza va en aumento.

—Es tarde, Hugo —me indica y la siento exasperada.

Me desabrocho el cinturón de seguridad y cuando voy a bajarme me doy cuenta de que no tengo las llaves de mi casa ni la cartera. Le entregué mis pertenencias a Aura antes de entrar para que los médicos me revisasen.

—No puedo entrar en mi casa. No tengo llaves —le revelo. Emma me mira sin creerlo.—. No fue mi culpa. Los médicos me pidieron que las dejase fuera a alguien mis pertenencias, y las tiene Aura —le explico.

—Pídeselas al portero —me indica como solución.

—Nunca se las di —manifiesto—. Solo tengo las mías y las que tú tenías. Ni siquiera mi padre tiene las llaves de mi ático.

—¡Joder! —maldice Emma—. ¿Qué hacemos? —pregunta con sorpresa.

—¿Ni en una situación como esta te apiadarías de mí? —le suplico.

—¡¿Qué quieres?! —pregunta con poca paciencia.

—Estoy lesionado, sin las llaves de mi casa y no tengo dónde ir —expongo tratando de darle pena.

—Ve a casa de tu padre —me propone.

—No sería un buen hijo si llamo a su puerta a las dos de la madrugada y me presentó así —justifico mientras me repaso a mí mismo con la mirada. Llevo la ropa sucia, algo rota y mi aspecto presenta algunos golpes.

Emma se queda pensativa, bufa y pone el coche en marcha. Trato de disimular una sonrisa de satisfacción y me quedo en silencio. No sé qué planes tenga, pero si es con ella me doy por satisfecho.

Cuando aprecio que llegamos a la casa que nos regaló su abuelo por nuestra boda abro mucho los ojos. No me había acortado de esa propiedad en todo este tiempo.

Emma abre la verja, deja el coche frente a la entrada de la casa y se baja.

—Te daré asilo por esta noche. Mañana cuando recuperes las llaves te vas —manifiesta rodeando el coche y comenzando a abrir la casa.

Voy tras ella, nos adentramos en el interior y observo que es un lugar habitado. Hay ropa por medio, libros y un vaso con una botella de agua.

—¿Y esto? —pregunto con sorpresa.

—Vivo aquí —anuncia tomando asiento en el sofá.

—¿Tú? Pensé que vivías con tu abuelo o con tu madre.

—Decidí independizarme y esta casa me pareció un lugar perfecto —me explica bajo mi gran asombro.

—¿Vives sola? —inquiero con curiosidad.

—Sí.

Suspiro y asiento a la misma vez, asimilando toda la información.

—Necesito un analgésico, una ducha y cambiarme. ¿Es mucho pedir? —le pregunto.

—Puedes ducharte en el cuarto de invitados —me ofrece—. Te llevaré algo de ropa, trasladamos algunas cajas —comenta.

Recuerdo que unos días antes de nuestra boda decidimos pasarnos a cerrar la casa por completo y cogimos unas cajas con pertenencias de los dos por si algún día decidíamos pasar por aquí.

Me levanto y me dirijo al baño. Me meto en este y consigo que los chorros de agua caliente de la ducha alivien un poco mi cuerpo y mi incipiente dolor de cabeza. Cuando entro a la habitación me topo con Emma, me está dejando encima de la cama un chándal junto con ropa interior, un analgésico y un vaso de agua.

Siento la mirada fija de ella en mi cuerpo, solo llevo una toalla, no muy grande, enrollada de la cintura para abajo.

—Gracias —susurro al ver las molestias que se ha tomado.

—De nada, es solo una tregua porque estás convaleciente —me deja claro de inmediato.

Ambos nos quedamos en silencio, mirándonos a los ojos, sin saber qué decir ni cómo actuar. De repente, Emma dice:

—Te dejo para que te vistas. —Se da media vuelta y siento que sale huyendo de mí.

Me tomo la pastilla, me seco el resto del cuerpo y me coloco el chándal que me ha dejado. Vuelvo al salón y la encuentro en el sofá, escribiendo en el móvil.

—¿Cómo te enteraste del accidente? —inquiero, pensativo—. Me sorprendió verte en el hospital.

—Gala subió una foto en la discoteca a las redes sociales, se la comenté y unos minutos después pasó todo y me lo dijo. La llamé y estaba muy asustada por Izan y me dijo que lo iban a llevar al hospital y decidí ir con mi amiga.

—¿No sentiste miedo de que me hubiese pasado algo? ¿Te has llegado a plantear que podría haber muerto? —le pregunto a la misma vez que me siento a su lado y la miro fijamente.

—Gala me dijo que no tenías nada grave —murmura algo incómoda mientras se remueve en el sofá y se aparta un poco de mí.

—Te extrañé cada segundo en mi fiesta de cumpleaños. Me hubiese gustado que estuvieses allí —revelo en un susurro.

—¿Para verte con las tías que te liabas? —pregunta en tono de reproche.

—Sabes que una sola palabra tuya bastaría para que nunca más mirase a ninguna otra mujer —le confieso con el corazón en la mano.

—Dejemos el tema —me corta de inmediato.

—Eres una cobarde —le espeto de golpe, con coraje.

—¿Por qué? —pregunta en tono molesto.

—Porque no enfrentas lo que sientes, prefieres ocultarlo por ese estúpido odio que te empeñas en no olvidar —le expongo con claridad, mirándola a los ojos.

—Tienes razón, puede que nunca supere el recuerdo de tu mirada fría cuando me dijiste que no me hiciese ilusiones contigo, que solo había sido un polvo más y poco satisfactorio.

—Yo tampoco he superado tu mirada de dolor en ese instante. La llevo clavada en el pensamiento y en el corazón. Pero yo sí creo que entre los dos y nuestro amor podamos borrar esos amargos recuerdos.

—Yo no —contesta de inmediato.

Suspiro, sé que esta conversación no va a llegar a ningún lado y decido cambiar de tema.

—¿Tienes algo de comer en la cocina? —pregunto y siento que la descoloco.

—Sí. Coge lo que te apetezca —me ofrece.

Me dirijo allí, abro un par de muebles y el frigorífico y decido hacerme un sándwich de paté de tres pisos. Vuelvo al salón y le pregunto a Emma:

—¿Tienes cerillas?

—Creo que en algún cajón de la cocina. Pero si quieres fumar te vas al jardín —me espeta de malas maneras.

Vuelvo, rebusco y las encuentro. Cuando regreso al salón me siento en un sillón, coloco el sándwich en el plato entre mis piernas, le pincho unas cerillas y antes de encenderla Emma dice observándome con sorpresa:

—¿Qué haces?

—Celebrar mi cumpleaños.

—Mañana podrás hacerlo, sigue siendo tu cumpleaños —me indica.

—Esta noche era la fiesta —argumento.

—Esto es ridículo —me espeta moviendo la cabeza.

—Me da igual —respondo encendiendo la cerilla.

Comienzo a cantarme cumpleaños feliz a mí mismo bajo la atenta mirada desconcertada de Emma, antes de soplar me tomo unos segundos para pensar un deseo, la miro fijamente y luego soplo sin romper el contacto con su mirada.

—¿Ni siquiera me vas a felicitar? —inquiero en un ruego.

—Felicidades —manifiesta de forma cortante nuevamente.

—¡Qué seca! —me quejo a conciencia—. Podrías darme un beso, en la mejilla —especifico cuando me mira, alerta.

Para mi sorpresa, Emma se levanta y yo la imito, se acerca a mí y me planta un beso en la mejilla, es tan rápido y fugaz que apenas lo siento.

—Gracias. ¿Un trozo de pastel? —le ofrezco de mi sándwich. Ella me mira con el ceño fruncido mientras que le sonrío cortándolo por la mitad. Le doy un bocado al mío y cuando

observo que me imita le sonrío de nuevo. Ella me devuelve el gesto y mi corazón da un vuelco por completo al sentirla más cercana y relajada.

—Ya tengo la sensación de haber celebrado mi cumpleaños —comento.

—Supongo que habrás pedido como deseo que el próximo no sea tan accidentado y termines pisando un hospital, como los dos anteriores —me recuerda.

—No. He pedido algo mucho más importante —murmuro mirándola a los ojos y al sentir los suyos sobre los míos de una forma tan penetrante me acaloro por dentro.

Me inclino sobre Emma y, sin pedir permiso, me apodero de sus labios de una forma voraz y salvaje. No puedo controlar el impulso. La cojo por sorpresa, pero no me rechaza. Cuando siento que se funde junto a mí y que su corazón palpita tan fuerte como el mío gimo de placer sobre su boca y me tumbo sobre ella en el sofá, acariciándole su cuerpo. Sentirla tan mía y tan entregada me vuelve loco por completo. Jamás he deseado a una mujer como a ella.

De repente, siento que Emma murmura:

—No. No puede volver a suceder esto. —Me aparta de su lado, se escabulle de mí y se aleja con la respiración alterada—. No, Hugo —niega con los ojos clavados en los míos. Se da media vuelta y observo cómo sube las escaleras corriendo. Estoy tentado de ir tras ella, pero finalmente no lo hago. Me tumbo en el sofá y suspiro tratando de relajarme.

A la mañana siguiente, cuando Emma aparece en la cocina me estoy haciendo un café.

—¿Aún no te has ido? —pregunta en tono de reproche.

—Me despejo. —Alzo la taza de café—, y me marcho.

—Muy bien. Porque voy a salir para comprar unas cosas que mañana tengo una comida en casa con mis amigos —revela y la miro con una ceja alzada.

—¿No estoy invitado? —inquiero en tono de broma.

—Por supuesto que no. No considero que estés dentro del ámbito de las personas que considero mis amigos —revela en tono crispado.

—Te empeñas en alejarme de tu círculo —le reprocho.

—Tú fuiste el primero que renunció a trabajar en la empresa junto a mí —me recuerda, y siento decepción en sus palabras.

—Tenerte cerca me desconcentra, Emma. No poder tocarte ni besarte me mata. ¿Cómo iba a soportar trabajar a tu lado todos los días ocho horas? Sin embargo, al compartir algunas amistades, creo que estos no se tienen que ver afectados. Podemos salir con ellos y comportarnos como personas normales.

—Me parece bien, pero ni yo voy a tus fiestas ni tú a las mías. Nos soportaremos con nuestros amigos y nuestra familia. Punto —zanja el asunto y la siento dolida porque no la invité a mi cumpleaños y me paga con la misma moneda.

De repente, un coche entra en la propiedad y observo a través de la ventana de la cocina que

es Aura, miro a Emma y en sus ojos puedo leer que la ha llamado para que venga a traerme las llaves de mi casa y me marche cuanto antes.

51
Emma

Tras dejar a Hugo en su casa Aura vuelve y me ayuda a preparar todo para mañana. Estoy muy ilusionada por recibir a mis amigos en mi nuevo hogar, vendrán Gala, Izan, Gael, los primos de Hugo y finalmente he invitado a Piero y a su hermana Bella con su marido, ayer me dijeron que acababan de volver a Madrid y me pareció una buena idea integrarlos con mis amigos. Son unas personas fantásticas y me siento bien con ellos. No conozco al marido de Bella, pero seguro que me cae igual de bien que ellos.

—Esta casa es increíble —murmura Aura—, pero vivir tú sola aquí…

—No me da miedo. Tiene seguridad y está dentro de una urbanización vigilada.

—Te veo muy contenta en esta nueva etapa —aprecia mi amiga.

—Estoy intentando asimilar todo lo que me ha pasado y adaptarme a la vida.

—¿Anoche tú y Hugo? —plantea con miedo.

—Nada. Solo le di alojamiento ante las circunstancias por las que pasaba.

—¿No lo vas a perdonar? —indaga.

—Fue demasiado el daño que me hizo, demasiados los años que lo odié —justifico.

—Pero en el otro lado de la balanza se encuentra ese año de gran amor que os tuvisteis y que creo que no ha desaparecido —refleja.

—No voy a volver con él —le dejo claro y Aura deja el tema.

Mi amiga se marcha y quedamos en vernos al día siguiente en mi casa junto con todos los demás para pasar un buen día.

Estoy nerviosa al ejercer de anfitriona. Cada vez que pienso que esta es mi casa me cuesta creerlo, pero es una realidad y tengo que acostumbrarme a este cambio de vida. Nuevo hogar, nuevo trabajo y nuevas metas. Me repito que debo encontrar un nuevo amor, pero esto siempre queda relegado a un último plano.

Llamo a mi madre, le cuento la reunión que tengo mañana en casa con mis amigos, y ello me impedirá ir a verla y al bebé. Quedo con ella en pasarme por su casa otro día para merendar y ver a mi hermano.

El resto del sábado lo paso organizando todo, jamás he ejercido de anfitriona y me voy a la cama temprano ya que la pasada noche con Hugo en casa no pegué ojo.

Me pongo un sencillo y ligero vestido color ámbar y me maquillo un poco para recibir a mis

invitados. Los primeros en llegar son Aura, Gala, Gael e Izan. Este último viene con muletas, pero no ha querido perderse mi fiesta. Les enseño la casa y luego llegan los primos de Hugo. Candela y Darío elogian mi hogar. Finalmente recibo a Bella y a Piero. El marido de Bella finalmente se ha quedado con sus dos hijos pequeños, pero al ver el gran jardín y la piscina que tengo me indica que la próxima vez traerá a los niños.

Picamos de la comida que he encargado y charlamos. Candela me recuerda lo de las clases de bachata y nos convence junto con Aura y Gala para apuntarnos, comenzamos la próxima semana y las tres nos mostramos muy entusiasmadas. Los novios de mis amigas declinan apuntarse y me alegro de que las tres vayamos en igualdad de condiciones, sin parejas y que nos adjudiquen una allí.

—Llega alguien —anuncia Piero mirando hacia la entrada. Hace un día esplendido de sol, y estamos todos fuera en el jardín bajo la carpa. Miro con atención, no esperamos a nadie más. Pienso que igual puede ser mi abuelo que es el único que tiene las llaves de esta propiedad.

Cuando veo el coche de Hugo que avanza, se baja de este, se dirige a la casa y entra en ella con una llave estoy a punto de golpearlo.

Me levanto y voy hasta él. Todos se quedan en silencio y nos observan. La entrada solo está a unos metros de donde nos encontramos.

—¡¿Qué haces aquí?! —le reprocho alzando la voz—. No estás invitado.

—¿Desde cuándo uno necesita invitación para acudir a su casa? —pregunta mirando a todos, colocados detrás de mí. Se han levantado y creo que están preparados para intervenir en cualquier momento porque está claro que se va a declarar una guerra.

—¡Qué casa! —le exijo exasperada.

—Te recuerdo que esta propiedad fue un regalo de tu abuelo para ti y para mí por nuestra boda. Está a nombre de los dos.

Lo fulmino con la mirada, no recordaba ese pequeño detalle y me controlo para no montar un numerito delante de todos.

—¡Vete! Ahora vivo yo aquí y no eres bien recibido.

—Bueno, eso es algo que podemos hablar. Igual nos toca compartir el chalet —dice con naturalidad.

—Tienes tu casa —le espeto alzando la voz.

—He tenido un problema con las tuberías —justifica—. Tendré que pasar unos días aquí.

—Eres… eres… —No sé ni cómo calificarlo. Ha conseguido sacarme de mis casillas y cabrearme a más no poder.

—No te enfades, si los conozco a casi todos, ni sentirás mi presencia —tiene el descaro de decir—. Esta casa es tan grande que apenas nos veremos.

Siento como Aura y Gala se acercan a mí, me toman del brazo y susurran en mi oído:

—No pasa nada, Emma, déjalo. Lo estamos pasando bien. Sentémonos de nuevo.

Miro a Hugo con rabia y aparto la mirada de él, me giro y Piero acude hasta mí.

—¿Sucede algo? —inquiere.

—Nada. Solo que mi hermanastro es muy inoportuno, pero ya hablaré con él en privado.

—Emma, ¿tú y Hugo volvéis a tener algo? —pregunta, pensativo.

—Nada. Soy una mujer libre —le aclaro de inmediato dándole la espalda a Hugo y volviendo al lugar que ocupábamos antes.

—Me interesa mucho esta mujer libre —susurra en mi oído Piero a la misma vez que me abraza y yo me refugio en sus brazos. Cuando siento la mirada dura y penetrante de Hugo sobre mí al girarme sonrío en mi interior sintiéndome poderosa al provocar esa reacción de celos en su mirada.

Observo que se echa una copa con el descaro que lo caracteriza y se pone a hablar con sus primos como si nada, como uno más en la reunión.

Estoy en la cocina sacando hielo del congelador cuando Piero me sorprende. Se acerca a mí y me propone:

—Me gustaría salir a comer contigo a solas mañana. El resto de la semana voy a estar muy ocupado con la inauguración del nuevo bar de copas al que espero que asistáis tú y todos tus amigos dentro de dos semanas.

—Vale —acepto su proposición de comer juntos—. Y a la inauguración dalo por hecho, iré.

Piero se acerca más, y susurra en mi oído:

—Me tienes loco, Emma. —Su acento italiano me atrapa. Siento que se inclina y me besa al mismo tiempo que me toma por la cintura y me acerca a su cuerpo.

Le correspondo al beso, siento que me debo conocer a otros hombres para tratar de sacar para siempre a Hugo Serra de mi cabeza.

Un fuerte carraspeo nos interrumpe y cuando me separo de Piero me topo con los ojos de Hugo clavados en mí, furioso. Sus ojos arden y tiene los puños apretados.

—Esperan los hielos —dice con un tono de voz gélido mientras me taladra con la mirada, serio.

—Eh, sí, los hielos. Nos hemos distraído —justifico dedicándole una sonrisa. Cojo el bol con ellos y salimos los tres de la cocina en estricto silencio.

Hugo mira a Piero con ganas de matarlo.

Piero no se despega de mí. Doy gracias que su hermana se une a nosotros y los tres entablamos una animada charla. El resto de la tarde Hugo no deja de beber ni de observarme al mismo tiempo. Intento ignorarlo, pero lo cierto es que ha conseguido aguarme mi fiesta de inauguración.

Bella y Piero son los primeros en marcharse, cuando se despiden Piero extiende a todos la

invitación para su nuevo bar de copas en Madrid dentro de dos semanas. Todos aceptan encantados, menos Hugo, que se queda en silencio mirándolo como a un rival.

—No bebas más que hay que conducir —le regaña Aura a su novio.

—No os preocupéis hay habitaciones para que os quedéis —les ofrezco de forma intencionada, no quiero quedarme a solas con Hugo esta noche.

—Nosotros tenemos que volver —dice Candela—, mañana es lunes y tenemos cosas que hacer.

Nos despedimos de los primos de Hugo y nos quedamos los seis a solas. Yo comienzo a recoger cosas en la cocina cuando siento a Hugo observándome recostado en el marco de la puerta con una bebida en su mano.

—¿Qué tienes con ese tío? —pregunta con voz gélida mientras me taladra con la mirada.

—Nada que te importe —siseo, furiosa.

—Me importa, y mucho, todo lo relacionado contigo —responde serio y tajante.

—Pues que te deje de importar. De ahora en adelante no solo me vas a ver con Piero, sino con muchos más hombres y no te pienso dar explicaciones de lo que hago con cada uno de ellos —le espeto con rabia.

—No juegues conmigo —me advierte entre dientes.

—No lo estoy haciendo. Solo voy a hacer lo mismo que tú, divertirme —le aclaro de frente, sosteniéndole la mirada con el mentón alto y valentía.

—Estás jugando con fuego, Emma —me advierte—. ¿Eres consciente del peligro que acarrea eso? —inquiere alzando una ceja.

—Lo tendré en cuenta. —Intento apartarlo para salir de la cocina, pero me impide el paso.

—Las venganzas nunca terminan bien, Emma —dice dirigiéndome una mirada fulminante.

—No me estoy vengando de ti, solo intento hacer mi vida, olvidarte —le dejo claro.

Hugo me toma por la cintura, me atrapa contra su cuerpo y susurra:

—¿Estás segura de que podrás?

—Sí —afirmo alzando el mentón, mirándolo sin que denote el miedo y el temblor que siento por dentro.

—Bien, entonces vía libre. Cada cual haremos nuestra vida. Ya te olvidé. Lo nuestro está superado —susurra con rabia y denoto cierto tono de rencor en su voz, aparte de todas las copas que se ha tomado desde que llegó.

Me marcho de la cocina y lo dejo allí sin preocuparme más.

El resto de la noche Hugo no me molesta. Cada cual nos marchamos a dormir y a la mañana siguiente cuando me despierto me arreglo, bajo a desayunar y tengo planeado ir a ver a mi abuelo antes de comer con Piero.

Cuando Hugo me ve tan arreglada, llevo unos pantalones blancos, botas color camel y una

chaqueta a juego, se queda mirándome con atención.

—Chicos, la casa es toda vuestra. Yo he quedado hoy —anuncio sin dar más explicaciones a mis amigos. Hugo me atraviesa con la mirada, pero no dice nada.

—¿Nos vemos el viernes en la inauguración de nuestro piso? —propone Aura con alegría—. Solo seremos nosotros seis, no cabe nadie más.

Todos asentimos y me despido de ellos, dudo que en el resto de la semana pueda verlos. Mañana comienzo en la empresa de mi abuelo de forma oficial y estoy segura de que el trabajo me va a absorber por completo.

Paso el resto de la mañana en compañía de mi abuelo ultimando los detalles de mi entrada en la empresa y a la hora del almuerzo me reúno con Piero en el restaurante en el que ha reservado. Me gusta conocerlo más y me tranquiliza que pese a que me mira con ganas de abalanzarse sobre mí en todo momento, en esta comida no haya intentado nada más allá de ser superamable y encantador.

Damos un paseo y nos sentamos a tomarnos un café mientras me habla de su trabajo y todos los proyectos que tiene en mente.

Piero tiene veintinueve años, está buenísimo y tiene un futuro prometedor por delante. Es el hombre perfecto para sacar a Hugo para siempre de mi cabeza. Decido darme una oportunidad con él, pero voy a dejar que todo surja entre nosotros de forma lenta, no quiero apresurar nada.

Me despido de Piero y él solo se atreve a darme un breve beso en los labios que no rechazo. Le prometo ir a la inauguración de su bar de copas y llamarlo en esta semana.

El resto de la tarde lo paso en casa de mi madre, merendando con ella, su marido y con mi hermanito. Este bebé cada día está más grande y no quiero perderme su evolución. Cada vez que me ve me sonríe y esto me causa una gran alegría que no sé explicar.

Cuando regreso a casa son más de las diez de la noche, mi madre me insistió en que me quedase a cenar con ellos.

Me pego un susto de muerte cuando abro la puerta y me encuentro a Hugo sentado en mi salón.

—¿Aún estás aquí? —ladro, enfadada, con las manos en la cintura y mirándolo de forma penetrante—. Pensé que lo de anoche era una gracia —le espeto.

—No lo era, pero igualmente me voy. No puedo estar aquí en casa y verte llegar después de que sé que llevas casi todo el día por ahí con otro hombre.

Siento que me repasa con una mirada que me hace sentir una fulana.

—No me mires así —le advierto alzando la voz—. No tienes derecho —grito, enfadada.

—Lo sé —murmura cabizbajo—, pero no puedo evitarlo.

—Ahora ya sabes lo que se siente —le reprocho con rabia.

—Tú y yo jamás fuimos pareja —me recuerda, crispado—. Nos acostamos y tú pensaste que

después de eso habría algo más. ¿Y sabes qué? —inquiere, alterado—. Si no hubiese sido por la puta apuesta hubieses sido la primera mujer con la que me habría planteado tener algo más, porque fue una noche mágica, increíble, me cogió tan de sorpresa todo lo que sentí que me asusté, te dije que fue un polvo poco satisfactorio y salí corriendo —confiesa—. Y sí, sé lo que se siente, muy a mi pesar —termina diciendo. Se levanta, me mira y se dirige a la puerta—. Adiós, Emma. No sé tú, pero yo no puedo más con esto.

Lo veo marcharse mientras contengo las lágrimas y siento que me tiemblan las piernas. El dolor que he visto reflejado en sus ojos grises y en sus perfectas facciones me han dejado rota por la mitad. No quiero sentir pena por él. Me hizo mucho daño, nunca juré venganza, porque jamás llegué a imaginar que podría amarme, solo soñé con ser la Emma que pudiese acercarse a un hombre y permitir que la tocase sin tener el miedo de que se burlase de ella. Ahora ya no soy esa Emma, quiero a Hugo lejos, pero algo en mi interior me impide ser feliz.

52
Emma

Mi primera semana en la empresa el tiempo pasa muy rápido. Descubro que me encanta aprender todo lo que sabe y absorberlo como una esponja. Es un hombre increíble, ha vivido tanto dentro del mundo de los negocios y las finanzas que es fascinante escuchar sus historias. Estar a su lado es todo un privilegio, es más que un máster en gestión y dirección de empresas pese a que no obtenga el título. Por otro lado, mi abuelo conoce a tanta gente que me quedo paralizada cuando tiene algún impedimento, levanta el teléfono y todo queda solucionado con una simple llamada.

Tras mi primera e intensa semana, mi abuelo me pregunta si quiero seguir a su lado, en principio creo que se trata de una broma, pero él lo dice en serio. Le manifiesto mis ganas y mi ilusión de permanecer en su empresa siempre que me deje continuar en ella. Mis palabras lo hacen tan feliz que llora.

Por fin es viernes y esta noche es la inauguración del piso de mis amigos, estoy un poco nerviosa porque veré a Hugo y no sé si estoy preparada. Hace una semana que no sé nada de él y lo cierto es que añoro saber qué hace, pero, por otro lado, creo que este distanciamiento es lo mejor.

Soy la primera en llegar a casa de Aura y Gael, luego lo hacen Izan y Gala y finalmente, con bastante retraso, lo hace Hugo. Ambos nos miramos y nos saludamos desde la distancia. Picamos algo, nos tomamos unos refrescos y quedo con las chicas para comenzar las clases de bachata el martes por la tarde. Son dos días en semana, martes y jueves una hora y media. Las tres estamos muy entusiasmadas mientras que los novios de mis amigas no quieren ni escuchar que los animen a apuntarse ni insistan más.

Gael propone que terminemos la noche en una discoteca y todos aceptamos. Izan, pese a tener una pierna escayolada es el primero en animarnos a todos. Según él se pasa todo el día en casa trabajando desde el sofá y necesita distracción.

Cuando llegamos a la discoteca voy al baño y de camino a este me encuentro con Bella y su marido, están de fiesta con unos amigos y me da mucha alegría encontrármelos. Ella me acompaña para saludar a Aura y Gala, sale el tema de conversación de las clases de bachata y termina apuntándose con nosotras y su marido para nuestra sorpresa.

Un amigo de Hugo, un tal Marc, se une a nosotros pasada una hora desde que hemos llegado a la discoteca y me lo presenta. Al parecer es el amigo al que le ayudó en la empresa de su padre el verano pasado. Este se muestra muy interesado en mí, tanto que recibe un par de miradas

reprobadoras de parte de Hugo que no me pasan desapercibidas.

Desde que llegamos al local no he parado de bailar en la pista con mis amigas. Han sonado un par de canciones de bachata y Candela nos ha animado para que la siguiésemos. La música cambia y comienza a sonar la canción *Vivir mi vida* de Marc Anthony. Muy animada empiezo a bailar la con mis amigas, pero, de repente, siento un tirón del brazo y me topo de frente con Hugo. Comienza a moverse al son de la música y me guía. Me mira de forma intensa mientras ambos prestamos atención a la letra. Desconocía que supiese bailar tan bien. Se marca unos pasos que me sorprenden y me lleva con soltura. Sentirlo tan cerca, percibir su aroma y su respiración hace que mi corazón se altere por completo. Termina la pieza musical e intento deshacerme de Hugo, su intensa mirada y todo lo que me hace sentir en estos momentos. Sin embargo, comienza otra canción y me obliga a continuar a su lado. Hugo recita la letra mientras baila a mi lado y me mantiene pegada a él.

—Dije que te olvidé, pero no te había olvidado —revela con una intensa mirada—. También dije que te superé y no te había superado —confiesa mientras lo miro seria, con el corazón golpeándome con fuerza contra el pecho.

No puedo soportar su cercanía por más tiempo, me zafo de su agarre y antes de dejarme ir me indica:

—Me matas cuando miras a otro tío, cuando le coqueteas, le sonríes y le prestas atención. Quiero que solo seas mía, Emma —susurra en mi oído.

—Estás borracho, Hugo —trato de justificar.

—Menos que la vez pasada cuando te mentí y te dije que te había olvidado. Solo estaba dolido.

Me alejo de su lado, me dirijo a la barra y pido algo bien frío. Lo necesito. Pasada media hora me siento cansada y decido marcharme a casa, me despido de mis amigas, pero cuando lo hago no veo a Hugo cerca. Marc me pide si lo puedo acercar a su casa y no me puedo negar pese a que no me apetece demasiado. Salimos al exterior de la discoteca y observo a Hugo fumándose un cigarrillo con una tía que lo abraza y le besa el cuello. Él no se ha dado cuenta de mi presencia, pero verlo con esa mujer me ha provocado una punzada en el pecho que no he podido controlar tras lo que hemos vivido con el baile anterior.

Llegamos hasta mi coche y antes de montarnos Marc se acerca a mí y me besa. Estoy a punto de rechazarlo, pero a lo lejos observo cómo Hugo y la pelirroja que tiene en sus brazos se lían. Dejo que Marc me bese, me arrincona contra el coche y comienza a acariciarme la pierna y sube su mano por ella.

De repente, escucho una voz gélida a nuestro lado:

—Suéltala, hijo de puta. ¿Te la presento y te la quieres tirar la misma noche? —le reprocha Hugo con los ojos encendidos. Tiene a la pelirroja a su lado.

—Joder, ¿qué pasa? —le pregunta su amigo.

—Con ella no —le advierte Hugo en un siseo.

—¿Es porque es tu hermanastra? —pregunta Marc, descolocado—. He estado con muchas de tus ex y nunca te ha importado —justifica.

—Lárgate, tío —le indica Hugo con pesar.

Marc comienza a alejarse de mí, pero no lo permito.

—Espera. ¿Es que yo no tengo nada que decir? —inquiero, enfadada, mirando de forma desafiante a Hugo y la mujer que tiene al lado—. Vámonos de aquí, Marc —le propongo sosteniéndole la mirada a Hugo y extendiéndole la mano a Marc. No tarda en cogérmela y nos marchamos bajo la atenta y envenenada mirada de mi hermanastro.

Mientras conduzco Marc me propone con una sonrisa:

—Podemos ir a tu casa o la mía a terminar con lo que dejamos a medias.

—Otro día —respondo de inmediato—. Mi hermanito me ha cortado el rollo —miento.

Dejo a Marc cerca de su piso, vive en una calle peatonal y por suerte no puedo acercarme más con el vehículo. Me ofrece subir de nuevo, pero lo vuelvo a rechazar.

Arranco el coche y me voy directa a casa. Cuando llego me meto en la ducha y luego en la cama. No puedo quitarme a Hugo de la cabeza. Mientras que estoy sola y sintiéndome fatal seguro que él se está tirando a la pelirroja de turno.

No vuelvo a saber nada de Hugo hasta el domingo por la tarde que coincidimos por casualidad en casa de nuestros padres, cuando lo veo entrar me alegro de sostener en brazos a Luca porque así tengo algo en lo que mantener mi atención. Él se acerca al niño, lo saluda y me pregunta si lo puede coger.

De repente Rubén nos propone:

—La canguro nos ha fallado. ¿Nos haríais el favor de quedaros con el pequeño hasta que lleguemos de cenar?

Hugo y yo nos miramos, serios, en silencio.

—Yo me quedo —digo de inmediato, con la esperanza de que Hugo tenga algún plan y se marche.

—Yo también. Nos encargaremos de Luca —manifiesta con una gran sonrisa mirando a su hermano, como si le gustase el plan.

Nuestros padres deciden marcharse un poco antes aprovechando que estamos en casa y nos quedamos a solas con el bebé. Luca ya ha empezado con las papillas de fruta y mi madre me la deja para que se la dé. Me encargo de ello bajo la atenta supervisión de Hugo. Tenemos al niño colocado en la trona y ambos parecemos dos padres primerizos que no saben por dónde comenzar. El bebé apenas lleva tres días comiendo la papilla de frutas. Según mi madre no le hace ninguna gracia. Comienzo a dársela, se niega a comerla, le doy unas cuántas de cucharadas

con éxito, pero finalmente lo vomita todo.

Cuando lo voy a limpiar siento que el olor me provoca unas profundas arcadas y tengo que salir corriendo al baño donde vacío mi estómago por completo. Cuando vuelvo, un poco más recuperada, Hugo se ha encargado de la situación y continúa dándole la papilla a nuestro hermano.

—¿Estás bien? —pregunta, sentado delante del bebé con el bol de la fruta en la mano.

—Sí. No sé qué me ha pasado. Igual es que he cogido algún virus —justifico mientras que Hugo me mira serio.

—Igual te lo pegó anoche Marc —suelta con cierto tono hiriente.

—¿Y tú qué tal con la pelirroja? Porque parece que soy yo la única que se divierte —le zampo en tono irónico.

—No discutamos delante del bebé —zanja Hugo. Saca a Luca de la trona, le pone el chupo y lo duerme en sus brazos bajo mi atenta mirada.

Hugo acuesta a Luca en su cuna y vuelve al salón, donde tengo la televisión de fondo y finjo interés en ella.

—¿Has cambiado a Piero por Marc o te acuestas con los dos? —pregunta de forma abierta mientras lo taladro con la mirada.

—No te importa —contesto tratando de zanjar el tema.

—¿Por fin has podido acostarte con otro hombre que no sea yo? —se interesa acercándose a mí.

—Sí —le miento para herirlo—. ¿Debería importarte quién me hace gemir ahora? ¿Te lo pregunto yo a ti? —le echo en cara, furiosa.

—No es solo hacer gemir, es hacer que una mujer se sienta deseada, amada, respetada, eso es hacer el amor.

—¿De dónde has copiado la frase? —carcajeo de forma amarga—, porque no creo que te refieras a tus actos. Nada de eso sentí en tus brazos —le recuerdo con la mente puesta en nuestra primera noche juntos.

—No creo que hayas olvidado que me gusta besar lento, follar duro, hacer gemir a la mujer que tengo entre mis brazos con fuerza y que no olvide jamás que pasó por ellos y disfrutó de todo esto —susurra lentamente muy cerca de mí—. Hace algo más de tres meses que estuvimos juntos por última vez y yo, al menos, no he podido olvidarlo. Sueño todas las noches con ello pese a que formase parte de una venganza. Pensé que al estar en igualdad de condiciones llegarías a perdonarme, pero no quieres. ¿Qué buscas en otro hombre? —pregunta mientras advierto que sus pupilas están cargadas de furia.

—Que no sea un hijo de puta como tú que acepte apuestas para acostarse con una mujer —grito a la misma vez que me levanto del sofá, tratando de controlar mi ira.

—Ya te dije que fuiste parte de una apuesta, pero no la acepté al final —me recuerda, pero no lo creo—. ¿Por qué no terminamos de una vez con todos esto, Emma? ¿No ves que la posibilidad de que estés con otra persona me está matando? —pronuncia en un ruego desesperado.

—A mí ya me mató —respondo con rencor, perdida en los recuerdos del pasado.

—Sabes algo, Emma —recita a modo de consejo—: En esta vida hay que elegir qué olvidar, no qué recordar para seguir viviendo.

—¿Y cómo se hace? Porque te juro que no sé hacerlo —le espeto con rabia.

—El perdón —murmura—. Este es el acto de valentía más grande que existe y puede llevarte a una liberación absoluta. Vives en los malos recuerdos del pasado sin ver que tienes un presente maravilloso ante ti que lo estás dejando escapar.

—¿Tú te ves cómo mi presente maravilloso? —carcajeo.

—Para mí tú eres el mío, solo falta que dejes ver el tuyo.

Lo empujo y lo aparto de mi lado. Me levanto del sofá y le indico:

—Me marcho, creo que te las arreglarás bien con Luca.

—No, Emma, ni se te ocurra —grita—. No sé cambiar un pañal —dice desesperado, con los ojos muy abiertos.

—Para todo hay una primera vez. Las tomas de los biberones y la cantidad están escritas en un papel en el frigorífico.

—No te vayas —me suplica.

Le dedico una sonrisa y cierro la puerta casi en sus narices. Creo que ni él mismo es consciente de lo bien que puede llegar a cuidar de su hermano, pero hoy lo descubrirá.

53
Hugo

Esta noche es la inauguración del nuevo bar de copas de Piero y no me apetece nada acudir. Izan y Gael me lo han recordado y si no fuese porque desde hace casi una semana, desde que me dejó cuidando de Luca, no sé nada de Emma, ni aparecería, pero necesito asistir para comprobar si está con Piero y lo de Marc fue solo un rollo o al revés. Me mata pensar en Emma con otros hombres. A cada mujer que me llevo a la cama pienso que es ella y al no conseguir lo que espero voy de frustración en frustración. Hace casi cuatro meses que no follo como me gustaría y lo peor de todo es que siento que si no es con ella jamás llegaré a conseguir esa plenitud y satisfacción desconocida que descubrí en sus brazos.

Terminamos de trabajar, hasta que estén listas las oficinas que alquilamos para desarrollar nuestro nuevo negocio trabajamos en mi casa, y vamos juntos a la inauguración del local de Piero. Mis amigos han quedado con sus novias en que se verán allí.

El sitio está muy bien decorado y el ambiente y la música son buenos, animan a quedarse. Busco con la mirada a Emma, sé que no está con Piero ya que nos ha recibido y saludado en la entrada junto a sus socios como al resto de invitados. Finalmente, la encuentro junto con Gala, Aura, Bella y mi prima. Las cuatro comentan lo bien que se lo están pasando en las dichosas clases de bachata. Solo de pensar que Emma tiene a un tío tan pegado a ella bailando me pongo malo, pero procuro no pensar más en ello.

Saludo a las chicas con un beso a cada una ya que hace tiempo que no las veo y cuando es el turno de Emma la saludo de igual forma, son dos besos rápidos y sin apenas roce. Ella se aleja de mí de inmediato, la siento incómoda mientras que la miro con atención. El vestido azul que lleva pegado a su cuerpo logra distraerme demasiado y desearla.

Me mezclo entre la gente con mis amigos, saludo a mi primo y cuando me comenta que acude a clases de bachata y es la pareja de baile de Emma tengo ganas de cogerlo por el cuello, pero me contengo. Hasta el momento desconocía toda esa información.

Emma procura permanecer lejos de mí el resto de la noche, sin embargo, mis ojos siempre la buscan de forma involuntaria y me reprocho hacerlo cada vez que veo a Piero alrededor de ella mirándola como un lobo a su presa. Estoy a punto de sacarla de aquí y llevármela lejos, pero me recuerdo que ella no es mía y no tengo derecho alguno.

Me bebo un par de copas y cuando suenan varias canciones de bachata mucha gente se agolpa en el centro de la pista. Me acerco y observo que Emma, Gala, Candela, Aura, Darío y varias

personas más se marcan un bailecito subido de tono que me hace desear ser la pareja de Emma de inmediato. Me controlo y maldigo a mi primo cada vez que posa sus manos sobre las caderas de la mujer que amo. Reconozco que se le da bien el baile y la observo al mismo tiempo que la admiro.

Cuando finaliza la bachata se toman algo de beber mientras que yo me distraigo un poco con mis amigos. Pasado un buen rato observo que Gala, Aura y mis primos están alrededor, pero ni rastro de Emma, la busco con la mirada y mi mundo se desploma por completo cuando la veo en la pista de baile con Piero y ambos se besan de forma apasionada. Mi primer impulso es ir a apartar a ese tío del lado de Emma, pero Gael, que está viendo lo mismo que yo, me sujeta por el brazo y susurra en mi oído:

—Tío, ya no estáis juntos. No montes un numerito.

Tengo ganas de estampar mi puño contra la cara de mi amigo, pero tiene razón. Emma ha decidido alejarme de su vida y dejar que entren otros hombres y no puedo hacer nada, solo sufrir.

—Joder, no puedo verla con otro —bramo, enfadado y fuera de sí.

—Vámonos, Hugo —me propone Gael y entre él y Aura, que se ha dado cuenta de la situación, me sacan fuera del local.

—Me voy a casa —ladro. Sé que si me quedo cerca y veo cómo Emma se larga con ese tío para pasar la noche juntos no podré controlarme. Soy capaz de cometer una locura. Esto es una puta tortura, nunca había sentido una impotencia igual.

—Te llevo, no estás para conducir —se ofrece Aura.

—Cojo un taxi. Me voy andando mientras llega —les indico. Mi amiga hace las gestiones para el taxi mientras me alejo de la puerta del local.

Cuando me monto en el vehículo no le doy la dirección de mi casa al taxista, creo que el viejo Hugo debe de volver a las andadas y olvidarse de Emma para siempre. Me dirijo a una de las discotecas en las que más tiempo he pasado en toda mi vida y cuando llego me encuentro con Ariadna en la barra, la hacía en Londres y es toda una sorpresa verla ahí. Sé que debería haberla rechazado por lo que le hizo a Emma siendo Olivia, sin embargo, estoy tan enfadado y decepcionado con ella que pienso que Ariadna es mi mejor opción esa noche para olvidarla y termino despechado en un hotel con ella.

A la mañana siguiente, cuando me despierto junto a Ariadna me arrepiento de todo lo que he hecho. La pasada noche me dejé llevar por el dolor, la ira y el alcohol.

Cuando Ariadna me sorprende en la ducha y se mete conmigo aparto sus manos de mi cuerpo y le dejo claro:

—Lo de anoche solo fue un polvo.

—Vaya, pensé que tras casi haber pasado por el altar ahora eras un hombre de relaciones más duraderas —bromea intentando besarme, pero la alejo.

—No tiene gracia. Lo de anoche estuvo bien, como siempre, pero no se volverá a repetir —le dejo claro.

—Ahora eres libre, ¿por qué no se volverá a repetir? —inquiere.

—Porque entre tú y yo siempre es lo mismo. Nos acostamos y luego quieres más.

—Puedo conformarme con solo follar cuando nos apetezca —propone.

—Ya veremos —le indico. Salgo del baño y comienzo a vestirme.

Me largo de la habitación, bajo a la recepción del hotel y pido un taxi. Cuando lo estoy esperando observo cómo Emma y Piero bajan en el ascensor juntos y en actitud muy cómplice, ella lleva la misma ropa de la noche anterior y se dan un afectuoso abrazo antes de entrar en la cafetería del hotel.

En ese momento siento como si me hubiesen dado el mayor mazazo de mi vida. Emma ha pasado la noche con Piero. Comienzo a imaginarla en los brazos de ese tío, haciendo las cosas que hicimos juntos y se me revuelve la bilis por completo. Tengo que salir de allí antes de que mate a alguien.

Me monto en el taxi, me voy a mi casa y cuando llego no puedo evitar que broten todas las lágrimas de dolor que llevo contenidas por dentro. Ahora sé que la he perdido definitivamente, para siempre. Siento una agonía tan grande instalada en el pecho que me cuesta respirar. Golpeo varias puertas y muebles de mi casa hasta que mis nudillos quedan ensangrentados, pero no siento el dolor, el verdadero dolor es el que tengo instalado en el pecho y dudo que tarde en marcharse algún tiempo.

Paso el resto del fin de semana encerrado en mi casa, odiando a Emma. No sé si seré capaz de volverla a mirar a la cara algún día. Sé que me ama y esto es una venganza, por ello la desprecio aún más. No se ha acostado con Piero por amor.

54
Emma

—¡No lo puedo creer! —alzo la voz cuando me entero que Ariadna ha vuelto a España y está con Hugo. Según me cuenta Candela los han visto durante varias ocasiones seguidas juntos en distintas discotecas.

Me siento decepcionada y asqueada. Después de lo que me hizo no sé cómo Hugo ha podido volver con alguien como ella.

—Joder, Emma, lo siento, no debería haberte dicho nada —se disculpa Candela.

—Tranquila, así no me coge por sorpresa cuando los vea —le indico mientras siento un gran dolor por dentro. Por supuesto que tenía asumido que Hugo se acostaba con más mujeres. Hace casi cuatro meses que rompimos, pero que se haya liado con Ariadna me duele más que con ninguna otra.

—No son pareja, tú sabes que mi primo no quiere compromisos después de ti, pero Hugo ha vuelto al mundo de la noche y Ari se dedica a perseguirlo, y claro, cuando tiene un montón de copas encima pues cae en sus redes —justifica su prima.

—Es su vida, ya no me importa —le indico tratando de serenarme y aparentar normalidad.

—Izan y Gael están preocupados. Hugo no está respondiendo en la nueva empresa como esperaban, se pasa el día de fiesta y con resaca —revela su prima.

—No sabía nada.

—No te han querido decir nada para que no te preocupes, pero los chicos están pensando seriamente en romper con Hugo como socio. Lleva un par de semanas que no es el Hugo responsable de hace unos meses, sino el Hugo conflictivo y juerguista de hace un par de años.

—Joder —susurro de forma inconsciente.

—Emma… ¿Y si hablas con él? —me propone de golpe.

—¿Yo? —pregunto con sorpresa—. Hace dos semanas que me bloqueó en el teléfono después de escribirme un mensaje en el que me decía que para él estaba tan muerta como Olivia. No sé qué mosca le picó. Según Aura me vio besarme con Piero en la inauguración de su local y eso desencadenó todo. Pero yo tengo que hacer mi vida —justifico.

—Lo sé, pero mi primo está descontrolado de nuevo. He decidido hablar primero contigo que con mi tío, aunque dudo que él pueda hacer mucho. Hugo ya es mayorcito y parece que ha abandonado el buen camino que llevaba hacía tiempo.

—¿Me estás diciendo que yo soy la causa de ello? —inquiero, alerta.

—Está loco por ti, Emma, creo que no sabe gestionar sus sentimientos.

—Joder, Candela, él también consiguió volverme loca y no tiré mi vida por la borda.

—Los tíos son así de imbéciles. Si puedes hacer algo por él… —me ruega con una mirada suplicante.

Suspiro y termino diciendo:

—Lo intentaré. —Hugo me importa y no lo puedo negar, me duele que esté malogrando su vida con el gran futuro profesional que tenía por delante.

Candela y yo terminamos el café que nos tomamos antes de nuestra clase de bachata. Nos encontramos en clase con Aura y Gala, pero la prima de Hugo me pide que no les cuente nada de nuestra conversación, ya que ellas no han querido hacerme partícipe de este tema, y lo cumplo. Sé que mis amigas saben que Hugo es un tema complicado en mi vida.

Esta noche Piero me ha invitado a la fiesta por Halloween en uno de sus locales, no me apetece nada ir tras las clases de bachata, estoy cansada, pero al salir se lo comento a mis amigas y a Candela y se muestran con ganas de asistir, algo que me sorprende. Esta nos indica que sus compañeras de piso tienen varios disfraces que no van a poder usar debido a que están con gripe. Nos animamos, ella recoge estos trajes y compramos algo más. Vamos a mi casa, nos vestimos entre risas, debo admitir que nos divertimos mucho mientras que nos maquillamos y observamos las pintas que llevamos y finalmente nos dirigimos al local de Piero donde este nos espera. Mis amigas han avisado a sus novios, pero han declinado la invitación porque tienen mucho trabajo. Darío se une a nosotras junto con su hermana y todos llegamos a la fiesta disfrazados de médicos, enfermeras y esqueletos.

En contra de todo pronóstico y las pocas ganas de fiesta que llevaba, me lo estoy pasando muy bien. Estoy sedienta de tanto bailar y acudo a la barra por una copa, cuando espero que me la sirvan siento que alguien se sienta a mi lado en un taburete y me repasa de arriba abajo con una mirada descarada. Me giro, alerta, y para mi gran sorpresa me encuentro con los ojos de Hugo. Me sonríe con una copa en la mano y me doy cuenta de que no me ha reconocido. Él no va disfrazado, pero sí un poco pasado de alcohol.

—¿Tú sabrías recomponerme el corazón? Me lo han destrozado —me indica repasando mis pintas. Voy vestida de enfermera.

Me entregan mi copa, la tomo en la mano y le susurro en el oído:

—La cardiología no es mi especialidad, igual termino rompiéndotelo del todo.

—¡Emma! —exclama con los ojos muy abiertos. Ha reconocido mi voz.

—Creo que debes de marcharte a casa —le indico cuando trata de ponerse de pie y se tambalea un poco—. Gael e Izan están trabajando, deberías hacer lo mismo —me atrevo a decirle.

—No me des lecciones —me reprocha con una mirada cargada de ira—. Ya no eres nadie

para mí —susurra. Pasa por mi lado y se aleja.

Siento una punzada en el corazón por el estado tan deplorable en el que lo he visto, hasta llego a sentir culpabilidad, pero yo no soy la responsable de sus actos. Vuelvo a la pista con mis amigos, pero el encuentro con Hugo, el que solo le comento a Gala, me corta el rollo y al poco decido marcharme a casa. Cuando lo hago, de forma inconsciente, lo busco por todo el local, pero no lo encuentro y me digo que seguro ha encontrado a alguien con quien pasar la noche.

Al día siguiente cuando me levanto, no he pegado ojo y no he dejado de pensar en Hugo, trato de comunicarme con él desde el teléfono de la empresa cuando Gael e Izan me llaman para preguntarme si sé algo de este a través de su padre. Según me cuentan hace varios días que no le ven el pelo ni atiende a sus llamadas. Hugo no me coge el teléfono por más que insisto. Tras pensarlo mucho, decido ir hasta su casa. Me inquieta que le haya pasado algo. La mirada que me dirigió anoche y que no intentase hablar más conmigo me tiene alerta. Necesito comprobar que está en su casa, aunque tenga una resaca tremenda. Le pido a mi abuelo la tarde libre en la empresa y me la concede sin problema.

Cuando llamo a la puerta de la casa de Hugo y no me contesta le pregunto al portero y me dice que llegó anoche muy tarde y que aún no ha bajado. Al menos está allí, pero el temor de que haya llegado tan pasado y le haya ocurrido algo me tiene intranquila. Por alguna extraña razón, necesito comprobar que respira. De repente, recuerdo que tengo una llave de su apartamento en mi habitación en casa de mi abuelo, además el ático de Hugo también es mío. Me regaló la mitad por mi cumpleaños. Me envalentono y voy a casa de mi abuelo, me tomo un café rápido con Aurora y subo a la habitación de Olivia, la que ocupé cuando estuve en su lugar y, para justificar mi presencia, recojo algo de ropa porque no he querido decir que iba a por las llaves de casa de Hugo que tenía ahí.

Rebusco algo de ropa del vestidor, se me cae una percha y al golpear contra un estante se resbala una caja y de esta saltan varias cosas al suelo, entre ellas un cuaderno que tiene pinta de ser un diario. Lo cojo entre mis manos y aprecio que es un diario de Olivia. Abro la caja de donde ha salido y observo que hay más, los miro todos y observo que están ordenados por fecha. Estoy a punto de devolverlos a su lugar, siento que si los abro estaré violando la intimidad de Olivia, la cual me considero que sabía casi toda, sin embargo, al guardar la caja pienso en algo, miro la fecha del diario más reciente, compruebo que escribía a menudo y la última página tiene fecha de una semana antes de cuando tuvimos el accidente. Busco el diario de años antes, me siento en el suelo y trato de calmarme porque me tiemblan las manos. Si Olivia escribía todo lo que pasaba en su vida debió escribir sobre mí, quiero saber si realmente era mi amiga o mi enemiga según me dijo Hugo ya que organizó toda la apuesta.

Comienzo a leer y busco la fecha exacta, Olivia le relata a su diario lo que ha sucedido entre Hugo y yo y cuando leo que se siente orgullosa de haber prodigado a los cuatro vientos que nos

acostamos juntos, que perdí mi virginidad con Hugo y que él no quiso saber más nada de mí porque le resulté sosa y aburrida en el sexo no puedo creerlo. Tacha a Hugo de imbécil por no ayudarla a ridiculizarme y se enfada con él porque le doy pena y está arrepentido de haberme seducido. No puedo creer lo que leo con mis propios ojos. Es la letra de Olivia, la conozco bien.

Me tiembla todo el cuerpo porque no logro entender la razón de mi amiga, la que siempre consideré como una hermana, en hacerme todo lo que hizo. Leo que fue ella quien organizó todo, lanzó la apuesta y puso el dinero encima de la mesa para que Hugo y el resto de tíos decidieran seducirme y que cayese en sus redes para luego ella ridiculizarme públicamente. De todos los oscuros secretos que sé de Olivia jamás revelé ninguno, nunca la traicioné, por ello me duele tanto que no fuese realmente mi amiga. Lloro sin poder contener las lágrimas, pensando que he vivido toda la vida engañada en sus manos también. Comienzo a buscar en diarios anteriores y decido encontrar la razón de todo su odio hacia mí, porque de verdad no lo entiendo. Siempre estuve a su lado, la apoyé y la quise.

Comienzo a leer y a leer, apartando mis lágrimas hasta que encuentro unos meses antes de la apuesta cuando Olivia le cuenta a su diario que ha escuchado una conversación entre mi abuelo y mi madre y ha descubierto que yo soy su verdadera hija. Me estremezco ante esto, lo sabía. Sigo leyendo hasta que es ella misma quién reconoce un plan macabro y se siente frustrada porque no he caído en este. Tras lo sucedido con Hugo y que se enterasen todos nuestros amigos lloré tanto y me sentí tan mal que Olivia me dijo un día que si ella estuviese en mi piel se quitaría la vida, reconoce en el diario que intentó inducirme al suicidio, pero me maldecía porque no lo consiguió. Yo suponía un obstáculo muy grande en su camino y quería apartarme de este. No puedo creer que idease toda la apuesta con los chicos y el plan posterior de hacerlo público para que me llegase a sentir tan mal que considerase quitarme la vida y de esa forma no representase un obstáculo nunca para ella al ser yo la verdadera hija de Irene y la heredera de mi abuelo.

De pronto, siento unas náuseas increíbles y tengo que correr al baño a vomitar. Me acuclillo delante del WC y lloro sin poder controlar el llanto hasta que me quedo sin lágrimas pensando que tenía por mi mejor amiga y hermana a un monstruo de persona que me odiaba tanto que deseaba mi muerte, hasta la organizó al milímetro.

En más de una ocasión valoré suicidarme, me sentía tan mal que me quería morir, pero pensaba en el dolor que le causaría a mi madre. Aurora no tenía a nadie más en el mundo, y no quería que pasase por eso. No lo puedo creer. Hugo no me mintió. Olivia es peor de lo que él me dijo y no le creí. Me siento tan mal que no sé qué hacer en estos momentos. Olivia ha pasado de ser mi mejor amiga de toda la vida a la peor persona que he tenido en ella.

Tras media hora en el baño con el estómago revuelto decido recomponer mi cara, guardar los diarios de Olivia, coger las llaves de Hugo e ir a su casa. Lo que he descubierto no lo exculpa de lo que hizo, pero no tuvo la culpa de todo y eso es un gran alivio para mí, sobre todo, que no me

mintiese sobre Olivia y que no fuese él quién extendió el rumor de que a los diecisiete años aún era virgen y que fui una completa decepción para él.

Por suerte logro salir del chalet de mi abuelo sin que nadie me vea y me dirijo a casa de Hugo, han pasado más de tres horas desde que estuve ahí y rezo porque continúe en el ático.

Subo directamente, decidida, solo saludo al portero que me mira con interés y cojo el ascensor. En la puerta no me molesto en llamar, directamente la abro y entro en la casa. Está todo oscuro, apesta a alcohol y tabaco y no veo rastro de Hugo por el salón, me adentro en la habitación y tampoco está ahí, la cama está revuelta, el baño se encuentra vacío, dudo que esté en el despacho, miro y nada. Salgo a la terraza y lo encuentro tirado en el suelo con una botella de licor vacía a su lado y un vaso roto. Me asusto, se encuentra en calzoncillos, boca abajo. Lo zarandeo arrodillada a su lado, grito su nombre y cuando estoy a punto de llamar a una ambulancia escucho su voz:

—¿Qué coño haces aquí? Vete —me echa con desprecio.

—¿Qué te ha pasado? ¿Qué estás haciendo con tu vida? —le reprocho apartando los cristales de su lado y la botella que sostenía en una mano.

—Así me has dejado —me culpa mirándome con odio y esto logra partirme el corazón por la mitad.

—Es muy fácil culpar a los demás, vamos, levántate, necesitas una ducha y despejarte. —Intento levantarlo, que se incorpore, pero solo logro que se coloque boca arriba y me mire.

—¿Cómo has entrado? —pregunta arrastrando las palabras y la voz ronca mientras me mira con los ojos entornados.

—Con mi llave, aún las conservaba.

—No tienes derecho —me acusa lanzándome una mirada envenenada.

—También es mi casa, ¿lo has olvidado? Tú hiciste lo mismo —le recuerdo, Hugo suspira y cierra los ojos, se coloca el brazo sobre ellos y dice:

—Vete, Emma. No tienes nada que hacer aquí.

—Me iré si te das una ducha y te veo mejor. Estás horrible.

—No te importo —me echa en cara.

—Bueno, dejemos el tema personal a un lado. Necesitas ayuda, ¿no te ves?

—No me importa nada. Tú te has encargado de destrozarme la vida. Ya estamos a mano. ¿Me puedes decir ahora qué sigue? —pregunta con un profundo dolor que me parte el alma.

—Por favor, date una ducha mientras te hago un café bien cargado —le propongo. Lo cojo de la mano y comienzo a tirar de él para que se levante, le cuesta hacerlo. En un principio apenas puede sostenerse en pie y lo ayudo pasando su mano por mi hombro y agarrándolo por la cintura.

—No quiero que me veas así —dice intentando caminar erguido.

—Ya es tarde.

—¿Por qué te preocupas por mí? Tú me odias, deberías estar feliz de verme así roto de dolor por haberte perdido —reconoce.

No le contesto. Lo ayudo a llegar hasta el baño y le indico que se meta en la ducha, me marcho y abro las persianas y las puertas del salón para que entre la luz y el aire. La casa entera huele fatal. Voy a la cocina, le hago un café y descubro que no tiene nada de comer en la nevera ni en los muebles. ¿Desde cuándo no hace la compra? Cojo mi teléfono y llamo al portero. Le pido el favor de que se acerque al supermercado de la esquina y compre pan, huevos, leche, pasta, tomate y algo de embutido.

Hugo sigue en la ducha, me preocupa porque ya lleva media hora allí, entro en el baño, dejo la puerta medio abierta y lo observo a través de la mampara debajo del chorro de agua que le cae en la cabeza. Tiene ambas manos apoyadas en la pared y siento a través de su posición el tormento que debe de tener en estos momentos.

El timbre del ático suena, voy a abrir y le agradezco al portero la compra que me ha subido. La llevo a la cocina y cuando estoy sacando los alimentos de las bolsas Hugo aparece de golpe y me sobresalto. Lo miro y me pregunto cómo ha podido pasar en cuestión de minutos de ser un moribundo a tener el buen aspecto que luce en estos momentos. Pese a no haberse afeitado, tiene una apariencia despejada con el pelo mojado y peinado hacia atrás. Sus ojos se ven más grandes y lo siento más delgado.

—¿Te vas a convertir en mi cocinera? —inquiere con la mirada fija en los productos que ha traído el portero.

—Solo intento que no mueras. ¿Desde cuándo no comes en condiciones? —pregunto con interés.

—No lo recuerdo —responde. Se acerca a la cafetera y coge el café que le tengo recién hecho.

—¿Quieres algo de comer? —le ofrezco.

—¿Vas a echarle veneno? —inquiere con una ceja alzada, mirándome con atención—. Discúlpame, pero tanta amabilidad de tu parte me sorprende.

—Tu prima me dijo cómo estabas, los chicos no están muy contentos contigo y vuestra nueva empresa juntos peligra —le resumo.

—¿Y tú has venido a comprobar que sea cierto que estoy arrastrado por los suelos, como me has encontrado, ahogando mis penas en el alcohol? —manifiesta mirándome a los ojos, con la voz ronca.

—Cómo ahogar las penas es cosa de cada uno —murmuro—. Yo pensé incluso en el suicidio —revelo con dolor. Hugo me mira serio, con los ojos muy abiertos—, y estuve a punto de caer en él por inducción, como he descubierto hoy —pronuncio con un nudo en la garganta.

—¿De qué hablas? —inquiere, alerta.

—Hoy he descubierto algunas cosas. Por casualidad he encontrado unos diarios de Olivia

donde relataba todas las maldades que hacía y pensaba —susurro con la piel de gallina, aún no lo asimilo.

—¿Tenía un diario? —pregunta con sorpresa y yo asiento.

—Es su letra, sus pensamientos y sus acciones las que están ahí reflejadas.

—Olivia era un monstruo, pese a que no me creas —dice, despreocupado.

—Hoy he podido comprobarlo y créeme que se me ha roto el corazón. Pensé que era mi amiga, pero me odiaba —revelo mientras me tiembla la voz.

—Yo te lo dije —me advierte al mismo tiempo que se dirige al salón y se sienta en el sofá.

—En ese diario detalla cómo os propuso la apuesta y cómo se encargó de hacer correr el rumor de nuestra noche juntos. También te cataloga de estúpido por no querer el dinero del reto —revelo mirándolo con el corazón acelerado.

—Así era ella. La reina de las fiestas que embrujaba a todos disfrazada de demonio. Quién no bailaba al son que marcaba salía mal parado. Yo llegué a un trato con ella y nos soportábamos por nuestros padres —relata sin mostrarse muy sorprendido. La conocía bien.

—También descubrí que Olivia sabía que yo era la verdadera hija de Irene y de Emilio —susurro.

—¡¿Cómo?! —inquiere con sorpresa y los ojos muy abiertos.

—Lo escuchó en una conversación entre ellos. Urdió el plan de la apuesta y ridiculizarme para que me quitase de en medio, avergonzada. Ella misma me sugirió en un par de ocasiones que de estar en mi lugar se hubiese quitado la vida.

—¡Qué hija de puta! —brama Hugo.

No puedo evitar que varias lágrimas rueden por mis mejillas, las aparto de inmediato, no quiero derrumbarme delante de él, pero es demasiado tarde y es consciente de cómo me afecta todo esto.

—Te usó, caíste en su trampa y yo por poco lo hago también —murmuro acongojada.

Hugo cierra los ojos y los puños a la vez, puedo sentir la ira que domina su cuerpo.

—Doy gracias de que esté muerta porque de lo contrario terminaría con ella —suelta con rencor y rabia.

—Resultamos dos víctimas de un monstruo —susurro.

—Tú lo fuiste por partida doble, sigo teniendo mi parte de culpa —admite y siento que sus palabras me llegan al corazón—. Te pido perdón de nuevo. —Me mira a los ojos, clavo los míos en los suyos y me abraza en un impulso.

Hugo me estrecha con fuerza contra su pecho y ambos permanecemos así, en silencio, por varios minutos.

—He intentado alejarte, odiarte, pero volver a tenerte así entre mis brazos hace que sea débil de nuevo —relata—. No sé cómo anestesiar mi corazón. No sé cómo explicarle a mi cuerpo que

no volverá a tocarte. Dime cómo no perderme en tu mirada y sentir esto que me parte en dos —me suplica mirándome a los ojos—. Tenerte cerca es mi dolor —admite, emocionado.

—Hugo, yo… —murmuro mirándolo a los ojos mientras tiembla todo mi cuerpo.

—Lo sé. Lo nuestro ya no es posible —admite, conforme—. Sé que la he cagado liándome con Ariadna para olvidarte —confiesa y esto me duele como si clavasen un cuchillo en mi corazón—, pero el alcohol y las fiestas tampoco lo han conseguido, sin embargo, ya sé que no eres mía y no sabes cómo duele —revela mientras acaricia mi mejilla con su mano y se aleja un poco de mí.

Me extraña su actitud, que no intente besarme ni algo más en este momento de vulnerabilidad en el que me encuentro. Lo siento distante, frío y rendido y esto me hiela el corazón. ¿Es miedo lo que siento al saber que Hugo puede desenamorarse de mí?

Sacudo la cabeza, me doy media vuelta y lo encuentro haciéndose un bocata con el pan y el embutido que he comprado.

—Gracias por esto —dice alzando el bocadillo—. Lo necesitaba.

—De nada. Cuídate —le indico comenzando a recoger mis pertenencias mientras siento un gran vacío en mi interior que no sé explicar.

Nos dedicamos una última mirada antes de marcharme y siento que existe un gran abismo entre los dos. Algo ha cambiado en Hugo y percibo que ya nada es como antes.

55
Emma

De camino a casa, mientras conduzco tras salir del ático de Hugo, no puedo parar de llorar. No sé qué me pasa, me encuentro muy sensible. No sé si es el hecho de que Hugo me haya confesado que se ha liado de nuevo con Ariadna o haberlo sentido tan frío y distante conmigo, reconociendo por primera vez que me ha perdido y dándose por vencido al no suplicarme otra oportunidad, lo cual no se ha cansado de hacer desde nuestra no boda.

Llego a casa y siento que todo mi cuerpo me pesa demasiado. Ni siquiera consigo llegar a mi cuarto, me tumbo en el sofá y me quedo allí, llorando, mientras recuerdo todo lo que ha pasado hoy en mi vida y lo que he descubierto.

Mi móvil suena y no le hago caso, vuelve a sonar y paso de él, pero a la tercera llamada tan seguida miro de quién se trata a las once de la noche de un día entre semana y descubro que es Aurora. No tengo ganas de hablar con nadie, supongo que me llamará porque desaparecí esta tarde de casa de mi abuelo sin decirle adiós, ya mañana la llamaré. Pero observo que me deja un mensaje de voz y decido escucharlo. De inmediato me siento en el sofá y me llevo una mano al corazón. Mi abuelo está ingresado en el hospital con un fuerte dolor en el pecho. Llamo a Aurora y a mi madre y ambas me dicen que mi abuelo está bien, no ha sido un infarto, solo un dolor y lo han llevado a urgencias para que le hagan unas pruebas.

Me presento en el hospital, siento que no puedo con mi alma, pero tengo que estar junto a mi abuelo en estos momentos tan delicados por los que pasa. Los médicos nos dicen que lo van a dejar toda la noche en observación y ruegan a la familia que lo alejemos de presiones y del trabajo. Debe llevar una vida tranquila.

Ni mi madre ni yo nos queremos ir a casa, yo me siento muy cansada, apenas he comido en todo el día y tantas emociones me tienen exhausta. Me levanto para ir a la máquina de bebidas por un zumo y me mareo. Mi madre acude en mi ayuda, me sienta y llama a un médico, alarmada.

—No es nada, no te preocupes. Llevo unos días que como fatal —justifico.

—Por favor, doctor, hágale una analítica —le solicita mi madre al médico que me atiende.

Me acompañan dentro, me toman la tensión, me sacan sangre y me dejan en una camilla hasta que me recupero. Mi madre está conmigo y me regaña por vivir sola y no comer como me tenía acostumbrada Aurora.

Finalmente, me lleva a su casa y me obliga a ocupar la habitación de Olivia, no quiero hacerlo

después de que he descubierto cuanto me odiaba, pero no deseo decírselo y que sufra, y menos en estos momentos por los que pasa debido a lo de mi abuelo.

Apenas duermo en toda la noche pensando en cómo mi mejor amiga planeó hundirme y deshacerse de mí. Yo la quería como a una hermana, siempre la defendí y la ayudé en todo. Decido no contarle nunca a mi madre ni a mi abuelo cómo era Olivia realmente. No quiero que se sientan como yo en estos momentos ni culpables del monstruo que era ella. En cuanto tenga ocasión quemaré esos diarios llenos de odio y rencor.

A la mañana siguiente, muy temprano, mi madre y yo salimos hacia el hospital para ver cómo pasó la noche el enfermo. Deducimos que debió estar bien ya que no recibimos ninguna llamada de los médicos durante la noche. Pasamos a la habitación que han trasladado a mi abuelo y nos abrazamos a él ambas.

—Solo ha sido un susto —nos indica.

—Reposo, eso es lo que ha dicho el médico y lo vas a hacer así te tenga que atar a la pata de la cama —le riñe mi madre.

—Emma, hay una reunión muy importante. Tenía que firmar hoy un gran acuerdo que supone la supervivencia de la empresa los próximos años. Tendrás que hacerlo tú —me ruega.

—¡¿Yo?! —pregunto con miedo.

—Llevas un mes a mi lado, has vivido y presenciado cada punto de esta negociación, tienes que representarme, y no solo hoy, los médicos me han dicho que debo tomarme unos meses de descanso y que piense en mi jubilación. Ha llegado la hora de sucederme —anuncia.

—Pero no estoy preparada —alego con miedo.

—Irás aprendiendo —me anima.

—¿De quién? —inquiero con los ojos muy abiertos.

—De mí. No me he quedado mudo, puedo hablar y decirte cómo ir haciendo las cosas —intenta bromear, pero no consigue que mis miedos desaparezcan.

—Mercedes y mis dos consejeros principales están al tanto de todo, ellos te guiarán. Emma, solo confío en ti y sé que puedes hacerlo —me suplica.

—Está bien —accedo finalmente, no quiero que esté preocupado. Intentaré hacer lo que pueda.

—Vete a la empresa. Tu madre se quedará conmigo y estaré bien sabiendo que tú estás en mi lugar, sacando adelante el negocio.

Le doy un abrazo y un beso y luego me despido de mi madre. Antes de marcharme, y sin que mi abuelo nos escuche, me recuerda:

—Pásate a recoger los resultados de la analítica como te dijo el médico ayer, por si te tiene que recetar unas vitaminas. Y come bien —me pide mi madre.

Cuando me acerco a la consulta del médico tiene a tres pacientes esperando y le indico a la

secretaria que me pasaré al final de la mañana. Me dirijo a la empresa y cuando entro en el despacho de mi abuelo y me siento en su sillón el mundo se me hace inmenso mientras que yo me siento muy pequeña y comienzo a llorar sin poder controlar mis emociones.

De repente, la puerta del despacho se abre y cuando veo ante mí a Hugo perfectamente vestido con traje de chaqueta negro y camisa blanca tengo que parpadear un par de veces con fuerza para comprobar que no se trata de una visión.

—¿Qué… qué haces aquí? —pregunto con un hilo de voz apartando las lágrimas de mi rostro. No quiero que me vea así.

—Me ha llamado tu madre y me ha contado la situación por la que pasa tu abuelo, la reunión tan importante que tienes en un par de horas y el desmayo que sufriste anoche —enumera, preocupado—. Solo he venido a prestarte mi ayuda, por si la necesitas —se ofrece con amabilidad y una mirada transparente y sincera.

Me quedo en silencio mientras lo miro a los ojos con un nudo en la garganta y sus ojos grises, con un brillo especial en ellos, se clavan en mí esperando una respuesta.

—Todo esto me viene grande. Estoy muerta de miedo al tener que ir a esa reunión como la máxima autoridad de esta empresa y no ser capaz de llevar el acuerdo adelante. Todos saben que estoy recién llegada —confieso mientras intento controlar el temblor que recorre todo mi cuerpo.

Hugo esboza una sonrisa, se acerca a mi mesa, posa las manos en ella, se inclina hacia mí, que lo miro expectante, y dice:

—Podremos con ellos. —Me tiende su mano y manifiesta—: Vamos a demostrarles que juntos somos un buen equipo.

Miro su mano como un salvavidas en medio del océano en el que me encuentro sola y desamparada. Hugo es de la última persona de la que querría recibir ayuda, pero después de cómo lo encontré ayer creo que ha hecho todo un esfuerzo en presentarse aquí tal y como viene.

—No me dejes —le suplico agarrando su mano con fuerza, muerta de miedo.

—No puedo, Emma. Te juro que lo he intentado, pero protegerte, cuidarte y amarte me sale solo —confiesa con sus ojos clavados en los míos.

Unos toques en la puerta nos distraen y hacemos pasar a Mercedes y a los dos consejeros principales de mi abuelo. Les indico que Hugo ha vuelto a la empresa, en realidad no sé por cuánto tiempo, pero espero que no solo sea hoy. Sin mi abuelo aquí siento que necesito a Hugo para sacar este negocio adelante y no hundirlo y cargar con la culpa.

Estoy muy nerviosa antes de entrar en la reunión, Hugo se da cuenta de ello, me frota la espalda y me susurra al oído:

—Saca toda la valentía que llevas dentro, puedes con esto. Lo sé. Estoy a tu lado. No te voy a soltar de la mano.

Lo miro, le dedico una sonrisa de agradecimiento, tomo una gran bocanada de aire y entro en

la reunión seguida de Hugo, los asesores y su secretaria.

Para mi sorpresa, todo va muy bien y en un par de puntos en los que me encuentro desorientada Hugo los defiende muy bien. Finalmente, el acuerdo se firma y siento ganas de saltar de alegría por haberlo logrado, sin embargo, sé que sin él a mi lado no lo hubiese conseguido.

—Gracias —le indico cuando estamos solos en la sala de reuniones de la empresa.

—Lo has hecho muy bien, me has impresionado.

—Lo he conseguido gracias a ti. Los dos sabemos que el proyecto no hubiese salido adelante con los inversionistas si no hubieses estado sentado a mi lado.

—Hacemos un buen equipo —murmura dedicándome una sonrisa.

—¿Y hasta cuándo estás dispuesto a seguir formando este equipo? —pregunto con miedo, esperando una respuesta.

—Si por mí fuese, yo formaría parte de tu equipo el resto de mi vida —revela y cojo la doble intención en sus palabras—, pero supongo que puedo retirarme cuando tu abuelo decida volver, siempre que me aceptes a tu lado —anuncia.

—¡¿De verdad?! —pregunto con alegría—. ¿Volverías a la empresa? —inquiero con el corazón revolucionado.

—Si no te supone un problema verme a diario y trabajar codo con codo a mi lado… —plantea.

—Podré soportarlo —murmuro con alegría dedicándole una amplia sonrisa que Hugo me corresponde—. ¿Y la empresa con los chicos?

—Bueno, no estaban muy contentos conmigo. No sé qué pasará —aventura.

—Habla con ellos —le aconsejo.

Hugo asiente, mira el reloj y propone:

—¿Vamos a ver a tu abuelo y le contamos todo? Seguro que las buenas noticias lo reaniman.

—Sí. Le dará mucha alegría saber que vuelves a la empresa y entre los dos estaremos al frente.

56
Hugo

Conduzco intentando centrarme en el tráfico y no en mirar a la increíble mujer que tengo sentada a mi lado. Tras admirar cómo se ha comportado en la reunión creo que me he enamorado más de ella y esto es todo lo contrario a mis intenciones. Comienzo a asimilar el rechazo de Emma tras dos semanas hundido en la miseria, pero he llegado a la determinación de que prefiero tenerla cerca que lejos y odiándola, porque no puedo odiarla pese a que esté con otro tío y sepa que se acuestan juntos. En estos meses separados he estado con algunas mujeres y no tengo derecho a juzgar a Emma porque haya hecho lo mismo. Me duele que ya no sea solo mía, pero he de aceptar que es una gran persona y que cualquier hombre querría estar a su lado. Si pudiese dar marcha atrás no volvería a dejarla escapar de mi vida, sin embargo, creo que este es mi castigo por lo que hice.

Cuando llegamos al hospital y subimos a la habitación de Emilio se sorprende al vernos juntos. Entre Emma y yo le contamos que he decidido volver a la empresa y que juntos hemos sacado adelante la importante firma del proyecto esta mañana.

Su abuelo se alegra muchísimo y puedo ver en sus ojos la esperanza de que su nieta y yo volvamos como pareja, sin embargo, sus ilusiones se vienen abajo cuando Emma se disculpa con nosotros alegando que ha quedado para comer con un amigo. Emilio nos mira serio, su nieta se despide de él y cuando nos quedamos a solas me dice:

—¿Y tú a qué coño esperas para recuperarla? —Lo siento enfadado conmigo.

—Lo he intentado, pero es complicado —revelo.

—¿Complicado? ¿Quieres que te dé lecciones a estas alturas? —manifiesta crispado.

—Hay cosas entre nosotros que son difíciles de superar y en parte la entiendo.

—Pues yo no —brama Emilio.

—Algún día me armaré de valor y te lo contaré todo —auguro.

—Pues hazlo ahora —me anima con impaciencia.

Lo miro, le sonrío y le indico:

—Mejor espero a que te levantes de esa cama para que puedas darme mi merecido.

Emilio me mira serio y pensativo.

—Si Emma no puede perdonarte yo tampoco lo haré —revela.

—Cuento con ello, pero mientras, déjame hacer méritos —le indico en tono de broma. Me siento a su lado y le pongo la televisión para que se distraiga decidido a hacerle compañía por un

rato.

Pasada una hora Irene y mi padre llegan a visitar a Emilio y determino marcharme. Conduzco hasta casa de Gael y allí lo encuentro con Izan, trabajando. Me disculpo con mis amigos por mi actitud de las pasadas semanas, les explico mis razones, me entienden y les comunico que voy a ayudar a Emma con la empresa de su abuelo por un tiempo indefinido. Les planteo a mis amigos salirme del negocio que recién estamos emprendiendo, pero ninguno lo permite.

—Nos las arreglaremos, pero también sabemos que puedes con ambas cosas —me animan y como no quiero defraudarlos acepto seguir con ellos y con la naviera de Emilio. Probablemente no salga en meses ni duerma mucho, pero creo que será mejor que estar de fiesta en fiesta y bebiendo sin sentido. Trabajar duro será mi droga para no pensar en Emma constantemente pese a que la tenga a mi lado porque siempre cabe la posibilidad de que algún día se dé cuenta de que lo que teníamos juntos no lo va a encontrar con otro hombre, a mí ya me pasó y espero con paciencia que ella lo descubra pronto.

Vuelvo a mi casa y está echa un verdadero desastre, me siento en el sofá y recuerdo lo mal que lo he pasado estos días tratando de olvidarla. Si me hubiesen dicho que yo estaría así por una mujer no lo hubiese creído nunca. El amor que Emma despertó en mi corazón me hizo cambiar por completo. No me explico cómo sucedió, en qué momento perdí la cabeza por ella, pero sé que esto no tiene vuelta atrás. Jamás la olvidaré y estoy seguro de que lo que siento es único e irrepetible. Me dolió muchísimo verla con otro hombre y saber que había pasado la noche con él tras verlos bajar en el ascensor del hotel y ella llevar la ropa del día anterior, la odié, sin embargo, cuando apareció por sorpresa en mi casa descubrí que la seguía queriendo, deseaba besarla y amarla más que nunca.

Me duele que esté con otro hombre, pero siento que teniéndola cerca es menos el dolor, es una gran contradicción, lo sé, sin embargo, con Emma a mi lado pienso que todo entre nosotros se puede arreglar en cualquier momento en el que ella se dé cuenta de que no podemos estar separados. Trabajar a diario junto a la mujer que amo no será fácil, ya lo rechacé antes, pero en estos difíciles momentos siento que se lo debo. Ella me necesita y es mi oportunidad de resarcir, aunque solo sea un poco, todo el daño que le hice en el pasado y comience a confiar algo en mí.

Mientras me pongo manos a la obra y comienzo a ordenar la casa pido algo de comer, recibo una llamada de Ariadna, pero no la atiendo a la misma vez que me reprocho haber caído en sus brazos. Por ello, decido alejarla de mi vida para centrarme de lleno en sacar dos empresas adelante, hacer que Emma confíe en mí y decida volver a mi lado tarde o temprano.

57
Emma

Salgo de la habitación de mi abuelo con cierto sentimiento de culpabilidad por haberles mentido diciéndoles a ambos que había quedado para comer, pero lo cierto es que tengo que recoger los resultados de la analítica que me hicieron ayer. Bajo a la segunda planta y me dirijo a la consulta del médico. Su asistente me indica que puedo pasar cuando salga el paciente que está dentro, soy la última cita de la mañana.

Me siento frente al doctor y lo miro mientras está leyendo mis resultados, atento, en la pantalla del ordenador, por un momento me preocupo porque no dice nada, luego me mira, relaja el semblante y dice:

—Emma, estás embarazada —suelta de golpe y yo tengo que agarrarme a la silla.

—¡¿Cómo?! —pregunto con una sonrisa incrédula.

—Tienes un embarazo de cuatro meses —revela mientras me mira con sorpresa.

—No puede ser —le indico de inmediato, nerviosa.

—Está en las pruebas y me extrañó que no me dijeses nada cuando te examiné y mandé a pedir la analítica. ¿No sospechabas nada?

—Yo… ¿no se trata de un error? —le pido que me confirme.

—Si quieres podemos pasar al ecógrafo y ver al bebé —propone el médico.

Yo lo miro mientras me tiembla todo el cuerpo y en mi cabeza se repite: No puedes estar embarazada. No puedes tener un hijo ahora mismo. Solo tienes veintidós años.

Con la esperanza de lo que me dice el doctor sea un error con otro paciente me levanto y lo sigo a una consulta contigua. Entramos en otra sala y me indica que me tumbe en una camilla. Mientras él teclea en una máquina yo me llevo una mano a mi vientre de forma involuntaria mientras pienso que si estuviese embarazada estaría más gorda y hubiese notado los cambios. Cierro los ojos y pienso en que la única señal que me puede llevar a pensar que estoy embarazada es el hecho de que no he tenido la regla en los últimos meses, pero es algo que no me preocupaba porque había sido muy irregular desde que desperté del accidente y, por otro lado, no esperaba un embarazo.

Sumida en mis pensamientos no me doy cuenta de que el doctor me está presentando a otra doctora, la cual me indica que es ginecóloga y va a explorarme. Cierro los ojos y rezo porque no esté embarazada, no me siento preparada para ser madre en estos momentos de mi vida. No quiero criar a un hijo sin haber formado una familia como la que siempre anhelé desde pequeña.

—Hola, Emma, mi nombre es María y soy ginecóloga, el doctor Pedrosa me ha llamado —me indica la doctora. El médico se despide de mí y se marcha—. No hay dudas, estás embarazada de dieciséis semanas —confirma mientras siento como si el mundo entero se cayese sobre mí—. ¿Quieres ver y escuchar a tu bebé? —pregunta la mujer con una sonrisa.

La miro, asustada, no sé qué responder, ni siquiera imaginaba que pudiese estar embarazada y esta mujer espera que le responda con ilusión y ganas. Asiento a su pregunta ya que no me salen las palabras, tengo un nudo en la garganta y me cuesta que el aire llegue a mis pulmones.

—Mira —me indica la doctora con su vista clavada en el monitor—. Voy a subir el volumen para que escuches sus latidos. —Comienzo a escuchar el corazón de mi bebé y siento que el mío se para de la emoción. Mis ojos se humedecen mientras que se mueve en el monitor—. ¿Quieres saber el sexo del pequeño? —pregunta la médica.

La miro con los ojos muy abierto y en un acto involuntario niego con la cabeza. No estoy preparada para tanta información de golpe. Apenas puedo asimilar que voy a tener un hijo.

—Prefiero esperar un poco —le indico a la mujer que me mira sin saber cómo catalogar mi reacción.

—¿No esperabas a este bebé? —inquiere y niego de inmediato—. Tu estado es muy avanzado, ya no te puedes plantear un aborto —me explica con delicadeza.

—No te preocupes, nunca ha entrado en mis planes algo así.

—Bueno, no sé en qué circunstancias te quedaste embarazada ni si tienes el apoyo del padre —comenta la doctora y me quedo pensativa en sus palabras. Rememoro el momento en el que me quedé embarazada, sé cuándo sucedió exactamente y sé que al padre no le hará mucha gracia tener a un hijo, hasta me agobio de pensar en cómo darle esta noticia.

—No lo esperaba porque el padre del bebé y yo ya no estamos juntos, pero eso ahora no importa, me las arreglaré —susurro con la mente turbada. No puedo pensar con claridad.

—La fecha de parto será entre principios y mediados del mes de abril —revela—. Es increíble que te estés dando cuenta ahora —comenta la doctora.

—Mi cuerpo apenas ha cambiado, no he sentido náuseas ni mareos frecuentes y el tema de la regla desde que desperté del coma no era regular —justifico—. Mi madre tiene un bebé de meses y no se le notó el embarazo hasta bien avanzado, conmigo me dijo que le pasó lo mismo —le comento.

—Hay personas que no se le aprecia el estado de gestación hasta los cinco meses, como puede ser tu caso.

—¿El bebé está bien? —pregunto con miedo.

—Perfectamente —confirma. Mientras hemos estado hablando la doctora no ha dejado de manipular en la máquina y seguir viendo al bebé en el monitor—. Está sano, en su peso y medidas. Voy a mandarte otros análisis y unas pastillas, no te preocupes que es lo típico para

personas en tu situación —aclara de inmediato.

—Gracias —murmuro incorporándome en la camilla una vez que ella ha terminado.

Me entrega unos papeles y nos despedimos hasta la próxima cita.

Cuando salgo de la consulta voy en *shock*, no puedo creer que vaya a ser madre. Me acaricio el vientre y suspiro con fuerza pensando en los cambios que se vienen en mi vida en pocos meses.

Cojo el coche y me marcho a casa, necesito asimilar esta noticia en la intimidad, pensar cómo voy a gestionar todo y qué voy a hacer con el padre de mi hijo. Cómo voy a darle esta noticia. Me siento una completa egoísta, lo mejor sería no decirle nada, pero pensando en mi pasado y todo lo que le recriminé a mi madre y a mi abuelo lo que hicieron conmigo no podría soportar pasar por lo mismo, que mi hijo estuviese cerca de su padre y que no supiese que lo es.

Me tumbo en la cama y lloro, no lo puedo evitar, no porque no quiera a este bebé, todo lo contrario, por la emoción que siento en estos momentos y no poderla compartir con Hugo. Recuerdo las conversaciones que tuvimos sobre tener hijos antes de recuperar la memoria, no los quería antes de diez años en nuestras vidas, le resultaban molestos. Cierro los ojos y continúo llorando, no sé cómo decirle esto, probablemente piense que ha sido producto de una venganza ya que por el hecho de estar embarazada no me planteo volver con él.

El móvil no para de sonar, son mis amigas, pero como no tengo ganas de hablar lo apago y continúo en la cama, asimilando que llevo a un bebé dentro de mi vientre. Creo que me quedo dormida acariciando mi barriga.

La insistencia en el timbre de la casa me despierta, voy a abrir antes de que me explote la cabeza y me encuentro con Aura y Gala.

—Joder, ¿dónde te metes? —dice Aura en cuanto me ve. Ambas pasan al interior de la casa sin que las invite. Cierro la puerta, Gala se da la vuelta y se queda repasándome de arriba abajo mi aspecto; descalza, despeinada y harta de llorar debe de ser deplorable y dice:

—¡¿Qué te ha pasado?! —pregunta alarmada.

Aura se fija en mí y ambas se quedan en silencio, intercambian una mirada y se me acercan.

—¿Estás bien? —inquiere Gala con temor.

—No —contesto, me echo a llorar y ellas me abrazan.

—¿Qué ha sucedido? —se interesa Aura muy preocupada, levantándome el rostro y haciendo que la mire.

—Estás temblando —aprecia Gala. Me coge de la mano y me lleva hasta el sofá donde nos sentamos las tres.

—¿Qué hacéis aquí? —pregunto con la voz ronca, mirándolas a ambas. No recuerdo que hayamos quedado.

—Izan le ha pedido a Gala que se vayan a vivir juntos —anuncia Aura con alegría—.

Teníamos que contártelo y no te localizábamos.

—Estamos concretando citas para ver pisos —revela Gala con ilusión.

—Me alegro mucho por vosotros —le digo a mi amiga forzando una sonrisa y tratando de poner mi mejor cara.

—¿Y a ti qué te pasa? —pregunta Aura mirándome a los ojos y tomándome las manos entre las suyas—. Salta a la vista que es algo grave.

Expulso aire, las miro a ambas y me armo de valor para soltar la gran bomba.

—Estoy embarazada —susurro con un hilo de voz.

—¡Qué! —exclaman mis amigas a la vez mientras me miran como si los ojos se les fuese a salir de las órbitas.

—¿Hemos escuchado bien? —inquiere Gala mirándome con atención. Asiento en silencio, agobiada mientras me miran en *shock.*

—¿Y… quién es el padre? —se atreve a preguntar Aura. Me quedo en silencio y las miro seria.

—¿Es Piero? —concluye Gala—. Llevas un tiempo liada con él.

—No.

—¿Entonces? —pregunta Aura mirándome con los ojos muy abiertos.

—Es de Hugo —les confirmo y ambas se llevan las manos a la boca.

—Pensé que lo odiabas y no tenías nada con él desde que recuperaste la memoria —dice Gala.

—Sucedió hace tiempo —susurro.

—¿De cuánto tiempo estás embarazada? —inquiere Aura con el ceño fruncido.

—De cuatro meses.

—¡Joder! ¿Y desde cuando lo sabes? —pregunta Gala, asustada.

—Me acabo de enterar. Aún no me lo creo.

—¿No sospechabas nada? —Me mira con sorpresa Aura.

Niego con un gesto de la cabeza y me echo a llorar. Mis amigas me abrazan y me aferro a ellas.

—¿Qué piensas hacer? —se interesa Gala.

—No lo sé.

—Tienes que decírselo a Hugo, no puedes con esto tu sola —me advierte.

—Ya —susurro—. Él no quería hijos… —balbuceo.

—Pero sí quería follarte, pues que acarree con las consecuencias —dice de golpe Gala, muy enfadada.

—Fue mi culpa, dejé las pastillas cuando recuperé la memoria, luego me acosté con Hugo y olvidé las consecuencias. Tampoco pensé que pudiese quedarme embarazada a la primera —

justifico.

—Nos tienes aquí para lo que haga falta —me indican mis amigas dándome un gran abrazo.

—Ahora necesito tiempo para asimilarlo. En cinco meses mi vida va a cambiar de forma radical —murmuro, agobiada.

—Creo que necesitas descansar, pensar y ver cómo se lo dices a tu familia y a Hugo. Estoy segura de que todos te van a apoyar —dice Gala.

Me quedo callada y la miro.

—¿No quieres ser madre? —susurra Aura.

—Es algo que no había pensado aún. Por supuesto que siempre pensé en tener hijos, pero no en este momento de mi vida.

—¿Si lo hubieses sabido antes…? —pregunta con temor Gala.

—Lo hubiese tenido —contesto de inmediato.

Ambas me miran con una sonrisa en sus labios y me dan un beso, orgullosas de mí.

—Y ahora vas a comer algo —me ordena Gala—. Vamos a darle alegría a nuestro sobrinito y a dejar de llorar —manifiesta colocándose en pie.

—Me han dado una lista con cosas que no pueden comer las embarazadas —les indico a mis amigas—. Está en mi bolso, ni siquiera la he leído.

Aura coge la lista, la lee en voz alta y entre ella y Gala determinan qué vamos a cenar y las tres nos trasladamos a la cocina. Ella se echan una copa de vino y a mí me dan agua.

—Me siento culpable porque he bebido y comido alimentos que no debería en estos meses —les revelo con angustia.

—No lo sabías —justifica Gala.

—¿El bebé está bien? —pregunta Aura.

—Sí, está muy bien. Me dijeron que ya puedo saber el sexo, pero no me encontraba preparada para saberlo.

—Poco a poco, cuando decidas y te sientas con fuerzas —me anima Aura con paciencia.

Mis amigas se quedan a pasar la noche conmigo y me siento muy afortunada de tenerlas a mi lado. Por el momento les suplico que no digan nada de mi embarazo a sus parejas, debo pensar cuándo y cómo se lo comunico a Hugo.

58
Emma

Me levanto temprano, me despido de mis amigas y me dirijo a la clínica a hacerme las analíticas que me pidió la doctora, luego me paso a ver a mi abuelo, está acompañado de mi madre, y cuando los veo a ambos no sé cómo decirles que voy a tener un hijo. Las circunstancias del corazón de él no están para muchas emociones y decido esperar unos días, pese a que estoy segura de que será una alegría el convertirse en bisabuelo. Por otro lado, creo que antes debo de darle la noticia a Hugo. Es la otra parte implicada en todo esto y por mucho que me pese, tiene derecho a saberlo.

Desayuno con mi madre en la cafetería del hospital y luego me marcho a la empresa. Mientras conduzco hasta allí pienso en ver a Hugo y las piernas me flaquean de solo imaginar en cómo darle la noticia y cuál sea la reacción.

Entro en el despacho de dirección y me topo con él sentado ahí, el corazón me da un vuelco cuando me mira y aprecio que lleva horas trabajando. Tiene la chaqueta colgada en el respaldo del sillón, se ha deshecho de la corbata, tiene la camisa un poco abierta y los puños remangados.

—Me desvelé a las seis de la mañana y me vine —me indica nada más verme—. Estoy adelantando trabajo y poniéndome al día.

—Gracias —susurro acercándome a su lado con pasos lentos. No puedo pensar en el trabajo en estos momentos de mi vida, solo en el hijo en común que llevo en mi vientre.

Hugo me mira bien y dice:

—Te veo cansada —aprecia.

—No he dormido muy bien, el tema de mi abuelo me tiene el sueño espantado —justifico ante él.

—No te preocupes, yo me encargo de todo esto si hoy necesitas despejarte y tener el día libre —me ofrece de forma amable.

—Me quedaré —determino—. Me hará bien distraerme un poco y dejar de pensar en temas familiares —murmuro con remordimientos.

Hugo cabecea y cuando tomo asiento frente a él me extiende una carpeta enorme.

—Está todo repasado.

—Gracias —le indico de nuevo haciéndome una idea de todo lo que ha trabajado desde que está aquí.

El resto de la mañana lo pasamos juntos ordenando reuniones y coordinando muchas cosas,

cómo se llevarán a cabo mientras nosotros estemos al mando.

—Hugo, ¿podemos comer juntos? —le propongo armándome de valor. Tras pensarlo mucho creo que será el mejor lugar para darle la noticia. Un sitio neutral.

—Por supuesto —contesta de inmediato dedicándome una gran sonrisa.

Cuando salimos para el restaurante mi padre me da la sorpresa de aparecer en la empresa, nos lo encontramos en la salida y me da mucha alegría verlo. Hace un par de meses que no coincidíamos pese a que hablamos casi a diario. Me veo en la situación de decirle que voy a comer con Hugo e invitarlo a venir con nosotros y para mi sorpresa acepta. Siento que mis planes se han frustrado y paso una comida algo alejada de la conversación que mantienen Hugo y mi padre mientras yo busco otro momento para contarle al padre de mi hijo que estoy embarazada.

Tras el almuerzo Hugo se disculpa, vuelve a la oficina y me sugiere que pase la tarde con mi padre, se lo agradezco y cuando lo vuelvo a ver es al día siguiente. Tenemos tanto trabajo en la empresa que mandamos a pedir algo rápido para comer ahí y cuando nos damos cuenta son las nueve de la noche. Ya le han dado el alta a mi abuelo y este nos invita a cenar a casa con él y no podemos decir que no, es viernes y por fin tenemos dos días de descanso que los necesito muchísimo.

Cenamos con mi abuelo y cuando Hugo me va a llevar a casa recibo una llamada de Gala y Aura en la que me invitan para que me pase un rato por casa de Gael y Aura ya que están allí reunidos tomando unas copas. Estoy muy cansada y declino la invitación, luego Hugo recibe una llamada de Izan en el coche, lo pone en manos libres y los chicos terminan convenciéndonos de que nos pasemos por su casa. Finalmente accedo porque de ese modo me desharé de que Hugo me lleve a casa ya que se lo pediré a Gala, definitivamente hoy tampoco es un buen día para contarle que va a ser padre.

La semana siguiente pasa tan rápido y es tan estresante que no tengo ni un solo momento de tranquilidad para hablar con Hugo ni encuentro el lugar adecuado. Está tan centrado en el trabajo, tan responsable y tan cambiado que me tiene desconcertada. Intento buscar el momento justo para mantener la conversación más importante de nuestras vidas ya que nos la cambiará para siempre, pero por una cosa u otra, siempre termina pasando algo y no le revelo que va a ser padre. Lucho cada día con la constante presión de mis amigas alentándome a dar la noticia a mi familia y a Hugo, pero lo cierto es que estoy cagada de miedo y este me impide encontrar ese instante en el que desvelar mi estado.

Esta noche, por insistencia de Gala, hemos quedado para cenar y luego ir al nuevo local de Piero. Doy gracias de que solo le falte uno más por abrir y luego se marchará a Formentera de nuevo. Desde que me he enterado que estoy embarazada le esquivo las llamadas y apenas le contesto a los mensajes. En estos momentos no me siento preparada para inicial una relación

seria con nadie. Me escudo en que estoy muy cansada y con mucho trabajo, pero sé que le prometí que acudiría a esta inauguración.

Ceno con mis amigas y me entero que los chicos lo hacen por su lado y finalmente nos encontramos todos en el nuevo local de Piero. Cuando veo a Hugo allí, en un ambiente tan diferente al que nos hemos movido esta semana me resulta raro. Tiene una copa en la mano y habla de forma muy íntima con una mujer. De inmediato esto me molesta y tengo ganas de largarme a mi casa, pero Piero aparece, me da un beso y un abrazo y me convence de que me tome algo. Me cuesta que acceda a solo pedirme un refresco de limón con todo el alcohol que hay en la inauguración, pero lo declino sin decirle el motivo. Luego nos sentamos en un rincón muy acogedor con el resto de mis amigas y sus parejas, mientras que observo que Hugo sigue en una esquina de la barra con esa mujer. De forma inconsciente no le quito ojo mientras simulo prestarle atención a la conversación que mantengo con Piero, Aura y Gala en la que él nos explica cómo ha remodelado el local en apenas tres meses y han conseguido abrir en el día de hoy.

Piero se levanta a saludar a unas personas y yo les digo a mis amigas:

—Chicas, me voy a marchar a casa, necesito una cama. He tenido una semana infernal.

—¿Te molesta ver a Hugo con esa tía? No les has quitado ojo desde que entramos —aprecia Gala.

—Eh… No, para nada —disimulo—. Bueno, me quedo un rato y luego me voy. —Me hago la valiente mientras desvío mis ojos de Hugo y esa pelirroja que se lo come con los ojos y me centro en Piero que se acerca al rato y me saca a bailar a la pista casi arrastrándome.

Siento los ojos de Hugo clavados en mí cuando Piero me mantiene pegada a su pecho y me habla al oído. Siento que comienza a dolerme la cabeza, una punzada muy fuerte, como la que me dio el día que recuperé la memoria, la vista se me nubla un poco, pero sacudo la cabeza y parece que se pasa, sin embargo, al instante veo cómo Hugo y esa mujer se besan frente a mí y siento una gran puñalada en el pecho y un dolor en el vientre que me hacen emitir una queja. De inmediato todo se vuelve negro y no puedo mantenerme en pie.

59
Hugo

Llego a la inauguración del local con Izan y Gael solo porque me han asegurado que sus novias vienen de camino con Emma y necesito saber si su relación con Piero continúa. En estos días que he trabajado junto a ella codo con codo no he apreciado que tuviesen una relación de pareja, y necesito saber si lo de ellos fue solo un rollo de una noche o hay algo más serio.

En cuanto pongo un pie en el local con mis amigos me encuentro con Melanie, una mujer que conocí hace unas semanas y casi terminamos follando en el coche. Al parecer quiere concluir lo que dejamos a medias y no se separa de mí. Cuando veo a Emma con Piero bailando juntos todos mis celos se desatan y tengo que besar a la pelirroja por dos razones, la primera, para no salir corriendo y apartar a ese tío de la mujer que considero mía, y la segunda, porque necesito que ella sienta los mismos celos que yo en estos momentos. De esa forma quiero comprobar si le soy indiferente o no.

Melanie me susurra entre besos:

—Vámonos a tu casa. —La miro y frunzo el ceño cuando veo que hay una aglomeración de personas alrededor de Piero, la música se ha parado y él grita:

—Llamad a una ambulancia.

Aparto a la pelirroja de mi lado y corro hasta el lugar donde estaba Emma con el corazón bombeándome a todo ritmo porque algo me dice que se trata de la mujer que amo.

Cuando llego la encuentro en el suelo. Aura y Gala están junto a ella. Me arrodillo a su lado y pregunto agitado:

—¿Qué le ha sucedido?

—Se ha desmayado, pero no entra en sí —dice Aura que intenta reanimarla dándole palmadas con la mano en sus mejillas, preocupada.

De fondo se escucha la sirena de la ambulancia. Piero entra acompañado de los sanitarios que nos apartan del lado de Emma de inmediato y comienzan a atenderla.

—¿Es vuestra amiga? —preguntan.

—Sí —respondemos Aura, Gala y yo. Piero se está encargando de alejar a la gente y sacarlos del local.

—¿Ha bebido? —pregunta el médico examinándola.

—No —contesta Gala—. Solo refresco.

—¿Ha tomado otras sustancias? —inquiere el médico levantándole los párpados.

—No —dice Gala con seguridad.

—¿Sabéis algo que haya podido provocar este desmayo? —insisten los sanitarios mirándonos a los tres mientras le toman la tensión y comprueban sus constantes.

—Hace un año y medio estuvo en coma tres meses. A veces tiene fuertes dolores de cabeza, pero nunca ha llegado a perder la conciencia —les indico a los médicos, muy asustado.

Comienzan a colocar a Emma en una camilla, ella entreabre los ojos, pero los vuelve a cerrar, me tranquilizo un poco al comprobar que ha reaccionado mientras siento un miedo atroz por ella. Desde que recuperó la memoria se ha negado a hacerse más pruebas y temo porque algo vaya mal en su cabeza.

—Nos la vamos a llevar al hospital, ¿sabéis si es alérgica a algo? —pregunta el médico con interés.

—No —contesto.

—Nos la llevaremos y le haremos algunas pruebas y radiografías para averiguar qué ha podido suceder.

—Un momento —interrumpe Gala. Mira a Aura, ambas están muy nerviosas, se retuercen las manos, las siento extrañas y dice—: Está embarazada. Tengan cuidado.

Las miro a ambas con los ojos muy abierto y siento que me mareo.

—¡¿Qué?! —pregunto mientras hago esfuerzos por respirar, creo que me falta el aire.

Aura y Gala me miran en silencio y no saben dónde meterse. Él médico asiente a la información que le ha dado su amiga y comienzan a llevarse a Emma. Yo soy incapaz de moverme. Gala acompaña a Emma mientras que yo cojo del brazo a Aura y le exijo:

—¿Es verdad?

—¡¿Tú qué crees?! —me reprocha—. No son momentos para broma.

—¡Joder! —estallo fuera de sí. Siento que una inmensa furia me consume por dentro y tengo ganas de matar a alguien. Emma no puede estar embarazada. No puede tener a un hijo de otro hombre.

De forma salvaje busco a Piero con la mirada y me dirijo hacia él llevado por la rabia y el dolor tan grande que siento porque ese cabrón haya dejado embarazada a la mujer que amo. En cuanto estoy frente a él le doy un puñetazo en la cara y lo enfrento con ganas de hacerlo pedazos.

—¡Hijo de puta! La has dejado embarazada —le reprocho al mismo tiempo que él esquiva otro golpe.

—¿De qué coño hablas? —alza la voz tocándose el labio, se lo he partido.

De inmediato siento a Gael a mi lado tratando de agarrarme.

—¡No te metas! —le advierto entre dientes, dispuesto a encararme con mi amigo. Nadie me va a parar—. Emma, pedazo de cabrón —le espeto a Piero, centrándome de nuevo en él.

—No sé de qué embarazo me hablas —se exculpa y tengo ganas de machacarlo.

—¿No piensas responsabilizarte? —bramo con ganas de matarlo, pero nos separan.

—¿Crees que el niño es mío? —pregunta con los ojos muy abiertos.

—Os vi saliendo juntos del ascensor del hotel en el que vives y Emma llevaba la misma ropa de la noche anterior —escupo entre dientes.

—Piensa lo que quieras —dice Piero mostrando indiferencia.

Furioso, me deshago del agarre de Gael y cojo a Piero de las solapas de la chaqueta.

—No juegues con Emma o te mato —le advierto, furioso.

—Aquí el único que ha jugado con ella eres tú —me espeta envalentonado—. Me contó lo que le hiciste, cabronazo —escupe entre dientes—. Y desde hace tiempo tengo ganas de darte una buena paliza.

Piero me propina un puñetazo en el estómago que me deja doblado por la mitad.

—No he tenido el lujo de tener a una mujer como Emma en mi cama —confiesa mientras me golpea de nuevo—. Esa noche a la que te refieres ella solo me cuidó porque comí algo que me sentó mal. Ve a buscar al padre de su hijo en otro lado, te aseguro que yo no soy —dice lanzándome al suelo mientras lo miro con los ojos muy abiertos.

—Vámonos, tío —dice Gael ofreciéndome la mano para que me levante.

Miro a Piero de forma desafiante, comienzo a marcharme de su local acompañado de Gael, Izan y Aura que permanecen callados. Una vez en la calle cojo a mi amiga del brazo y le exijo de malas formas:

—¿Quién es el padre del hijo de Emma? —Aura se queda callada, esto me enfurece y la zarandeo con fuerza.

Siento el empujón de Gael, que se encara a mí diciéndome:

—Contrólate, no la toques o te las tendrás que ver conmigo.

—¡Ella lo sabe! —le exijo señalándola con el dedo.

—No me corresponde dar esa información. Es un asunto de Emma —alega Aura mirándome como si no me conociese.

—Creí que erais mis amigos —escupo entre dientes mirándolos a los tres. Me doy media vuelta y me encamino hacia mi coche mientras valoro quién coño puede haber dejado preñada a Emma. De repente, aparece en mi mente las dichosas clases de bachata, que mi primo acude a ellas y es el compañero de Emma.

—¡Joder! —maldigo con un grito mientras golpeo el volante con fuerza.

Miro el reloj y sé dónde encontrar a Darío un viernes por la noche a las dos de la madrugada.

Ni me molesto en aparcar en la puerta de la discoteca más asidua de Darío, dejo el coche prácticamente tirado en la entrada y sin saludar a los porteros, me conocen, me salto la cola y entro. Busco como un loco a mi primo, me tropiezo con varias personas, Ariadna aparece ante mí se cuelga de mi cuello y dice:

—¿Has venido a buscarme?

—¿Dónde está mi primo? —le exijo tomándola por las muñecas con fuerza y apartándola de mi lado mientras mis ojos no dejan de buscarlo.

—En el reservado de arriba con su hermana y unos amigos más. No me dijo que venías hoy —murmura de forma coqueta mientras me acaricia el pecho.

La aparto de una forma poco delicada de mi lado y corro como un rayo hacia el lugar donde se encuentra Darío.

Cuando mi primo me ve no le doy tiempo de reacción, lo cojo por la camisa, le estampo la espalda contra la pared, se le cae la copa que lleva en la mano y le pregunto llevado por la rabia que siento:

—¿Has dejado a Emma embarazada?

Mi primo me mira con los ojos muy abiertos, siento el pánico en ellos y esto me hace maldecir por dentro.

—Yo… yo…

—Te voy a matar —le advierto entre dientes.

—Joder, Hugo, yo no me he acostado con Emma —confiesa, temblando.

—¿No puedes ser el padre de su hijo? —inquiero sin creerlo.

—No —grita mientras mi prima intenta que lo suelte sin éxito.

—¡¿Qué te pasa, Hugo?! —me reprocha exaltada.

Suelto a mi primo, y le advierto de forma desafiante:

—Más te vale que me estés diciendo la verdad.

—¿Emma está embarazada? —pregunta mi prima con sorpresa mirándome con atención.

Asiento con un gesto mientras me paso la mano por la cabeza, desesperado, al mismo tiempo que me pregunto; ¿quién ha dejado embarazada a Emma? Mi prima es una de sus mejores amigas y no lo sabía, joder, maldigo.

—¿La mosca muerta está embarazada y no sabe quién es el padre? —pregunta de forma mal intencionada Ariadna a mi lado.

—No vuelvas a referirte así a Emma en mi presencia —le advierto entre dientes al mismo tiempo que me alejo de ella, pido una copa en la barra, la necesito, me la bebo de tirón y me largo.

60
Hugo

Me marcho a un bar en el que no conozca a nadie y bebo hasta que pierdo la noción del tiempo y de la realidad. Cuando abro los ojos estoy en casa de Gael, en su sofá.

—¿Qué hago aquí? —pregunto incorporándome, al mismo tiempo que siento la boca seca.

—El dueño del bar me llamó en mitad de la madrugada. Estabas muy borracho y querías coger el coche. ¡Estás loco! —me reprende con dureza—. Menos mal que me conocía y tenía mi teléfono.

Lo miro en silencio, sin prestarle demasiada cuenta. Me da igual todo lo que me dice, siento que mi vida se ha ido a la mierda. La mujer que amo está embarazada de otro hombre y sé que es una herida de la que no podré recuperarme jamás. ¡¿Cómo ha podido hacernos eso?! Estoy seguro de que me quiere, que en este tiempo separado no ha podido encontrar en otro lo que nosotros teníamos ante de que recuperase la memoria.

—Me da igual todo —murmuro levantándome del sillón.

—Anoche perdiste el control por completo —me reprocha—, y no me refiero al hecho de que terminases borracho como una cuba —especifica—. No tienes derecho a golpear a los tíos con los que haya estado Emma buscando quién sea el padre de su hijo.

—¿Quién es ese hijo de puta? —escupo entre diente, con ganas de matarlo—. Tú lo sabes, dímelo —le exijo.

—No sé nada. Aura no suelta prenda.

Lo miro con resentimiento, pero conozco tan bien a mi amigo que puedo leer en sus ojos que me dice la verdad.

—¿Cómo está Emma? —me intereso por ella mientras me rasco la cabeza. La pasada noche la odié porque sentía que me había traicionado, pero sé que siempre la voy a amar pese a que todo haya cambiado de forma radical entre nosotros. En estos momentos la siento más lejos que nunca, sin embargo, su salud y bienestar son mi prioridad.

—La dejaron anoche en observación debido a su estado. Aura se quedó con ella, no han querido decirle nada a su abuelo ni a su madre para no preocuparlos —revela Gael.

—Tengo que hablar con ella —murmuro recogiendo mi cartera y mi teléfono de encima de la mesa.

—No creo que sea muy conveniente que te presentes en el hospital —me aconseja mi amigo.

—¡¿Y qué hago?! —bramo con las manos abiertas—. ¿Qué harías tú si la mujer que amas está

en el hospital embarazada de otro? —inquiero sumamente enfadado.

—Dejarla ir. Es lo que ella ha decidido —susurra mi amigo.

—No tienes ni idea de lo que estoy sintiendo en estos momentos —escupo entre dientes y me marcho de su casa tras dar un sonoro portazo.

Me dirijo a mi casa, me doy una ducha, me cambio de ropa y me tomo un café bien cargado. Cuando llego al hospital y pregunto por Emma me informan que se ha marchado a casa. Llamo a Aura, pero no me coge el teléfono. Me da igual todo y decido presentarme en casa de Emma, que también es mía.

Doy gracias a que las llaves del chalet estaban en mi coche desde la última vez que las usé y entro en la propiedad sin llamar. En el salón me encuentro con Emma en el sofá tapada con una manta y sus dos amigas a su lado. Solo la miro a ella, siento un fuego interior mezclado con una furia que no sé cómo dominar. Solo cierro los puños con fuerza y la miro en silencio. Mis ojos no pueden evitar posarse en su vientre. No se le nota nada, seguramente esté de muy poco tiempo.

—¡¿Qué haces aquí?! —me espeta Aura.

—Tengo que hablar con Emma —justifico.

Emma me mira en silencio, retorciéndose las manos, visiblemente nerviosa.

—Lo mejor será que te marches —me indica Gala.

—Creo que el momento ha llegado, dejadme a solas con él —les pide Emma a sus amigas ante mi sorpresa.

Estas intercambian una mirada entre ellas, le dan un beso a Emma y le dicen que estarán en la cocina.

Cuando nos quedamos a solas un prolongado silencio se hace entre nosotros mientras que nos miramos a los ojos. Desvío mi atención hacia su vientre de nuevo y anhelo ser el padre del hijo que lleva en su interior. Jamás llegué a imaginar algo como lo que estamos viviendo en estos duros momentos en los que siento que se me va la vida ante el dolor tan enorme que me provoca saber que Emma y yo estamos más lejos que nunca.

—Ya lo sabes —susurra en un leve hilo de voz.

Asiento a sus palabras con un nudo en la garganta, tratando de dominar mi furia.

—¡¿Y tú, sabes quién es el padre?! —le reprocho de forma abrupta al mismo tiempo que ella abre mucho los ojos—. Piero y mi primo me dijeron que no era de ninguno de ellos —revelo con desprecio.

—¡¿Qué?! —pregunta con el rostro desencajado.

—Quiero matar al tío que te ha dejado embarazada, Emma —revelo con dolor.

—El tío que me ha dejado embarazada —susurra despacio—. Creo que el sentimiento es mutuo —me espeta de golpe mirándome con rabia.

—¡¿Qué?! ¿Te forzaron? —inquiero dando dos grandes zancadas y sentándome a su lado. No había valorado esa opción.

—No —niega de inmediato—. Fue un error —revela de golpe.

—¿Vas a abortar? ¿Entra en tus planes? —pregunto con miedo.

—Nunca lo haría —me deja claro de inmediato—. Sabes, acompañé una vez a Olivia a realizarse un aborto y creo que me dolió más a mí que a ella. No podría matar a mi hijo —revela, dolida.

Ignoraba la información que me acaba de dar, pero viniendo de Olivia nada me impresiona.

—¿Lo sabe el padre de tu hijo? —me atrevo a preguntar en forma de reproche.

—No.

—¿Sabes quién es? —inquiero de nuevo.

—Si vuelves a hacerme esa pregunta te juro que te estampo en la cara lo primero que coja. A diferencia de ti, no me he ido acostando por ahí con el primero que conocía cada noche —me reprocha con dureza.

—Si he estado con otras mujeres en este tiempo ha sido por tu rechazo. Te sigo queriendo —termino confesándole, como un idiota.

Emma pone los ojos en blanco, deduzco que no me cree, pero no considero que estemos en un momento en el que pueda recuperar su amor. Me siento derrotado y herido.

—Permíteme que dude de tu forma de querer —dice con sarcasmo.

—¿Tuviste alguna duda o queja en el tiempo que estuvimos juntos y pensabas que eras Olivia? —la encaro.

Emma se queda en silencio, traga con dificultad y aparta su mirada de mis ojos.

—No quiero recordar esos momentos, no era yo —alega.

—Sí, sí eras tú —contraataco alzando un poco la voz—. Sin recuerdos, pero eras tú. No te comportabas como Olivia, no besabas como ella, no sé cómo no me di cuenta antes. Cuando nos acostamos por primera vez fue increíble pese a que fui un capullo y te dije lo contrario, y sentí lo mismo cuando lo hicimos y estabas en la piel de Olivia.

—¡Cómo te atreves a decir que fue increíble, hijo de puta! —brama muy alterada—. Me dejaste hecha una mierda. No he podido estar con ningún otro hombre porque tus recuerdos me persiguen —confiesa escupiendo las palabras, mientras me mira muy furiosa.

—¡Ah!, ¿no? ¿Y tu hijo de quién es, del espíritu santo? —le reprocho con malicia, alterado, paseándome ante ella.

—Es tuyo —susurra mirándome con desprecio.

—¡¿Qué?! —inquiero sin creer lo que ha dicho.

—Es tu hijo —confirma de forma impasible, mirándome a los ojos de forma fría y distante.

—¿Mío? ¿Cuándo? —pregunto atónito—. Hace meses que no nos acostamos —murmuro

haciendo memoria.

—Cuatro meses exactamente —revela llevándose la mano al vientre.

—¿Estás embarazada de cuatro meses? —pregunto con un nudo en la garganta por el que apenas sale mi voz. Me siento de nuevo a su lado porque mis piernas flaquean y la miro a los ojos mientras mi corazón está a punto de salírseme del pecho.

—Sí —confirma como si nada mientras que yo siento que me va a dar un infarto.

—¿Es mío? —pregunto con lágrimas en los ojos, sin poder creérmelo—. ¿De verdad?

—Muy a mi pesar, sí —contesta de forma agria.

—¡Oh! —grito de alegría. En un impulso la abrazo, pero Emma me rechaza de inmediato.

Llevo horas estrujándome el cerebro pensando en quién podría ser el padre del hijo de Emma, en matar a ese tío, y resulta que soy yo. Una gran emoción me embarga, su hijo es mío, ella sigue siendo mía. La miro con lágrimas en los ojos mientras me observa con espanto.

—Sé que no querías ser padre, lo siento, fue un error —justifica y siento un gran dolor ante sus palabras.

—Creo que no eres consciente de la enorme alegría que me acabas de dar. Es mío —alzo la voz, eufórico, mientras ella me mira seria—. ¿No pensabas decírmelo? —le reprocho mirándola, serio.

—Llevo un par de semanas tratando de darte la noticia —revela con tranquilidad—. Eres el padre de mi hijo y yo mejor que nadie sé lo que es crecer al lado de tu familia sin saber que lo es. No pensaba permitir que eso le ocurriese a mi bebé. Por mucho que me cueste, tenemos un hermano en común, y siempre vamos a estar unidos por esa parte familiar —relata.

—Estás embarazada de cuatro meses, ¿y llevas un par de semanas pensando en decírmelo? —le reprocho, muy enfadado.

—¡Un momento! —me para en seco señalándome con el dedo—. No vayas por ahí, no quiero ni un solo reproche porque no sabes cómo han sido las cosas —me advierte entre diente, con una mirada desafiante.

—¡Joder! —maldigo a la misma vez que me levanto, me paseo ante ella y me revuelvo el pelo —. No puedo pensar con claridad. Estoy feliz porque soy el padre de tu hijo —le confieso arrodillado ante ella, con lágrimas en los ojos, intentando cogerle las manos entre las mías, pero no lo permite—, pero estoy completamente perdido. ¿Cómo estás? ¿Va todo bien? Esto es algo de los dos. No voy a dejarte sola —le indico desesperado. Necesito que sienta mi compromiso con ella, con el niño, que sepa que voy a estar ahí, que los amo, que pese a que no lo crea me acaba de hacer un hombre inmensamente feliz.

—Pese a que te cueste creerlo, me enteré del embarazo hace un par de semanas. Ni siquiera lo sospechaba. Sabes que tenía un periodo muy irregular —me recuerda.

—Yo te quiero, quiero a este hijo —le revelo, emocionado mientras la miro sin poder creer

todo esto.

—Esto no cambia las cosas entre nosotros —manifiesta con frialdad.

—Vamos a tener un hijo —le repito con ímpetu.

—Mis padres se divorciaron antes de yo nacer, te aseguro que no será el primero ni el último niño con padres separados —me deja claro de forma segura y tajante.

—¿Ni siquiera el hecho de ser madre te hace ver que me quieres y que estar juntos es lo mejor para el bebé? —le planteo.

—Creo que tenemos visiones diferentes —comenta mientras se levanta del sofá y me aparta de su lado.

—¿Cómo estás? Has estado en el hospital —le recuerdo—. ¿Piensas vivir sola estando embarazada?

—No sería la primera mujer embarazada que vive sola —me reprocha.

—¿Quién más sabe que vamos a tener un hijo? —inquiero, pensativo.

—Aura y Gala, y ahora tú.

Asiento y suspiro mientras que me paseo por el salón sin dejar de mirar a Emma, lejos de mí cuando deberíamos estar más unidos que nunca. Siento que este bebé es un milagro, un lazo para siempre con Emma, un hijo de ambos que representa para mí la oportunidad de que es más mía y que podré recuperarla en algún momento.

—No sé qué tengo que hacer ahora —le comento, nervioso.

—Nada. Te avisaré cuando tu hijo nazca —dice con frialdad, cruzada de brazos mientras que me dirige una mirada altiva.

Tomo una bocanada de aire, intento tranquilizarme, doy un par de pasos para acercarme a ella y le susurro muy cerca de su oído para que me entienda bien:

—Estás muy equivocada si piensas que ese va a ser mi papel. Tengo derechos. Voy a estar muy cerca de ti en todo momento, no vaya a ser que a tu abuelo le dé por repetir la historia y vuelva a dar el cambiazo —le espeto de golpe de forma malintencionada.

Aprecio que Emma lo recibe con un golpe bajo, toma una bocanada de aire, cierra los ojos y grita enfurecida:

—Vete de mi casa. No quiero verte. Eres un capullo que sabe dar donde más duele y nunca cambiarás.

Me dirige una mirada de rencor que hace que mi corazón se parta en dos. No quiero que se altere más en su estado. Yo también tengo mucho que pensar, por ello decido marcharme y que ambos nos tranquilicemos.

En silencio, sin decirle adiós, me dirijo a la puerta de la casa y me marcho bajo la atenta y silenciosa mirada de Emma. No me siento orgulloso de mis últimas palabras, pero esta situación me ha superado. No quiero que me aleje de mi hijo, ni perderme nada de él.

61
Emma

El sonido de la puerta al cerrarse y que Hugo se haya marchado hacen que me derrumbe en la alfombra y comience a soltar todas las lágrimas que he estado conteniendo desde que entró en el salón. No sé cómo esperaba este momento entre nosotros, pero con lo que no contaba era con esta sensación de vacío y decepción que tengo instalada en mi corazón en estos instantes.

Siento a mis amigas abrazarme, me consuelan sin saber qué decirme. Todo es tan complejo que ni yo misma sé cómo abordar lo que acaba de suceder. Al cabo de unos minutos llegan Izan y Gael, termino contándoles que Hugo es el padre de mi hijo y ambos se sorprenden tanto que deben sentarse. Sin saber cómo decírmelo, terminan revelándome, ya que si no me enteraré por otros medios, que Hugo les partió la cara la noche pasada a Piero y Darío pensando que alguno de ellos era el padre de mi hijo. Según los amigos de Hugo enloqueció al saber que estaba embarazada de otro hombre. Sé que me lo cuentan para que valore y tenga conocimiento de que me sigue queriendo, pero el hecho de que haya agredido a dos personas no me hace sentir más amada.

Paso el resto de la tarde con mis amigos en casa, creo que todos necesitamos digerir la noticia y asimilar que en pocos meses tendré a un bebé en mis brazos.

Aura insiste en quedarse a dormir conmigo, según ella aún estoy convaleciente de mi mareo, pero la convenzo de que se marche a casa ya que estoy segura de que estaré bien. En el hospital solo me dijeron que son episodios que pueden sucederme debido al estado de coma por el que pasé. Fuertes dolores de cabeza y puede que alguna vez llegue a desmayarme, pero nada de gravedad neurológicamente.

Doy gracias de que no haya llegado a los oídos de mi abuelo ni de mi madre mi desmayo ni mi paso por el hospital. Por el momento me centro en recuperarme y pensar en darles la noticia de mi embarazo en unos días cuando haya superado lo sucedido con Hugo.

Me meto en la cama y procuro dormirme, pero la conversación con Hugo no me deja hacerlo. Comienzo a pensar cómo será todo cuando nazca nuestro hijo. Me aterra tener que separarme de mi bebé para que su padre ejerza sus derechos ya que estaremos separados, es entonces cuando la figura de mi madre y de mi abuelo se me pasa por la cabeza, me pongo en su lugar años atrás y puedo llegar a entender el miedo que pasaron al tener que compartirme con mi padre. Por supuesto, no justifico lo que hicieron, hay una parte de mí que nunca les perdonará eso pese a que no se lo he manifestado, pero encontrarme en esta situación hace que no los condene tanto y

los llegue a comprender un poco más.

De repente, escucho un ruido en el salón de la casa, me asusto, las alarmas no han saltado y vivo en una casa muy segura y vigilada, sin embargo, siento miedo, pero me armo de valor, cojo un paraguas del vestidor y comienzo a bajar las escaleras de forma sigilosa, voy descalza y en pijama. Son las doce de la noche. Mientras avanzo por el pasillo en dirección al salón maldigo por haberme dejado el móvil en la mesita de noche de la habitación. Continúo armándome de valor ya que no puedo hacer otra cosa, está todo oscuro, ninguna luz encendida y debo averiguar de dónde provienen esos ruidos o si es alguien que ha entrado en casa. En la penumbra de la noche camino en silencio hasta que veo una sombra humana en el salón, está de espaldas. Observo a través de las luces del jardín que entran por la ventana que es un hombre y va vestido con un chándal y deportes. Me acerco a él por detrás y, con todas mis fuerzas, le atizo un golpe en la cabeza con el paraguas que sostengo en mis manos. Escucho un fuerte quejido, el intruso se da la vuelta y me encara.

—¡Joder, Emma! Soy yo —grita Hugo. Reconozco de inmediato su voz—. Me estoy mareando —dice sentándose en el sofá mientras se lleva la mano a la cabeza. Salgo a correr, enciendo la luz, lo miro y pregunto con las manos en la cintura, muy enfadada:

—¡¿Qué coño haces en mi casa a estas horas?!

—Tengo sangre —dice llevándose la mano a la cabeza y comprobando el golpe que le he dado.

—Eso te pasa por invadir mi intimidad —le reprocho al mismo tiempo que me acerco a él para ver la gravedad de lo que le he hecho.

—Olvidas que esta también es mi casa —murmura mientras se toca la herida y se queja.

—También es mío el ático en el que vives y no aparezco por allí cuando me da la gana —le indico, alterada y enfadada, mientras aparto sus manos de la nuca y le miro el golpe.

—Pues me darías una alegría —murmura—. Siempre vas a ser bien recibida.

—Lo he evitado porque no quería encontrarte con alguna mujer en la cama —le espeto con rabia.

—Mi cama es sagrada, eres la única que ha pasado por ella, no quiero que se vaya tu olor ni se borren de mis recuerdos todo lo que hicimos allí —susurra.

—Voy a ir por unas gasas para limpiarte esto. ¿Cómo te sientes? —pregunto, preocupada tras comprobar que le sale bastante sangre.

—Algo mareado, no sé de dónde has sacado tanta fuerza, casi me matas —se queja.

Abandono el salón y voy al botiquín de la cocina y cojo lo necesario para curarlo. Cuando vuelvo lo encuentro donde mismo lo dejé, observándose las manos llenas de sangre. Le extiendo un paño y le indico que se las limpie. Me acerco él y le curo la herida mientras se queja como un niño pequeño. Luego se recuesta en el sofá y cierra los ojos como si hubiese corrido una

maratón, ¡hombres!

—¿Y ahora me vas a explicar por qué te has presentado aquí como perro por tu casa a estas horas dándome un susto de muerte al pensar que eras un ladrón? —lo encaro, muy enfadada, sentada a su lado. Desvío la mirada y aprecio una maleta—. ¿Qué es eso?

—Mi maleta —dice—. Me traslado a vivir aquí.

—¡¿Cómo?! —Lo miro con los ojos muy abiertos, con ganas de atizarle otro paraguazo en la cabeza.

—Eres la madre de mi hijo y no pienso dejar que vivas sola para que te desmayes en cualquier momento y lo pongas en riesgo. He venido a cuidarte —revela.

—No necesito cuidados, y menos los tuyos —le espeto, alterada.

—Oh, sí los necesitas. El médico te ha dicho que puedes sufrir esos desmayos de nuevo —justifica.

—Vete, Hugo. No voy a tolerar esto —lo echo perdiendo la paciencia.

—Comprenderás que en estos momentos no estoy para discutir esto contigo ni para marcharme, me da vueltas todo el salón —se queja. Yo bufo y lo miro con mala cara.

Me levanto del sofá y le indico:

—Me voy a dormir, cuando se te pase el mareo te vas —le indico seria y cabreada.

—¿Y me vas a dejar así después del golpe que me has dado? —inquiere a modo de queja—. ¿No has escuchado que cuando una persona se golpea con fuerza la cabeza no se puede dormir? Me está entrando sueño —dice con los ojos entornados y la cabeza reposada en el sofá.

—¿Y qué quieres que haga? —bramo con los ojos muy abiertos, exasperada.

—Lo mínimo que puedes hacer es quedarte conmigo esta noche y vigilarme, es tu culpa —me indica encogiéndose de hombros.

—¡No lo puedo creer! —exclamo perdiendo la paciencia y sentándome a su lado.

—Hay muchas cosas que yo tampoco puedo creer, pero aquí estamos —murmura con sorna.

—Si te refieres al bebé, nada me haría más feliz que te deshicieses de su responsabilidad —le manifiesto.

—Jamás cuentes con ello. Desde que supe que ese hijo era mío lo amo tanto como a ti —revela mirándome fijamente.

El intenso brillo de sus ojos, lo atractivo que es, la media sonrisa que comienza a dibujarse en sus labios y su olor consiguen que me sienta abrumada, fije la mirada en su boca y me pierda en ella.

Hugo se inclina un poco hacia mí y se apodera de mis labios. Me besa con firmeza, le correspondo y siento que todo mi cuerpo se enciende ante su contacto. De repente, cuando paso las manos por su cuello, emite una queja, me retiro de inmediato y lo miro algo confusa.

—Perdón —me atrevo a decir, siendo incapaz de mirarlo a los ojos.

—No pasa nada, estoy bien —susurra mirándome con atención mientras lo observo por el rabillo del ojo.

Se hace un incómodo silencio entre ambos hasta que Hugo es el que lo rompe y propone:

—¿Vemos una película? Creo que eso me mantendrá despierto.

Me levanto de su lado, cojo el mando a distancia de la televisión y se lo extiendo.

—Pon lo que te guste —le indico sin entusiasmo alguno al mismo tiempo que me siento en el sofá de enfrente, no quiero tenerlo tan cerca.

Me tumbo en este y me acomodo entre cojines mientras que él busca una película. Termina poniendo *El diario de Noah*, algo que me sorprende. La vemos en silencio al mismo tiempo que nos dirigimos miradas cómplices. Antes de terminar la película siento que los párpados me pesan como toneladas y me duermo.

Cuando vuelvo a abrir los ojos la televisión está apagada, Hugo duerme y ha amanecido. Me incorporo de golpe y lo miro, asustada, me acerco a él, observo que respira, me tranquilizo y cuando intento despertarlo no lo consigo. Le zarandeo el brazo, lo llamo por su nombre, pero no obtengo respuesta.

—¡Hugo, Hugo! —alzo la voz, aterrada. Solo pensar que ahora puede que haya caído en un coma por mi culpa me hace sentir la peor persona—. Por favor, despierta. No me hagas esto —le suplico con una mano en su pecho.

De repente, siento que mi mano es atrapada por la suya, abre los ojos de golpe y me planta un beso en los labios, rápido y fugaz.

—Estoy bien, tranquila —susurra de inmediato.

—¡Joder! —maldigo pasándome la mano por la frente sudorosa.

—¿Has sentido miedo de perderme? —inquiere con una media sonrisa burlona.

—No seas imbécil —murmuro con rabia apartándome de su lado—. Si ya estás bien, puedes marcharte —le indico alterada.

—No me voy a ir, no te voy a dejar sola. Voy a cuidar de ti y de mi hijo —manifiesta de forma contundente.

—No voy a vivir contigo —le dejo claro.

—Esta casa es muy grande, ¿puedes trabajar conmigo y no puedes vivir conmigo? —inquiere con una ceja alzada.

—Sería ya mucho de ti en mi vida —le indico con ironía.

—Seguro que podrás soportarlo —manifiesta seguro de sí mismo.

—Me iré yo —lo amenazo.

—¿A vivir con tu abuelo o con nuestros padres? —inquiere de forma burlona—. Primero tendrás que darles la noticia. ¿Quieres que se lo digamos juntos? —propone con naturalidad y esto hace que estalle.

—No estamos juntos y no pienso anunciar mi embarazo como una gran noticia. Ha sucedido sin querer y deseo tener a mi bebé, pero esto está muy lejos de lo que tenía planeado en mi vida —le dejo claro.

—Es algo de los dos —dice mirándome serio.

—Soy consciente —le aseguro, convencida de ello—. Aún faltan cinco meses para que nazca el bebé. Es lo único que compartiremos —le recuerdo.

—He leído algo sobre el embarazo —anuncia y lo miro con sorpresa—. ¿Sabes ya si es niño o niña? —inquiere, pensativo.

—No quise saberlo. Era demasiada información en el mismo día. No esperaba tener un hijo. Me bloqueé, no podía con más —me excuso, exasperada.

—¿No quieres saberlo? —pregunta con interés.

—Supongo que en algún momento, pero no me urge. Me da igual el sexo del bebé, primero necesito asimilar todo esto que me está sucediendo.

—Me gustaría estar presente cuando te lo digan —plantea a modo de petición.

Asiento, pensativa. Tiene todo el derecho pese a que me moleste su presencia en todo momento durante mi embarazo. Es el padre de mi hijo y eso no va a cambiar nunca.

—Voy a darme una ducha, cuando baje a desayunar no quiero verte en esta casa —le advierto a Hugo antes de desaparecer de su vista.

Mientras subo las escaleras escucho a mi espalda:

—Ya hablaremos. —No sé qué significa exactamente, pero confío en que se marche.

Salgo de la ducha y cuando me seco el cuerpo observo sangre en la toalla. Me alarmo y compruebo de dónde proviene. Cuando descubro que estoy sangrando por la vagina y que esto puede poner en peligro a mi bebé grito el nombre de Hugo con desesperación rogando que no se haya ido y me escuche. Estoy completamente paralizada, no sé qué hacer. No conozco nada sobre embarazos, no he tenido tiempo de informarme sobre ello ni he tenido aún una visita con la matrona para que me ponga al tanto de muchas cosas.

La puerta del baño se abre con fuerza y cuando veo aparecer a Hugo siento una enorme alegría. No estoy sola.

—¡¿Qué sucede?! —pregunta, alerta y asustado mientras me mira. Fija la vista en la sangre impregnada en la toalla y me observa con los ojos muy abiertos.

—Estoy sangrando, el bebé —le informo, temblando.

Hugo se acerca a mí, me coge de la mano, me agarra por la cintura con fuerza y me lleva hasta la habitación para que me siente en la cama.

—Tenemos que ir al médico —dice. Asiento mientras que lo observo en silencio. Estoy en trance, no puedo moverme—. Te ayudo —se ofrece el padre de mi hijo. No me niego, siento que soy incapaz de hacer nada sola.

Él se encarga de cogerme algo de ropa y me ayuda a vestirme. Siento vergüenza cuando me muestro ante sus ojos desnuda, pero Hugo lo hace todo con delicadeza y agradezco su ayuda. Cuando está arrodillado ante mí, colocándome las zapatillas de deportes, me echo a llorar. Me tapo la cara con mis manos y de inmediato siento el contacto de Hugo apartando mis manos y sus ojos sobre los míos.

—No te preocupes, estoy aquí. No estás sola, Emma. —Me abraza y no puedo evitar refugiarme contra su pecho.

Me ayuda a colocarme en pie y, de repente, siento que Hugo me carga en sus brazos y me lleva así hasta el coche pese a que le digo que puedo caminar, pero no quiere que haga esfuerzos.

Salimos de la propiedad y aprecio que Hugo conduce a más velocidad de la permitida, pero no me quejo. Quiero llegar al hospital cuanto antes. Entramos en urgencias y nos atienden de inmediato. Nos pasan a una sala con un monitor para comprobar cómo está el bebé y no puedo evitar aferrarme a la mano de Hugo con fuerza mientras me echan el líquido en la barriga.

—No quiero que le pase nada —susurro con miedo.

Hugo se inclina hacia mí, sentado a mi lado y me da un tierno beso en la frente que logra emocionarme.

La doctora comienza a mover el ecógrafo y dice:

—Ahí está. Tiene latido —revela y sonrío mientras que varias lágrimas de felicidad ruedan por mis mejillas. Hugo me da un beso espontáneo en los labios y siento sus lágrimas en mis labios. Me emociona verlo llorar—. El bebé está muy bien —confirma la doctora. Hugo y yo suspiramos de alivio—. ¿Ya sabéis el sexo? —inquiere la doctora. Ambos negamos con un gesto de la cabeza—. ¿Deseáis saberlo? —pregunta con amabilidad. Hugo y yo nos miramos y asentimos a la vez, sonrientes—. Mirad —llama nuestra atención la doctora para que fijemos la vista en el monitor—. Es una niña —revela y yo no puedo parar de llorar.

—¿De verdad está bien? —pregunto con un nudo en la garganta.

—Sí —responde la doctora mientras que Hugo me aprieta mi mano.

—¿Y el sangrado? —inquiero, preocupada.

—A veces, puede ser normal, pero te mantendremos en observación hasta mañana para ver cómo va todo. Pero es solo precaución —me tranquiliza—. Voy a preparar tu ingreso. Ahora vendrán a buscaros —dice antes de marcharse y dejarme a solas con Hugo.

62
Emma

—Una niña —susurra Hugo, emocionado y feliz, con una gran sonrisa en su rostro que logra emocionarme. Verlo en la faceta de padre y deseando a este bebé es algo que no esperaba.

—Gracias. Me bloqueé cuando vi que estaba sangrando —le indico. Sé que sin su ayuda no hubiésemos llegado tan rápido al hospital.

—Siempre voy a estar, Emma. Amo a mi hija tanto como a ti —revela, se inclina para besarme, pero la puerta se abre de golpe y es un celador que nos va a llevar hasta la habitación que nos espera.

Una vez instalada en la cama del hospital, los recuerdos del pasado vuelven a mí. Cierro los ojos y rememoro los momentos en los que desperté sin memoria y cómo me sentí. Recuerdo cuando Hugo vino a verme y lo que sentí cuando lo volví a ver por primera vez.

—¿Te encuentras bien? ¿Llamo a la doctora? —inquiere, preocupado, cogiéndome la mano y haciendo que abra los ojos y le preste atención.

—Sí. Es solo que los recuerdos de una cama de hospital volvieron a mi mente. He pasado mucho miedo. No quería perder a mi hija —le confieso mientras me llevo la mano al vientre y lo acaricio—. No la busqué, pero me he sentido una mala madre por cómo reaccioné a mi embarazo. Si algo le pasa…

Hugo silencia mis labios con sus dedos.

—No le va a pasar nada. No lo voy a permitir. Voy a cuidarte, a cuidar de ambas quieras o no —me advierte con dulzura.

—No quiero que mi familia se entere de que estoy aquí —le suplico—. No deseo que se enteren de mi embarazo así.

Hugo asiente y está de acuerdo conmigo.

—Me las arreglaré para justificar nuestra ausencia en la empresa y con la familia —comenta.

—No, tú… —comienzo a decir.

—No me voy a separar de ti, y no es discutible —zanja el tema y no le insisto más, tengo tanto miedo que necesito a alguien cerca, y quién mejor que el padre de mi hija.

Pasamos el resto del día en la habitación del hospital. Hugo tan solo me deja levantarme de la cama para ir al baño. Me han sacado sangre y espero el resultado.

Tanto Hugo como yo tenemos mil llamadas perdidas de nuestra familia y amigos. Hemos silenciado los móviles y pensamos una buena excusa para justificar nuestra ausencia.

—Esperemos a ver qué dicen los médicos —le propongo antes de contestar las llamadas y dar

explicaciones. Desconozco cuánto tiempo deberé pasar en el hospital.

A media tarde la doctora que me atendió cuando llegué a urgencias se pasa por la habitación y me dice que me va a mantener otro día más ingresada y que debo hacer reposo ya que tengo anemia y otros niveles de la analítica han dado bajos.

Me quedo intranquila y me preocupo, ya no por mí, sino por mi bebé.

—Pronto estaremos en casa —dice Hugo para animarme.

—Necesito algunas cosas de aseo y ropa —le indico.

Él asiente y dice:

—Hazme una lista, iré y volveré rápido. Voy a pasar la noche aquí.

—Vale —no le llevo la contraria. Es la única persona que tengo cerca en estos momentos y como no queremos preocupar a nadie, al menos no estoy sola.

Hugo tarda una hora y media en volver con todo lo que le he pedido. Me he sentido muy incómoda cuando le hice la lista y le especifiqué la ropa interior. Estuve tentada de llamar a Aura o Gala, pero mientras menos gente aparezca por el hospital menos probabilidad tiene mi familia de enterarse de que estoy aquí. No quiero que se enteren de esta noticia preocupados, me gustaría decirles que voy a ser madre y suponga una alegría para ellos.

—Aquí tienes todo lo que me has pedido —dice Hugo dejando la bolsa con mis pertenencias en un sillón cercano.

—Me ha llamado tu abuelo —anuncia—. Ha llegado a sus oídos que no hemos aparecido por la empresa hoy ninguno de los dos y al no atender el teléfono estaba asustado. He tenido que decirle una pequeña mentira para aplacarlo y dejase de insistir. No sabemos el tiempo que vamos a estar aquí.

—¿Qué le has dicho? —inquiero mirándolo con atención. La expresión que mantiene en su rostro me dice que no me va a gustar lo que ha hecho.

—Lo único convincente que se me ocurrió fue decirle que estábamos fuera porque nos habíamos reconciliado.

—¡¿Qué?! —exclamo incorporándome en la cama y mirándolo con los ojos muy abiertos—. ¿Cómo se te ocurre decirle algo así? —le reprocho, enfadada.

—¿Hubieses preferido que le dijese la verdad en su delicada situación? —me expone con calma. Me quedo en silencio y pienso en su reciente problema de corazón—. Al menos le he dado una alegría y no tendremos en la conciencia que se altere o preocupe por lo que te sucede en estos momentos —alega en su defensa.

—¿Y luego qué? ¿Lo matamos cuando le diga que no hay reconciliación y que estoy embarazada de ti? —bramo taladrándolo con la mirada.

—Ya veremos —dice como si nada.

—De ya veremos nada —le dejo claro—. Solo eres y serás el padre de mi hija.

—Voy a estar a tu lado hasta que ella nazca y después —manifiesta rotundo.

De repente, siento una punzada en el vientre y me asusto. Me llevo la mano hasta allí y trato de tranquilizarme. Cierro los ojos y pienso solo en el bienestar de mi hija.

—No quiero discutir —murmuro con miedo.

—¿Estás bien? —pregunta, preocupado.

—Creo que se está moviendo, es la primera vez que la siento y me he asustado —revelo.

Cuando me traen la cena pongo cara de asco. No me gusta la comida del hospital.

—Recuerdo que tras despertar del coma mi abuelo me traía la comida de Aurora. La del hospital está malísima —le comento a Hugo con la bandeja por delante.

Él chasquea la lengua, saca el teléfono y hace una llamada. Cuando lo escucho encargar comida para dos a mi restaurante italiano favorito se me hace la boca agua.

—Tienes que alimentarte bien —dice Hugo cuando cuelga la llamada, dedicándome una sonrisa.

—Gracias —le digo de corazón. Verlo tan atento y entregado me hace admirarlo.

En todo este tiempo desde que recuperé la memoria siempre vi Hugo como al hombre de mi pasado en vez de al hombre del que me enamoré estando sin memoria, debo de reconocer que mis sentimientos hacia él no han desaparecido por más que he intentado matarlos, pero debo de admitir que ha cambiado. Está muy lejos del niñato engreído y prepotente que me sedujo movido por una apuesta. Y en estos momentos, presenciar sus atenciones y comenzar a verlo en la faceta de padre me tiene descolocada por completo. Debo de admitir que no me lo imaginaba así. Pensé que al revelarle mi embarazo no se lo tomaría bien y me culparía de un hijo no buscado.

Llega la comida y solo el olor ya me hace la boca agua. Hugo ha pedido mis espaguetis favoritos y lo siento mirándome todo el tiempo mientras disfruto de la comida, pero no le digo nada solo nos dirigimos miradas en silencio.

A media noche siento la necesidad de ir al baño me hago pis y no me puedo aguantar. Al levantarme de la cama me mareo un poco, pero Hugo está ágil y cerca y me agarra con fuerza.

—¿Por qué no me has llamado? —me reprende de inmediato.

—Estabas dormido y no soy una inútil.

—Te has mareado y te podrías haber caído.

—Debe de ser tanto tiempo en cama —justifico mientras llegamos al baño. Hugo entra conmigo, y cuando advierto que no se piensa marchar le indico—: Vete —Él mueve la cabeza en un gesto negativo—. No voy a hacer pis contigo aquí.

—Por favor, Emma. Hemos compartido intimidad, muchas cosas —me recuerda con una sonrisa que quiero borrar de su bonita cara tirándole una zapatilla.

—Pero ya no.

—No quiero que te vuelvas a marear —zanja el asunto mientras se da media vuelta, me da la

espalda y espera con los brazos cruzados. No tengo ganas de discutir a estas horas de la madrugada y no puedo aguantar más. Hago pis mientras que lo maldigo con toda mi alma.

Me ayuda a volver a la cama de nuevo y ni me molesto en mirarlo, pero por el rabillo del ojo aprecio una media sonrisa que me hace hervir la sangre.

—Que duermas bien —susurra en mi oído antes de volver a su sofá cama.

En otras circunstancias de mi vida no hubiese dormido más en el resto de la noche, pero el embarazo me da sueño y cuando vuelvo a abrir los ojos son las nueve de la mañana y me traen el desayuno.

Hugo baja por un café para él y sube de inmediato. Luego nos visita el médico y me dice que me puedo marchar a casa si le prometo que voy a hacer reposo durante dos semanas como mínimo. Luego volveremos a ver cómo va todo.

—Yo me encargaré personalmente de que así sea, doctor —le contesta Hugo de inmediato al médico mientras que yo lo miro enfadada por dar esta respuesta.

Dejo que me lleve a casa y decido mantener una conversación sobre nosotros ya fuera del hospital.

Hugo no deja que camine desde la entrada de la casa hasta el salón, me coge en brazos, yo protesto, pero él no me hace caso, solo dice:

—Reposo dijo el médico.

—Sí, pero no dijo que no pudiese levantarme de la cama. Puedo valerme por mí misma.

—Bien, pero yo voy a cuidar de ti y solo te levantarás lo necesario.

—Tenemos que decirles a todos lo de mi embarazo y que no estamos juntos —le propongo.

—Vaya, espero que no quieras hacer ambas cosas a la vez porque te podrías cargar a tu abuelo —me aconseja.

—Sé que va a suponer un *shock* a todos que vaya a tener un bebé a mi edad y esté embarazada de cuatro meses.

—Tu madre te tuvo más joven, no creo que por esa parte se sorprenda nadie.

—Pero ella estaba casada —lamento.

—¿Quieres que nos casemos? —inquiere dedicándome una sonrisa burlona—. Estoy más que dispuesto a ello —revela mirándome con un brillo especial en sus ojos grises.

—Eso jamás. No pienses con otra boda nuestra.

—¿Cuándo vas a olvidar el pasado? —inquiere acercándose a mí, colocándose en cuclillas y mirándome a los ojos.

—Me hiciste sufrir mucho, y aún lo hago, por tu culpa —confieso, dolida.

—No se sufre por quién no te importa —rebate—. Me acosté contigo por una apuesta, pero creo que los dos sabemos que esa noche descubrimos algo que solo ocurre cuando estamos juntos. Perdóname, Emma. Nos enamoramos de verdad, podemos ser muy felices. Démonos una

nueva oportunidad dejando el pasado atrás —propone con dulzura.

—Ni lo sueñes —le indico con rencor—. No puedo. Te odié por muchos años.

—Pero también me amaste —me recuerda con coraje—, y la hija que llevas en tu vientre es la prueba de nuestro amor.

—No, es producto de mi venganza —le recuerdo para herirlo y de seguida me siento una persona muy mala.

—Yo te perdono —manifiesta de inmediato—. Aquí me tienes. Soy todo tuyo. Haré lo que me pidas.

—Bien. Invitaremos a nuestra familia para que vengan mañana y les daremos la noticia de que estoy embarazada y vamos a ser padres. Luego les diremos que lo de estos días juntos no funcionó y que hemos decidido tener al bebé, pero estar separados. Me han recomendado dos semanas de reposo y no podemos estar tanto tiempo desaparecidos. Tú tienes que volver a la empresa y conmigo puede estar mi madre, Aurora o mis amigas.

—Si así lo quieres… Pero de esta casa no me mueve nadie hasta que nazca mi hija. Voy a cuidaros a las dos.

—Te encargarás de la empresa de mi abuelo y vivirás en esta casa hasta que nazca el bebé —le planteo en buenos términos. Mi abuelo aún necesita seguir alejado del trabajo.

—Extendamos el plazo unos meses más. Me gustaría disfrutar más de mi hija cuando llegue al mundo y si voy a llevar la empresa de tu abuelo y no voy a convivir con ella, ¿cuándo la veo? —inquiere mientras que siento que me pone entre la espada y la pared.

—Está bien —accedo.

—Gracias —termina diciendo Hugo con una amplia sonrisa en su boca.

Por alguna razón lo siento muy satisfecho, pero creo que he llegado al mejor acuerdo posible. Solo espero no arrepentirme más adelante.

63
Hugo

—Creo que lo mejor será que me instale en una habitación de arriba cerca de la tuya por si me necesitas —propongo.

—Como quieras —responde Emma sin demasiado entusiasmo.

—¿Qué necesitas? ¿Qué puedo hacer para que estés cómoda y te sientas bien? —le pregunto observándola recostada en el sofá mientras busco una manta y se la echo en las piernas.

—Ya que desaparecieses sería pedir mucho y no me lo concederías, déjame un rato a solas —me indica de forma seca. No sé qué le pasa.

Me aseguro de dejarle cerca el mando de la televisión y una botella de agua y subo a la planta de arriba con mi maleta que aún estaba en el salón de la noche que llegué y me instalo en la que será mi casa por unos meses.

Estoy muy contento por vivir con Emma, es mucho más de lo que nunca hubiese imaginado y siento que el destino me vuelve a sonreír. En estos momentos la siento más cerca que nunca desde que recuperó la memoria y más mía que nunca.

Cuando vuelvo a bajar al salón me encuentro con Emma dormida. La observo, la dejo que descanse y me meto en la cocina para hacer algo de comer.

Cocino un simple revuelto de verduras congeladas con gambas y esto despierta el apetito de la mujer que amo ya que se presenta en la cocina y dice:

—¡Qué buena pinta! Desconocía tu faceta de chef.

—Desconoces mucho de mí. A día de hoy te puedo asegurar que tengo muchas más cosas buenas que malas. ¿Por qué no te atreves a descubrirlas y si te gustan te quedas conmigo? —le sugiero de forma burlona, pero se lo planteo en serio.

—No tomes esto que nos sucede como una forma de conquistarme —me advierte.

—Solo deseo que no me veas como el monstruo que tienes de mí en tu cabeza.

—No se puede cambiar el pasado.

—Pero sí el futuro. ¿Tienes hambre? —cambio de tema con brusquedad y comienzo a servir la comida.

—Está buenísimo. Podría acostumbrarme a que cocines mientras estás en esta casa —propone Emma con una sonrisa. Sentirla tan relajada a mi lado hace que mi corazón se acelere por completo. Cómo la deseo.

—Cuenta con ello. —Le guiño el ojo y le sonrío—. Pero hay que hacer la compra. Apenas

tenemos nada en el frigorífico.

—Yo la hago por internet —se ofrece Emma.

—Añade todos tus antojos de embarazada —le indico y recojo la mesa y no dejo que haga nada más.

Mientras nos tomamos un café en el salón Emma me comenta:

—He llamado a mi madre y a mi abuelo. Los he invitado para cenar mañana por la noche.

—Bien, será como tú digas.

—Voy a encargar algo de comer —propone.

—Que no sea mucho, cuanto soltemos las dos bombas a nadie le va a quedar ganas de probar bocado, excepto a ti y a mí.

Emma me mira pensativa, suspira y se termina su café. Luego se vuelve a dormir el resto de la tarde mientras que yo aprovecho y me pongo a trabajar en la mesa que está cerca de ella. Cada vez que levanto la vista y la miro mi corazón da un vuelco por completo cuando me digo que será la madre de mi hija. Esa pequeña a la que amo y que me unirá a Emma por el resto de mi vida.

Tras unas *pizzas* que pedimos para cenar Emma y yo vemos el programa de televisión de mi padre. Hoy entrevista a un *influencer* que ha sido padre por primera vez y explica cómo le ha cambiado la vida. Emma y yo permanecemos muy atentos.

—Así cambia la vida —murmura la mujer que amo con la vista clavada en la televisión.

—Sí, ya nada vuelve a ser igual —comento con naturalidad.

—Hugo, cuando te dije que estaba embarazada… todo fue tan poco normal… Me enfadé mucho contigo, pero tengo pendiente pedirte disculpas. Había dejado de tomarme la píldora y fui yo quien instó para que nos acostásemos. Recuerdo que decías que no querías a un hijo en tu vida antes de diez años. Siento haber alterado tus planes —dice Emma y siento la culpabilidad en su mirada.

—Ha sucedido y no puedo sentirme más feliz. No sé cómo explicarlo, pero es lo más grande que me ha pasado en la vida. A veces, a lo que renunciamos o lo que no queremos es lo más hermoso que podemos tener en la vida.

—No sabía cómo ibas a reaccionar cuando te lo contase. Estuve dos semanas intentando hacerlo, pero no encontraba el momento adecuado —revela con angustia y me duele que se sienta así.

—Me volví loco cuando me enteré de que estabas embarazada —confieso—. Ni siquiera se me pasó por la cabeza que pudiese ser mío. Me avergüenzo de cómo me comporté, sobre todo contigo —me disculpo—. Sin embargo, cuando me dijiste que yo era el padre sentí la alegría y el alivio más grande que jamás he sentido. No podía soportar que tuvieses un hijo de otro, Emma.

Ella se remueve, inquieta en el sofá, y se aleja un poco de mí.

—Intentemos ser unos buenos padres para nuestra hija —propone en un susurro.

—Dalo por hecho. Pondré todo de mi parte. Siempre podrás contar conmigo.

Nos dirigimos una intensa mirada cargada de deseo que no pasa desapercibida para ninguno de los dos y entonces Emma rompe el hechizo al levantarse de mi lado de golpe y decir:

—Me voy a la cama. Es tarde.

—Yo me quedo un poco más, si necesitas algo o te encuentras mal no dudes en avisarme, por favor —le ruego—. Estoy aquí para cuidarte.

Emma solo asiente y la observo subir las escaleras bajo mi atenta mirada. Dios, qué difícil es tenerla tan cerca y tan lejos a la vez. Deseo besarla y estrecharla contra mi pecho y decirle cuanto la amo a cada segundo, esta contención va a acabar conmigo.

La mañana siguiente la paso trabajando desde casa con Emma ya que ha insistido que puede realizar su trabajo sentada en una silla y juntos intentamos poner al día el retraso en todo lo que tenemos pendiente de estos dos días que pasamos en el hospital y no acudimos a la empresa.

Son las nueve de la noche y Emma y yo nos paseamos intranquilos por el salón de la casa a la espera de que lleguen su madre y su abuelo, también ha invitado Aurora ya que la considera como a otra madre, y traerán al bebé. Mi padre vendrá cuando termine el programa en directo que realiza de lunes a jueves.

Emma y yo hemos quedado que primero cenaremos todos juntos mientras esperamos a mi padre y cuando él llegue daremos ambas noticias. Primero la del embarazo y luego que no estamos juntos, que nuestra supuesta reconciliación, como me encargué de decir a la familia mientras estuvimos en el hospital, no ha salido bien y hemos decidido no continuar con ella.

En cuanto Emilio se baja del coche nos abraza a Emma y a mí muy emocionado.

—Muchachos, no sabéis la felicidad tan grande que me habéis hecho sentir con vuestra reconciliación. Soy el hombre más feliz de la tierra en estos momentos —comenta con alegría.

Emma y yo intercambiamos una mirada llena de complicidad y culpabilidad al mismo tiempo.

—Me alegro por vosotros —dice la madre de Emma abrazándonos también a ambos.

Emma saluda al bebé y cuando va a hacer amago de cogerlo se lo quito de los brazos, la reprendo con la mirada y digo:

—Déjamelo a mí que hace mucho que no lo veo. —Cojo a Luca y entramos todos en casa.

Cuando Emma se sienta en el sofá junto con Aurora, le coloco al niño a su lado y ella se deshace en atenciones y besos con él. La admiro y no me cabe duda de que será una madre maravillosa. Pese a que no me perdona es una mujer con mucha bondad y sentimientos.

Cenamos cuando Irene duerme al niño y mientras lo hacemos vemos el final del programa de mi padre. Emma y yo intercambiamos una mirada diciéndonos que queda poco para que todo salga a la luz.

Mi padre llama a su mujer antes de montarse en el coche y le indica que en veinte minutos estará en casa y decidimos esperarlo para el postre. Él siempre pica algo antes del programa y en los descansos de publicidad.

Cuando escuchamos llegar el coche de mi padre a la propiedad siento que Emma me mira algo inquieta, me acerco a ella, la tomo de la mano y le susurro:

—Tranquila. Yo me encargo. —Para mi sorpresa asiente y no me lleva la contraria. Siento que tiembla a través de su mano.

Mi padre hace aparición en el salón y lo primero que hace es felicitarnos a Emma y a mí por nuestra reconciliación, muy contento.

—Qué gran alegría, hijo. Emilio ha mejorado y todo tras la noticia —comenta.

Le aprieto la mano más fuerte a la mujer que amo y decido no alargar más el momento.

—Bueno, ahora que estamos todos, Emma y yo queremos dar una noticia —manifiesto mirándolos a todos. Se hace un silencio y cuando veo que nos miran expectantes digo—: Vamos a tener un hijo.

Irene abre mucho los ojos, mi padre me mira blanco de la impresión y Emilio comienza a aplaudir muy contento mientras que alza la voz diciendo:

—¡Bravo! ¡Qué alegría!

—¿Pero… ya? ¿No os estabais reconciliando? —pregunta extrañada la madre de Emma mientras la abraza.

—Bueno… estoy de cuatro meses —revela Emma.

—¡¿Cómo?! —exclaman todos con sorpresa.

Aurora e Irene no paran de llorar y de abrazar a Emma.

—Me enteré hace tres semanas —justifica.

—¡Oh! —Irene se lleva las manos a los ojos llorosos, emocionada—. Voy a ser abuela.

—Y yo bisabuelo. Pensé que no conocería a un bisnieto y me dais la gran alegría de que va a ser vuestro. Venid a mis brazos —nos anima Emilio con las manos extendidas.

Creo que ni Emma ni yo esperábamos tal acogida. Ambos estamos un poco descolocados de lo bien que ha caído la noticia y lo felices que están todos.

—¿Y tú cómo estás, mi vida? —se interesa Irene tocándole el vientre a su hija.

—Bueno, el médico me ha recomendado dos semanas de reposo —anuncia.

—¿Algo va mal? —pregunta mi padre.

—No, la niña está perfecta —digo.

—¿Es una niña? ¿Voy a tener una nieta? —grita de emoción Irene.

Miro a Emma y me disculpo en silencio, siento haber revelado el sexo sin querer.

—Bendita sea esa niña que seguro ha sido el motivo de vuestra reconciliación. Un hijo tiene que criarse con sus padres unidos —dice Emilio.

Siento que Emma suspira algo incómoda y creo que ha llegado la hora de dar la segunda gran noticia, que dudo que se la tomen con tanta alegría como la anterior.

—Tenemos otra noticia y no sé si esta os vaya a gustar tanto —anuncio.

—Hijo, no me asustes que mi corazón está débil —dice Emilio, serio. Mi padre e Irene también nos miran serios. Aurora clava la mirada en Emma y se retuerce las manos.

—Emma y yo…

—Nos queremos más que nunca y estamos muy felices —resuena la voz de Emma a la misma vez que me abraza y me da un breve beso en los labios. Me mira sonriente y me pasa la mano por la cintura admirando a todos de frente. Yo siento que me mareo. ¿Ha dicho que nos queremos más que nunca y estamos muy felices? ¿Qué significa esto? Me pregunto en silencio con el corazón bombeándome a mil por hora. Me tiemblan las manos y no sé qué decir ni cómo reaccionar.

Emilio pide un brindis y mi padre va a la cocina en busca de una botella de champán.

64
Emma

Miro a Hugo y veo en sus ojos un brillo especial y me observa con sorpresa. Mientras mi abuelo coge las copas y mi madre y Aurora lo ayudan él me da un beso en los labios y susurra:

—Te amo. Gracias por esta oportunidad.

—No te confundas, solo lo vamos a fingir —le advierto mirándolo de forma sonriente. No quiero que los demás noten nada.

La expresión del rostro de Hugo se cambia de inmediato, se pone serio y tengo que pellizcarlo en el brazo para que vuelva la atención a nuestros invitados. Mi abuelo le entrega una copa de champán a Hugo y Aurora me da la mía llena de agua.

—Por esta pareja maravillosa y la niña que viene en camino. Me habéis hecho muy feliz. Quiero una boda pronto —lanza mi abuelo.

—Bueno, vamos por partes. Antes tengo que dar a luz y luego recuperarme —le indico.

—Además, le tengo que pedir matrimonio y ella decir que sí. Ya os pediré ayuda —dice Hugo sonriente, le doy un codazo en las costillas a conciencia y él comienza a toser.

Tras el brindis nos tomamos un trozo de tarta de postre que he encargado y pasamos un rato más charlando. Veo a toda la familia tan feliz porque he vuelto con Hugo y que vamos a ser padres que casi siento decepción, no estaba una reacción tan buena.

Desde que he anunciado que Hugo y yo estamos muy felices y nos queremos más que nunca, el padre de mi hija no se separa de mi lado. Me abraza, me acaricia y me ha dado dos breves besos en los labios que no le he dado oportunidad de profundizar. Siento que se está aprovechando de la situación claramente y esto me hace hervir de rabia por dentro.

—Yo y Aurora vendremos a cuidar de ti todos los días mientras Hugo trabaja. Nos turnaremos —dice mi madre cuando ya se marchan.

—Yo también vendré, hija —dice mi abuelo.

—Algunos días puedo trabajar desde casa —plantea Hugo.

—Creo que no te vas a concentrar, no me van a dejar —le indico con una sonrisa.

—Parece que no me quieres cerca, mi amor —comenta al mismo tiempo que me pasa la mano por la cintura, me acerca a su cuerpo y me besa el cuello.

—No quiero que todos estéis preocupados por mí —concluyo.

Cerramos la puerta a nuestros invitados y cuando estamos solos le quito la mano de mi cintura y lo miro de frente:

—Te has aprovechado de la situación —le echo en cara, furiosa.

—¿Yo? —pregunta fingiendo asombro—. Te recuerdo que estaba dispuesto a decir la verdad y has sido tú quien me ha sorprendido con esto… que no sé ni cómo calificar. ¿Por qué lo has hecho? —me exige—. ¿Y me puedes decir cuál es mi papel de ahora en adelante?

—Vi a todos tan felices y tan contentos que me acobardé al dar la noticia de que no estábamos juntos, sobre todo temí por mi abuelo y su delicado corazón. Luego pensé que vas a vivir aquí porque te niegas a irte y se me ocurrió decir eso. Solo fingiremos ante ellos. Lo siento, sé que no era lo que planeamos. Puede que esto te ocasione algún problema. Si quieres estar con alguien, hacer tu vida… no tienes porqué ocultarte. Si me das unos días les diré la verdad.

—No te preocupes, podemos seguir con esta farsa hasta que consideremos oportuno decir la verdad —acepta de buen grado—. Pero tengo una condición.

—¿Cuál?

—Fingiremos con todos. Solo tú y yo sabremos que no estamos juntos.

—¿Por qué?

—Porque será más fácil. Estoy seguro de que no quieres que llegue a oídos de tu madre por personas como Ariadna que no estamos juntos. Si salimos con nuestros amigos es como pareja para todos. De esa forma nuestro secreto estará a salvo y si sale a la luz sabremos que solo será por ti o por mí.

Me lo pienso y digo:

—Vale.

Hugo esboza una amplia sonrisa en la que denoto que disfruta con esta situación.

—Tú has tenido la culpa de todo —le reprocho con coraje—, por inventar que nos estábamos reconciliando.

—Yo siempre tengo la culpa de todo —murmura Hugo encaminándose hacia el salón.

—Sí —afirmo de forma enérgica—. Desde que apareciste en mi vida me la has trastocado por completo —lo acuso, enfadada.

—Bienvenida al club —me indica Hugo con pasmosa tranquilidad.

Le dirijo una mirada desafiante y comienzo a subir las escaleras en dirección a mi habitación.

Paso una noche en la que apenas duermo, solo doy vueltas y más vueltas en la cama sin poder coger postura ni sueño. Convivir con Hugo los próximos meses, ser padres y fingir que somos pareja delante de los demás me tiene inquieta. No estoy segura de que pueda llevarlo bien.

Me he planteado perdonarlo, olvidar el pasado y empezar todo de nuevo, pero algo en mi interior me impide hacerlo. Tengo miedo y no sé a qué, si a mí misma o a él. Cuando me besa y me abraza lo siento sincero y sé que cuando me expresa que me ama es cierto, y yo lo amo a él pese a que he intentado arrancar de cuajo estos sentimientos de mi corazón. Supongo que debo olvidar todo el dolor del pasado para poder enfrentar un nuevo comienzo. Mi corazón está

dividido, una parte lo odia y otra lo ama. Cuando recuperé la memoria pensé que ganaría el odio, pero en estos meses he comprobado que no ha sido así.

Me levanto temprano y cuando bajo a la cocina me encuentro con Hugo perfectamente arreglado con traje de chaqueta tomándose un café. Lo miro y me dice:

—¿Tú tampoco podías dormir? Yo pensé en adelantar trabajo en la empresa, así puedo regresar antes. He planeado trabajar para tu abuelo de ocho a tres y por la tarde hacerlo en casa en la empresa que comienzo con los chicos.

—Yo puedo ayudarte desde casa con algunos temas de la empresa y aliviar tu trabajo.

—Gracias, lo tendré en cuenta.

Cuando comienzo a hacerme un café Hugo me coge por la cintura y me obliga a sentarme en la mesa de la cocina.

—Yo me encargo —me susurra en el oído.

Me hace un café con tostadas y mientras no quito la mirada de él, todo un ejecutivo en mi cocina haciéndome el desayuno, guapísimo y arrebatador que logra acelerarme el corazón.

Hugo me coloca el desayuno en la mesa y se sienta a mi lado, mirándome, esperando que me lo coma.

—Puedes marcharte, mi madre vendrá sobre las nueve —lo animo.

—Me vas a prometer que estarás sentada y si te sientes mal me llamas.

—Estoy bien —le indico—. He dormido poco, así que lo más seguro es que cuando vaya al sofá me quede dormida.

—Yo también dormí mal —comenta Hugo, me mira y dice—: Te extraño a mi lado. —Me remuevo incómoda en la silla y lo miro, seria. Él me dedica una sonrisa, comienza a levantarse y dice—: Me marcho, te llamaré para ver si sigues bien.

Para mi sorpresa me da un beso en la frente y se va. Dejándome con un estremecimiento en mi cuerpo y sintiendo toda la ternura que ha puesto en el gesto.

Mi madre, Aurora y mi abuelo llegan a mi casa antes de las nueve de la mañana y cuando los veo a los tres me quedo en silencio y anuncian:

—Venimos a cuidarte. —También traen a mi hermanito pequeño. No puedo evitar pensar cuando los veo a todos: vaya regimiento.

—Aurora hará la comida, yo tengo que salir a hacer unos recados a media mañana y tu abuelo cuidará de Luca —dice mi madre.

—¿Qué tal te encuentras hoy? —se interesa mi abuelo.

—Bien, he dormido poco, pero bien.

El resto de la mañana lo paso medio dormida. Recibo una llamada de Hugo interesándose por mí en la que me dice que ya sabe cómo estoy y quienes cuidan de mí. Ha estado hablando con mi abuelo.

Antes de comer recibo la visita de Piero, no lo esperaba. Mi madre lo hace pasar al salón y nos dejan solos.

—¿Cómo estás? —pregunta sentado a mi lado cogiéndome las manos entre las suyas. Desde que Hugo lo golpeó solo hemos hablado por breves mensajes.

—El embarazo va bien, solo necesito unos días de reposo.

—Le he preguntado a Gala casi a diario, tú no me contestabas —se queja mostrándome una sonrisa.

—No he tenido mucho tiempo libre, discúlpame. Me enteré de la pelea con Hugo —le comento, avergonzada.

—Perdió los papeles cuando se enteró que estabas embarazada. No sé si el padre de tu hijo esté vivo —comenta con cierto deje de broma.

—Hugo es el padre de mi hijo —revelo.

—¿Cómo? —inquiere Piero sacudiendo con fuerza la cabeza—. He de admitir que me descoloqué por completo cuando supe que estabas embarazada y Hugo buscaba al padre de tu hijo.

—No se lo había dicho. No estábamos juntos y fue algo que no planeamos.

—Entiendo —dice Piero con la educación y el saber estar que lo caracteriza.

—¿Y ahora? ¿Vas a tener a ese hijo sola? —pregunta con preocupación mientras me mira y me acaricia las manos.

—Por supuesto que no —resuena la voz de Hugo. Alzo la mirada y lo veo plantado cerca de nosotros, dirigiéndonos una mirada seria mientras mantiene las manos metidas en los bolsillos del pantalón.

65
Emma

—Hugo —murmuro al verlo plantado ahí.

—Soy el padre del hijo de Emma y estamos juntos. Vivimos aquí juntos —especifica con cara de pocos amigos y voz grave.

Piero se levanta de mi lado y enfrenta a Hugo. De inmediato acudo a su lado y le coloco una mano en el pecho a modo de tranquilizarlo.

—Piero ha venido a interesarse por mí. Es mi amigo —le aclaro de inmediato—. Y siempre va a ser bienvenido en esta casa —especifico con calma, para que me entienda bien.

Hugo asiente en silencio, sin abandonar su posición ni su gesto serio.

—Es tu elección, Emma —comenta Piero—. Y el padre de tu hijo, pero quiero que sepas que me tienes para todo lo que necesites —me ofrece delante de Hugo.

—Gracias.

—Mañana me marcho a Formentera —anuncia—. Solo he venido a despedirme.

Le doy un abrazo a Piero bajo la atenta mirada y él me susurra en el oído:

—Lo que te haga falta, Emma. Y si decides dejar a este imbécil sabes que te estaré esperando.

Asiento con una sonrisa y Piero se marcha. No le dice nada a Hugo.

Cuando estamos a solas observo que el padre de mi hijo se deshace de la chaqueta y dice:

—Nunca voy a permitir que mi hijo tenga otro padre. —Por sus palabras deduzco que ha escuchado lo que me ha dicho Piero.

—Nadie ha dicho lo contrario —murmuro exasperada. No tengo ganas de discutir—. ¿Qué haces en casa tan temprano? —pregunto intentando cambiar de tema.

—He terminado todo por hoy en la oficina y decidí venir a comer a casa y mira con la sorpresa que me he encontrado.

—No me hagas recordarte nuestro acuerdo —siseo.

—Tendremos que acordar quién puede pisar esta casa —estable, serio.

Le dirijo una mirada cargada de furia y cuando le voy a responder aparecen mi abuelo y mi madre, ella trae a Luca en sus brazos.

—Ya podemos comer. ¿No se queda tu amigo? —pregunta mi madre.

—No, Piero solo vino a despedirse, ya se marchaba a Formentera —les indico.

—Mi amor, no te he saludado con la presencia de tu amigo —dice de golpe Hugo. Me toma de la cintura, me atrae hacia él y me planta un beso en los labios que no espero. Escucho a mi

abuelo carraspear y me separo de él taladrándolo con la mirada.

—Me encanta verlos así de enamorados —comenta mi madre mientras que Hugo me sonríe a conciencia, aprovechándose de la situación.

Tras un almuerzo en familia en el que Hugo se deshace en atenciones hacia mí y consigue exasperarme por completo, todos se marchan y nos dejan solos.

—Te has pasado —le advierto, echando fuego por la mirada.

—¿Sabes qué pasa? Que me meto tanto en el papel que hasta me lo creo —comenta con un toque de poca vergüenza.

—En presencia de nuestra familia limítate a besos en la mejilla o en la frente. ¿Queda claro? —especifico alzando la voz.

Hugo no me contesta. Se sienta en el salón y me dice:

—He invitado a nuestros amigos a cenar. Tenían ganas de verte.

—¿Les has dicho que estamos juntos? —pregunto mirándolo, seria.

—No. Se lo diremos juntos. Por ahora solo saben que estoy aquí contigo, cuidándote como el padre de tu hijo. Tampoco les he revelado que vamos a tener una niña. Me gustaría que les diésemos la noticia a la vez.

—Vale —susurro, más calmada.

—Esto va de dos, Emma —me indica Hugo. Asiento con un gesto, comprendiendo que es nuestra hija y tendremos que hablar y ponernos de acuerdo en todo sobre ella.

—Lo sé. Estamos adaptándonos a todo. He empezado a leer cosas de embarazadas, de bebés. Es un mundo desconocido y que ya tenemos muy cerca.

—Te agradecería que me hicieses un resumen diario de todo lo que vayas descubriendo —dice Hugo con una sonrisa en sus labios. Creo que estamos guardando el hacha de guerra.

—Lo haré —accedo de buena gana. Sé lo ocupado que se encuentra sacando adelante ambas empresas—. Creo que voy a subir a mi habitación a descansar un poco para estar bien cuando lleguen los chicos.

Hugo asiente y me acompaña, muy atento, hasta la puerta de mi habitación.

Paso el resto de la tarde dormida. Siento que Hugo está a mi lado y me susurra:

—Emma, son las ocho y quedé con los chicos a las ocho y media.

Abro los ojos y me incorporo un poco más en la cama.

—¿He dormido tanto? —pregunto aún somnolienta.

—No te desperté porque necesitabas descansar. Vine en un par de ocasiones y dormías plácidamente. Y no me mires así —dice de golpe—. Solo comprobé que estabas bien.

Observo que Hugo se ha cambiado de ropa y huele a recién duchado.

—Me doy un baño rápido y estoy lista para cuando lleguen nuestros amigos.

Me levanto de la cama y me encamino al baño. Antes de cerrar la puerta mis ojos miran a

Hugo que permanece sentado en mi cama y también me observa y el corazón me da un vuelco. Mi mente vaga al pasado y rememoro los momentos que vivimos juntos y felices en su ático el tiempo que no tuve memoria. Sacudo de golpe la cabeza y me pregunto: ¿qué te pasa? Es la primera vez desde que recuperé la memoria que en mi mente aparecen imágenes bonitas con Hugo y las anhelo.

Me meto en la ducha, dejo que el agua caiga con fuerza sobre mi cabeza y procuro pensar en cómo le vamos a decir a nuestros amigos que estamos juntos sin estarlo. No me gusta mentirles, pero hemos decidido hacerlo así. Tendré que poner especial esmero en que Aura y Gala me crean, me conocen bien y si sienten que lo de Hugo y yo no es verdad me sentiré descubierta y una mala amiga.

Bajo al salón y para mi sorpresa me encuentro con mis amigas ahí junto con sus parejas y además los primos de Hugo. No esperaba a Candela y Darío, y menos a este último tras el altercado con su primo, pero los miro y creo que todo ha quedado resuelto.

—¡Amiga! —alza la voz Gala cuando me ve. Ella, Aura y Candela vienen hacia mí y me abrazan muy emocionadas.

—Hemos estado hasta arriba de trabajo y no hemos podido venir a verte antes, pero tampoco contestabas mucho el teléfono —se queja Aura.

Hugo y yo nos miramos sin saber por dónde empezar. Nuestros amigos ni siquiera saben que debo estar en reposo un par de semanas. Nos llamaban a ambos los días que estuvimos en el hospital y supongo que no insistieron mucho porque sabían que el tema de convertirnos en padres no era fácil para ninguno y deberíamos estar resolviendo algunos temas.

—Emma y yo tenemos que deciros un par de noticias —anuncia Hugo posicionándose a mi lado mientras que observo que nuestros amigos nos miran en silencio y muy atentos.

—Debo estar en reposo un par de semanas —les comunico—. Tuvimos un susto con el bebé. Fuimos al hospital porque manché un poco, pero está todo bien.

—Menos mal —suspira Aura.

—Me alegro —dicen Gala y Candela.

—Hay otra noticia —dice Hugo.

—¿Buena o mala? No nos asustéis —nos pide Aura.

—Es buena —dice Hugo—. Ya sabemos el sexo del bebé —revela con alegría y nuestros amigos se ponen a saltar y gritar de alegría.

—¡Oh! ¡Qué emoción! —dice Gala—. Me pido ser la madrina de ese niño.

—¡¿Qué es?! No nos tengáis más con la duda —pide Candela.

Hugo me mira y me insta a que lo diga yo.

—Es una niña —revelo, emocionada.

Mis amigas saltan de alegría y se abrazan a mí. Luego lo hacen Izan, Gael y Darío. Hugo

también recibe las felicitaciones.

—Os veo muy felices con la noticia —aprecia Aura mirándonos a ambos.

—Lo estamos —corrobora Hugo al mismo tiempo que me agarra por la cintura y me pega a su cuerpo—. Y, por último, tenemos otra gran noticia —anuncia. Pero en esta ocasión soy yo la que lo mira a él y le indica que sea el encargado de decirlo—. Emma y yo nos hemos reconciliado.

Nuestros amigos se asombran muchísimo, comienzan a tocar las palmas y nos abrazan, muy emocionados.

—¡No lo puedo creer! ¡Qué gran noticia! —exclaman a la vez entre risas, besos y felicitaciones.

—Nos alegramos mucho, chicos. Os merecéis ser muy felices —dice Gala.

—Cuando hay amor verdadero, siempre triunfa sobre todo —dice Candela.

—Si es que hacéis una pareja increíble —comenta Aura.

—Me alegro que el bebé llegue en un ambiente de paz y amor —bromea Gael y se gana un buen codazo de su novia.

Me siento en el sofá, no por mi obligado reposo, sino porque me tiemblan las piernas debido al buen recibimiento que nuestros amigos le han dado a nuestra reconciliación. No me lo esperaba.

Hugo se encarga de sacar la comida y la bebida que hemos encargado y se comporta como un verdadero anfitrión, pendiente de todo y sobre todo de mí. Siempre que lo miro me dirige una mirada atenta, una sonrisa amable y siento cómo me da un vuelco el corazón y aparecen mil mariposas en mi estómago. ¿Qué me está pasando?

El resto de la noche lo pasamos muy bien. Nuestros amigos se marchan de casa cuando Hugo los echa alegando que tengo que descansar.

Una vez a solas, Hugo dice mientras recoge el salón:

—Se lo han tomado muy bien. ¿Has visto la gran alegría en sus caras cuando hemos anunciado que estamos juntos de nuevo? —pregunta a conciencia.

—Sí —no puedo negarlo—. Pero al mismo tiempo yo he sentido una gran pena interior por mentirles —comento—. ¿Tú no? —pregunto con interés.

—Lo cierto es que estoy tan feliz de que vayas a darme una hija y de estar a tu lado, pese a que no seamos una pareja real, que no tengo tiempo de reparar en eso —comenta de forma despreocupada—. Pero si te vas a sentir mejor con ellos si nos convertimos en una pareja, sabes que estoy más que dispuesto a ello. Te amo, Emma —confiesa mirándome a los ojos.

Chasqueo la lengua y me remuevo en el sofá sintiéndome algo incómoda. Hugo me sonríe, pero continúa con su tarea. Intento ayudarle, pero no me deja.

—¿Te encuentras bien tras el ajetreo de esta noche? —pregunta con interés.

—Muy bien —respondo entrando en mi habitación—. Buenas noches —me despido de Hugo.

Las siguientes dos semanas las paso en reposo como me ha recomendado el médico, pero estoy deseando hacer vida normal. Todos me tratan como si fuese de cristal y me fuese a romper en cualquier momento y esto termina con mi paciencia.

Hugo ha trabajado muchísimo en los últimos cinco días y apenas lo he visto solo un rato por la noche. Debo admitir que lo he echado de menos. Sin embargo, cada noche que ha llegado tarde, cuando estaba a punto de irme a la cama, no he podido evitar pensar si venía de verse con otra mujer. Algo que me alteraba y me entristecía a la vez.

66
Hugo

Esta primera semana de diciembre me la voy a tomar de vacaciones, por ello he trabajado tanto los últimos días. Hoy tengo que ir con Emma al médico y esperamos que todo continúe bien y pueda hacer vida normal. En este tiempo que ha permanecido en reposo no ha tenido ningún contratiempo.

Desayunamos juntos fuera, la invito a una cafetería, hace tantos días que no sale de casa que me lo agradece y luego vamos al hospital. La doctora revisa la analítica que se hizo hace un par de días y como no ha tenido más sangrado determina que el tiempo de reposo ha concluido tras ver que el bebé se encuentra en perfecto estado.

Cuando Emma y yo volvemos a ver a nuestra hija en el monitor se nos saltan las lágrimas y nos emocionamos. Ya tiene casi cinco meses y su vientre se ha empezado a hinchar un poco, aunque apenas se aprecia. Tengo muchas ganas de verla con el vientre abultado y sentir a mi hija.

Salimos de la consulta de la doctora muy contentos. Nos montamos en el coche y le propongo:

—¿Qué quieres hacer? Me he tomado esta semana de vacaciones y supongo que tras días metida en casa y en reposo te apetecerá hacer algo, siempre y cuando no sea muy arriesgado —concluyo mirándola con una sonrisa. Tengo que hacer esfuerzos titánicos para no besarla y abrazarla como deseo a cada instante. La siento cada día más guapa. El embarazo ha realzado su belleza.

—No lo sé —contesta, pensativa.

—Lo que sea, yo voy en el lote. Te pienso cuidar, sobre todo, esta semana que la tengo libre. Soy todo tuyo. Pídeme lo que quiera, menos que desaparezca de tu lado —añado en tono de broma.

Para mi sorpresa Emma suelta una carcajada y me sonríe con amabilidad.

—Me gustaría pasear, salir al aire libre, comer por ahí, poder comprar ropita para mi bebé porque aún no tengo nada… —enumera con entusiasmo.

—Haremos todo eso, poco a poco. Podemos comenzar por ir a un centro comercial para comprar cosas para nuestra hija y luego te invito a almorzar. ¿Qué me dices? —le propongo con entusiasmo.

—Me parece genial. —Miro bien a Emma y le sonrío. Pensé que no aceptaría hacer nada

conmigo. Mi corazón palpita con fuerza y siento que cada día estamos más cerca y que comienza a confiar un poco más en mí.

Vamos al centro comercial que me sugiere la madre de mi hija, de compras no tengo ni idea, pero según ella en este lugar hay unas tiendas de bebés increíbles.

Pasamos más de tres largas horas de compras en las que admiro disfrutar y sonreír a la mujer que amo. Por increíble que parezca no estoy cansado porque yo jamás me aburriría viendo a Emma ser feliz. A todo lo que me pregunta opinión antes de comprar le indico que sí, que me gusta y me parece adecuado para nuestra hija. No tengo ni idea, pero verla así me da vida. Creo que es la primera vez que pasamos tanto tiempo juntos desde que recuperó la memoria y no discutimos, al contrario, es amable, me sonríe en todo momento y me mira con una complicidad en sus ojos que me hace temblar por dentro y sentirme como un adolescente que no sabe en qué momento besar a su chica por primera vez.

—Es precioso todo lo que hemos comprado. ¿Crees que nos hemos pasado? —pregunta con algo de remordimiento una vez en el coche. Hemos llenado el maletero por completo de bolsas.

—Nada es demasiado para nuestra hija, Emma. Te juro que verte así de ilusionada y feliz compartiendo estos momentos conmigo no tiene precio.

Ella se queda callada, mira al frente y simula observar el tráfico por el que nos movemos.

—¿Dónde me vas a llevar a almorzar? —pregunta con interés.

—Es una sorpresa, pero te gustará —le guiño el ojo y estoy tentado de coger su mano y besarla, pero me contengo.

Voy a llevarla al nuevo restaurante que mi amigo Marc ha montado. Lo abrió hace un mes y aún no he ido, pero los chicos han estado y dicen que es muy bueno. El restaurante se encuentra en el centro de Madrid y cuando llegamos Emma se sorprende.

—Hacía mucho que no venía al centro —murmura admirando los edificios mientras caminamos desde el *parking* más cercano que he encontrado libre hasta el restaurante. Solo hay un par de calles.

Llegamos y nos llevan a la mesa que he reservado.

—Es un sitio precioso —dice Emma admirando la decoración cuando ya estamos sentados.

—Izan y Gael vinieron a la inauguración. Es de nuestro amigo Marc, lo ha montado con tres socios más. Y se come muy bien, lo más importante —le indico a Emma.

Consultamos la carta, pedimos la comida y la bebida y comemos mientras que le sugiero:

—Había pensado salir mañana a dar una vuelta por el centro cuando estuviese iluminado y puede que otro día nos animemos a comprar regalos de Navidad.

—Oh, me encantaría. La Navidad está a la vuelta de la esquina.

Pedimos los postres y cuando nos los estamos comiendo aparece mi amigo Marc por sorpresa y nos saluda. Se sorprende de vernos juntos y al parecer no le ha llegado la noticia de que me

voy a convertir en padre junto con Emma y que volvemos a estar juntos de cara a los demás. Pero ya me encargo yo de decírselo todo ya que no quiero que mire a mi mujer con otros ojos, porque Emma es mía.

Nos estamos despidiendo cuando observo que Ariadna entra en el local y se dirige de forma firme y segura hacia nosotros. No sé qué hace ahí, pero me acerco a Emma y la cojo de la mano con fuerza.

—Hola, cariño —dice Ariadna y le da un beso en los labios a Marc. Me quedo tan blanco que soy incapaz de reaccionar.

Ariadna me mira sonriente y luego le dirige una mirada hiriente a Emma.

—Ya me he enterado que al fin lo atrapaste. Un embarazo, el truco más viejo del mundo, qué simple eres —le espeta.

Marc de inmediato reprende a Ariadna con la mirada y la toma por la cintura, gesto con el que le pide que no diga nada más.

—¿Nos vamos, Hugo? Esta mujer me produce arcadas —dice Emma.

Yo miro a mi amigo y antes de comenzar a salir de ahí le digo.

—Si has dejado a tu novia por ella te advierto que no has hecho un buen cambio y pronto te arrepentirás. Te lo digo por experiencia.

Ariadna toma una bocanada de aire y va a decir algo, pero Marc lo impide estrechándome la mano y despidiéndose con educación.

Emma y yo salimos de la mano del local y cuando estamos en la calle ella suspira con fuerza, toma una gran bocanada de aire y se suelta de mi mano.

—Siento que te hayas encontrado con ella —me disculpo—. ¿Estás bien?

—Sí. Tranquilo, no me afecta nada de lo que diga esa mujer.

—Vámonos a casa, creo que necesitas descansar.

—Sí.

Una vez en el coche, cogemos un atasco en el que permanecemos más de media hora y Emma pregunta de golpe:

—Te ha sorprendido que Ariadna estuviese con Marc, ¿no lo sabías?

—No —contesto de forma seca, pensativo. Marc no se merece a una mujer como ella cerca y esto me tiene cabreado. Mi amigo es trabajador y buena persona, estaba saliendo con alguien en las últimas semanas y parecía algo serio.

—¿Te molesta? —inquiere.

—Sí —contesto de inmediato y siento cómo Emma se remueve incómoda a en el asiento—. No es lo que estás pensando —le aclaro de inmediato—. Es solo que Marc es un buen tío y no se merece a alguien como Ariadna cerca.

—¿Estás seguro? Hasta donde sé tú y ella…

—Eso fue un completo error. Lo hice movido por los celos. Porque pensé que estabas con otro y te había perdido para siempre —justifico mirándola a los ojos.

—No me debes explicaciones. En realidad no estamos juntos y si quieres estar con alguien, bueno, sería lo normal —plantea.

Me giro hacia ella, permanecemos sin movernos en el atasco de tráfico y le digo:

—No he estado con nadie desde que me enteré que iba a ser padre. Yo solo te quiero a ti, Emma. Espero de forma paciente que te des cuenta de cuanto te amo y decidas darme una nueva oportunidad.

—Lo nuestro es un error —dice de inmediato, con miedo en su voz.

—A veces, lo que comienza como un error acaba siendo lo más bonito e inolvidable de tu vida. No te mientas más a ti misma y admite que me quieres tanto como yo a ti. Puedo verlo en el brillo de tus ojos cuando me miras. —Aparta la mirada de inmediato.

No me doy por vencido y llevo mi mano hasta su mandíbula, la obligo a que me mire, no se niega y me inclino hacia sus labios y la beso. No me rechaza y profundizo el beso mucho más sintiéndola por completo entregada a mí y deseando lo mismo que yo.

De repente, unos insistentes pitidos y unos golpes en mi ventanilla me hacen separarme de Emma y volver a la realidad. Los conductores me gritan desesperados que mueva el coche ya que tengo toda la vía libre delante de mí.

Pongo el coche en marcha, por el rabillo del ojo aprecio la incomodidad de Emma, sonrío, pero no digo nada. Dejo que sea ella quien dé el siguiente paso.

67
Emma

El resto del camino a casa lo hacemos en silencio. Cuando entramos en el salón Hugo se queda mirándome, pensativo. No ha dicho nada desde que nos besamos y esto me incomoda. Él siempre tiene algo que decir, yo se lo rebato, discutimos y zanco el asunto, pero en esta ocasión me ha dejado sin recursos.

—Estoy cansada, voy a subir a echarme un rato en la cama —es lo único que soy capaz de decir.

—Eres una cobarde, Emma De la Fuente. A ver cuando te das cuenta, como yo, que el amor es la única razón por la que merece la pena vivir —alza la voz Hugo cuando subo las escaleras. No le contesto, hago como si no me hubiese enterado.

Entro en mi habitación, me tumbo en la cama y me echo a llorar sin saber el motivo, solo me apetece llorar. Serán las dichosas hormonas de las embarazadas.

Me despierto sobre las siete de la tarde y me apetece dar un baño en la bañera. La lleno de agua caliente y me meto en ella, donde permanezco cerca de casi dos horas con los ojos cerrados. Los abro y veo a Hugo sentado cerca de mí. Doy un respingo y me asusto.

—¡Joder! —exclamo llevándome una mano al pecho.

—Llevaba mucho tiempo sin saber de ti y vine en dos ocasiones a tu habitación y no estabas. Me preocupé —se excusa.

—Me apetecía un baño. Me levanté con frío.

—Tu padre está abajo, ha venido a verte —anuncia.

Mi padre. Le comuniqué por teléfono que estaba embarazada ya que el final del rodaje de la serie le impedía venir en unos largos días, pero no me dijo nada de que llegase hoy.

—Solo sabe que estoy embarazada y el hijo es tuyo. No le dije que estamos juntos.

—Tranquila, ya se lo dije yo. Se sorprendió al verme y comenzó a darme una charla sobre que te dejase tranquila…

—Vale —lo corto—. ¿Me dejas sola para vestirme y bajar? —le pido cuando veo que no tiene intenciones de marcharse.

Hugo asiente y se marcha. Cuando estoy a solas salgo de la bañera y tengo que agarrarme con fuerza al mueble cercano porque siento que me mareo. Me preocupo, pero esto pasa cuando me echo agua fría en la cara. Debe habérseme bajado la tensión al estar tanto tiempo con el vapor del baño, intento justificar.

Voy al vestidor y me pongo un simple chándal mientras me vuelvo a sentir algo mareada, pero no quiero asustar a Hugo. Espero un poco para bajar y cuando me siento mejor voy a ver a mi padre. Lo encuentro sentado en el sofá con Hugo, tomándose una cerveza ambos mientras charlan de forma animada. En cuanto mi padre me ve se levanta, suelta el vaso y acude hasta el final de la escalera para abrazarme, algo que agradezco ya que vuelvo a estar mareada.

Hugo me pregunta si quiero algo de beber y le pido un refresco, a ver si con eso se me pasa esto, pero no le digo nada. Debe ser algo normal en las embarazadas.

—Hija, no sabes lo feliz que estoy en estos momentos. Abuelo de una niña y ya Hugo me dijo que volvéis a estar juntos y vivís aquí. Es una alegría.

—Gracias, papá.

—Escogeré de ahora en adelante los proyectos que me salgan para estar más cerca de mi nieta y disfrutarla. Contigo no pude estar mucho presente, solo las vacaciones que te llevaba conmigo y no sabes cómo me arrepiento. Uno con la edad aprende que el tiempo que se nos va no vuelve.

Hugo me mira y desvío mis ojos de los suyos.

—¿Te quedas a cenar, papá? —lo invito.

—Sí, claro. Yo venía dispuesto a que me dejases quedarme en tu casa unos días, verás, le dejé mi apartamento a un amigo actor que tenía un rodaje y es de fuera y aún está aquí. Yo terminé antes de lo previsto y no veía la hora de verte y achucharte, no sabía que estabas con Hugo y pensé que me podría quedar contigo aquí.

—No hay problema, la casa es grande —le ofrezco de inmediato.

—No quiero molestar, me puedo ir a un hotel —propone algo apurado mirándonos a Hugo y a mí.

—No te preocupes. No te vas a ir a ningún hotel, te quedas aquí el tiempo que haga falta.

—Solo serán tres días, hija.

Siento la mirada de Hugo clavada en mis ojos y sé que no le hace gracia tener a mi padre en casa. Se había cogido esta semana de vacaciones y seguro que tenía planes.

Cenamos juntos y luego le indico a mi padre su habitación, por supuesto le doy la que se encuentra en la planta de abajo. No quiero que se dé cuenta de que Hugo y yo no dormimos juntos.

—¿Qué planes tienes para mañana? —le pregunto con interés.

—No había pensado en nada, pero no os preocupéis por mí —dice de inmediato.

—Podemos comer por ahí y luego ir al centro a ver el alumbrado —propone Hugo.

—Me parece bien —acepta mi padre.

Lo dejamos instalado en su habitación, nos da las gracias mil veces por nuestra hospitalidad y se muestra muy contento con la noticia de ser abuelo y que hayamos vuelto como pareja.

De camino a nuestras habitaciones, Hugo y yo subimos las escaleras juntos, él me plantea:

—¿No debíamos dormir en la misma habitación para no levantar sospechas de tu padre?

—¿Por qué te crees que le di la habitación de abajo? —pregunto exasperada—. Ni lo sueñes —le indico alto y claro cuando me mira sonriente.

—Algunos sueños se convierten en realidad algún día.

—Pues tú te vas a quedar con las ganas.

—Espero que no —me mantiene la mirada, seguro de sí mismo y esto me enerva.

De repente, vuelvo a sentir que me mareo un poco. Por instinto me agarro al brazo de Hugo y él pregunta muy preocupado mientras me sostiene por la cintura:

—¿Estás bien?

—Es solo un mareo. Lo normal en las embarazadas —justifico de inmediato. No quiero volver al hospital.

—Vamos a la cama —me insta de inmediato. No me quejo y dejo que me acueste. Hugo se sienta a mi lado y me coge de la mano—. ¿Estás mejor? —pregunta con interés.

—Sí. Debe de ser que hoy ha sido un día duro tras tantos días en reposo.

—Fue mi culpa, no debí cargarte tanto.

—No, lo pasé muy bien. Me hacía falta salir y distraerme.

—Me quedaré aquí hasta que te duermas —me ofrece Hugo y sin saber por qué, soy incapaz de rechazar su propuesta.

Se tumba a mi lado en la cama, pero como esta es tan grande tenemos un gran espacio entre ambos. Nos miramos a los ojos y de repente me dice:

—Aún no he sentido a mi hija, podría… —propone mirándome el vientre.

Una corriente eléctrica recorre mi cuerpo de inmediato, pero sé que no puedo negarme. Tiene derecho, es su hija también y es justo que sienta las mismas emociones que yo en el desarrollo del bebé.

—Sí —confirmo a la misma vez que me alzo la camiseta.

Cuando ve mi vientre desnudo exclama con sorpresa:

—Ya se nota.

—Un poco, sí.

Me acaricia, tiene la mano un poco fría, me estremezco y nos sonreímos en complicidad.

—No vas a notar nada aún, pero ahí está nuestra hija.

—Me parece increíble —susurra.

Al cabo de un rato aparta la mano e intento quedarme dormida para que se marche cuanto antes, pero no soy consciente de ello. El sueño me invade y cuando despierto con la luz del sol me encuentro a Hugo a mi lado, vestido como la noche anterior, y estoy abrazada a su pecho. De inmediato, me separo de su contacto y lo miro plácidamente dormido en mi cama. Ciertos sentimientos se despiertan en mi interior y no quiero que lo hagan. Salgo de la cama y me meto

en la ducha.

El día siguiente junto con mi padre es divertido. Almorzamos juntos y paseamos por el centro de Madrid. El hecho de llevar a mi padre de compañía le da a Hugo lugar para cogerme de la mano, abrazarme y besarme. Me susurra que tenemos que hacer el papel de una verdadera pareja y me dejo llevar.

Los dos días siguientes que mi padre pasa en casa apenas lo vemos, se excusa con eventos con amigos y Hugo y yo salimos a comer con nuestra familia y con nuestros amigos. Procura que no pase mucho tiempo fuera para que no me canse y lo cierto es que los mareos no vuelven más en el resto de la semana.

Cuando Hugo vuelve al trabajo lo echo de menos y no quiero sentir esta nostalgia por no tenerlo cerca todo el tiempo. Pero mi madre, con las compras de Navidad, Fin de año y Reyes me acapara por completo.

Los últimos días del año Hugo tiene mucho trabajo y entre mis exámenes finales apenas lo veo. Los mareos han vuelto y cada vez me tienen más preocupada, tanto que acudo al médico sola. Se lo explico a mi ginecóloga y me hace unos análisis, pero también, debido a mi accidente y el tiempo que pasé en coma, me deriva al neurólogo. Debo de admitir que tengo miedo, pero no me atrevo a contarle a nadie lo que me sucede. Confío en que todo vaya bien.

Los días de Navidad, Fin de año y Reyes que pasamos en familia son geniales. El mejor regalo que he recibido ha sido aprobar mis exámenes y saber que ya tengo mi título universitario tras tantos esfuerzos los últimos meses.

A veces, ya no sé qué es realidad y qué es ficción entre Hugo y yo. Están siendo tantos días rodeados de amigos y familia en los que nos tenemos que comportar como una pareja que el hecho de que se me acerque, me abrace y me bese ya lo tengo normalizado. Es cierto que cuando llega la hora de irnos a la cama, cada día, me cuesta más separarme de él y no quiero que me suceda esto, pero es inevitable.

Cuando volvemos a la normalidad y a la rutina tras las fiestas navideñas el neurólogo me propone hacerme un TAC en la cabeza y esto me alarma muchísimo. Me explica que mi bebé se encuentra bien, en estos momentos solo me interesa ella, pero que le alarman mucho mis mareos constantes y mis dolores. Me reprende por no haber hecho esto cuando recuperé la memoria ni tras los episodios de fuertes dolores de cabeza.

Decido llevar todo este tema sin que nadie se entere. Desde hace un par de semanas salgo sola en coche y algunos días acudo a la empresa a ayudar a Hugo, cuando tengo que ir al médico le miento y le digo que me fui de compras.

El día de la prueba del TAC voy sola, me explican que mi bebé no va a correr riesgo alguno por esto y cuando me preguntan por mi marido le indico al médico que a última hora le surgió

algo y no podido venir.

Me realizan la prueba y me indican que espere para darme los resultados. Por lo general se recoge al día siguiente, pero el neurólogo tiene especial interés en mi caso y es algo que me tiene intranquila.

Paso la media hora más larga de espera de mi vida sentada en la sala de la consulta a la que debo entrar para saber qué me pasa. Cuando la enfermera que indica que pase lo hago nerviosa e inquieta. El médico me espera con semblante serio y su expresión hace que salten todas mis alarmas.

—¿Qué sucede, doctor? —pregunto con temor.

—Emma, hemos encontrado algo en tu cabeza —comienza a decir y todo mi mundo se viene abajo. Pasa un rato dándome explicaciones médicas que no entiendo y analizando mi cabeza y el accidente que tuve. Al parecer está todo relacionado con mi pérdida de memoria. Finalmente escucho—: Podemos provocarte el parto a los siete u ocho meses, lo hablaremos con tu ginecóloga, y operarte antes.

Una operación en mi cabeza, esto me deja hundida por completo. ¿Y si no va bien la operación? ¿Y si vuelvo a perder la memoria? ¿Y si muero? Un gran pánico se apodera de mí, salgo de la consulta corriendo y voy al baño. Me han entrado ganas de vomitar. Me miro al espejo y cuando veo mi reflejo ahí lloro. Llevo la mano hasta mi vientre, siento a mi bebé moverse y me derrumbo por completo ante el futuro incierto que nos espera.

68
Hugo

Estoy intranquilo porque Emma no me ha contestado ningún mensaje en todo el día. Por lo general me mantiene al tanto de lo que hace cada día pese a que no me responda en el momento, pero me inquieta que hace más de cinco horas que no se ha conectado a WhatsApp. Igual puede que haya salido con sus amigas o con su madre y se quedó sin batería, por ello me pongo en contacto con ambas, pero nadie sabe decirme dónde está Emma y comienzo a preocuparme de verdad. Me marcho antes de la oficina, solo son las cinco de la tarde, y voy directo a casa con urgencia, saltándome algunos semáforos. La idea de que le haya podido ocurrir algo estando sola me espanta.

Recorro la casa entera y no la encuentro, grito su nombre, desesperado y no sé qué más hacer. Llamo a su padre y tampoco sabe nada de ella. Mi intranquilidad aumenta por momentos.

De repente, entra una llamada del hospital en mi móvil y me tiemblan las manos al cogerlo. Emma, susurro sin pensar.

—Hola, señor Serra, soy la ginecóloga de su mujer, la doctora Buendía —se identifica—. Quería comunicarle que esta mañana cuando ha estado aquí en la consulta del neurólogo se ha dejado el móvil y el bolso, el doctor Robledo no tenía el contacto de su marido para llamarlo y por eso lo hago yo —relata.

—Oh, Emma ha estado esta mañana en el hospital —susurro. No tenía conocimiento de ello, y menos que estuviese visitando a un neurólogo.

—Sí, para recoger las pruebas del TAC.

Me quedo en silencio y decido llevarle la corriente para obtener más información.

—Sí, el TAC. Emma estaba muy nerviosa, me podría decir usted los resultados.

—Le diré al doctor Robledo que lo llame en unos minutos. Él sabrá responderle mejor a todas sus dudas.

—¿El bebé está bien? —me intereso antes de que la ginecóloga cuelgue.

—Sí.

—Gracias.

Corto la llamada, me siento en el sofá, con la mirada clavada en el teléfono a la espera de que vuelva a sonar de nuevo mientras murmuro en voz alta:

—Emma, qué me estás ocultando. Una visita al neurólogo y una prueba de un TAC que desconocía. ¿Dónde estás, mi vida?

El doctor tarda en llamarme quince minutos en los que siento la agonía más grande que he tenido nunca. Me presento con él como el marido de Emma y el médico termina contándome con detalles los resultados del TAC y la propuesta que le hizo a Emma de provocar el parto para que pudiese someterse a una operación en la cabeza cuanto antes. Al parecer tiene una especie de coágulo que le produce mareos y no saben en lo que pueda derivar esto más adelante.

Cuelgo la llamada y siento un gran dolor en el pecho. No sé nada de Emma, trato de pensar dónde puede estar, pero no tengo ni idea, ya he llamado a todas las personas cercanas. No quiero que esté sola con esta noticia, me duele que lo haya llevado todo en silencio sin decirme nada.

Me presento en casa de su abuelo con la excusa de verlo y tratar algunos temas de la empresa, compruebo que no está allí y de paso le pregunto a Aurora por Emma, pero no sabe nada de ella. Me marcho de la casa de Emilio y voy a ver a mi padre, puede que haya decidido refugiarse en su madre tras la noticia, pero tampoco está allí. Voy a la empresa y la busco en su despacho, pero está vacío. No sé dónde pueda estar. No lleva móvil y nadie sabe de sus pruebas con el neurólogo. Supongo que estará en un lugar a solas, y puede que llorando. De repente, un lugar viene a mi mente, una luz de esperanza se enciende y mi ilumina en dónde poder encontrar a Emma, es muy remoto, pero igual se encuentra en mi ático. Tiene las llaves y es un sitio en el que puede estar sola, segura y sin que nadie la moleste.

De camino llamo al portero y este en un principio me indica que Emma no ha ido por allí, cambio la dirección de mi coche, pero antes de colgar el hombre se queda pensativo y me dice:

—Señor, llegó sola hace un par de horas. Tenía pinta de haber estado llorando. Está embarazada. Me pidió que no le dijese nada porque se trataba de una sorpresa. Igual se la estoy estropeando al decírselo.

—No, claro que no. Gracias.

Cuelgo la comunicación de inmediato, doy un volantazo y me dirijo a mi ático a gran velocidad. Solo quiero encontrar a Emma, estrecharla entre mis brazos y que sepa que siempre voy a estar ahí con ella pase lo que pase.

Entro en el garaje y cuando veo el coche de Emma aparcado siento un gran alivio. Por fin he dado con ella. Subo hasta mi ático, me sudan las manos y el corazón me palpita con fuerza, y la encuentro en mi cama, llorando. Sus sollozos me parten el alma. Está tan sumida en la pena que no ha sentido mi presencia. Con pasos sigilosos me acerco a ella, me siento a su lado y le acaricio el pelo. Al notar mi mano alza los ojos, asustada de verme ahí. De inmediato se aparta las lágrimas del rostro, se sienta en la cama y dice:

—Las embarazadas a veces necesitamos llorar.

—¿Y viniste aquí para hacerlo? —pregunto con una sonrisa, llevándole un poco la corriente.

—Me apetecía un lugar donde nadie pudiese encontrarme, pero tú lo hiciste.

—¿No es mejor llorar en compañía? —le doy tregua para que confíe en mí y me cuente lo que

le sucede.

—No, son cosas mías. Tonterías —justifica.

—No lo son, Emma. ¿Por qué me mientes? —inquiero con una ceja alzada, más serio. Y ella me mira con temor—. Lo sé todo —le revelo en un susurro de forma paciente.

Emma se queda en silencio, reprime varias lágrimas y dice:

—No tenías derecho.

—Sí, lo tengo. No vas a pasar por esto sola. Me tienes a mí. Te quiero —le hago saber mientras acaricio su rostro con mimo.

De repente, Emma se arroja en mis brazos y llora con fuerza.

—Jamás en la vida había querido abrazar tanto a una persona como a ti en estos momentos —confiesa Emma entre llantos.

La consuelo, la beso en el cabello y cuando ha pasado un rato le indico con pena:

—¿Por qué no confiaste en mí?

—No quería preocuparte.

—¿Cómo comenzó todo? —me intereso mirándola a los ojos mientras aparto las lágrimas de su rostro.

—Empecé a sentir mareos cada vez más seguidos. Pensé que era algo relacionado con el embarazo, pero volvieron los dolores de cabeza y cada vez eran más fuertes. Decidí ir al médico y comenzaron a hacerme pruebas.

—Y pasaste por todo eso sola —resumo.

—Mi bebé —susurra con lágrimas, acariciándose la barriga—. No quiero que corra peligro si me provocan el parto. Y luego, mi operación… ¿Y si no va bien? ¿Y si no recuerdo a mi hija? —pregunta, desesperada, y me hago una idea por todo lo que pasa.

—Estaré siempre ahí —le dejo patente—. Eso es el amor verdadero, Emma. En las buenas y en las malas.

Emma se arroja a mis brazos de nuevo y para mi gran sorpresa es ella la que me besa, le correspondo con el mismo entusiasmo y le hago sentir todo mi amor.

—¿Por qué nos damos cuenta de lo bueno que tenemos cuando estamos a punto de perderlo? —susurra sobre mis labios al mismo tiempo que esbozo una sonrisa.

—No vas a perder nada, lo vas a ganar —la animo.

Ella me mira a los ojos, en silencio, y en esta ocasión soy yo el que la beso con pasión. Nos enredamos en un beso como el que hacía tiempo ansiaba darle mientras siento a Emma entregada por completo. Comienza a acariciarme y a quitarme la camiseta con urgencia mientras gime sobre mis labios.

De repente, paro el beso, detengo sus manos, la miro a los ojos y le obligo a confesar:

—Dímelo. Llevo mucho tiempo esperándolo.

Emma se toma su tiempo, traga con dificultad, la siento debatirse consigo misma, como una lucha interna, mientras espero con paciencia, hasta que dice:

—Te amo, Hugo Serra.

Sus palabras provocan una enorme alegría en mí. La estrecho en mi pecho, la abrazo, la beso y le confieso:

—No sabes las veces que he soñado con este instante, mi amor. Te amo. Eres mía, siempre serás mía.

Emma me besa, se entrega a mí y terminamos haciendo el amor de una forma tan única y especial que ninguno de los dos olvidaremos jamás.

69
Emma

Me encuentro abrazada al pecho del hombre que amo y él me retiene con fuerza pegada a él. Hemos hecho el amor y no me arrepiento, todo lo contrario. Me siento mucho mejor.

Hugo se remueve, me obliga a mirarlo a los ojos y me insta a que diga algo.

—Quedémonos así hasta que se me pase todo lo que te extrañaba —susurro.

—Dime que no te arrepientes de lo sucedido. Tu silencio me tiene sumido en la intranquilidad.

—No me arrepiento —confieso con valentía—. Ya no puedo ocultarlo más. Te amo, has conseguido que deje de ver al Hugo del pasado y ahora solo seas ese hombre que revoluciona mi corazón y lo hace latir con fuerza. Lástima que todo haya sucedido en estos terribles momentos en los que no sé qué va a ser de mí —confieso con pena.

—Hay que ser optimistas. Vamos a visitar a más médicos juntos y vamos a escuchar más opiniones. Te juro que ni tú ni nuestra hija vais a estar en peligro —me promete Hugo.

—Tengo mucho miedo —confieso con el corazón en la mano. Siento que los momentos de ocultarle las cosas quedaron atrás.

—Yo te ayudaré a superarlo. Voy a estar contigo en todo momento.

—Es muy egoísta de mi parte pretender que tras todo lo sucedido entre nosotros ahora estés a mi lado de forma incondicional.

—Es lo que hay cuando dos personas se aman como nosotros lo hacemos. Mira por todo lo que hemos pasado, y lo que nos queda —intenta bromear.

—¿Cómo puedes quererme después de todo? —le pregunto con culpa, repasando por lo que hemos pasado en los últimos meses.

—¿Cómo no voy a quererte? Eres lo mejor de mi vida, la única mujer que despierta esto tan profundo que siento, que me hace ser alguien mejor. Una mujer a la que admiro y deseo por ser única, valiente y tener un corazón tan grande que haya sido capaz de perdonar lo que te hice, y no solo a mí, también a tu abuelo y a tu madre. Solo la bondad de un buen corazón como el tuyo puede hacer algo así.

—Perdonar para perdonarse, creo que lo entendí tarde —susurra—. Dejé que el odio y el rencor se apoderasen de mí y no me dejaran ver lo que realmente quiero —confieso con el corazón en la mano, mirándolo con los ojos cargados de lágrimas a punto de brotar.

—Todo sana cuando lo aceptas —revela Hugo—. No más dolor, mi vida. Nos amamos. Comencemos un camino juntos con nuestra hija, felices para siempre —propone. Suena increíble, pero me paro a pensar que puede que mi vida se detenga en ese camino de forma accidental y rompo a llorar en sus brazos.

Hugo me lleva hasta la ducha, se encarga de mí, volvemos a hacer el amor y cuando despierto encuentro que ha hecho la cena y me propone pasar la noche en el ático. Accedo encantada. En esos difíciles momentos por los que paso solo quiero estar a solas con él.

Estamos abrazados en el sofá cuando le suplico:

—No quiero preocupar a mi abuelo ni a mis padres por el momento. No deseo que sepan nada de lo que me ocurre ni de la operación a la que tendré que someterme una vez que nuestra hija venga al mundo. Por favor, llevémoslo en secreto y cuando esté cerca el nacimiento de nuestra bebé le contamos todo.

Hugo suspira, se hace un breve silencio y termina aceptando. Se lo agradezco en el alma. Lo beso y me confiesa con una enorme sonrisa pintada en su bonita cara:

—¿Sabes que he descubierto que, de todos los placeres de esta vida, amarte es mi favorito?

Mi pecho se hincha y mi corazón se revoluciona ante sus palabras. Amo a este hombre y ya no me duele admitirlo en voz alta. Me ha costado, pero en estos momentos me siento liberada.

—Me encanta ser tu placer favorito. Tú también te has convertido en el mío.

—Te ha costado admitirlo, pero más vale tarde que nunca —carcajea.

—Me has vuelto completamente loca en todos los sentidos desde que desperté del coma, Hugo Serra —le reprocho con una maravillosa sonrisa.

—Yo he padecido la misma locura, te lo juro. Primero cuando pensé que me había enamorado del demonio de Olivia y luego cuando recuperaste la memoria y me odiabas. Pero si había que pasar por todo ello para llegar a este increíble momento creo que ha valido la pena. Eres mía, me amas y vamos a ser padres de una niña que estoy seguro se va a parecer más a su madre de lo que imagino.

Hugo me besa, le correspondo y me siento muy feliz en sus brazos. Pasamos la noche juntos en el ático y dormir a su lado me trae una calma y una paz que hacía tiempo no sentía.

En esta ocasión soy yo la que despierto al hombre que amo entre besos con el desayuno servido para que lo tomemos en la cama. Me parece increíble estar así con Hugo, admitir sin miedos que es el hombre que amo y al que amaré siempre, porque no sé qué me hizo, pero no hay cabida para nadie más en mi corazón. Se adueño de este por completo y nunca más me lo entregó.

Desayunamos entre caricias íntimas, mimos y besos, luego Hugo me anuncia:

—Vas a tener que inventarte una sorpresa.

—¡¿Cómo?! —pregunto sin entender lo que quiere decir.

—Ayer, antes de llegar aquí, te busqué por muchos lugares y llamé a mucha gente interesándose en ti. No tenías móvil ni cartera porque saliste corriendo de la consulta del doctor y no volviste más —me explica—. Así que una vez que nos reconciliamos me tomé la libertad de decir que habías estado desaparecida todo el día porque me estabas preparando una especie de cita romántica en el ático, y de esta forma ya dejé a todos tranquilos.

—Vale —acepto con una sonrisa que sorprende a Hugo. Frunzo el ceño y le pregunto—: ¿Qué sucede?

—Tengo que acostumbrarme a esta nueva faceta tuya tan dócil y en la que todo lo que hago te parece bien —bromea al mismo tiempo que me abraza y me beso el cuello, aspirando mi aroma.

—Supongo que estamos empezando de nuevo como pareja —comento.

—Supones muy bien. Eres toda mía y jamás te voy a dejar escapar.

Volvemos al chalet para cambiarnos de ropa, y cuando estamos allí le indico a Emma:

—Se acabaron las habitaciones separadas. Se acabó fingir este amor ante los demás, aunque debo confesar que yo nunca lo hice.

—Me daba cuenta —le revelo, sonriente.

—Siempre tuve la esperanza de que te dieses cuenta de que nuestro amor es tan grande que puede con todo.

—Espero que también pueda con esto. Tengo mucho miedo, Hugo —confieso abrazada a él.

Volvemos juntos al hospital para recoger las pertenencias de Emma y, ya más tranquilos ambos, y asimilando la noticia, hablamos largo y tendido con el doctor Robledo y nos resuelve todas las dudas que tenemos. Él mismo nos envía a otro colega para que nos dé otra segunda opinión médica.

Tras pasar el día entre médicos siento a Emma algo triste y no quiero que le dé vueltas a la cabeza y se preocupe más de lo necesario. Nos han explicado que hasta que nazca nuestra hija no la van a operar, conforme se vaya acercando más la fecha de parto irán viendo cuál es el momento adecuado para provocarle el parto y que Emma se pueda someter a la operación.

—¿Te gustaría pasar unos días tú y yo solos en la casa de campo de tu abuelo? —le propongo mientras conduzco de camino a casa.

Emma me mira con una luz tan especial en su mirada que hace que el corazón me dé un vuelco por completo.

—Me encantaría, pero ¿no tienes mucho trabajo en la empresa?

—Me las puedo arreglar. En estos momentos no existe mayor interés ni prioridad en mi vida más que tú —cojo su mano, la llevo hasta mis labios y deposito un beso ahí mientras conduzco.

Cenamos en casa de nuestros padres junto con mi abuelo y les comunicamos que nos marchamos por unos días a la casa de campo juntos y solos. Hugo le promete a mi abuelo encargarse de los temas más urgentes desde allí y no pone objeción alguna.

Volvemos a nuestra casa y entrar en ella con Hugo de la mano, abrazados y diciéndonos cuánto nos amamos en todo momento me parece un sueño.

Entre los dos hacemos las maletas para marcharnos al día siguiente. Nos vamos a la cama, hacemos el amor y me quedo dormida entre los brazos de Hugo, escuchando su corazón y sintiendo que este es mi lugar favorito en el mundo.

Los días que pasamos en el campo juntos, aislados de todo y de todos, son increíbles. Solo somos nosotros dos, hasta consigo olvidarme de mi operación y las posibles consecuencias que me pueden acarrear.

Hugo hace que me enamore mucho más de él si cabe. Es atento, detallista y cariñoso. Todo entre nosotros es más que perfecto y siento mucho miedo porque en mi vida cuando algo ha ido bien al poco se ha destrozado en mil pedazos.

La última noche que pasamos en la casa de campo Hugo organiza una cena con velas increíble. Me sorprende por completo y en ella me hace una proposición que no espero.

—¿Quieres casarte conmigo? —pregunta con una rodilla hincada en el suelo mientras sostiene un anillo en su mano y me mira con un amor infinito en sus ojos.

Me quedo en silencio y no le contesto. Él me mira impaciente y pregunta, preocupado.

—¿Qué ocurre?

—No quiero volver a tener que huir de ti en un altar. Esta vez quiero hacer las cosas bien. Mi respuesta es sí, siempre lo será, pero aceptaré tu propuesta cuando despierte tras la operación en mi cabeza —digo con miedo—. Me aterra no volver a conocerte, o que me pase otra cosa —no le digo que puedo morir y no quisiera dejarlo viudo con veintiséis años.

Hugo me mira con una sonrisa comprensiva, se guarda el anillo en el bolsillo y me ordena:

—Me vas a hacer una promesa. Cuando salgas de esa operación, y vas a salir bien, estoy seguro, lo primero que vas a decir es que quieres ser mi mujer para el resto de tu vida.

—Acepto.

Hugo me estrecha sobre su cuerpo, me abraza y me besa. Me emociona la comprensivo que se ha vuelto últimamente, y esto me hace amarlo mucho más.

70
Hugo

Un mes después

Emma y yo salimos del hospital juntos, de la mano, tras haber visto a nuestra hija en la última ecografía antes de que nazca. La ginecóloga ha determinado que nuestra pequeña está en el peso y pueden provocarle el parto a su madre sin riesgo alguno para ninguna de ellas. Nuestra bebé vendrá al mundo dentro de cuatro días en un parto programado. Emma ha insistido en celebrar su cumpleaños mañana y posteriormente dar la noticia de lo que le sucede a toda la familia y amigos, la cual ignoran hasta el momento.

—Todo va a ir bien —le digo a Emma mientras esperamos que nos sirvan el desayuno. Hemos acudido al hospital muy temprano. Le han sacado sangre y hemos visto a nuestra hija—. No es la primera niña que nace a los siete meses y medio.

—Lo sé, pero no puedo evitar pensar que no es su tiempo.

—Va a estar bien, los médicos nos lo han asegurado.

—Tengo la sensación de que comienzo con ella siendo una mala madre. La saco antes de mí para…

—Para poder curarte y ser una madre mucho mejor —termino la frase.

En este último mes apenas me he despegado del lado de Emma. Era la única persona que sabía por lo que pasaba y he querido cuidarla en todo momento. He intentado trabajar desde casa y cuando he acudido a la empresa ella me ha acompañado. Le prohibí coger el coche y que saliese sola por si se mareaba. En este tiempo solo ha tenido dos mareos y han sido en casa, pero los dolores fuertes de cabeza han sido más a menudo. Me dolía tanto cuando la veía retorcerse de dolor y no poder hacer nada por ella. El paracetamol no le hacía nada, sin embargo, al estar embarazada no podía tomar otra cosa. Intentaba aliviarla con masajes en la cabeza, con paños fríos en la frente, abrazándola, pero nada daba resultado. Los neurólogos insisten en que esos dolores son provocados por el fuerte golpe que le produjo el accidente en la cabeza y por ello necesita una operación.

—Mañana cumplo veintitrés años y no tengo ganas de fiesta ni de nada —comenta Emma.

—Ya sabes la ilusión que ha puesto tu madre en esa celebración —le recuerdo.

Es una sorpresa para Emma, pero no he tenido más remedio que decírselo debido a las circunstancias por las que pasamos.

—Lo sé, por ello hago el esfuerzo de acudir. No dejo de pensar que puede ser la última

celebración de mi cumpleaños —dice, desanimada.

—No digas eso, amor. Los médicos aseguran que tu operación saldrá bien. Solo se van a encargar de hacer desaparecer tus mareos y esos terribles dolores de cabeza que te matan.

Emma me coge de la mano, me muestra una sonrisa forzada y susurra:

—Te amo. Creo que en este último mes no te lo he dicho lo suficiente en comparación a todo lo que has hecho por mí y cómo te has portado.

—Siempre es un placer escuchártelo decir. —Me acerco a ella y la beso.

—He estado pensando que cuando termine mi fiesta de cumpleaños podemos convocar a la familia y nuestros mejores amigos para el día siguiente en casa comunicarle que en unos días nacerá nuestra hija y una semana después me someteré a la operación.

—Me parece bien.

—Pienso en la reacción de mi abuelo, de mi madre y de Aurora y se me parte el alma. Lo último que quiero es que sufran más por mí tras los meses que pasé en coma después del accidente.

—Les explicaremos todo bien. confío en los médicos —comento seguro de ello. No puedo venirme abajo. No puedo pensar en perder al gran amor de mi vida ahora que lo he recuperado.

Cuando terminamos el desayuno Emma propone:

—¿Nos vamos a la empresa?

Niego con un gesto de la cabeza y le sonrío. Ella me mira con expresión seria y le adelanto:

—En estos momentos empieza la fiesta privada de tu cumpleaños junto con el padre de tu hija. Nos vamos a Toledo. He reservado una habitación en el parador y pasaremos allí el resto del día y hoy y la noche. Es parte de mi regalo.

Emma me mira emocionada con los ojos brillantes de felicidad.

—Te dije que no quería nada por mi cumpleaños.

—En ocasiones no suelo hacerte caso —le explico con una amplia sonrisa—. Te gustará —le indico para que se quede tranquila.

—No me cabe la menor duda —me besa y salimos en dirección al coche.

Cuando Emma aprecia que nos dirigimos hacia Toledo directamente sin pasar por casa pregunta:

—¿No llevamos maletas?

—Volveremos mañana. No vas a necesitar ropa —le adelanto con una sonrisa.

—Gracias por esta escapada. Solos tú y yo. Es el mejor regalo que podías hacerme en estos momentos.

—Espero seguir acertando. —Le guiño un ojo y no le digo nada más.

Llegamos a nuestra habitación en el parador, he pedido la mejor que tenían, y está decorada con flores y velas. Emma se impresiona y se le saltan un par de lágrimas.

—Quiero que tengas un cumpleaños que recuerdes siempre —susurro en su oído abrazándola por detrás al mismo tiempo que poso mis manos en su vientre y se lo acaricio.

—Es precioso —dice recorriendo la antesala de la habitación.

Nos adentramos en el interior, nos sentamos en el sofá y le indico sacándome una cajita del bolsillo:

—Mi regalo de cumpleaños. —Ella me mira intrigada—. Tranquila que no es un anillo de compromiso —le revelo con una sonrisa—. Todo a su debido tiempo.

—¿Qué es? —pregunta con ilusión e impaciencia. Abro la caja y le muestro una pulsera de oro blanco con eslabones, de uno de ellos cae un corazón en el que está grabado por una cara: Siempre serás tú, Emma. Y por la otra cara pone: Siempre serás mía. Hugo.

La mujer que amo me mira con lágrimas en sus ojos, sosteniendo la joya entre sus manos, se abraza a mí y la beso.

—Es un regalo precioso —me agradece feliz.

—Sé que temes no volver a recordar cuando salgas de la operación. Quiero que tengas esta pulsera para que sepas tu nombre y que me amas.

—Hugo… —me besa y nos perdemos en un beso ardiente y apasionado.

—No quería darte este regalo delante de todos mañana, deseaba hacerlo en un momento íntimo entre los dos.

—Es precioso. Todo es precioso. Gracias por ser tan atento, detallista y cuidarme tanto. Este último mes todo ha sido más fácil gracias a ti.

Abrazo a la mujer que amo, aspiro el aroma de su cabello que me vuelve loco y le propongo:

—Tras el camino en coche, ¿te apetece meternos en el *jacuzzi* con unas vistas increíbles de la ciudad ante nosotros?

—A mí me apetece todo contigo, te amo —susurra sobre mis labios antes de apoderarse de ellos.

No salimos de la habitación del hotel hasta el día siguiente que nos dirigimos a la fiesta de cumpleaños que le han organizado la madre y el abuelo de Emma.

De vuelta a casa tengo una sensación muy rara, pese a que Emma y yo hemos estado como nunca, he sentido que todo era una despedida entre nosotros. Sacudo la cabeza con fuerzo e intento alejar estos malos pensamientos de mi mente.

71
Emma

Vivo la fiesta de cumpleaños que me organiza mi madre como si fuese la última de mi vida. Tengo la sensación de que me voy despidiendo de todo, que tras la operación a la que me tengo que someter puede que no salga bien o que no vuelva a ser yo. Es un miedo terrible el que vivo que no he querido ni manifestárselo a Hugo para no preocuparlo.

Durante la gran celebración que prepara mi madre en su casa, el hombre que amo no se despega de mi lado, siempre atento y pendiente de todo. Sentir todo lo que Hugo me ama en cada instante me emociona, a veces llego a pensar que me quiere muchísimo más que yo a él porque no le puedo devolver todo lo que hace por mí.

La fiesta de mi cumpleaños termina a altas horas de la madrugada y cuando llegamos a casa estoy muerta, tanto que Hugo me saca del coche en brazos y me lleva hasta la cama.

—Tenemos el maletero del coche cargado de regalos —recuerda Hugo.

—Mañana los cogemos, tengo el más importante conmigo. —Alzo la mano y le muestro la pulsera que me regaló.

Nos metemos en la cama y me abrazo al pecho de Hugo. Es mi postura favorita para conciliar el sueño mientras él me acaricia el vientre y el cabello.

—¿Eres consciente de que esta paz solo nos queda dos noches más? Luego tendremos a nuestra hija aquí que demandará el pecho y nuestra atención con su llanto.

—Sí. Tengo muchas ganas y miedo a la vez de tenerla en mis brazos —confieso.

—Vas a ser una madre increíble. No me cabe la menor duda.

—Lo intentaré —susurro, un poco desanimada. Siento que no comienzo siendo la mejor madre con ella. La separo de mí antes de tiempo y luego la dejaré para someterme a una operación incierta que no sé cómo termine ni qué encuentren los médicos realmente. El sistema neurológico es tan complicado que nada es certero.

Hugo y yo estamos en la cama hasta el mediodía, nos levantamos, picamos algo y preparamos todo para la merienda que vamos a dar a nuestra familia y amigos. Creo que cuando los invitamos ayer todos piensan que Hugo me ha pedido matrimonio y vamos a anunciar la fecha de la boda, pero nada más alejado.

Cuando esperamos a toda la familia, estoy tan nerviosa e inquieta que le ruego a Hugo que se él el encargado de decirlo todo. No me siento con fuerzas. En el día de hoy me he levantado especialmente con mucha nostalgia y ganas de llorar.

Estamos todos en el salón, voy a la cocina a por más agua y mi amiga Aura viene tras de mí y me pregunta, seria:

—¿Está todo bien? Tienes una cara… Ayer todos pensamos que hoy nos ibais a decir que tenemos boda a la vista tras el nacimiento, pero hoy te miro y la piel se me pone de gallina porque más bien pienso que puede haber una ruptura entre Hugo y tú —comenta con prudencia y miedo a la vez.

Intento relajarme un poco y le digo a Aura:

—Todo entre Hugo y yo es perfecto. Como nunca llegué a imaginar. Lo amo con toda mi alma y él mucho más a mí. Solo que todo no es perfecto siempre.

La tomo del brazo y juntas caminamos hacia el salón. Cuando estamos todos reunidos Hugo se acerca a mí, me toma de la mano y me agarra por la cintura y pide la atención de todos mientras yo me tengo que sentar porque me tiemblan las piernas. Mis ojos están clavados en mi abuelo y en mi madre mientras Hugo relata todo y yo apenas lo escucho. Solo veo las caras serias de las personas que tengo enfrente y cómo mi madre, Aurora y mi abuelo no pueden evitar las lágrimas.

De repente, siento el abrazo de mi madre, que susurra en mi oído llorando:

—Todo va a ir bien. Estaremos a tu lado.

Mi abuelo se enfada un poco porque Hugo y yo le hayamos ocultado todo durante este tiempo. Nuestros amigos nos ofrecen su ayuda y finalmente me siento muy feliz y afortunada por la familia que tengo.

Hugo intenta cambiar el ambiente triste que empaña la tarde y dice:

—Señores, alegría que en dos días tendremos aquí a nuestra hija.

—¿Ya os habéis decidido por el nombre? —pregunta Gala. Estábamos entre unos cuantos y no sabemos cuál ponerle.

—Creo que vamos a esperar a verle la carita para ver qué nombre va más con ella —dice Hugo mientras me guiña un ojo.

—¿Tienes todo preparado para el ingreso y para cuando llegues a casa con el bebé? —se interesa mi madre.

—Casi.

—Llevo un mes de compras y decoración que no os lo deseo a ninguno —se queja Hugo y todos estallan en carcajadas—. El cuarto de nuestra hija está listo —anuncia y no podemos evitar que todos quieran subir a verlo.

Tras quedarnos a solas, Hugo y yo estamos tumbados en el sofá con la televisión de fondo, abrazados, le comento:

—No ha ido tan mal como pensaba.

—Todo está controlado por los médicos. Hay que confiar. Nuestra hija y tú vais a estar muy

bien.

—Gracias, siempre haces que me sienta más tranquila y piense que todo va a ir bien.

Hugo me besa y pido a los cielos que esto que tenemos nunca se termine porque me moriría sin él en mi vida.

***

Mi hija nace tras un parto programado y sin complicaciones. Hugo está a mi lado en todo momento, alentándome y apoyándome hasta que nuestra pequeña llega al mundo, la recibo en mis brazos y no puedo dejar de llorar. Es tan perfecta y tan pequeña que pienso que es un milagro de la vida. Tiene los mismos ojos que su padre y cuando nos mira Hugo y yo nos besamos sonrientes y el susurra:

—Es lo mejor que hemos hecho juntos.

—Sin duda alguna —respondo mientras acuno a mi hija contra mi pecho.

—¿Qué nombre le vamos a poner? —me pregunta Hugo. Lo miro y le indico—: Ada.

Hugo me mira con los ojos cargados de lágrimas, es un nombre que no habíamos valorado, pero hace un par de días él nombró a su madre, me di cuenta de cuánto la quería y lo que supuso perderla y creo que es un bonito gesto que nuestra hija lleve su nombre.

—Te amo tanto, Emma. Siempre consigues sorprenderme —me besa mientras ambos lloramos de auténtica felicidad.

Mi hija es tan bonita y perfecta que enamora a todos y yo me siento la madre más orgullosa del mundo.

Tras tener a Ada y recuperarme un poco, sin marcharme del hospital, me preparo para someterme a la operación de mi cabeza. Hugo no se separa en todos estos días de mí en el hospital y su aspecto de cansado ya se va notando y me siento muy culpable por ello.

La noche antes de mi operación apenas duermo, solo pienso en que algo puede salir mal, no volver a ver más a mi hija ni al amor de mi vida y se me parte el alma. Hugo siente mi inquietud y permanece todo el tiempo a mi lado con mi mano tomada entre las suyas.

72
Hugo

Estiro un poco el cuello mientras miro a la mujer que amo dormida en la cama del hospital en el que llevamos una semana. Apenas ha dormido esta noche y en un par de horas se la llevan a quirófano y no quiero despertarla. Tengo miedo, mucho, a que le pase algo en la delicada operación a la que se tiene que someter, pero no puedo decírselo. Tengo que ser fuerte y transmitirle entereza y valentía pese a que por dentro me encuentre temblando como un flan.

Desde que nació nuestra hija no me he separado de Emma, Irene y Aurora han insistido en quedarse alguna noche con ella, pero no lo he permitido.

En estos momentos la mujer que amo abre los ojos, me dedica una media sonrisa y le doy un beso en los labios. Está amaneciendo y ambos sabemos que queda poco para el momento más duro de nuestras vidas.

Emma alza la mano en la que tiene la pulsera que le regalé y dice:

—Quítamela y guárdala, por favor. Es una pena que no pueda entrar con ella a quirófano. Sería como llevar una parte de ti conmigo.

Le quito la pulsera y nos miramos en silencio. Nos abrazamos y ninguno de los dos puede contener las lágrimas que corren por nuestras mejillas.

—Hugo… tenemos que tener esta conversación por dura que pueda ser —anuncia Emma mientras que un gran escalofrío recorre mi cuerpo.

—¿Qué sucede? —pregunto con pavor, intentando controlar el tono de mi voz.

—Si no salgo de la operación…

—No digas eso —le suplico.

—Déjame terminar —me riñe y siento que es muy importante lo que me quiere decir—. Quiero que sepas, que pese a todo por lo que hemos pasado eres el gran amor de mi vida y te volvería a elegir —confiesa y eso hace que me rompa por completo—. Gracias por amarme, por darme la hija más maravillosa del mundo y haberme hecho tan feliz en este último mes de mi vida. Nunca me había sentido tan amada.

—Emma, no te despidas de mí, me partes el corazón —le ruego entre sollozos.

—Mi amor —pronuncia con la voz cortada—, no sé si vaya a volver a verte de nuevo. Ni qué pase en mi cabeza. Me aterra volver a no recordar. A olvidarme de ti o de nuestra hija —susurra.

—Vas a volver a mí —le aseguro—. Y si vuelves a perder la memoria me aseguraré de que sientas que Ada es tu hija y yo el amor de tu vida.

—Tengo que confesarte algo, vida mía —dice Emma—. He dejado una caja llena de cartas en mi armario. La cual está dividida en dos secciones, una de ellas es por si no vuelvo a despertar más, son para ti y para Ada, y en otra parte se encuentran las vivencias y recuerdos. Si pierdo de nuevo la memoria no tendrás que convencerme de nada, quiero leerlo de mi propio puño y letra.

—Emma —susurro aferrado a ella, besándole el cuello.

—Tenemos que estar preparados para todo lo que pueda suceder —me plantea—. Y en el peor de los casos, júrame que serás el mejor de los padres y que Ada siempre será lo primero para ti.

—Te lo juro, Emma. Por favor, no me hagas pasar por esto —le ruego, roto.

—Es necesario. Quiero entrar en ese quirófano con todo hablado contigo, tranquila, y sabiendo cómo quedarán las cosas en caso de que me suceda algo.

Asiento con un terrible nudo en la garganta, me aferro a ella y ruego porque no se vaya de mi lado nunca. No podría vivir sin ella.

Permanecemos abrazados hasta que una enfermera nos interrumpe y anuncia que Emma se tiene que preparar para llevársela a quirófano. Se despidió de nuestra hija la noche anterior porque los médicos le recomendaron no hacerlo antes de la operación.

Nuestra familia llega antes de que se lleven a Emma y también lo hacen Gala y Aura. Se despide de todos con lágrimas y el último en hacerlo soy yo.

—Te amo más que a mi vida. Vuelve a mí, ni se te ocurra dejarme solo porque iré a buscarte allá donde te vayas —le confieso aferrado a ella.

—Siempre te amaré, nunca olvides eso, mi amor.

—Te estaré esperando. —La beso por última vez ante de que se la lleven y me abrazo a Aura que me dice:

—Volverá sana y salva.

Asiento con esperanzas mientras que pienso en mi hija, en Emma y en la bonita familia que somos, no se puede ir todo al traste en estos momentos, he luchado tanto por esta mujer y por todo lo que tenemos que si lo pierdo no seré capaz de seguir sin ella en mi vida.

La operación dura cinco horas, las más largas y agónicas de toda mi vida. El médico sale a hablar con la familia y explica que todo ha ido muy bien, pero que no saben qué sucederá cuando Emma despierte. La van a mantener sedada veinticuatro horas más en una unidad especial y volverá a su habitación al día siguiente. Solo me permiten verla cinco minutos y me conformo con comprobar que respira y que está con nosotros.

Paso la noche al lado de mi hija, rezando por su madre y deseando que el gran amor de mi vida abra los ojos y nos recuerde.

Cuando Emma llega a la habitación los médicos nos aconsejan que solo esté acompañada de una persona, está dormida y nos indican que la dejemos descansar hasta que despierte por sí sola.

Soy yo quién se queda con el ella mientras que sus abuelas, ya que Aurora la consideramos como tal para nuestra hija, mi padre y Emilio se encargan de vigilar a nuestra hija.

Pasan más de tres horas desde que Emma regresa a la habitación y muestra movimientos en su cuerpo. Estaba alarmado porque llevaba observándola todo el tiempo y no movía ni un solo músculo.

Siento que comienza a despertar, una gran emoción me invade, pero no quiero influir en nada. Me quedo a su lado, observándola, con un nudo en la garganta y rezando porque todo esté bien cuando abra sus ojos.

Tras unos minutos inquieta, removiéndose un poco, entreabre los ojos. Observo que mira con atención todo a su alrededor, extrañada, y esto hace que salten todas mis alarmas y mi corazón se desboque por completo. Los ojos de Emma se clavan en mi persona, me mira seria, pensativa y no siento que me reconozca.

—Emma —susurro con emoción, al mismo tiempo que espero que identifique mi voz, pero ella no dice nada—. ¿Cómo te encuentras? —pregunto aferrándome a su mano, mirándola a los ojos y conteniendo las ganas de llorar.

Ella solo asiente con la cabeza, pensativa.

—¿Sabes quién soy? —pregunto con un miedo atroz. Necesito, al menos, escuchar su voz.

—Eres un hombre muy guapo —susurra con un leve hilo de voz—. ¿Quieres casarte conmigo y formar una gran familia junto con nuestra hija para siempre? —pregunta y yo rompo a llorar mientras me abrazo a ella y la beso.

—¿Sabes quién soy? ¿Lo recuerdas todo? ¿Estás bien? —la fulmino a preguntas, una tras otra sin darle tiempo a contestar.

Emma me mira sonriente, con un brillo especial en sus ojos.

—No podría olvidarte nunca más —revela con un amor infinito reflejado en su mirada. La beso y me siento el hombre más feliz de la tierra—. Me debes una respuesta —me dice risueña. La miro confuso y le digo de inmediato:

—Sí, quiero. Para siempre.

73
Emma

Tres meses después

Le doy el pecho a mi hija, recostada en la cama de mi casa, admirando su rostro y sintiéndome la madre más orgullosa del mundo. Hace tres meses que soy la mujer más feliz del mundo y vivo en un completo cuento de hadas del que no quiero despertar. Tengo a la familia perfecta junto a mí, los mejores amigos, a un hombre que me ama más que a su vida y me lo demuestra a cada segundo que está a mi lado y una hija que cuando me mira con sus ojos grises, me sonríe y me reconoce me hace llorar de pura felicidad.

Sumidas en mis pensamientos observo entrar al hombre que amo con una bandeja de desayuno la cual nada más observarla se me hace la boca agua. La deja a un lado, se sienta junto a mí y nos mira embobado a ambas.

—Me pasaría la vida así. Sois perfectas. Me considero un tío con mucha suerte. —Se inclina y nos besa a las dos.

Ada se ha quedado dormida tras darle el pecho. Se la entrego a su padre y la deja en la mini cuna que está junto a nuestra cama. Hemos tenido muchísima suerte, Ada es una niña muy buena, comilona y dormilona.

—Nuestra hija es maravillosa —susurro admirándola en su sueño.

—Ha salido a su madre.

—Será en lo único porque es igualita a ti. —Ada tiene los mismos ojos que su padre, la misma boca y la misma sonrisa seductora que hace que caigas rendida ante ella.

—El próximo lo hacemos más parecido a ti —susurra Hugo sobre mis labios.

—¿El próximo? —No hemos hablado de tener más hijos.

—Por supuesto, nuestra hija necesita un hermano para jugar y divertirse. Yo siempre lo eché de menos. ¿No te gusta la idea? —pregunta con el ceño fruncido.

Miro a Hugo embobada, sonriente, con el pecho hinchado de emoción. Me gusta eso de tener más hijos.

—Contigo lo quiero todo.

—Hemos pasado por tanto que la vida nos ha demostrado lo fuertes que somos y que nada ni nadie nos puede parar porque este amor es inmenso.

Abrazo al amor de mi vida y le revelo:

—Ayer me puse a mirar fechas para nuestra boda y vestidos de novia.

Hugo me mira con los ojos muy abiertos y una enorme sonrisa en su boca. Desde que nació Ada y mi operación fue un completo éxito no para de decirme que nos casemos, pero quiero hacer las cosas bien. Después de todo lo que hemos pasado nos merecemos una gran boda, con invitados y que sea un día que jamás olvidemos.

—¿Cuándo? —pregunta con impaciencia.

—Septiembre me parece un buen mes —sugiero.

—A mí me parece una eternidad, pero estoy de acuerdo —accede con una sonrisa y un beso.

—Quiero pasar parte del verano en Formentera —le pido al amor de mi vida.

Él esboza una sonrisa, sé que piensa que tenemos buenos y malos momentos allí.

—Acepto, pero el resto del verano elijo yo el destino y quiero un fin de semana a solas con la mujer que amo, dejamos a Ada con sus abuelos —plantea.

—Me parece bien.

Desayunamos en la cama entre planes de futuro, sonrisas cómplices y besos. Nuestra hija llora y Hugo la carga en sus brazos y se encarga de ponerle el chupo y cambiarle el pañal. Es un padrazo y me emociono cada vez que lo veo en esta faceta.

***

Agosto

Hoy es nuestro último día en Formentera tras veinte días ahí disfrutando del verano con la familia, antes hemos viajado en un crucero por el mediterráneo con nuestra hija y para finalizar el verano, antes de que comience el verdadero estrés de nuestra boda, Hugo y yo nos marchamos un fin de semana para dos a Santorini. Nos cuesta separarnos de nuestra pequeña, pero necesitamos un fin de semana en pareja donde todos los mimos y consentimientos sean exclusivamente para nosotros.

Llegamos al alojamiento que Hugo se ha encargado de reservar en Santorini y es precioso. Tenemos un problema con la tarjeta de la habitación y él baja a solucionarlo mientras me quedo deshaciendo las maletas. De repente, siento un mareo tan fuerte que tengo que sentarme en la cama y mi corazón se acelera. Me asusto muchísimo ya que desde que me operé no he vuelto a tener dolores de cabeza ni mareos. No quiero preocupar a Hugo, está tan ilusionado como yo con estos días solos. Me tumbo en la cama y trato de convencerme de que esto es debido al cansancio del viaje, pero el malestar no pasa. Tengo que levantarme e ir corriendo como puedo al baño a vomitar.

Intento pensar qué he comido en las últimas horas y que me haya sentado mal, pero lo cierto es que no he comida nada desde el desayuno. Me recompongo delante del espejo para disimular

mi aspecto y que Hugo no sospeche nada.

De repente, al coger una toallita para refrescar mi cara observo en una cesta de cortesía del hotel productos de higiene íntima de mujer entre los que hay tampones y compresas. Me quedo pensativa en cuándo fue mi última regla, desde que tuve a Ada, por increíble que parezca me volví muy regular, y susurro con espanto delante del espejo:

—¡No puede ser!

Volví a tomar la píldora tras nacer Ada, pero cuando dejé de dar el pecho y me la cambiaron no me sentó bien el cambio y estuve unos días sin tomarla para recuperarme de unas ronchas que me habían salido.

El sonido de la puerta de entrada de la habitación al cerrarse me sobresalta. No quiero decirle nada a Hugo por el momento. Intento tranquilizarme y decirme que sea lo que sea que ha producido estos mareos y vómitos lo descubriré cuando llegue a España. Sin embargo, la posibilidad de un nuevo embarazo cobra vida en mi mente. En la última revisión con el neurólogo hace un mes y medio me dijo que estaba todo bien.

Salgo del baño simulando mi mejor sonrisa mientras que Hugo dice:

—Solucionado. ¿Un baño? —propone. Tenemos una piscina desde el interior de la habitación hasta el exterior, simula una cueva.

—Una idea maravillosa —susurro abrazándolo. El frescor del agua seguro que me sienta bien y me relaja toda la tensión que se ha apoderado de mi cuerpo.

Hugo me hace el amor en la piscina y cuando llego de nuevo a la cama caigo rendida. Me quedo dormida hasta que me llama para ir a cenar. Pienso que nos van subir algo, pero tiene la intención de bajar al restaurante del hotel y no quiero decepcionarlo. Ha planeado con mimo y esmero este viaje y por nada del mundo deseo ensombrecerlo.

De vuelta a la habitación tras una cena perfecta, Hugo se encuentra con unas personas a las que conoce en recepción, las saluda, me los presenta, son dos parejas algo mayores que nosotros y sus mujeres me invitan a visitar una tienda de velas perfumadas que acaban de abrir en el mismo hotel. Los hombres proponen tomarse una copa juntos mientras que nosotras nos escapamos un momento a la tienda.

Al entrar me doy cuenta de que justo al lado hay una parafarmacia, una alerta salta en mi cabeza, me disculpo con las mujeres y les indico que voy a comprar unas pastillas para el mareo para la vuelta del avión y me reúno luego con ellas en la tienda de velas, tras haber adquirido tres test de embarazo, los cuales guardo muy bien en mi pequeño bolso.

Pasamos como una hora en compañía de los conocidos de Hugo, son inversores de la empresa de mi abuelo, y cuando subimos a la habitación creo que decepciono al hombre que amo cuando le digo que estoy cansada y quiero dormir. Necesito que Hugo cierre los ojos y ronque plácidamente para levantarme e ir hasta el baño y comprobar si estoy embarazada y son la causa

de mis mareos o puede ser algo peor. La verdad que no sé con qué pueda sorprenderme más.

Hugo me abraza y simulo quedarme dormida de inmediato, de vez en cuando entreabro un poco los ojos y observo que aún no se ha dormido. Pasada una hora siento su respiración acompasada y comienza a roncar. Me giro y me aparto de él como una vuelta involuntaria en medio del sueño, pero poco y luego salgo de la cama con sigilo. Recojo mi cartera y me la llevo al baño. Saco los tres test de embarazo y procedo a hacerme el primero. Cuando observo con manos temblorosas que da positivo no puedo creerlo. De inmediato, me hago los otros dos y coloco los tres en fila delante del lavabo. Los tres dicen lo mismo. Estoy embarazada de ocho semanas.

Temblando, con el rostro blanco, desencajado, soy incapaz de moverme de dónde me encuentro. Estoy paralizada.

De repente, la puerta del baño se abre y aparece Hugo descalzo y en calzoncillos y me pregunta serio:

—¿Qué me estás ocultando, Emma? Te conozco como la palma de mi mano y estás muy rara desde que hemos llegado.

Hugo se acerca, me mira a los ojos y repara que estoy temblando. Sin preguntar nada más me estrecha entre sus brazos, aterrizo en ellos y me echo a llorar.

Alza mi mentón y me obliga a que lo mire.

—¿Qué ocurre, amor? —pregunta, preocupado.

Desvío la mirada hacia los tres test de embarazo colocados en fila delante del lavabo y observo cómo Hugo clava la mirada en ellos, se queda en silencio y me mira con los ojos muy abiertos. Ahora el que está en trance es él.

—Estoy embarazada de ocho semanas más o menos —susurro con un hilo de voz.

Hugo asiente, esboza una sonrisa y luego me estrecha contra su pecho y me besa.

—Joder, Emma, todas mis alarmas saltaron cuando me sentí rechazado esta noche. Quería hacerte el amor y me dijiste que estabas cansada —suspira con alivio—. Llegué a pensar, como un tonto, que por alguna extraña razón me rechazabas de nuevo.

Me coloco de puntillas en el suelo, voy descalza y lo beso.

—Te amo —susurro contra sus labios al sentir que en este momento Hugo vive una crisis de inseguridad. Él me toma por la cintura, me alza en peso, hunde el rostro en mi cuello, suspira y me besa, aliviado—. Vamos a ser padres de nuevo —le anuncio con miedo.

Hugo comienza a dar vueltas conmigo en brazos diciendo:

—¿Y no es una buena noticia?

—Ada solo tiene seis meses —le hago ver.

—No lo planeamos, pero queríamos más hijos —resuelve, feliz.

Esbozo una sonrisa y decido ser sincera con él.

—En parte estoy feliz al comprobar que los mareos son del embarazo.

—¡¿Qué mareos?! —inquiere, preocupado y alerta.

—Los que sentí al llegar hoy —revelo.

—¡¿Por qué no me dijiste nada?! —me regaña sin soltarme de sus brazos.

—No quería preocuparte. Has organizado este viaje con tanta ilusión… —justifico.

—De aquí en adelante procura contarle todo a tu futuro marido —me advierte con dulzura.

—Otro hijo, Hugo —le comento.

—Más de ti y de mí. Te amo.

Camina conmigo cargada, me lleva hasta la cama y dice desnudándome:

—Es el mejor regalo que me podías hacer. Volver a ser padre.

—Quizás no te guste tanto la idea cuando te diga que tendremos que retrasar la boda. No podemos casarnos en septiembre.

Hugo me mira, serio, no había caído en ello y niega con un gesto.

—Lo siento, la boda será cuando nazca el bebé. Y no es negociable —le digo en tono mandón. Él me sonríe, me besa y sabe que tiene la batalla perdida. Sueño con una gran boda y sé que me la dará.

Epílogo
Emma

Dos años y medio después

Tras mucha espera, por fin, hoy es el gran día. Hugo y yo nos casamos en una ceremonia en la iglesia, rodeados de muchos invitados y nuestros hijos presentes y participando en la ceremonia.

Mi futuro marido lleva tres años deseando convertirse en tal, pero con la llegada de Mateo tuvimos que retrasar la boda y una cosa nos llevó a otra y nos enredamos hasta el presente momento, pero me alegro muchísimo de que mis hijos caminen junto a su madre de la mano en el día más importante en la vida de sus padres. Ada ya tiene tres años y Mateo tiene dos añitos recién cumplidos. Mis niños son un amor y llevamos algunos meses ensayando la entrada a la iglesia los tres juntos. Espero que lo hagan muy bien, son tan pequeños… pero son muy buenos y obedientes.

He determinado que voy a entrar en la iglesia y de camino al altar con mis hijos de la mano. No quiero tener que elegir como padrino entre mi padre y mi abuelo. A ambos les ha parecido una decisión muy acertada.

Termino de hacerme la última prueba del vestido de novia, me caso en dos días, por supuesto me he comprado uno nuevo, me miro al espejo y observo a mi madre, a Aurora, a Gala y Aura llorando.

—Estás guapísima —susurra Gala.

—Pareces una princesa —dice mi madre.

—Es el vestido de mis sueños. El ideal para casarme con el hombre que amo —comento completamente convencida, mirándome ante el espejo.

—Va a ser una boda preciosa —comenta Aurora.

—La más bonita y mis sobrinos los mejores —dice Aura.

Terminamos la prueba, nos llevamos el vestido y cuando llegamos a casa nos encontramos a Hugo tirado por el jardín jugando con Ada y Mateo. Los niños adoran a su padre. Lo admiro porque por muy ocupado que esté y tenga mucho trabajo siempre encuentra momentos como este para jugar con sus hijos y disfrutar con ellos.

Cuando ve la funda en la que viene envuelto el vestido fija los ojos en este. Y yo, pese a ser una funda que no es transparente, la pongo detrás de mí.

—No lo verás hasta el día de la boda —le indico, sonriente.

—Trae mala suerte —dice Aura.

—No creo que esta vez vuelva a echar a correr —carcajea el padre de mis hijos. Aurora se encarga del vestido y los complementos junto con mi madre y lo llevan dentro.

—Muy gracioso —reprendo a mi futuro marido. Me agacho en el césped para darle un beso, tira de mí y terminamos rodando por este con los niños encima de ambos gritando y saltando mientras nos besamos de forma apasionada.

—Eres mía, no vas a huir más de mí —murmura Hugo mientras me besa y me abraza.

—Siempre, solo tuya —le indico mirándolo a esos ojos grises que cada día consiguen que el corazón me dé un vuelco cuando me mira de esa forma.

Nuestros hijos consiguen separarnos, le doy un beso a mi hijo, Mateo es muy madrero y luego abrazo y beso a Ada, ella tiene pasión por su padre desde que nació y es algo que me enorgullece.

Aurora se encarga de hacer algo rápido de comer y almorzamos en el porche del jardín todos juntos, con mi abuelo, el padre de Hugo y Luca, que se lleva muy bien con sus sobrinos.

Nos vamos a la cama esa noche y le digo a mi futuro marido:

—Mañana duermes con los niños. —Se ha negado a marcharse de casa y dejarnos de ver dos días antes de la boda, dice que vivimos en un chalet lo suficientemente grande de dos plantas como para echarlo de casa el día de la boda y se tenga que vestir en otro lugar.

—Asaltaré tu cama en mitad de la noche —susurra en mi oído mientras me abraza y hunde la nariz en mi cuello.

—Echaré el pestillo —contraataco.

—No harás eso porque eres una buenísima madre y si Ada o Mateo vienen en tu busca no los harías llorar al encontrarse con la puerta cerrada —me rebate con una sonrisa, sintiéndose victorioso.

—Odio que me conozcas tan bien —murmuro intentando contener una sonrisa. En realidad, amo que se esfuerce cada día por saber todo de mí y complacerme, al igual que lo hago yo con él.

Me encuentro delante del espejo, vestida de novia, nerviosa y sintiéndome una princesa de cuento perfecto mientras que a mis dos madres y a mis amigas se les saltan las lágrimas detrás de mí.

—Increíble —dice mi madre.

—Única —susurra Aurora, que sostiene mi ramo de novia. No voy a entrar en la iglesia con él porque llevaré a cada uno de mis hijos de una mano, pero al salir sí lo haré y lo entregaré a mis amigas. Aura y Gala aún no tienen boda a la vista y creo que ha llegado su hora. Ambas desconocen que existe otra réplica de ramo y que le entregaré uno a cada una augurándoles una boda pronto.

Mi abuelo irrumpe en la habitación, me admira y les pide a todas que nos dejen solos. En un principio me asusto por su seriedad y la carpeta que tiene en sus manos, pero conforme se acerca a mí y me sonríe sé que todo está bien.

—He venido a entregarte tu regalo de bodas —dice mientras que lo miro con sorpresa. Me regaló esta casa la vez pasada, no esperaba nada más.

Me extiende la carpeta, la abro y leo que nos regala a Hugo y a mí el cincuenta por ciento de su empresa.

—Esto es demasiado, abuelo —comento con sorpresa.

—Os lo merecéis, ambos. Si no hubiese sido por vosotros… No sabes todo lo que vale Hugo. Pese al muchacho problemático que fue en una época y lo que te hizo lo considero como un nieto más.

—¿Qué sabes tú de eso? —pregunto con interés. Desconocía que mi abuelo supiese nada. Hasta donde yo sé ese tema jamás trascendió a la familia. Solo se quedó entre los amigos.

—Lo sé todo. Hugo tuvo los santos cojones de venir y un día contármelo todo. Tuve ganas de matarlo, pero cuando vi el arrepentimiento, la desesperación y el amor de ese hombre por ti sentí lástima de él y decidí que era el hombre que necesitabas. Todos cometemos errores, pero la grandeza de las personas radica en saberlos reparar y perdonar. Os admiro a los dos. Tenéis una familia envidiable.

Miro a mi abuelo con el corazón desbocado. No sabía todo eso que me acaba de contar. Hugo nunca me dijo nada.

Abrazo a mi abuelo, le doy un beso junto con unas gracias infinitas y salgo corriendo de la habitación, bajo las escaleras, todos los que están en el salón esperando me miran incrédulos y entro a la habitación en la que se viste Hugo sin llamar y sin importarme que vea mi vestido antes de la ceremonia.

Él se queda impactado cuando me ve aparecer. Se está anudando la corbata en compañía de su padre. No me importa nada, corro hasta él, tomo su rostro entre mis manos y lo beso con emoción.

—Nunca dejarás de sorprenderme —susurro con lágrimas en mis ojos.

—¿Qué he hecho? —pregunta con sorpresa.

—Le contaste todo entre tú y yo a mi abuelo —revelo. Hugo asiente, pensativo—. Y no me lo dijiste nunca.

—No quería remover el pasado. Fue hace mucho tiempo, antes de tu primer embarazo —confiesa.

—Fuiste muy valiente. Te amo. —Lo beso, me doy media vuelta y comienzo a salir de la habitación bajo su estupefacta mirada. Antes de marcharme le indico—: Te veo en el altar, amor.

—Tú sí que no dejarás de sorprenderme jamás —escucho que grita tras la puerta. Sonrío, miro

a mi familia que piensa que me he vuelto loca, pero me da igual. He hecho lo que me ha dictado el corazón.

Entre mi madre y Aurora me llevan de nuevo a mi habitación y cuando veo a mis hijos vestidos casi lloro a moco tendido, están guapísimos. Ada lleva un vestido como el mío y Mateo como el de su padre. Ha sido una sorpresa orquestada por las abuelas que me ha encantado y emocionado a la vez.

El gran momento de mi vida, con el que llevo soñando años por fin ha llegado, y es mucho mejor de lo que imaginé. Hugo me espera al fondo de la iglesia, en el altar y yo me encuentro a las puertas de esta con cada uno de mis hijos de la mano, a la espera de que comience la música nupcial y hacer el paseíllo hasta mi futuro marido que me mira emocionado y con una sonrisa espectacular que me acelera el corazón.

La música comienza a sonar y son mis niños quienes tiran de mis manos para que empiece a caminar como hemos ensayado mil veces, pero en ese momento algo se me pasa por la cabeza, una idea, algo muy loco, lo sopeso por unos segundos, sonrío y me digo: la vida es para los valientes, Emma. Me agacho un poco y les susurro a mis hijos algo. Ambos me miran con los ojos muy abiertos, asiento con mi cabeza y les indico:

—A la de tres.

Ellos me hacen caso y comenzamos a correr con ganas hasta llegar a su padre.

Hugo me mira sin saber qué estoy haciendo. Cuando llego a su lado, con el corazón desbocado, le revelo:

—Te debía una carrera a la inversa.

Hugo me estrecha en sus brazos, me besa y susurra:

—Siempre serás mía.

FIN

Agradecimientos

A mis lectores, sois mi gran motor, mi fuerza, mi apoyo y mi motivación para seguir escribiendo con ganas e ilusión.

Con esta bilogía llego a mis veinte libros publicados y no puedo sentirme más orgullosa de todo este largo camino en el que he encontrado a gente maravillosa, tanto autores como a lectores y algunos se han convertidos en amigos.

En cada novela que escribo procuro sorprenderos, que nos os podáis despegar de las páginas del libro y que los protagonistas lleguen hasta vuestro corazón y os saquen alguna que otra lágrima.

Espero que esta bilogía os haya atrapado tanto como a mí mientras la escribía. Llevaba meses en mi cabeza y por fin pude plasmarla y que viese la luz.

Si este libro te ha gustado, te agradecería muchísimo que me dejases tu opinión en Amazon. También me encanta que me hablas por las redes sociales y me comentes tus impresiones, estas nos hacen mejorar a todos los autores.

Nos vemos pronto. Aún quedan muchas historias que contar y seguiré ahí siempre que me acompañéis en el camino.

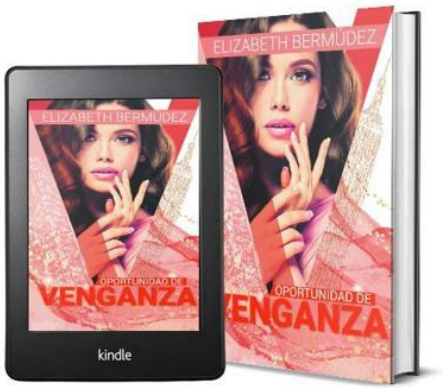
Gracias.

Elizabeth Bermúdez.

Otros libros de la autora






ELIZABETH BERMUDEZ
OPORTUNIDAD DE
VENGANZA
kindle
ELIZABETH BERMUDEZ
OPORTUNIDAD DE
VENGANZA

BILOGÍA: Vida y amor






TE
quiero
para mí
ELIZABETH BERMÚDEZ
TE
quiero
para mí
ELIZABETH BERMÚDEZ


NICOLÁS
Hungría
ELIZABETH BERMÚDEZ
NICOLÁS
Hungría
ELIZABETH BERMÚDEZ

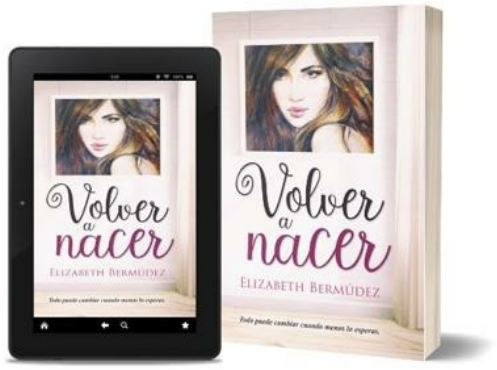
FAMILIA MILLER







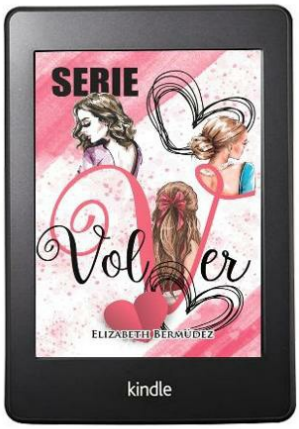
SERIE VOLVER






Volver a
sentir
ELIZABETH BERMUDEZ
Volver a
sentir
ELIZABETH BERMUDEZ

Incluye los 3 libros de la Serie Volver más nuevos extras.



NOVELAS INDEPENDIENTES




La Sombra
DE SU
PASADO
ELIZABETH BERMÚDEZ


Y de repente,
el mundo
se paró
Elizabeth Bermúdez


El
Amor
LO CAMBIA TODO
ELIZABETH BERMÚDEZ